



Tito Lucrecio Caro

# De la naturaleza de las cosas

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**Tito Lucrecio Caro**

## **De la naturaleza de las cosas**

Tito Lucrecio Caro

- I -

Cuanto se sabe de la vida de Lucrecio puede decirse en breves líneas. Fidelísimo sectario de la filosofía de Epicuro, puso sin duda en práctica uno de los preceptos de ésta, el de ocultar la propia existencia a la vista de los contemporáneos y al estudio de la posteridad.

No cabe duda de que nació en Roma el año 95 antes de nuestra era; que pertenecía a la antigua familia patricia de Lucrecia, cuya violación por Sexto Tarquino ocasionó la caída de la monarquía, y que murió a los cuarenta y cuatro años.

Se dice, pero sin pruebas, que, siguiendo la costumbre de los jóvenes a las familias ricas de Roma, fue a Atenas y estudió allí la doctrina de Epicuro con Zenón, jefe entonces de esta escuela filosófica. Asegura también San Jerónimo que padeció Lucrecio ataques de demencia producidos por un filtro que le dio una mujer celosa, y en sus intervalos lúcidos escribió algunos libros, terminando su vida por el suicidio. Puede ponerse en duda este aserto, no sólo porque San Jerónimo escribía tres siglos después de muerto Lucrecio, sino

porque el poema *La Naturaleza*, como didáctico y comprensivo de los más arduos problemas que puede investigar el entendimiento humano, es la obra menos propia de una inteligencia enferma.

Si los escritores contemporáneos o inmediatamente posteriores, a excepción de Ovidio, no citan a Lucrecio ni su poema, debe atribuirse al ardimiento con que en éste se combaten las ideas y prácticas religiosas del paganismo. Ni Horacio ni Virgilio, desconocieron el poema de Lucrecio, muy al contrario, sus repetidas imitaciones de éste, a veces copiando no sólo ideas, sino frases, demuestran cuánto lo habían estudiado; pero una obra francamente antipagana, que con tanta energía censuraba las ideas, preocupaciones y supersticiones de la sociedad romana en aquella época, no podía ser elogiada, ni siquiera citada sin ofender los sentimientos, si no de las personas ilustradas, que sabían a qué atenerse respecto a las prácticas y misterios del paganismo, de la inmensa multitud que creía en ellos.

Guardar silencio y dejar en olvido al airado censor de una idolatría predominante era hasta medida de buen gobierno, quién sabe si recomendada al comensal de Mecenas y al autor de las *Geórgicas* por los hábiles políticos del reinado de Augusto. Explicaría esta

sospecha que Virgilio considere dichoso a quien conoce las causas de las cosas, y no nombre a Lucrecio, que. las explica más o menos erróneamente, pero de un modo nuevo entonces para los romanos.

Vive Lucrecio en los años de la terrible agonía de la república; desde el principio de las luchas entre Mario y Sila hasta la muerte del sedicioso Clodio, período de grandes calamidades para Roma, en que las guerras civiles desatan todas las ambiciones, todas las codicias, saciadas con la sangre o el destierro de millares de ciudadanos de los más ilustres; período de corrupción política y moral, de desdichas públicas y privadas, del que fue testigo y acaso víctima el autor del poema La Naturaleza.

Si en éste, consagrado a explicar grandes problemas de física, no tiene ocasiones frecuentes Lucrecio para expresar sus personales sentimientos, tampoco faltan frases y conceptos que permiten formar idea de ellos.

Objeto principal de sus enérgicos ataques son la ambición, el amor mundano y las creencias religiosas. Los desastres de la época en que vivió le aleccionaban bien para condenar la ambición, cuyos terribles estragos a la vista tenía. La pintura que hace de los peligros y daños del amor acaso la inspiren sus propios desengaños; quien sabe si la noticia del filtro dado por la mujer celosa, de que antes hablamos, fue errónea explicación de alguna otra calamidad que el amor ocasionó a Lucrecio. Sus invectivas contra esta pasión no son propias de un discípulo del apacible Epicuro, que aconseja dulcemente huir del amor para evitar peligros a la tranquilidad del espíritu, sino de quien ha sufrido acerbos penas y está dolorosamente arrepentido.

Otro sentimiento que palpita en todo el poema es el odio a las supersticiones religiosas, como si después de vencidas en su ánimo, se acordara, rencoroso, del tiempo que le habían estado mortificando. No es en este punto la serena razón del filósofo quien habla; la airada elocuencia de sus afirmaciones prueban un espíritu convencido, pero no un ánimo tranquilo.

Sin ambición y sin amor, que detestaba, sin creencias religiosas, que aborrecía, no podía encontrar Lucrecio, dentro de aquella sociedad descreída otro aliciente a la vida que el ofrecido por la filosofía del deleite, llamada así la de Epicuro, y no con verdadera propiedad, porque si se encaminaba a encontrar el reposo, la quietud del alma y del cuerpo por una especie de muerte prematura, por el alejamiento de cuanto pudiera causar malestar en el cuerpo y el alma, no faltó quien la interpretase en el sentido de sistema, que permitía y aun ordenaba la satisfacción de los placeres mundanos.

Este equívoco en la interpretación de la filosofía de Epicuro fue sin duda causa ocasional del descrédito que adquirió entre los que no la conocían bien. Lucrecio la sabía, y expuso en su poema con todo el vigor y toda la osadía de un romano, en época en que las perturbaciones sociales y políticas permitían hablar con completa franqueza, la doctrina de Epicuro.

El paganismo no era refugio ni ofrecía consuelo a las almas deseosas de perfección moral, por ser religión a cuyos dioses podía acudirse lo mismo en demanda de vicios que de

virtudes, que de unos y otras ofrecía ejemplos el Olimpo. Los que por desengaño o cansancio de la lucha de las pasiones buscaban mejor vida, acogíanse a los sistemas filosóficos, eligiendo el que más se acomodaba a su temperamento o educación científica. Se iba de la religión a la filosofía, porque aquella ningún consuelo ofrecía al alma, víctima de propias o ajenas ambiciones, como ahora se va de la filosofía a la fe cristiana, porque el cristianismo es una religión y una moral donde encuentran consuelo y consejo las almas perturbadas por la duda, o heridas por las pasiones.

De las escuelas filosóficas de la antigüedad, ninguna se acomodaba mejor al espíritu de Lucrecio, o débil para la lucha, o desesperanzado del triunfo, o vencido por grandes desventuras que el epicurismo, doctrina triste y severa que preceptuaba la indiferencia para todas las agitaciones mundanas, asilo para las almas tímidas, prudentes o desalentadas, a las que ofrecía como remedio a sus pasiones y temores el quietismo y la vida contemplativa de la naturaleza.

Esta tranquilidad, no exenta de egoísmo, la enaltece Lucrecio en los siguientes versos:

Pero nada hay más grato que ser dueño  
De los templos excelsos, guarnecidos  
Por el saber tranquilo de los sabios,  
Desde do puedas distinguir a otros  
Y ver cómo confusos se extravían  
Y buscan el camino de la vida.  
Vagabundos, debaten por nobleza,  
Se disputan la palma del ingenio,  
Y de noche y de día no sosiegan  
Por oro amontonar y ser tiranos.  
¡Oh míseros humanos pensamientos!  
¡Oh pechos ciegos! ¡Entre qué tinieblas  
Y a qué peligros exponéis la vida  
Tan rápida, tan tenue! ¿Por ventura  
No oís el grito de naturaleza,  
Que alejando del cuerpo los dolores,  
De grata sensación el alma cerca,  
Librándola de miedo y de cuidado?

Lucrecio ha encontrado para sí, en el seno del epicurismo, la paz que pide para su patria y la que desea para su íntimo amigo Memmio, a quien dedica el poema. Su ánimo sólo se apasiona para cantar esta paz firme y constante y enaltecer al fundador de la doctrina filosófica que se la ha dado.

Epicuro fue sin duda quien tuvo mayor número y más fieles discípulos, pero ninguno tan entusiasta como Lucrecio, para quien el filósofo era un dios que ha hecho suceder la calma y la luz a la tempestad y las tinieblas.

Este entusiasmo le induce a escribir un poema sobre asunto de índole más apropiada al raciocinio y a las demostraciones científicas, que a desplegar los vuelos de la imaginación del poeta.

La doctrina de Epicuro, expuesta compendiosamente al final del tomo en las tres cartas de este filósofo que forman el Apéndice, es una exposición de la física de Demócrito, para deducir de ella que la materia es eterna, aunque no lo sean los cuerpos con ella formados, y que la muerte o término en todos los seres, incluso el humano, no es más que una transformación, una disgregación de los átomos que los forman, átomos imperecederos, cuyas repulsiones y afinidades son origen de todos los seres animados o inanimados.

Aunque Epicuro no admite una providencia directora, y menos aún dioses que de continuo se estén ocupando de lo que los seres humanos hacen, no es, sin embargo, ateo. Los dioses en el epicurismo gozan en su mansión de la perfecta tranquilidad a que el sistema filosófico aspira. Son como la representación ideal de la suma quietud. Las cosas de este mundo en nada les afectan, y en ningún caso se ocupan de ellas.

Aceptada esta explicación de la divinidad, natural era que el epicúreo Lucrecio clamara contra los dioses del paganismo, cuya intervención en los actos humanos, hasta en los más insignificantes, era continua; y sobre todo contra las supersticiones que tanto acibaraban la vida en la sociedad pagana.

Según Epicuro, el alma era material como el cuerpo, y mortal como él, aunque formada por átomos más tenues y sutiles. Para la humanidad no había otra vida que la de este mundo, y la muerte como término de la lucha de las pasiones y de las dolencias corporales y espirituales, era un bien que, si no se había de procurar quebrantando las leyes de la naturaleza, tampoco se debía temer.

No desconoce Lucrecio que de esta física se deducen gravísimos problemas morales, y que si el hombre acaba con la muerte, el premio o castigo de sus acciones ha de estar en este mundo, y así lo proclama, asegurando que para el malvado están los suplicios y, cuando de ellos logra escapar, el roedor de su propia conciencia.

El entusiasmo del poeta por Epicuro es tan grande, que casi le proclama dios, y al lado de los demás filósofos le considera sol cuya luz obscurece la de los demás astros. Los principios de su doctrina los estima como infalibles, y las objeciones contra ellos las rechaza, sin dignarse discutirlos.

La idea de hacer un poema con materia tan árida, de explicar poéticamente lo que sólo se presta a demostraciones científicas, prueba el firme convencimiento del poeta y su deseo de infundirlo también en el ánimo de sus compatriotas y sobre todo de Memmio. Claramente lo manifiesta en el principio del libro IV, cuando dice:

### Los sitios retirados del Pierio

Recorro, por ninguna planta hollados;  
Me es gustoso llegar a íntegras fuentes,  
Y agotarlas del todo; y me da gusto,  
Cortando nuevas flores, rodearme  
Las sienes con guirnaldas brilladoras,  
Con que no hayan ceñido la cabeza  
De vate alguno las divinas musas:  
Primero porque enseñe cosas grandes  
Y trato de romper los fuertes nudos  
De la superstición agobiadora;  
Después, porque tratando las materias  
De suyo obscuras con piería gracia,  
Hago versos tan claros: ni me aparto  
De la razón en esto, a la manera  
Que cuando intenta el médico a los niños  
Dar el ajenjo ingrato, se prepara  
Untándoles los bordes de la copa  
Con dulce y pura miel, para que pasen  
Sus inocentes labios engañados  
El amargo brebaje del ajenjo,  
Y la salud les torne a questo engaño  
Y dé vigor y fuerza al débil cuerpo;  
Así yo ahora, pareciendo austera  
Y nueva y repugnante esta doctrina  
Al común de los hombres, exponerte  
Quise nuestro sistema con canciones  
Suaves de las Musas, y endulzarle  
Con el rico sabor de poesía:  
¡Si por fortuna sujetar pudiera  
Tu alma de este modo con enlabios  
Armónicos, en tanto que penetras  
El misterio profundo de las cosas  
Y en tal estudio el ánimo engrandesces!

Poca confianza debía tener Lucrecio en que el epicurismo en toda su pureza, como lo explicó su autor y como él lo comprendía, tuviese grande aceptación en Roma, y en que los romanos, más preocupados de la vida pública que de la privada, se avinieran de buen grado a cambiar de costumbres y a dedicarse a la filosófica contemplación de la naturaleza, cuando les compara con el niño enfermo a quien se engaña para darle la amarga medicina que ha de curar su dolencia.

La miel de la poesía era sin duda necesaria para convertir en partidarios de la filosofía del deleite, en el buen sentido de esta palabra, a los ciudadanos de los últimos turbulentos años de la república romana, y Lucrecio casi duda conseguir la conversión de su último amigo Memmio.

No era, en efecto, Memmio de los más inclinados por su vida y costumbres a despreciar los placeres y desdeñar los goces de la ambición satisfecha. Descendiente de una de las familias más ilustres, hijo y sobrino de insignes oradores y orador él mismo, desde muy joven intervino en los negocios públicos. Nombrado para gobernar la Bitynia, llevó con él al gramático Nicias y al poeta Catulo, siguiendo la costumbre de los personajes políticos de entonces, para quienes era a la vez útil y honroso contar entre sus allegados literatos de fama. A su vuelta a Roma le acusó César. Defendióse enérgicamente, prodigando las alusiones a las poco edificantes costumbres de su adversario. Acusador a su vez en no pocas ocasiones, quiso impedir el honor del triunfo a Lúculo, el vencedor de Mitrídates. fue questor y pretor, y llegó hasta pretender la dignidad de cónsul en lucha con otros tres candidatos. Acusados él y sus contrincantes por emplear el soborno, todos fueron condenados a destierro, y desterrado murió.

Esto por lo que hace a la vida pública de Memmio; la privada no fue más tranquila ni más conforme con las predicaciones de Epicuro y de Lucrecio. Sus costumbres licenciosas tuvieron bastante resonancia para que se aluda a ellas en libros que han llegado a nosotros. Se sabe que pretendió a la esposa de Pompeyo, hija de César, y que ésta entregó a su marido la carta amorosa de Memmio; se tiene noticia de otro escándalo aún más ruidoso, el de no haberse podido celebrar una fiesta pública, que sin duda debía presidir Memmio, porque, según dice Cicerón en una de sus cartas a Ático, estaba ocupado en mostrar otros misterios a la mujer de M. Lúculo, y añade: «El nuevo Menelao, lo ha tomado a mal, y ha repudiado a su Helena.»

Cicerón le tacha también de perezoso, diciendo de él: «este orador ingenioso y de frase seductora, esquiva la molestia de hablar y hasta la de pensar.» Amante de la literatura y del arte griego, como lo eran entonces todos los romanos que presumían de cultos, en Atenas, donde se refugió cuando el destierro, cultivó también la poesía, y sus versos, si no brillaban por la inspiración, abundaban en licencias, no siempre poéticas.

Tal era el personaje a quien quiso convertir Lucrecio al epicurismo, y que, si adoptó esta doctrina, fue en el sentido de los que entendían la filosofía del deleite, no como Lucrecio y Epicuro, sino como sistema que autorizaba la satisfacción de vicios y pasiones.

- III -

Tan grande es el entusiasmo de Lucrecio por la doctrina de Epicuro y tan profundo el deseo de convencer a los demás de su certeza, que constantemente acude a su razón y a su ingenio para exponer poéticamente un asunto refractario a la poesía.

Si con tanta pasión expone un sencillo tratado de física, no es tanto por amor a la ciencia como por las deducciones que de ella hace.

La base de la física de Epicuro consiste, como ya hemos dicho, en que el universo es eterno y la materia de que está formado se deshace y rehace por virtud de combinaciones de átomos y conforme a leyes naturales preexistentes. Los fenómenos de la naturaleza tienen

por este sistema, a juicio de los epicúreos, una explicación racional, y la intervención en ellos de los dioses del paganismo, origen de toda clase de supersticiones y terror de las almas, cae por tierra. Esto es lo que extingue el miedo a los poderes celestiales, lo que devuelve la paz a los espíritus perturbados, lo que entusiasma a Lucrecio, lo que le infunde tan poderoso aliento para propagar su doctrina, lo que trasciende en todo el poema de La Naturaleza.

Ciertamente el materialismo de Lucrecio es contrario a todos los cultos; pero sus ataques son contra el paganismo y no contra las doctrinas espiritualistas, que desconocía. Pone un error frente a otro error, un materialismo científico frente a un materialismo religioso, y si en sus afirmaciones no podían seguirle los doctores del cristianismo, de sus argumentos contra la religión pagana más de una vez se valieron.

Además, ni Epicuro ni Lucrecio niegan en absoluto la existencia de un poder divino; lo que hacen es negarle su intervención en los actos de la naturaleza y de la humanidad. Lucrecio lo explica claramente diciendo:

Pues la naturaleza de los dioses  
Debe gozar por sí con paz profunda  
De la inmortalidad; muy apartados  
De los tumultos de la vida humana,  
Sin dolor, sin peligro, enriquecidos  
Por sí mismos, en nada dependientes  
De nosotros; ni acciones virtuosas  
Ni el enojo y la cólera les mueven.

Podrá asegurarse que este poder ocioso es perfectamente inútil, pero no peor que la falange de dioses del paganismo con intervención perpetua y caprichosa en los actos humanos.

Pero empieza Lucrecio su poema entonando un himno a Venus tan naturalmente inspirado, que no puede creerse sea servil imitación de las acostumbradas invocaciones a la divinidad puestas al frente de esta clase de monumentos literarios. Para algunos es una flagrante contradicción del poeta enemigo de los dioses; para otros una hábil concesión hecha a las supersticiones populares; para Mr. Martha, que ha escrito un excelente estudio de Lucrecio y su poema «no hay en esta invocación ni inconsecuencia, ni engaño, ni desfallecimiento de la propia incredulidad. Venus es para Lucrecio el símbolo de la generación, el poder fecundo de la naturaleza, que propaga y conserva la vida en el mundo, y bien podía Lucrecio cantar esta Venus universal sin contradecirse, puesto que en todo su poema había de ser objeto de su culto filosófico. El poeta proclama, al comenzar, uno de los principios más importantes de su sistema, y a poco que se levante el velo de la alegoría y se investigue el oculto sentido de esta personificación divina, advertirase que las bellas imágenes inspiradas en el culto nacional encubren una profesión de fe y un dogma fundamental de la filosofía epicúrea.»



Fuerza da a esta opinión el hecho de seguir al himno a Venus y al elocuente ruego para que ponga término a las sangrientas guerras civiles de los romanos, la declaración de fe materialista que contienen los siguientes versos:

.....Serán materia de mi canto  
La mansión celestial, sus moradores;  
De qué principios la naturaleza  
Forma todos los seres; cómo crecen,  
Cómo los alimenta y los deshace  
Después de haber perdido su existencia;  
Los elementos que en mi obra llamo  
La materia y los cuerpos genitales,  
Y las semillas, los primeros cuerpos,  
Porque todas las cosas nacen de ellas.

El elogio de Epicuro que sigue a esta profesión de fe materialista fúndase principalmente en haber osado este filósofo levantar la vista hacia las mansiones celestiales y declarar guerra sin tregua al fanatismo que de ellas venía a oprimir la vida humana. No es el entusiasmo por el descubrimiento de verdades científicas lo que inspira a Lucrecio; es el entusiasmo por haber

vencido las supersticiones del paganismo. Oigamos lo que de Epicuro dice:

El valor extremado de su alma  
Se irrita más y más con la codicia  
De romper el primero los recintos  
Y de Natura las ferradas puertas,  
La fuerza vigorosa de su ingenio  
Triunfa y se lanza más allá los muros  
Inflamados del mundo, y con su mente  
Corrió la inmensidad, pues victorioso  
Nos dice cuáles cosas nacer pueden,  
Cuáles no pueden, cómo cada cuerpo  
Es limitado por su misma esencia:  
Por lo que el fanatismo envilecido  
A su voz es hallado con desprecio.  
¡Nos iguala a los dioses la victoria!

Bien se ve que no es la física de Demócrito, tomada por Epicuro como arma de combate contra la perniciosa influencia de la religión pagana en las costumbres públicas y privadas, sino la victoria contra esta influencia, el triunfo de ideas y sentimientos irreligiosos lo que a juicio de Lucrecio iguala a los hombres con los dioses.

Supone Lucrecio en su maestro una ira contra el fanatismo pagano que ni de los escritos que de Epicuro quedan, ni de lo que se sabe de su tranquila existencia y morigeradas costumbres puede deducirse. El iracundo es Lucrecio, y se explica la calma del filósofo griego y el arrebató del poeta romano, por el distinto carácter del paganismo en Grecia y

Roma. Entre los griegos era esta religión casi una leyenda poética, porque los poetas adornaban a los dioses con nuevos atributos siempre que acomodaba a su fantasía. No era sin duda el Olimpo mansión de buena vida y costumbres; pero tampoco aterrorizaba a los fieles con la amenaza de terribles e inmediatos dolores. El culto tributado a los dioses del paganismo griego, símbolos de las grandes fuerzas naturales y de las pasiones humanas, era un culto agradable y simpático, pues las ceremonias religiosas convertíanse en fiestas populares.

La incredulidad no tenía motivo para encolerizarse contra deidades que sufrían con paciencia o indiferencia las negaciones de los filósofos y las burlas de los satíricos.

Pero el paganismo en Roma tenía otro carácter. Con los pueblos vencidos habían ido a la ciudad eterna sus dioses y sus cultos, y con dioses y cultos las supersticiones más extravagantes y hasta las más odiosas. Tales dioses, interviniendo en todos los actos de la vida civil y doméstica, dioses sin bondad ni justicia, ni seriedad, que vengativos o crueles entreteníanse en mortificar a los hombres, a veces por puro capricho, debían ser odiados por todas las almas elevadas, y de aquí que la impiedad de Lucrecio sea más violenta que la de Epicuro, y que su fanatismo científico parezca inspirado por una especie de venganza personal contra las supersticiones de sus compatriotas.

Añádase a esto lo poco que los romanos atendían a la religión durante el agitado período de las guerras civiles, cuando Lucrecio escribía su poema, y en rigor, siendo los dioses tan indiferentes a los males de la patria, motivo tenía el pueblo de Roma para cuidarse de ellos lo menos posible, y razón había para que la incredulidad creciese. La protesta contra los dioses en los infortunios públicos y privados era tan frecuente en la antigüedad, que se lee hasta en las obras de los escritores menos impíos.

Y no se crea que el escepticismo religioso de la parte más culta de la sociedad romana, de aquélla que más fácilmente podía leer la obra de Lucrecio, excusaba a éste de la vehemencia con que anatematiza las supersticiones, porque frecuentemente, ante las contrariedades de la vida, volvían a incurrir en aquéllas los mismos que se burlaban antes del Olimpo y sus dioses. Lucrecio pretende, pues, con toda la energía de un espíritu convencido, librar a sus compatriotas de la pesada servidumbre religiosa, diciéndoles que las supersticiones han sido causa de crímenes, como lo eran los sacrificios humanos para conseguir de los dioses, lo que éstos no podían hacer; porque ni el mundo es creación de ellos ni de ellos depende lo que en la naturaleza sucede conforme a leyes fijas y preexistentes, leyes físicas de cuya exposición se vale para destruir la terrible fantasmagoría de la religión pagana, sin cuidarse de que aniquila un error por medio de otro, de que arroja de los altares los ídolos, no a nombre de las ideas espiritualistas de Anaxágoras y Platón sino al de un tristísimo y desconsolador materialismo.

Para Lucrecio, el origen de las religiones es el terror que al hombre inspiran los fenómenos naturales. La humanidad no sabía explicarlos sino atribuyéndolos a un poder sobrenatural, a un poder divino; explicados estos fenómenos, como él cree que lo están, por medio del sistema físico de Epicuro, las religiones no tienen base ni razón de ser. Pero mientras el terror religioso dura, el alma humana no podrá vivir en paz ni gozar las dulzuras de una existencia tranquila. Así se comprende que, al atacar a los dioses, lo hiciera Lucrecio

en defensa de su propio reposo y con todo el vigor de quien defiende lo que le es más caro, tanto que el miedo a que atribuye la religión, es el que produce su incredulidad.

Lucrecio, sin embargo, no es ateo. Admite y proclama, como su maestro Epicuro, divinidades; pero colocándolas tan apartadas de este mundo y tan ajenas a lo que en él pasa, que no exigen ni adoración ni templos. En verdad, nada hay que pedir a quien nada ha de dar. Lucrecio, como Epicuro, niegan la existencia de las divinidades con pasiones humanas del paganismo; pero no la providencia de Sócrates, ni la de los estoicos, ni que haya una potestad divina única y universal, sino que ésta se encuentre fraccionada entre distintos dioses que, ejerciendo un poder mezquino, injusto y caprichoso, atormentan a la humanidad.

La teología de Epicuro y Lucrecio es sin duda inaceptable; pero más inaceptable es la del paganismo, y siempre tendrá aquélla el mérito de haber servido para combatir errores ya manifiestos y reducir el problema de la vida del universo a los términos precisos de hacerla depender de un poder divino creador y director, o de un ciego e inconsciente mecanismo.

El sentimiento universal y la ciencia rechazan que todo dependa de casual atracción o repulsión de los átomos, pero no debe olvidarse que, conforme con los móviles de la doctrina epicúrea, el sentimiento universal rechaza también los poderes ocultos, dañinos y ridículos que dictaban su voluntad a los hombres por medio de los oráculos y los augures; que la religión verdadera combate, como Epicuro y Lucrecio, las supersticiones paganas cuando en cualquier forma renacen, y que la ciencia moderna ha progresado cuando, conforme a la doctrina epicúrea, creyó en las leyes invariables del universo.

- IV -

Asunto capital del libro tercero del poema La Naturaleza es el gran problema de la vida futura. Lucrecio expone en él todos los argumentos de los antiguos materialistas para demostrar que no hay más vida que la de este mundo; que en ella encuentran los actos humanos premio o castigo, y por tanto suprime y niega en absoluto el infierno, combatiendo el instintivo temor a la muerte, que es, según dice, un bien, porque conduce al eterno reposo, a la perfecta tranquilidad, y nos libra de las penalidades de este mundo. La fe y el entusiasmo con que predicaban los espiritualistas la esperanza en una vida futura, vida que para el justo es de perpetua dicha, la emplea Lucrecio, en sostener que siendo el alma material como el cuerpo, con él perece, y que el destino del hombre se cumple en la tierra.

Téngase en cuenta, para juzgar este famoso libro tercero, arsenal de donde sacaron sus argumentos los materialistas del siglo XVIII, cuáles eran las ideas predominantes en la antigüedad acerca del alma y de la vida futura. Excepción hecha de las doctrinas de Pitágoras y de Platón, las escuelas filosóficas y las religiones de la antigüedad proclamaban el principio de la materialidad del alma, y a lo más concedían que fuese de materia incorruptible. Lucrecio, pues, acepta una doctrina generalmente admitida, y deduce de ella la consecuencia lógica de que el alma perece con el cuerpo, y el ser humano se extingue en

este mundo como todos los demás seres, obedeciendo a la ley universal de la transformación de la materia.

La idea de la vida futura en la antigüedad era vaga y confusa, y para los filósofos romanos resultaba una especie de privilegio en favor de las clases ilustradas. En éstas ningún crédito tenía el infierno del paganismo pintado por los poetas de acuerdo con una religión interesada en mantener las supersticiones populares, y Cicerón y Séneca censuran a los epicúreos por perder el tiempo en combatir lo que nadie defendía.

Además, los cuadros de desolación y de miseria que para condenados y justos ofrecía el paganismo en la vida futura, más bien eran causa de terror que de esperanza en la divina justicia, y difícilmente podían aceptarse como base de moral pública y privada. Los tipos fabulosos que expían sus maldades en el Averno, no resultan víctimas de la justicia, sino de la venganza de los dioses, vencidos en su intento de lucha contra las divinidades. La especie de inmortalidad admitida por algunos filósofos para los hombres célebres no llegaba al vulgo, privado de premio o castigo en la vida futura, que para él era eterna y oscura noche de miserias y sufrimientos. Así se comprende que Lucrecio estime esta vida futura causa de espanto, y diga

Con toda violencia extirparemos  
De raíz aquel miedo de Aqueronte  
Que en su origen la humana vida turba.

Pero si esta vida futura era poco halagüeña para el vulgo, respondía en cierto modo a las aspiraciones del alma humana, no satisfecha de su peregrinación en este mundo ni convencida de que debe volver a la nada. Lucrecio encuentra una supervivencia que es continuación de las aflicciones terrenales, encuentra también el miedo al aniquilamiento absoluto del hombre con la muerte, y combate la vida futura: y combate este miedo proclamando que con la muerte acaba todo y que la muerte es un bien supremo, por ser el término de las desdichas humanas.

Ni Lucrecio ataca las ideas espiritualistas de Platón, de las cuales prescinde, ni las creencias del vulgo, de largo tiempo atrás desacreditadas. Sus argumentos van dirigidos a la masa social que ni alcanza las sublimidades de la filosofía, ni cree en las supersticiones vulgares; pero que no ha substituido, con otras creencias las perdidas, y dudosa e insegura, acude como refugio, en las tribulaciones de la vida, a una religión que no satisface su sentimiento ni su conciencia. Para tranquilizar estos espíritus vacilantes y, en bien suyo, según asegura, expone Lucrecio los razonamientos contra el temor a la muerte y contra la vida futura.

No debe perderse de vista que si, conforme a nuestra moral religiosa, el temor a la vida futura es saludable, porque en ella ha de encontrarse el premio o el castigo, y de tal suerte dicha vida alienta la virtud y contiene el pecado, la idea de una supervivencia ajena a toda regla de justicia, supervivencia temerosa para justos y malvados, necesariamente corrompía las costumbres; porque no encontrando los hombres fuera de este mundo premio a su abnegación y a sus sacrificios, procuraban satisfacer aquí sus pasiones, y codiciaban la riqueza y los honores, sin cuidarse de los medios para lograrlos, y apelando hasta a los más

reprobados procedimientos. Cuanto más temían a la muerte, después de la cual nada grato esperaban, mayor era su anhelo por los placeres de la vida. Sin hacer esta distinción esencial; sin advertir la inmensa diferencia que existe entre la vida futura, según la moral cristiana y la del paganismo, no se comprenderán bien los argumentos de Lucrecio contra una supervivencia sin justicia, que tan funestas pasiones engendraba en esta vida.

Las ideas materialistas de Lucrecio, fundadas en ser el alma corpórea y sufrir las mismas vicisitudes que el cuerpo, nada valen frente al espiritualismo moderno; pero contra las preocupaciones y supersticiones antiguas, tienen fuerza incontrastable. Una de éstas, nacida sin duda de la creencia instintiva en la inmortalidad del alma, era la de la prolongación de la vida dentro del sepulcro, y el temor a los sufrimientos en esta silenciosa existencia, si no se habían cumplido los ritos fúnebres, temor disipado por la doctrina epicúrea de Lucrecio, según la cual la muerte era la insensibilidad absoluta del cuerpo y del alma, no debiendo preocuparse nadie de lo que ha de sucederle después de la muerte, que para el epicurismo es un sueño eterno. No admitiendo este sistema una causa ordenadora del universo, naciendo por acaso, y muriendo lo mismo, ni cabe en él conformarse con la voluntad divina, ni resignarse, como los estoicos, que también negaban la inmortalidad del alma, a una ley suprema, a un orden establecido por los dioses.

Verdad es que entre los epicúreos desempeña a veces la naturaleza el papel de divinidad creadora y ordenadora; porque la idea de una causa primera tiene tan profundas raíces en el entendimiento humano, que se abre paso aun a través del poema materialista de Lucrecio.

La Naturaleza, pues, censura a los hombres el temor a la muerte en los siguientes versos, que contienen toda la moral del libro tercero:

Si de repente, en fin, la voz alzara  
Naturaleza, y estas reprensiones  
A cualquier de nosotros dirigiera;  
«¿Por qué ¡oh mortal! te desesperas tanto?  
¿Por qué te das a llanto desmedido?  
¿Por qué gimes y lloras tú la muerte?  
Si la pasada vida te fue grata,  
Si como en vaso agujereado y roto  
No fueron derramados tus placeres,  
E ingrata pereció tu vida entera,  
¿Por qué no te retiras de la vida  
Cual de la mesa el convidado, ahíto;  
¡Oh necio! y tomas el seguro puerto  
Con ánimo tranquilo? Si, al contrario,  
Has dejado escapar todos los bienes  
Que se te han ofrecido, y si la vida  
Te sirve de disgusto, ¿por qué anhelas  
Multiplicar los infelices días  
Que en igual desplacer serán pasados?  
¿Por qué no pones término a tus penas  
Y a tu vida más bien? Pues yo no puedo,

Inventar nuevos modos de deleite  
Por más esfuerzos que haga: siempre ofrezco  
Unos mismos placeres: si tu cuerpo  
No se halla aún marchito con los años  
Ni tus ajados miembros se consumen,  
Verás, no obstante, los objetos mismos,  
Aun cuando en tu vivir salgas triunfante  
De los futuros siglos, y aunque nunca  
A tu vida la muerte sujetare.»

¿Qué responder a la naturaleza,  
Si no que es justo el pleito que nos pone  
Y es clara la verdad de sus palabras?  
Mas si sumido alguno en la miseria  
Al pie de su sepulcro se lamenta,  
¿No será su clamor mucho más justo  
Y nos reprenderá con voz robusta?

«Vete de aquí, insensato, con tus llantos;  
No me importunes más con tus quejidos»:  
A este otro, empero, que los años rinden,  
Que en sus últimos días aún se queja:  
«¡Insaciable, dirá, tú, que has gozado  
De todos los placeres de la vida,  
Aún te arrastras en ella! Consumido  
En los deseos del placer ausente,  
Despreciaste el actual, y así tu vida,  
Se deslizó imperfecta y disgustada,  
Y sin pensarlo se paró la muerte  
En tu misma cabeza, antes que lleno  
Y satisfecho de la vida puedas  
Retirarte: la hora es ya llegada:  
Deja tú mis presentes; no son propios  
De la edad tuya: deja resignado  
Que gocen otros, como es ley forzosa.»

Con razón, a mi ver, reprendería,  
Y con razón se lo echaría en cara,  
Porque a la juventud el puesto cede  
La vejez ahuyentada, y es preciso  
Que unos seres con otros se reparen:  
Ninguna cosa cae en el abismo  
Ni en el Tártaro negro: es necesario  
Que esta generación propague otra;  
Muy pronto pasarán amontonados,  
Y en pos de ti caminarán: los seres  
Desaparecerán ahora existentes,  
Como aquéllos que hubiesen precedido.  
Siempre nacen los seres unos de otros,  
Y a nadie en propiedad se da la vida;

El uso de ella es concedido a todos.

Después de proclamar con tanta energía la ley de la renovación universal en virtud de la cual la muerte es indispensable para crear nuevos seres, Lucrecio procura borrar de la mente de sus conciudadanos la idea de una segunda vida que, cual la presentaba el paganismo, más servía de terror que de consuelo. Para Lucrecio, los suplicios del infierno pagano son representaciones simbólicas de las pasiones humanas que en este mundo encuentran su castigo. Nuestras pasiones y nuestros vicios en ellas mismas llevan la pena, y el infierno lo tenemos en nuestra propia conciencia. Prescindiendo de las conclusiones del poeta contra la vida futura, la idea de que el castigo es inseparable de la falta tiene un profundo sentido moral, y de ella y del consejo para consolar a los temerosos de la muerte, de que recuerden que ningún hombre, por grande que haya sido, dejó de cumplir esta ley de la naturaleza, se han valido no pocos insignes moralistas, que no pueden ser tachados de materialistas ni de panteístas.

Para apartar de la imaginación el miedo a la muerte, y tan entusiasmado con la esperanza de llegar a la nada, como a otros entusiasma la idea de la inmortalidad, recomienda Lucrecio a los que temen el fin de su vida el estudio de la naturaleza, que nos enseña de donde venimos y a dónde vamos, produciendo en el ánimo el convencimiento del destino humano, con el cual pueden y deben afrontarse serenamente las adversidades de esta vida pasajera.

Ni el vulgo de los epicúreos, ni aun las personas distinguidas de la secta, amaban con tanta vehemencia pensar a toda hora en las tristes últimas consecuencias de la doctrina epicúrea; pero Lucrecio era un sectario convencido, incapaz de retroceder ante ningún resultado, por desolador que fuese.

- V -

Lejos de ser fatalista, afirma Lucrecio de un modo resuelto la libertad humana, y en esta afirmación se fundan los principios de moral que hallamos, no formando un cuerpo de doctrina, sino diseminados en el poema.

Condena, pues, el desbordamiento de las pasiones, tan contrario a la salud del cuerpo y tranquilidad del espíritu a que debe aspirar todo buen epicúreo, y entre las que merecen su agria censura descuellan en primer término la ambición y el amor.

Nada tan opuesto a la impasibilidad a que debe aspirar el sabio, según Epicuro, como los impulsos de la ambición, la vida agitada de la política, la lucha constante y desapoderada por arrebatar el poder público a quien lo ejerce; por defenderlo, una vez conquistado. Lucrecio tenía a la vista las sangrientas consecuencias de estas luchas, pues vivió en el período más turbulento de la república romana, y sus anatemas contra los ambiciosos tienen la viveza y la vehemencia que sólo puede inspirar a un alma apasionada el horror del mal presente, el tristísimo espectáculo de ver a la patria desgarrada por sus propios hijos. Como

los estoicos más severos condena Lucrecio el inmoderado deseo de riquezas, de honores, de fama, que turba la paz de los hombres y de los pueblos.

La misma energía con que describe los estragos de la ambición la emplea Lucrecio en pintar los del amor, como si al convencimiento del filósofo uniera la triste experiencia del que ha sido víctima de ambas pasiones.

«Lucrecio, dice Mr. Martha en su libro antes citado, nos presenta las miserias y vergüenzas del amor en corto número de versos que condensan cuanto sobre este asunto han podido decir, como tristemente cierto, los moralistas antiguos y modernos. Me atrevo a asegurar que en ninguna literatura se encontrará un cuadro que en su breve y enérgica sencillez sea más perfecto, de un sentimiento más intenso y de frases más profundas y trascendentales. Para comprenderlo bien es preciso figurarse cuáles eran los sentimientos antiguos y romanos; el desdén a la mujer, el desprecio a cuanto llamamos galantería, la indignación cívica contra el lujo y las modas extranjeras griegas u orientales, el respeto a la fortuna paterna, que no se debía malgastar en locuras, y a la dignidad del ciudadano, quien debía dedicarse a viriles ocupaciones; todos estos sentimientos los expresan en rápidas y enérgicas frases los siguientes versos»:

Agrega a los tormentos que padecen

Sus fuerzas agotadas y perdidas,  
Una vida pasada en servidumbre,  
La hacienda destruida, muchas deudas,  
Abandonadas las obligaciones,  
Y vacilante la opinión perdida:  
Perfumes y calzado primoroso  
De Scion que sus plantas hermosea;  
Y en el oro se engastan esmeraldas  
Mayores y de verde más subido,  
Y se usan en continuos ejercicios  
De la Venus las telas exquisitas,  
Que en su sudor se quedan empapadas;  
Y el caudal bien ganado por sus padres  
En cintas y en adornos es gastado:  
Lo emplean otras veces en vestidos  
De Malta y de Scio: le disipan  
En menaje, en convites, en excesos,  
En juegos, en perfumes, en coronas,  
En las guirnaldas, pero inútilmente;  
Porque en el manantial de los placeres  
Una cierta amargura sobresalta,  
Que molesta y angustia entonces mismo;  
Bien porque acaso arguye la conciencia  
De una vida holgazana y desidiosa  
Pasada en ramerías; o bien sea  
Que una palabra equívoca tirada  
Por el objeto amado, como flecha,



Traspasa el corazón apasionado  
Y toma en él fomento como fuego;  
O bien celoso observa en sus miradas  
Distracción hacia él mirando a otro,  
O ve en su cara risa mofadora.

No censura Lucrecio los excesos de la pasión amorosa a nombre de la virtud, sino por lo que perturban la tranquilidad del espíritu, y de aquí que recomiende como remedio una prudente inconstancia. Tampoco comprende en sus anatemas el amor puro y constante, el amor en el matrimonio, que para el poeta es el origen del primer contrato social.

- VI -

El mérito de Lucrecio en la parte científica de su poema didáctico consiste en haber sido uno de los primeros romanos que se ocuparon de la ciencia en forma especulativa; pero en el fondo, todo el sistema físico que expone es el de Epicuro, parafraseándolo para hacerlo más comprensible.

Este sistema, compuesto de hipótesis, acertadas y erróneas, tiene el defecto capital y común a los sistemas científicos en la antigüedad de no haberse formado, procediendo del estudio de los fenómenos, a la investigación de las causas, sino determinando éstas más o menos caprichosamente, y explicando aquéllos conforme a las causas imaginadas.

Epicuro adopta la teoría atómica de Demócrito; para él todo depende de las atracciones o repulsiones de los átomos que forman el universo, que, constituyen en el hombre su cuerpo y alma. Este sistema es, sin duda, un progreso científico, en cuanto explica más o menos felizmente los fenómenos de la naturaleza, no por la voluntad de los dioses, sino como resultado de leyes naturales; pero sus consecuencias morales son peligrosas, y explican que la física epicúrea haya tenido en tiempos relativamente modernos partidarios apasionados y desdeñosos contradictores, según se la estime por sus principios científicos o por sus conclusiones irreligiosas.

No es de admirar que Lucrecio, siguiendo a su maestro Epicuro, se equivoque en problemas tan arduos como el de las causas finales, el de la formación del hombre, el del origen de las ideas; problemas mucho más debatidos en tiempos recientes que lo fueron en la antigüedad, y que en todas las épocas ha procurado, inútilmente, resolver la ciencia. En cuestiones de menos dificultad, como por ejemplo, la explicación del sueño, se pone en evidencia el erróneo método de la física antigua, que hasta pretende explicar fenómenos imaginarios, como el de la causa del miedo que el gallo inspira al león, porque de aquél salen átomos que, ofendiendo las pupilas de la fiera, la acobardan. Hipótesis fantásticas como ésta, producidas por la falta de observación, abundan en la antigüedad. Menos perdonables son en Epicuro los errores astronómicos, porque la astronomía estaba en su tiempo mucho más adelantada de como él la expone. Pero Epicuro, se valía de las ciencias exactas, no como fin, sino como medio para demostrar su sistema filosófico del indiferentismo, que había de producir la paz del espíritu, y si adoptó la física de Demócrito,

fue porque, dando origen material al universo, suprimía la intervención divina y con ella el fanatismo religioso, librando al hombre de supersticiones que perturbaban su alma. Lo mismo hizo Lucrecio, importándole poco cualquier explicación de los fenómenos de la naturaleza, con tal de que en éstos sea innecesaria la intervención de los dioses.

Del desdén de los epicúreos por el cultivo de las ciencias participa Lucrecio, y da pruebas de ello en no pocos pasajes de su poema, como por ejemplo, cuando rechaza la opinión favorable a la existencia de los antípodas; pero en cambio, no pocas veces expone grandes descubrimientos. La teoría atómica, tan parecida a la moderna teoría molecular, fue, como ya hemos dicho, un enorme adelanto para la física. Según ella, el espacio era infinito y está poblado de mundos. Admite la existencia del vacío, porque sin él la constante movilidad de los átomos sería imposible, y llama la atención la exactitud con que Lucrecio explica algunas leyes naturales, como la de que en el vacío no influye la pesantez de los cuerpos, y pesados y ligeros caen con igual celeridad, o al hablar de las tempestades, la diferente rapidez con que llega a nosotros la luz y el sonido.

No son menos notables los conocimientos fisiológicos que Lucrecio demuestra en su poema, y también muy dignos de atención sus presentimientos acerca de la formación del mundo, de los animales antediluvianos y de las especies que han desaparecido, enunciando la lucha por la existencia, fundamento de la teoría de la selección natural de Darwin.

La historia del universo y del hombre está expuesta en el quinto libro del poema, entremezclada con los grandes problemas de la física, de la religión y de la moral, que trata el autor con un atrevimiento y una confianza en su acierto verdaderamente admirables. En la parte física sigue con docilidad los preceptos de su maestro. Respecto a la primitiva vida del hombre en el mundo y al principio de la civilización y de las sociedades, sus ideas son más originales, si bien en cuanto a la organización social, civil y política, a la aparición del poder público y al origen de la propiedad, se limita a generalizar la primitiva historia de Roma, aplicándola a la humanidad entera.

Domina en todo el poema La Naturaleza un sentimiento de tristeza que nace de la índole de la filosofía epicúrea. La apatía, la indiferencia, consideradas como base de una vida tranquila y feliz, apaga todas las actividades del espíritu; y si a esto se añade la creencia de Lucrecio en el próximo fin del mundo, compréndese, que estas ideas de desolación y muerte, sin esperanza alguna en mejor vida futura, den un tinte sombrío a la inspiración del gran poeta para quien el mundo, formado por casuales contactos de átomos, y la humanidad víctima constante de sus pasiones, están cercanos a desaparecer, confundidos en la ciega, continua y tumultuosa agitación de los átomos.

Libro primero

Engendrada del romano pueblo, 1  
Placer de hombres y dioses, alma Venus:

Debajo de la bóveda del cielo,  
Por do miran los astros resbalando,  
Haces poblado el mar, que lleva naves,  
Y las tierras fructíferas fecundas;  
Por ti todo animal es concebido  
Y a la lumbre del sol abre sus ojos;  
De ti, diosa, de ti los vientos huyen;  
Cuando tú llegas, huyen los nublados; 10  
Te da suaves flores varia tierra;  
Las llanuras del mar contigo ríen,  
Y brilla en larga luz el claro cielo.

Al punto que galana primavera  
La faz descubre, y su fecundo aliento  
Robustece Favonio desatado,  
Primero las ligeras aves cantan  
Tu bienvenida, diosa, porque al punto  
Con el amor sus pechos traspasaste:  
En el momento por alegres prados 20  
Retozan los ganados encendidos,  
Y atraviesan la rápida corriente:  
Prendidos del hechizo de tus gracias  
Mueren todos los seres por seguirte  
Hacia do quieres, diosa, conducirlos;  
Por último, en los mares y en las sierras,  
Y en los bosques frondosos de las aves,  
Y en medio de los ríos desbordados,  
Y en medio de los campos que verdecen,  
El blando amor metiendo por sus pechos, 30  
Haces que las especies se propaguen.

Pues como seas tú la soberana  
De la naturaleza, y por ti sola  
Todos los seres ven la luz del día,  
Y no hay sin ti contento ni belleza,  
Vivamente deseo me acompañes  
En el poema que escribir intento  
De la naturaleza de las cosas,  
Y dedicarle a mi querido Memmio,  
A quien tú, diosa, engalanar quisiste 40  
En todo tiempo con sublimes prendas:  
Da gracia eterna, diosa, a mis acentos.

Haz que entretanto el bélico tumulto  
Y las fatigas de espantosa guerra  
Se suspendan por tierras y por mares;  
Porque puedes tú sola a los humanos  
Hacer que gusten de la paz tranquila;  
Puesto que las batallas y combates  
Dirige Marte, poderoso en armas,

Que arrojado en tu seno placentero, 50  
Consumido con llaga perdurable,  
La vista en ti clavada, se reclina,  
Con la boca entreabierta, recreando  
Sus ojos de amor ciegos en ti, diosa,  
Sin respirar, colgado de tus labios.  
Ya que descansa en tu sagrado cuerpo,  
Inclinándote un poco hacia su boca,  
Infúndele tú, diosa, blando acento:  
Íclita medianera de las paces,  
Pídesela en favor de los romanos; 60  
Porque no puedo consagrarme al canto  
Entre las guerras de la patria mía,  
ni puedo yo sufrir que el noble Memmio  
Su defensa abandone por oírme.

Óyeme, Memmio, tú con libre oído,  
Y sin cuidados al saber te entrega:  
No desprecies mis dones, trabajados  
En honra tuya con sincero afecto,  
Sin penetrar primero en lo que digo:  
Porque serán materia de mi canto 70  
La mansión celestial, sus moradores;  
De qué principios la naturaleza  
Forma todos los seres, cómo crecen,  
Cómo los alimenta y los deshace  
Después de haber perdido su existencia:  
Los elementos que en mi obra llamo  
La materia y los cuerpos genitales,  
Y las semillas, los primeros cuerpos,  
Porque todas las cosas nacen de ellas.

Pues la naturaleza de los dioses 80  
Debe gozar por sí con paz profunda  
De la inmortalidad: muy apartados  
De los tumultos de la vida humana,  
Sin dolor, sin peligro, enriquecidos  
Por sí mismos, en nada dependientes  
De nosotros; ni acciones virtuosas  
Ni el enojo y la cólera les mueven.

Cuando la humana vida a nuestros ojos  
Oprimida yacía con infamia  
En la tierra por grave fanatismo, 90  
Que desde las mansiones celestiales  
Alzaba la cabeza amenazando  
A los mortales con horrible aspecto,  
Al punto un varón griego osó el primero  
Levantar hacia él mortales ojos  
Y abiertamente declararle guerra:

No intimidó a este hombre señalado  
La fama de los dioses, ni sus rayos,  
Ni del cielo el colérico murmullo.  
El valor extremado de su alma 100  
Se irrita más y más con la codicia  
De romper el primero los recintos  
Y de Natura las ferradas puertas.  
La fuerza vigorosa de su ingenio  
Triunfa y se lanza más allá los muros  
Inflamados del mundo, y con su mente  
Corrió la inmensidad, pues victorioso  
Nos dice cuáles cosas nacer pueden,  
Cuáles no pueden, cómo cada cuerpo  
Es limitado por su misma esencia: 110  
Por lo que el fanatismo envilecido  
A su voz es hallado con desprecio;  
¡Nos iguala a los dioses la victoria!

Mas temo mucho en esto que te digo  
Pienses acaso no te dé lecciones  
De impiedad, enseñándote el camino  
De la maldad: por el contrario, ¡oh Memmio!  
De acciones execrables y malvadas  
Fue causa el fanatismo muchas veces:  
A la manera que en Aulide un tiempo 120  
El altar de Diana amancillaron  
Torpemente en la sangre de Ifigenia  
La flor de los caudillos de los griegos,  
Los héroes más famosos de la tierra:  
Después que rodearon la cabeza  
De la doncella con fatales cintas,  
Que por ambas mejillas la colgaban:  
Cuando vio que su padre entristecido  
Estaba en pie del lado de las aras,  
Y junto a él tapando los ministros 130  
El cuchillo, y que el pueblo derramaba  
En su presencia lágrimas a mares;  
Muda de espanto, la rodilla en tierra  
Como una suplicante desgraciada,  
No la valía en tan fatal momento  
Haber dado al monarca la primera  
De padre el nombre; porque arrebatada  
Por varoniles manos, y temblando,  
Fue llevada al altar, no como hubiera  
En himeneo ilustre acompañada 140  
Ido a las aras con solemne rito;  
Antes, doncella, en el instante mismo  
De sus bodas cayese degollada

A manos de su padre impuramente,  
Como infelice víctima inmolada  
Para dar a la escuadra buen suceso:  
¡Tanta maldad persuade el fanatismo!  
De aterradores cuentos fatigado  
Referidos por todos los poetas,  
Quizá huirás de mí también tú, Memmio, 150  
Juzgándome inventor de sueños vanos  
Que sin cesar toda tu vida agiten,  
Y el temor emponzoñe tu ventura.  
Y con razón; pues si los hombres vieses  
Que cierto fin tenían sus desdichas,  
En alguna manera se armarían,  
Resistirían contra el fanatismo  
Y amenazas terribles de poetas:  
Pero no hay medio alguno de hacer frente,  
Porque se han de temer eternas penas 160  
Más allá de la muerte; no sabemos  
Cuál es del alma la secreta esencia:  
Si nace, o si al contrario, se insinúa  
Al nacer en el cuerpo, y juntamente  
Muere ella con nosotros; si del Orco  
Corre vastas lagunas tenebrosas;  
Si por orden divina va pasando  
De cuerpo en cuerpo de los otros brutos,  
Como cantó nuestro Ennio, que el primero  
De las cumbres amenas de Elicona 170  
Trajo guirnalda de verdor perenne  
Que las gentes latinas ensalzaron:  
A pesar de que en versos inmortales  
Ennio afirmó los infernales templos,  
En los que ni los cuerpos, ni las almas,  
Sino unos macilentos simulacros  
De figura espantable sólo habitan:  
Dice que allí del inmortal Homero  
La sombra vio, que se deshizo en llanto,  
Y los arcanos del saber le expuso. 180  
Por lo que antes que entremos en disputa  
De las cosas de arriba, y expliquemos  
Del sol y de la luna la carrera;  
Cómo en la tierra se produce todo;  
Principalmente con sagaz ingenio  
Del ánimo y del alma los principios  
Constitutivos es bien indaguemos:  
Y por qué los objetos que hemos visto  
En la dolencia asustan, y en el sueño,  
De modo que parece contemplamos 190

Y hablamos cara a cara con los muertos,  
Abrazando la tierra ya sus huesos.

No se me oculta que en latinas voces  
Es difícil empresa el explicarte  
Los inventos oscuros de los griegos,  
Principalmente cuando la pobreza  
De nuestra lengua, y novedad de objeto  
Harán que forme yo vocablos nuevos:  
Pero tu virtud, Memmio, sin embargo,  
Y el placer cierto de amistad suave 200  
Me inducen a sufrir cualquier trabajo  
Y a velar en la calma de las noches,  
Buscando de qué modo y de qué verso  
Pueda en tu mente derramar las luces  
Que todos los secretos te descubran.  
Preciso es que nosotros destierremos  
Estas tinieblas y estos sobresaltos,  
No con los rayos de la luz del día,  
Sino pensando en la naturaleza.

Por un principio suyo empezaremos: 210  
Ninguna cosa nace de la nada;  
No puede hacerlo la divina esencia:  
Aunque reprime a todos los mortales  
El miedo de manera que se inclinan  
A creer producidas por los dioses  
Muchas cosas del cielo y de la tierra,  
Por no llegar a comprender sus causas.  
Por lo que cuando hubiéremos probado  
Que de la nada nada puede hacerse,  
Entonces quedaremos convencidos 220  
Del origen que tiene cada cosa;  
Y sin la ayuda de los inmortales  
De qué modo los seres son formados.

Porque si de la nada fuesen hechos,  
Podría todo género formarse  
De toda cosa sin semilla alguna.  
Los hombres de la mar nacer podrían,  
De la tierra los peces y las aves,  
Lanzáranse del cielo los ganados,  
Y las bestias feroces como hijos 230  
De la casualidad habitarían  
Los lugares desiertos y poblados:  
Los mismos frutos no daría el árbol,  
Antes bien diferentes los daría:  
Todos los cuerpos produjeran frutos;  
Pues careciendo de principios ciertos,  
A las cosas ¿qué madre señalamos?

Pero es porque los seres son formados  
De unas ciertas semillas de que nacen  
Y salen a la luz; en donde se hallan 240  
Sus elementos y primeros cuerpos:  
Por lo que esta energía circunscribe  
La generación propia a cada especie.

Además, ¿por qué causa en primavera  
Vemos nacer la rosa, y en estío  
Los frutos sazonados, y las viñas  
En los días hermosos del otoño?  
Sino porque a su tiempo las semillas  
Determinadamente se reúnen;  
Sale la creación si ayuda el tiempo; 250  
La tierra vigorosa con certeza  
Da a luz sus tiernos hijos: si naciesen  
De la nada, saldrían al momento,  
En tiempo incierto y estación contraria:  
Pues que carecerían de principios  
Cuya unión el mal tiempo no impidiera.

Ni para su incremento cualquier cuerpo  
De tiempo y conjunción de las semillas  
Necesitara, si crecer pudiese  
De la nada: pues jóvenes se harían 260  
En un instante los pequeños niños;  
Y apenas los arbustos asomasen,  
De repente a las nubes se alzarían:  
Y vemos que sucede lo contrario,  
Puesto que poco a poco van creciendo,  
Imprimiendo un carácter cierto y fijo  
Con su propio crecer a cada especie.  
Venir puedes de aquí en conocimiento  
Que cada cuerpo crece y se sustenta  
De su materia propia y de su jugo. 270

Además, que la tierra no daría  
Sin ciertas lluvias sus alegres frutos;  
Ni el animal privado de alimento  
Su especie propagara, ni podría  
Conservarse a sí mismo: antes diremos  
Que muchos elementos son comunes  
A muchos individuos, así como  
Las letras a los nombres: pues sentemos  
Que sin principios nada existir puede.

¿Qué impidió, en fin, a la naturaleza 280  
Para que hombres tamaños nos hiciese  
Que vadear pudiésemos los mares,  
Arrancar con las manos las montañas,  
Y vencer muchos siglos con la vida,



Sino porque ha fijado los principios  
Para las creaciones de los seres?  
Nada, pues, de la nada puede hacerse,  
Puesto que necesita de semilla  
Cualquiera cosa para ser criada,  
Y del aire salir al aura tierna. 290  
Porque vemos, en fin, aventajarse  
A los eriales las labradas tierras  
Y mejorar la tierra con cultivo,  
Inferimos de aquí existir en ella  
Partes elementales que nosotros  
Hacemos producir, con el arado,  
Los fecundos terrones revolviendo,  
Y sujetando el suelo de la tierra:  
Luego si estos principios no existiesen,  
La perfección de suyo adquirirían. 300  
A esto se junta que naturaleza  
Nada aniquila, sino que reduce  
Cada cosa a sus cuerpos primitivos;  
Si los principios fueran destructibles,  
De nuestra vista luego arrebatado  
Cada ser pereciera en el momento;  
Inútil, pues, sería toda fuerza  
Que turbase la unión de los principios,  
Y rompiese sus lazos: pero ahora,  
Porque los elementos son eternos, 310  
Sufrir no puede la naturaleza  
Ponerlos a la vista destruidos,  
Sino cuando una fuerza extraordinaria  
El cuerpo hirió, le penetró y deshizo.  
Además, que si el tiempo aniquilase  
Todo lo que arrebató a nuestros ojos,  
Acabando con toda la materia,  
¿De dónde Venus a sacar volviera  
Todos los seres a la luz de vida?  
¿Cómo reproducidos la alma tierra 320  
Los alimenta, cómo da incremento,  
En general los pastos repartiendo?  
¿Cómo los ríos y las fuentes bellas  
De tan lejos al mar tributarían?  
¿Cómo el éter sustenta las estrellas?  
Pues si los elementos son mortales,  
Tantos siglos y días deberían  
Haber todas las cosas consumido:  
Luego son inmortales los principios,  
Si la naturaleza los obliga 330  
A las reproducciones de los seres:

Ninguna cosa puede aniquilarse.

La misma fuerza y causa últimamente  
Acabaría con los cuerpos todos  
Si la materia eterna no tuviera  
Estos entre sí unidos y enlazados:  
El tacto sólo les daría muerte,  
Porque no siendo eternos sus principios,  
Cualquiera fuerza a aniquilarlos basta.  
Mas como el nexo de sus elementos 340  
Diferencia los cuerpos unos de otros,  
Y como es la materia indestructible,  
Cada cuerpo subsiste ileso en tanto  
No reciba algún choque, que desuna  
La textura y unión de sus principios:  
Luego no se aniquila cosa alguna;  
Antes bien, destruido cualquier cuerpo,  
Se vuelve a sus primeros elementos.

En fin, ¿perecen las copiosas lluvias  
Cuando las precipita el padre éter 350  
En el regazo de la madre tierra?  
No: pues hermosos frutos se levantan,  
Los ramos de los árboles verdean,  
Crecen y se desgajan con el fruto.  
Sustentan a los hombres y alimañas,  
De alegres niños pueblan las ciudades,  
Por cualquier parte en las frondosas selvas  
Se oyen los cantos de las aves nuevas,  
Y los rebaños de pacer cansados  
Tienden sus cuerpos por risueños pastos, 360  
Y sale de sus ubres retestadas  
Copiosa y blanca leche; sus hijuelos  
De pocas fuerzas por la tierna hierba  
Lascivos juguetean, conmovidos  
Del placer de mamar la pura leche:  
Luego ningunos cuerpos se aniquilan;  
Pues la naturaleza los rehace,  
Y con la muerte de unos otro engendra.

Puesto que te he enseñado que los seres  
No pueden engendrarse de la nada, 370  
Ni pueden a la nada reducirse;  
No mires con recelo mi enseñanza,  
Al ver que con los ojos no podemos  
Descubrir los principios de las cosas;  
Sin embargo es preciso que confieses  
Que hay cuerpos que los ojos no perciben.

La fuerza enfurecida de los vientos  
Revuelve el mar, y las soberbias naves

Derriba, y desbarata los nublados;  
Con torbellino rápido corriendo 380  
Los campos a la vez, saca de cuajo  
Los corpulentos árboles, sacude  
Con soplo destructor los altos montes;  
El ponto se enfurece con bramidos,  
Y con murmullo aterrador se ensaña.  
De aquí seguramente inferiremos  
Que los vientos son cuerpos invisibles,  
Que barren tierra, mar, y en fin el cielo,  
Y esparcen por el aire los destrozos:  
No de otro modo corren y destrozan, 390  
Que cuando un río de tranquilas aguas  
De repente sus márgenes ensancha  
Enriquecido de copiosas lluvias  
Que de los montes a torrentes bajan  
Amontonando troncos y malezas:  
Ni los robustos puentes la avenida  
Impetuosa sufren de las aguas;  
En larga lluvia rebosando el río,  
Con ímpetu estrellándose en los diques,  
Con horroroso estruendo los arranca, 400  
Y revuelve en sus ondas los peñascos,  
Con furor arrollando todo obstáculo;  
Del mismo modo los furiosos vientos  
Semejantes a un río impetuoso  
Se arrojan sobre un cuerpo, y le sacuden,  
Y lo llevan delante con gran fuerza,  
En remolino a veces le arrebatan;  
Mil vueltas le hacen dar a la redonda.  
Diré y repetiré yo que los vientos  
Son cuerpos invisibles: sus efectos 410  
Y su naturaleza nos lo muestran,  
Puesto que emulan a los grandes ríos.  
Sentimos, además, varios olores,  
Y en la nariz tocando no los vemos;  
Ni el calor percibimos, ni los fríos,  
Ni las voces tampoco ver solemos  
Que la naturaleza de los cuerpos  
Es preciso que tenga, porque pueden  
Impeler los sentidos: nada puede  
Tocar y ser tocado sino el cuerpo. 420  
Por último; en las playas resonantes  
Los vestidos colgados se humedecen,  
Y tendidos al sol se enjugan luego:  
Ni cómo se empaparon ver podemos  
Ni cómo se enjugaron con la lumbre:

En partículas tenues se divide  
El agua de manera que no pueden  
Verse de modo alguno con los ojos.  
Después de cierto número de soles  
El anillo se gasta en vuestro dedo, 430  
El gotear la piedra agujerea,  
La reja del arado ocultamente  
En los surcos se gasta, y con los pasos  
Los empedrados desgastarse vemos;  
En las puertas también las manos diestras  
De cobreñas estatuas se adelgazan  
Con los besos continuos de unos y otros;  
Pues que gastadas vemos se atenúan:  
Pero no quiso la naturaleza  
Descubrirnos su pérdida instantánea, 440  
Celosa de que viesen nuestros ojos  
El lento crecimiento con que obliga  
A aumentarse los cuerpos cada día,  
Ni cómo se envejecen con el tiempo,  
Ni qué pérdidas tienen los peñascos  
De sales roedoras carcomidos,  
Que a los mares dominan y amenazan:  
Luego sólo obra la naturaleza  
De imperceptibles cuerpos ayudada.  
No está ocupado todo por los cuerpos, 450  
Porque se da vacío entre las cosas:  
Al entenderlo cogerás el fruto,  
Ni andarás entre dudas vacilante,  
Ni de continuo buscarás la esencia,  
Ni desconfiarás de mis escritos.  
Un espacio se da desocupado,  
Impalpable, vacío: el movimiento  
Sin este espacio no concebirías;  
Porque propiedad siendo de los cuerpos  
La resistencia, nunca cesarían 460  
De andar entrechocándose unos y otros:  
Imposible sería el movimiento,  
Pues ningún cuerpo se separaría:  
Por los mares ahora y por las tierras  
Y por los altos cielos, con los ojos  
Vemos mil movimientos diferentes:  
Y sin vacío no tan solamente  
De agitación continua carecieran  
Los cuerpos, mas también, ni aun engendrados  
Hubieran sido; porque la materia 470  
Quieta se hubiera estado eternamente.  
Aunque creamos sólidos los cuerpos,

Los vemos penetrables: por las rocas  
Copiosas gotas por doquier chorrean;  
Por todo el animal corre el sustento;  
Los árboles crecidos dan el fruto  
En tiempo señalado a manos llenas,  
Porque la savia desde las raíces  
Por troncos y por ramas se difunde;  
Y las voces penetran las paredes, 480  
Recorren los secretos de las casas;  
Hasta los huesos nos penetra el frío;  
Sin vacío los cuerpos no pudieran  
Trasladarse a otro punto en modo alguno.

En fin ¿cómo unas cosas se aventajan  
A las otras en peso, y no en figura?  
Pues si un vellón de lana pesa tanto  
Como un cuerpo de plomo, en equilibrio  
Debe estar la balanza; la materia  
Hace peso hacia abajo; luego queda 490  
Sin pesadez por su naturaleza  
El vacío: pues si me das dos cuerpos  
En una superficie comprendidos,  
El más ligero es el de más vacío,  
El más denso será de mayor peso;  
La razón nos demuestra claramente  
Un vacío existir diseminado.

Mas porque nadie pueda seducirte,  
Me adelanto a ponerte de antemano  
De algunos el capcioso raciocinio. 500  
Sostienen que a los peces relucientes  
Les abre el agua líquidos caminos,  
Que después el espacio abandonado  
Se ocupa por la onda retirada:  
Pueden moverse así y mudar de sitio  
Todos los demás cuerpos sin vacío.

En razón falsa estriba el argumento;  
¿Cómo podrán los peces menearse  
Si las aguas no dan lugar vacío.  
¿Cómo refluirán las aguas mismas 510  
Cuando los peces no darán un paso?  
O los cuerpos privar de movimiento  
O el espacio vacío confesemos  
Que principia a mover todos los cuerpos.

Con rapidez separa tú dos cuerpos  
Planos y que entre sí estén bien unidos,  
Verás cómo se forma allí un vacío  
Que no puede a la vez llenar el aire:  
Le va ocupando todo poco a poco.

Si por fortuna alguno presumiera 520  
Que de dos superficies separadas  
El espacio intermedio es ocupado  
Del aire condensado anteriormente,  
Se engaña; pues se forma allí un vacío  
Entonces que no hubo antes, y se llena  
El vacío existente: de este modo  
El aire ya no puede condensarse;  
Y aun dado que pudiese, como dicen,  
No podría a mi juicio sin vacío  
Sus partes recoger y reducirlas 530  
A volumen menos; para escaparte  
Cualquier dificultad que me objetares,  
Es preciso confieses el vacío.

Yo podría traerte muchas pruebas  
Que mis razones más acreditasen:  
A tu penetración estos ensayos  
Son suficientes, si indagando sigues,  
Porque así como muy frecuentemente  
Rastrear las querencias enramadas  
De las fieras monteses y los canes, 540  
Cuando dieron por fin con rastro cierto,  
Así de consecuencia en consecuencia  
Darás en general con los arcanos  
De la naturaleza, y de sus senos  
Sacarás la verdad. No te empereces.  
Si te apartares algo de mi objeto,  
Me atrevo, Memmio, a hacerte esta promesa.  
Se agotarán los grandes manantiales  
Donde he bebido yo largas noticias,  
Mi rico pecho dejará primero 550  
De derramarlas con suave labio,  
Y a paso lento la vejez tardía  
Habrá ocupado todos nuestros miembros,  
Y el principio vital habrá disuelto,  
Primero que por medio de mis versos  
Haya agotado esta materia inmensa.

A nuestros raciocinios ya volvamos:  
Estriba, pues, toda naturaleza,  
En dos principios: cuerpos y vacío  
En donde aquéllos nadan y se mueven: 560  
Que existen cuerpos, el común sentido  
Lo demuestra; principio irresistible  
Sin el cual la razón abandonada  
De errores en errores se perdiera.  
Si no existiera, pues, aquel espacio  
Que llamamos vacío, no estarían

Los cuerpos asentados, ni moverse

Podrían, como acabo de decirte.

Además del espacio y el vacío,  
No conocemos en naturaleza 570  
Una clase tercera independiente  
De los principios dichos: lo que existe  
Es necesariamente de pequeña  
O de grande extensión: si lo sintiere  
El tacto aunque ligera y levemente,  
Debemos colocarlo entre los cuerpos,  
Y al todo seguirá. Pero si fuere  
Impalpable, y ninguno de sus puntos  
A la penetración resistir puede,  
Este espacio y lugar llamo vacío. 580

En general los seres son activos;  
O bien a la acción de otros se sujetan,  
O bien el movimiento proporcionan,  
Y la existencia, pues los cuerpos solos  
Pueden ser o activos o pasivos:  
Sólo el vacío puede darles sitio:  
Luego no existe en la naturaleza  
Más que los cuerpos dichos, y el vacío:  
No pueden alcanzarlo los sentidos,  
Ni el espíritu humano comprenderlo. 590

Lo que no sea materia ni vacío,  
Propiedad o accidente es de uno o de otro.  
Las propiedades son inseparables  
Del sujeto; tan solamente cesan  
Cuando éste es destruido; así en la piedra  
Tal es la pesadez, tal en el fuego  
Es el calor, fluidez tal en el agua,  
La tangibilidad tal en los cuerpos  
Y tal su privación en el vacío.

Los que llamar solemos accidentes, 600  
Como la libertad y servidumbre,  
La pobreza y caudales desmedidos,  
La paz y guerra, sólo son maneras  
De ser, que con su ausencia o su presencia  
Lo esencial no trastornan del sujeto.

El tiempo no subsiste por sí mismo:  
La existencia continua de los cuerpos  
Nos hace que distingan los sentidos  
Lo pasado, presente, y lo futuro;.  
Ninguno siente el tiempo por si mismo, 610  
Libre de movimiento y de reposo.

En fin, cuando nos dicen haber sido  
Robada Elena y las troyanas gentes

Haber sido con guerra sujetadas,  
Nadie nos fuerce a confesar que pueden  
Existir por sí mismos estos hechos,  
Después que el tiempo irrevocable hubo  
Los siglos y sucesos engullido;  
Porque en diversos tiempos y regiones  
Cuántas cosas pasaron, pasar pueden, 620  
Mas sin materia, ni lugar ni espacio,  
Todo acontecimiento es imposible.

Sin materia, por fin, y sin vacío,  
La hermosura de Elena nunca hubiera  
Los célebres combates encendido  
De una guerra cruel que fomentaba  
El pecho ardiente de Alejandro frigio:  
No incendiara el caballo de madera  
De Pérgamo las torres sublimadas  
Con el parto nocturno de los griegos. 630  
Ya puedes ver que todos los sucesos  
Que agitan y revuelven nuestro globo  
No existen en verdad como los cuerpos,  
Ni son como el vacío, sino simples  
Cambios de los principios; accidentes  
Que al espacio o los cuerpos se refieren.

Llamamos cuerpos a los elementos  
Y a los compuestos que resultan de ellos:  
Los elementos son indestructibles,  
Porque su solidez triunfa de todo. 610

Te costará trabajo persuadirte  
Que existen cuerpos sólidos: el rayo  
Atraviesa los muros, así como  
Las voces y los gritos: se caldea  
El hierro si le metes en la fragua;  
Peñas ardiendo arrojan los volcanes;  
El oro se liquida en los crisoles;  
El cobre se derrite como el hielo;  
El frío y el calor de los licores  
Sentimos en los vasos que bebemos: 650  
De solidez perfecta no tenemos  
Idea cierta y experiencia clara.

Mas la razón y la naturaleza  
Esta verdad nos hacen que entendamos:  
óyeme en pocos versos: los principios  
Que componen el gran todo criado  
Tienen un cuerpo sólido y eterno.

Después, como los cuerpos y el espacio  
Por su naturaleza son opuestos,  
Es preciso que existan uno y otro 660



Enteramente puros por sí mismos:  
El vacío repugna todo cuerpo,  
La materia al vacío de sí aleja:  
Luego sólidos son y sin vacío  
Los elementos, los primeros cuerpos.

Pues que se da en los cuerpos el vacío,  
Deben de partes sólidas cercados  
Estar estos vacíos. Repugnante  
En los cuerpos sería dar vacío,  
Si a las paredes que rodean éste 670  
La solidez quitamos. Las paredes  
El agregado son de la materia:  
Luego como los cuerpos se destruyan,  
Es la materia sólida y eterna.

Sólido fuera el todo sin vacío:  
Y sin cuerpos que ocupen el espacio,  
Vacío inmenso fuera el universo,  
Por el contrario. El cuerpo y el espacio  
Son respectivamente muy distintos,  
Pues que no existe lleno ni vacío 680  
Perfecto: los principios y elementos  
Diferencian el lleno del vacío.

No puede disolverlos choque externo,  
Ni puede penetrar extraña fuerza  
A su tejido: ni de acción extraña  
Pueden recibir daño, como he dicho.  
Mas cómo pueda un cuerpo sin vacío  
Ser roto, dividido o descompuesto,  
Seguramente yo no lo concibo:  
Él es a la humedad inaccesible, 690  
Al frío y al calor, que son las causas  
Destructoras de todo: así observamos  
Que cuanto más los cuerpos son sujetos  
A estas causas que van menoscabando,  
Encierran más vacío en su tejido:  
Luego si constan los primeros cuerpos  
De solidez, y no tienen vacío,  
Eternos han de ser forzosamente.

Si no fuesen eternos, a la nada  
Todo el mundo se hubiera reducido: 700  
Pero como la nada no produce  
Ni aniquila los seres, es preciso  
Que eternos sean los primeros cuerpos,  
Pues los destruyen y los reproducen  
Todos los seres: luego los principios  
La simplicidad sólida contienen,  
Porque sin ella no hubieran podido

Durante tantos siglos conservarse,  
Ni reparar los seres de continuo.

En fin, si hubiera la naturaleza 710  
A límites precisos reducido  
La divisibilidad de la materia,  
Los elementos del gran todo hubieran  
En la revolución de tantos siglos  
Llegado luego a tal acabamiento,  
Que de su unión los cuerpos producidos  
Alcanzar no pudieran su incremento.  
Como un cuerpo más pronto se destruya  
Que lo que tarda el mismo en rehacerse,  
Las pérdidas que hubiera padecido 720  
En la edad precedente, irreparables  
Fueran sin duda alguna en las siguientes:  
Pero constantemente se reparan  
De su menoscabar todos los cuerpos,  
Y los vemos llegar a plazos fijos  
A aquella perfección que les compete,  
La división de la materia tiene  
Límites invariables y precisos.

Solidísimos son los elementos:  
Mas como en todo cuerpo haya vacío, 730  
Pueden hacerse blandos como el agua,  
El aire, tierra y fuego; y al contrario,  
Si damos que son muelles los principios,  
El pedernal, el hierro, como puedan  
Consistencia tomar no explicaremos.  
Porque en sus obras la naturaleza  
Sobre sólidas bases no estribara.  
Sólidos son y simples los principios,  
Pues su unión más o menos apretada  
Resistencia y dureza da a los cuerpos. 740

La duración, por fin, y el crecimiento  
De los cuerpos ha la naturaleza  
Determinado y su poder medido.  
No padecen mudanza las especies,  
Ni las generaciones se varían,  
Como las clases diferentes de aves  
Están de ciertas manchas salpicadas;  
Porque son inmutables las especies.  
Si admitimos mudanza en los principios  
No sabremos qué pueda producirse 750  
Y qué no pueda, y cómo se limitan  
Los cuerpos, cómo pueden traer los siglos  
Naturaleza, vida, movimiento,  
Y las mismas costumbres de los padres.

La extremidad de un átomo es un punto  
Tan pequeño, que escapa a los sentidos;  
Debe sin duda carecer de partes:  
Él es el más pequeño de los cuerpos,  
Ni estuvo ni estará jamás aislado;  
Es una parte extrema, que juntada 760  
Con otras y otras partes semejantes,  
Forman así del átomo la esencia.  
Si del átomo, pues, los elementos.  
De existencia carecen separados,  
Será su unión tan íntima y estrecha,  
Que no hay fuerza capaz de separarlos.  
De simple solidez los elementos  
Y partes muy delgadas se componen;  
Su unión no es un compuesto heterogéneo,  
Sino simplicidad eterna. Quiere 770  
De este modo formar naturaleza  
Los cuerpos, sin que alguna de sus partes  
Separación o menoscabo sufra.

Además, si nosotros no admitimos  
De división un término preciso,  
Se compondrán los cuerpos más pequeños  
De infinidad de partes, caminando  
De mitad en mitad al infinito.  
¿Qué diferencia habrá de un cuerpo grande  
Al cuerpo más pequeño? Suponiendo 780  
Que el todo es infinito, sin embargo,  
De partes infinitas igualmente  
Se compondrán los átomos más breves:  
Mas como la razón no lo comprenda,  
Convencido es preciso que confieses  
Que los simples corpúsculos terminan  
La división y solidez eterna.

Si la naturaleza creadora  
No acostumbrase a reducir los seres  
A sus mínimas partes, no podría 790  
Rehacer unos de otros, destruídos:  
Pues siendo todavía divisibles,  
No podría enlazarse la materia,  
Ni tener pesadez, ni ser chocada,  
Ni encontrarse con otro ni moverse,  
Causas engendradoras de los seres.

Si divisibles fueran los principios  
Al infinito, es fuerza que existieran  
Desde la eternidad cuerpos intactos:  
Mas como sean frágiles, no pueden 800  
Haber por tantos siglos resistido

A innumerables choques de continuo.

Y por esta razón los que creyeron  
Que el fuego era el origen de las cosas,  
En un error grosero han incurrido.  
Esta opinión Heráclito defiende  
Como primer caudillo, celebrado  
Por su oscuro lenguaje entre los griegos  
Superficiales, más que por los sabios  
Que buscan la verdad: porque los necios 810  
Aman y admiran más lo que está envuelto  
En misteriosos términos; su oreja  
Suavemente puede ser herida  
Y embelesada con gracioso ruido:  
Y el dulce halago a la verdad prefieren.

A Heráclito pregunto: ¿de qué modo  
Podrían existir tan varias cosas  
Si del fuego purísimo nacieran?  
Rarificar o condensar el fuego  
De nada serviría, si sus partes 820  
Se compusiesen de la misma esencia  
Que tiene todo el fuego: reunidos  
Los elementos, fuego más activo  
Tendremos, y más flojo separados:  
Bien condensemos o rarifiquemos  
El fuego, como habemos ya probado,  
No se pueden formar cuerpos distintos.

Y si éstos reconocen el vacío,  
Enrarecer y condensar el fuego  
Podrán; pero se quedan en silencio 830  
Viendo se contradicen a sí mismos,  
Y evitan admitir puro vacío;  
Y mientras huyen las dificultades  
Se apartan del camino verdadero.  
El vacío quitado, no reparan  
Que debe condensarse todo cuerpo,  
Y no formar más que uno, cuyas partes  
Condensadas no pueden escaparse  
Como el calor y luz que arroja el fuego:  
Luego de partes densas no se forman. 840

Porque si en defender ellos se obstinan  
Que las partes del fuego recogidas  
Se apagan y se mudan, a la nada  
El fuego elemental reducirían,  
Y todo nacería de la nada;  
No puede un cuerpo transmutar su esencia  
Sin que deje de ser lo que antes era.  
Deben, pues, conservar los elementos

Del fuego aquella su naturaleza,  
Para que ni los cuerpos se aniquilen 850  
Ni el gran todo renazca de la nada.

Mas aunque existen en naturaleza  
Algunos cuerpos de inmutable esencia,  
Que con aumentos o disminuciones  
Y con combinaciones diferentes  
Hacen cambiar la esencia de los cuerpos,  
No son éstos corpúsculos de fuego.

Añadir o quitar no importaría,  
Ni cambiarles el orden, pues de fuego  
Tendrían todos la naturaleza, 860

Y del fuego los cuerpos se engendrarán.

Así es como yo pienso que se forman:  
Existen ciertos cuerpos, cuyo encuentro,  
Figura, situación y movimiento  
Y orden forman el fuego; trastornados,  
Su esencia mudan. Estos elementos  
Ni son de fuego, ni otra cosa alguna  
Que pueda enviar cuerpos al sentido,  
Y palparlos el tacto si se arriman.

Decir que todo lo compone el fuego, 870  
Y que éste es el principio de las cosas,  
Que es lo mismo que Heráclito establece,  
Me parece locura consumada.

Ataca los sentidos por sí mismos,  
Los destruye y nos roba la creencia  
Que pende de los mismos por los cuales  
El fuego conoció; pues se persuade  
Que conocen el fuego los sentidos,  
Y lo demás no cree que es tan claro:  
Muy necio y delirante me parece. 880

¿Adónde la verdad encontraremos?

¿Quién mejor que el sentido puede hacernos  
Lo falso distinguir y verdadero?

¿Por qué, pues, quitará alguno los cuerpos,  
Dejando por principio sólo el fuego,  
O quitándole a éste su existencia,  
Los demás cuerpos dejará tan sólo?  
Uno y otro parece igual delirio.

Aquéllos que creyeron ser el fuego  
La materia y la suma de los cuerpos; 890  
Y los que por principio establecieron  
El aire creador, los que pensaron  
El agua misma hacer por sí los cuerpos,  
Y que la tierra lo criaba todo,  
Y que en cualquiera cuerpo se mudaba,

En errores grandísimos cayeron.  
Añadamos también los que duplican  
Los elementos, cuando al fuego juntan  
Con el aire, y la tierra con el agua;  
Los que aire, tierra, lluvia y fuego tienen 900  
Por creadores de los cuerpos todos.

Empédocles, el hijo de Agrigento,  
Va a su frente, nacido en las orillas  
Triangulares de la isla celebrada  
Por las ondas azules del mar Jonio  
Que la baña y rodea con mil vueltas,  
Y que con altas encrespadas olas  
Por un angosto estrecho la divide  
De las playas y términos de Italia.  
Aquí habita Caribdis anchurosa, 910  
Aquí etnéos murmullos amenazan  
De llamas recoger nuevos furiosos,  
Vomitando un volcán por sus gargantas,  
Y de nuevo lanzar a las estrellas  
Relámpagos de fuego: ciertamente  
Esta región que admiran las naciones,  
Óptima en bienes, prodigiosa grande,  
De valerosos héroes guarnecida,  
No tuvo en sí varón más señalado,  
Más asombroso, caro y respetable; 920  
De su divino pecho las canciones  
Pregonan sus inventos peregrinos,  
Dejándonos en duda si fue humano,  
O de inmortal estirpe descendiente.  
Este sabio inmortal, y los nombrados  
Inferiores a él, menos ilustres,  
Divinos inventores de las cosas,  
Sacaron de sus íntimas entrañas  
Oráculos más ciertos y sagrados  
Que la Pitia en la trípode de Apolo 930  
Los diera con laureles coronada;  
Mas cual hombres al fin, aunque tan grandes,  
Erraron los principios de las cosas,  
De errores en errores resbalando.

Establecen primero el movimiento,  
Y dejan a los cuerpos sin vacío:  
Cuerpos blandos y raros reconocen  
Tal como el aire, el sol, la tierra, el fuego,  
Animal, vegetal, pero no quieren  
Admitir en sus cuerpos el vacío. 940

Dividen la materia al infinito,  
La sección de los cuerpos no limitan

Ni en ellos partes mínimas conocen.  
Viendo que de los cuerpos el extremo  
Lo mínimo es que llega a los sentidos,  
Hay que conjeturar que aquel extremo  
Que en el extremo mismo no podemos  
Distinguir, es el mínimo en los cuerpos.

Establecen también principios blandos,  
Que nacen y perecen como vemos. 950  
Ya se hubiera el gran todo aniquilado,  
Los cuerpos renacieran da la nada:  
¡Ya ves cuán grande error y qué delirio!

Enemigos, por fin, son los principios,  
Y de muchas maneras se destruyen;  
Chocándose entre sí se aniquilaran,  
O se disiparían cual los rayos,  
Lluvias y vientos por las tempestades.

Si todo se hace de estas cuatro cosas,  
Y todo en ellas mismas se resuelve, 960  
¿Por qué aquéllas tendremos por principios  
Mejor que no a los cuerpos? pues que mudan  
De esencia y forma y de naturaleza.

Mas si al contrario, acaso presumieres  
Que se reúne el agua, el fuego, el aire  
Y tierra sin mudarse en modo alguno  
Su misma esencia, de ellos no podría  
Crearse cosa alguna, ya animada,  
Ya inanimada sea como el árbol.  
Una mezcla confusa encontraremos 970  
De aire, agua, tierra y fuego: nunca pueden  
Estas substancias concebirse unidas;  
Su propiedad cada una desplegara.  
Es necesario que obren los principios  
De un modo clandestino e invisible;  
No sea que dominando demasiado  
Impidan a los cuerpos que se formen  
Conservar su específico carácter.

Su primer elemento hacen al fuego,  
Que emana según ellos de los cielos; 980  
De éste se engendra el aire, de aquí el agua,  
Y la tierra del agua es engendrada.  
Retrogradando nacen de la tierra  
Los demás elementos: antes la agua,  
Después el aire; el fuego últimamente;  
Estas transformaciones nunca cesan,  
Bajan desde los cielos a la tierra,  
Desde la tierra hasta los cielos suben:  
No deben hacer esto los principios;

Es preciso que sean inmutables, 990  
Porque no se aniquile el universo;  
No puede cuerpo alguno de su esencia  
Los límites pasar sin que al momento  
Deje de ser lo que era; por lo tanto,  
Si se transforman estos elementos  
De continuo, como hemos dicho arriba,  
Es preciso que de otros inmutables  
Se compongan; no sea que a la nada  
Se vea reducido el universo.

Establece más bien algunos cuerpos, 1000  
De tal naturaleza revestidos,  
Que si el fuego criasen, hacer pueden  
Estos mismos el fluido del aire,  
Y así los demás seres, aumentando  
O bien disminuyendo, los principios,  
Cambiando situación y movimiento.

Pero es claro, me dices, que los cuerpos  
Crecen y se sustentan de la tierra:  
Si la estación al aire no le presta  
Una temperatura favorable, 1010  
Y si con frescas lluvias no se mueven  
Las copas de los árboles, ni ayuda  
Con sus rayos el Sol las producciones;  
Ni sembrados, ni arbustos, ni animales  
Jamás podrán llegar a crecimiento.

Sin duda es cierto; y si a nosotros mismos  
No nos sustenta un sólido alimento  
Y bebida suave, nuestros miembros  
Su brío perderán, y el sentimiento  
Se acabara del todo en nuestros huesos: 1020  
Porque nos alimentan ciertos cuerpos  
Como a las demás cosas, pues mezclados  
Los principios están, y son comunes  
De muchos modos a otros muchos cuerpos.  
De aquí la variedad en el sustento:  
Mucho importa saber de los principios  
La mezcla, situación y movimientos  
Recíprocos; los mismos constituyen  
El cielo, el mar, la tierra, sol y ríos,  
Los árboles, los frutos y animales: 1030  
En cada verso de estos mismos cantos  
Verás que son comunes muchas letras  
De muchas voces: debes, sin embargo,  
Confesar que los versos y palabras  
Difieren entre sí, ya en la substancia,  
Ya en el mismo sonido que sentimos:



Tanto pueden las letras variadas.  
Pero de la materia los principios  
De otros mil modos combinar se pueden  
Para criarse variedad de cosas. 1040  
La Homeomeria también profundicemos  
De Anaxágoras, que es así llamada  
Entre los griegos, y en la lengua patria  
No permite nombrarla su pobreza;  
Pero es fácil decirlo con rodeos  
Y explicar la Homeomeria en su principio.  
Los huesos, a saber, de huesecitos;  
Las entrañas se forman de entrañitas;  
Muchas gotas de sangre congregadas  
Crían la sangre; y piensa que se forma 1050  
De moléculas de oro el oro mismo;  
Que se forma la tierra, el fuego, el agua  
De sus pequeñas partes respectivas,  
Y que todos los cuerpos son formados  
De la unión de principios similares.

Él no admite vacío en parte alguna,  
Y los cuerpos divide al infinito:  
Y yerra en ambas cosas, como aquellos  
Que antes de él los principios indagaron.

Establece muy frágiles principios, 1060  
Si el nombre de principios puede darse  
A los que son lo mismo que los cuerpos  
Endebles, se destruyen y perecen.  
En un ataque tan violento y fuerte,  
¿Quién permanecerá? ¿quién de la muerte  
Cogido, escapará de entre sus garras?  
¿El fuego? ¿el agua? ¿el aire? ¿sangre o huesos?  
Ninguno de estos cuerpos, según juzgo;  
Pues son perecederos como aquéllos  
Que vemos perecer a nuestros ojos: 1070  
Nada puede a la nada reducirse,  
¡Ni alguna cosa hacerse de la nada,  
Confirman mis probados argumentos.

Por otra parte, como el alimento  
El cuerpo sustentado le engrandece,  
Se sigue que las venas y la sangre,  
Y los huesos y nervios se componen  
De heterogéneas partes: o substancias  
Mezcladas dirán ser los alimentos,  
Y que abrazan en si pequeños nervios, 1080  
Y unas partes de sangre, y huesos, venas:  
Entonces los sustentos y bebidas  
De heterogéneas partes se componen.

Si los cuerpos que nacen de la tierra  
Los contiene además ella en su seno,  
Debe constar de tan diversas partes  
Cuanto sus producciones son diversas:  
De los demás compuestos raciocino  
Del mismo modo; si la llama y humo  
Y ceniza están dentro en los leños, 1090  
Los leños deben ser heterogéneos.

Un solo medio de defensa tiene  
La opinión vacilante de Anaxágoras:  
Dél se vale, y pretende que los cuerpos  
Encierran en sí mismos los principios  
De todos los demás; pero que aquéllos  
Solamente divisan nuestros ojos  
Que están en mayor número mezclados,  
Y ocupan la primera superficie:  
La razón desaprueba este discurso; 1100  
Porque fuera forzoso que los granos  
Cuando son quebrantados con la piedra  
Diesen muestras de sangre, o bien de partes  
Que alimentan el cuerpo; manaría  
Sangre, si se frotaran dos guijarros:  
Las hierbas destilaran igualmente  
Dulces gotas de leche tan sabrosa  
Como las ubres de lechera oveja:  
Destripando terrones, muchas veces  
Yerbas encontraríamos y granos 1110  
Y árboles pequeñitos escondidos:  
Hendiendo la madera, en fin, se vieran  
Llamas pequeñas, y ceniza, y humo:  
Mas como la experiencia contradiga  
Estar así revueltos los principios,  
Deben comunes ser a todo cuerpo,  
Y estar diversamente colocados  
En los diversos cuerpos de los seres.

Pero dirás que en montes empinados  
Las copas de los árboles robustos 1120  
Del austro proceloso sacudidas  
Se entrechocan y arrojan vivas llamas:  
Es cierto, sí; mas no contienen fuego:  
Una porción de partes inflamables  
Por el frote en un punto reunidas  
El incendio originan de los bosques;  
Si tanto fuego en ellos se escondiera,  
No podría un momento refrenarse,  
Consumiera las selvas de continuo,  
Reduciendo a cenizas todo arbusto. 1130

Ya ves que importa mucho, como dije,  
El mixto conocer de los principios,  
Saber su movimiento y posiciones  
Recíprocos, porque los elementos  
Cambiados entre sí ligeramente  
Sacarían el fuego de los leños,  
Como si estas palabras ligna et ignes  
Si que sus letras alteremos mucho  
Con distinto sonido pronunciamos.

Si crees que no pueden explicarse 1140  
Ya, por fin, los fenómenos del mundo  
Sin que atribuyas a los elementos  
Naturaleza igual a la del cuerpo,  
Perecen los principios de las cosas;  
De modo que den grandes carcajadas  
De una trémula risa conmovidos,  
Y el semblante y mejillas humedezcan  
Llenándolos de lágrimas amargas.

Escucha las verdades que me falta  
Hacerte conocer por modo claro. 1150  
Bien conozco que son bastante obscuras;  
Pero mi corazón ha sacudido  
Con fuerte tirso la esperanza grande  
De gloria, y juntamente ha derramado  
Suave amor de las musas en mi pecho;  
Del que agitado con briosa mente  
Recorro los lugares apartados,  
De las Piérides antes nunca hollados:  
Agrádame acercarme a fuentes puras,  
Y agotarlas bebiendo, y nuevas flores 1160  
Agrádame coger para guirnalda  
Insigne con que ciña mi cabeza  
De un modo que las musas a ninguno  
Hayan antes las sienas adornado:  
Primero, porque enseñe grandes cosas,  
De la superstición rompo los lazos  
Anudados que el ánimo oprimían;  
Después, porque compongo versos claros  
Sobre una cosa obscura, realzando  
Con poética gracia mis escritos. 1170  
De la razón en esto no me aparto.  
Así, cuando los médicos intentan  
Hacer beber a un niño amargo ajenjo,  
Los bordes de la copa untan primero  
Con el licor de miel dulce y dorado,  
Para que, seduciendo y engañando  
La impróvida niñez, hasta los labios

El amargo brebaje apure en tanto  
Y engañado no muera, sino que antes  
Convaleciendo así se restablezca; 1180  
Del mismo modo, porque las más veces  
Parece trato yo de asuntos tristes  
Para aquéllos que no han jamás pensado,  
Y que al vulgo disgustan de los hombres,  
Con el suave canto de las musas.  
Quise explicarte mi sistema todo  
Y enmelarte con música pieria,  
Por si acaso pudiera de este modo  
Tenerte seducido con mis versos,  
Hasta que entera y fiel Naturaleza 1190  
Sin velo ante tus ojos se presente.

Mas porque te he enseñado que los cuerpos  
De la materia sólidos y eternos  
Giran perpetuamente indestructibles,  
Examinemos hora si la suma  
De éstos es infinita, o limitada;  
Si también el vacío establecido,  
Este lugar y espacio en que los cuerpos  
Se mueven además es limitado,  
O si es profundo, inmenso e infinito. 1200

Es infinito, pues, de suyo el todo,  
Pues aunque extremidad tener debía,  
Como cuerpo ninguno se concibe  
Sin que a él otro cuerpo le termine,  
De modo que la vista claramente  
Más allá de este cuerpo no se extienda,  
Confesemos por fuerza que no hay nada  
Más allá de la suma, pues no tiene  
Extremidad, de límites carece.  
El sitio que tu ocupas nada importa, 1210  
Pues que por todas partes un espacio  
Te falta que correr ilimitado.

Si además el espacio es limitado  
Y alguno se coloca en el extremo  
Y tira alguna flecha voladora,  
¿Deseas que tirada con gran fuerza  
Vuele ligera por llegar al blanco,  
O piensas que la impide algún estorbo  
Su vuelo y no la deja ir adelante?  
Uno u otro es preciso que confieses. 1220  
Cualquiera que tú elijas, a la fuerza  
Debes quitar los límites al todo:  
Porque bien sea obstáculo el que impida  
Y estorbe que la flecha llegue al blanco,

O bien le pase, aquí no se da extremo:  
En donde pongas límites, yo al punto  
Preguntaré qué ha sido de la flecha:  
Jamás encontrarás así el extremo;  
Siempre su inmensidad deja un espacio  
Que recorra la flecha fugitiva. 1230

Además, que si la naturaleza  
Hubiera puesto límites al todo,  
Ya la materia con su mismo peso  
Se juntara en los sitios más profundos;  
Debajo de la bóveda del cielo  
Ninguna cosa se produciría,  
Ni el cielo ni la luz del Sol naciera;  
Como que la materia toda hundida  
Desde la eternidad amontonada  
Inerte yacería; pero ahora 1240  
De cierto no reposan los principios,  
Porque ningún lugar profundo existe  
En donde puedan como reunirse  
Y colocar su asiento permanente;  
Y siempre un continuado movimiento  
Cría por todas partes nuevos seres,  
Y el infinito suministra siempre  
De una materia activa eterna copia.

Que unos cuerpos, en fin, a otros limitan  
Claramente lo vemos: las montañas 1250  
El aire circunscribe, a éste los montes;  
A los mares da límites la tierra,  
Y los mares limitan a las tierras;  
Nada hay que ponga límites al todo:  
Porque es de los lugares y el espacio  
Tal la naturaleza, que los ríos  
Clarísimos corriendo eternamente  
Alcanzar con su curso no podrían  
Los límites del mundo en parte alguna;  
Nada habrían andado: el universo, 1280  
No conociendo límites, por todas  
Partes al infinito se dilata.

Seguramente la naturaleza  
Impide que la suma de las cosas  
Pueda circunscribirse ella a si misma;  
Porque ha hecho que el vacío limitase  
Al cuerpo, éste al vacío; de este modo  
Ha dispuesto su obra ilimitada.  
Si el vacío tan sólo ilimitara,  
O hiciese limitada la materia, 1270  
Ni la tierra, ni el mar, ni de los cielos

Las bóvedas lucentes, ni los hombres,  
Ni de los dioses los sagrados cuerpos  
De existencia gozaran un instante:  
Pues la materia, sacudiendo el yugo,  
Se derramara por vacío inmenso,  
O más bien ella nunca concretada  
Ni un sólo cuerpo hubiera producido,  
Por no poderse unir diseminada.

Porque seguramente los principios 1280  
De la materia no se han colocado  
Con orden, con razón ni inteligencia,  
Ni han pactado entre sí sus movimientos;  
Antes diversamente combinados,  
Desde la eternidad por el espacio  
Agitados con choques diferentes,  
Juntas y movimientos van probando,  
Hasta que se colocan de manera  
Que esta suma criada se mantiene;  
La cual por muchos siglos conservada, 1290  
Y puesta en conveniente movimiento,  
Hace con largas ondas que los ríos  
Abastezcan los mares insaciables;  
Que la tierra sus frutos reproduzca  
Con los rayos del Sol alimentada;  
Y que reproducidas las especies  
De los brutos florezcan, y que vivan  
Los fuegos celestiales resbalando:  
No sucediera si infinita copia  
De los principios no estuviera siempre 1300  
Reparando las pérdidas continuas:  
Así como los brutos sin sustento  
Se van aniquilando, y por fin mueren;  
De la misma manera el todo debe  
Perecer al momento que materia  
De su recto camino extraviada  
No suministre pábulo a los cuerpos.

No podrían los átomos externos  
Conservar a la suma congregada;  
Porque pueden con golpes repetidos 1310  
Impedir que una parte se destina,  
Y dar tiempo a los átomos que lleguen  
A completar la suma; algunas veces,  
A rebotar no obstante precisados  
Espacio y tiempo, dan a los principios  
Para que se desunan libremente:  
Sin cesar es preciso se sucedan  
Los átomos; materia ilimitada

Supone, pues esta presión eterna.

    Guárdate de creer en esto, Memmio, 1320

Lo que dicen algunos: que los cuerpos  
Se dirigen al centro de la suma,  
Y que del mundo la naturaleza  
No es detenida por eternos choques,  
Ni a parte alguna pueden escaparse  
El uno u otro extremo, porque todo  
Al centro se dirige. Si creyeres  
Que un ser puede en sí mismo sustentarse:  
Que los cuerpos pesados que tenemos  
Bajo los pies, gravitan hacia arriba: 1330  
Que en dirección contraria son llevados,  
Como la imagen que en el agua vemos;  
Defiende con razones semejantes  
Que debajo vaguean animales,  
Que no pueden caerse de la tierra  
En las regiones ínfimas, del modo  
Que no pueden al cielo remontarse  
De suyo nuestros cuerpos; y que cuando  
Aquéllos ven el sol, nosotros vemos  
De noche las estrellas, y alternando 1340  
Parten las estaciones con nosotros;  
Y que igualan sus días a los nuestros,  
Y a las tuyas igualan nuestras noches.

    En ficciones groseras han caído  
Y en errores estúpidos los necios,  
Porque en principios falsos se apoyaron:  
Pues en una extensión ilimitada  
No entienden que no puede darse un centro,  
Y aun cuando supongamos que existiera,  
No se vieran los cuerpos obligados 1350  
A pararse más bien aquí que en otra  
Cualquiera parte o sitio del espacio;  
Pues la naturaleza del vacío  
Cede a los cuerpos graves, hacia el centro  
Se dirijan, o no; porque no hay sitio  
En que los cuerpos una vez llegados  
Pierdan su pesadez, y se detengan;  
El vacío a los cuerpos dará paso;  
Así lo exige su naturaleza:  
No impedirá la desunión del todo 1360  
Este deseo que los lleva al centro.

    También además fingen que hacia el centro  
No es común la tendencia a todo cuerpo;  
Los que de tierra o agua se componen  
Se dirigen a él, como los mares,

Y las que salen de soberbios montes  
Y lo que encierra en sí cuerpo terrestre:  
Pero del aire las sutiles auras  
Y las llamas ligeras se retiran  
Del centro: que por eso centellea 1370  
Todo el éter con fuegos y se nutre  
Del Sol la antorcha en azulado cielo;  
Porque el calor del centro fugitivo  
Recoge allí sus fuegos (no pudiera  
Los animales sustentar la tierra  
Ni del árbol las ramas hojecieran  
Si el jugo alimenticio no les diese  
Colocan más allá de las estrellas  
El firmamento, para que los fuegos  
Del cielo, libres, y del centro huyendo 1380  
A la manera de voraces llamas,  
No traspasen los límites del mundo  
Y desordenen la naturaleza,  
Ni el cielo se desplome con sus rayos,  
Ni se abra la tierra de repente  
Debajo de los pies, y nuestros cuerpos  
Caigan en el abismo sepultados,  
Descompuestos, envueltos en ruinas  
De tierra y cielo; así que en un instante  
Más que soledad vasta no quedara, 1390  
Y principios sin fuerza: en cualquier parte  
Que empieces, pues, a disolver los cuerpos  
Te hallarás una puerta siempre franca  
De destrucción, por donde la materia  
Amontonada escapará volando.  
Si estos conocimientos que te ofrece  
Mi humilde musa, hubieres comprendido,  
Porque con una cosa otra se ilustra,  
No te robará el paso obscura noche  
Sin que penetres los secretos hondos 1400  
De la naturaleza: de este modo  
Unas verdades esclarecen otras. 1402

## Libro II

Revolviendo los vientos las llanuras 1  
Del mar, es deleitable desde tierra  
Contemplar el trabajo grande de otro;



No porque dé contento y alegría  
Ver a otro trabajado, mas es grato  
Considerar los males que no tienes:  
Suave también es sin riesgo tuyo  
Mirar grandes ejércitos de guerra  
En batalla ordenados por los campos:  
Pero nada hay más grato que ser dueño 10  
De los templos excelsos guarnecidos  
Por el saber tranquilo de los sabios,  
Desde do puedas distinguir a otros  
Y ver cómo confusos se extravían  
Y buscan el camino de la vida  
Vagabundos, debaten por nobleza,  
Se disputan la palma del ingenio,  
Y de noche y de día no sosiegan  
Por oro amontonar y ser tiranos.  
¡Oh míseros humanos pensamientos! 20  
¡Oh pechos ciegos! ¡Entre qué tinieblas  
Y a qué peligros exponéis la vida;  
Tan rápida, tan tenue! ¿Por ventura  
No oís el grito de naturaleza,  
Que alejando del cuerpo los dolores,  
De grata sensación el alma cerca,  
Librándola de miedo y de cuidado?  
Vemos cuán pocas cosas son precisas  
Para ahuyentar del cuerpo los dolores,  
Y bañarle en delicias abundantes, 30  
Que la naturaleza economiza.  
Si no se ven magníficas estatuas,  
De cuyas diestras juveniles cuelguen  
Lámparas encendidas por las salas  
Que nocturnos banquetes iluminan,  
Ni el palacio con plata resplandece,  
Ni reluce con oro, ni retumba  
El artesón dorado con las liras;  
Se desquitan, no obstante, allá tendidos  
En tierna grama, cerca de un arroyo, 40  
De algún árbol copudo sombreados,  
A cuyo pie disfrutan los placeres  
Que cuestan poco; señaladamente  
Si el tiempo ríe y primavera esparce  
Flores en la verdura de los campos:  
Maligna fiebre no saldrá del cuerpo  
Si en púrpura y bordados te revuelves  
Con más celeridad que si encamares  
Entre plebeyas mantas y sayales.  
Porque si la fortuna, el nacimiento, 50

El esplendor del trono hacer no pueden  
A nuestro cuerpo bienaventurado,  
Presumimos que al ánimo tampoco;  
Si no es que acaso cuando tus legiones  
Veas que hierven por los anchos valles  
En simulacro y ademán de guerra;  
Cuando veas que el mar tus velas cubren,  
Y que le hacen gemir por todas partes,  
Te figures con esto que aterrada  
La superstición huye con espanto 60  
Del ánimo, y el miedo de la muerte  
Deja entonces el pecho descuidado.

Pues si vemos que son ridiculeces  
Y vanidades estas cosas todas;  
Y a la verdad los miedos de los hombres  
Y los cuidados que les van siguiendo  
No temen el estruendo de las armas  
Si las crueles lanzas; audazmente  
Se sientan con los reyes y señores:  
Ni sus fulgentes púrpuras respetan, 70  
Ni sus diademas de oro; único fruto  
De la ignorancia dudarás que es todo,  
Nuestra vida en tinieblas sepultada.

Así como los niños temerosos  
Se recelan de todo por la noche,  
Así nosotros, tímidos de día  
Nos asustamos de lo mismo a veces  
Que despavorir suele a los muchachos:  
Preciso es que nosotros desterremos  
Estas tinieblas y estos sobresaltos, 80  
No con los rayos de la luz del día,  
Sino pensando en la naturaleza.

Sígueme siempre tú, y escucha ahora  
Cuál es el movimiento con que engendran  
Y a los cuerpos destruyen los principios  
De la materia, y cuál es el impulso  
Y cuál la rapidez que hace que vuelen  
Por el espacio inmenso sin descanso.

Porque seguramente la materia  
No es una masa inmóvil, pues que vemos 90  
Disminuirse un cuerpo, y de continuo  
Manando, se consumen a la larga  
Y el tiempo nos los roba de la vista;  
Se conserva sin pérdidas la suma:  
Empobreciendo un cuerpo, los principios  
Van a enriquecer otro, y envejecen  
Los unos para que otros reflorezcan;

Ni en un sitio se paran; de este modo  
El universo se renueva siempre,  
Y se prestan la vida los mortales; 100  
Crecen unas especies y se acaban:  
Y en poco tiempo las generaciones  
Se mudan y la antorcha de la vida  
Cual ágiles cursores se transmiten.

Si piensas tú que los principios pueden  
Cesar, y que cesando engendran nuevos  
Impulsos, la verdad de ti se aleja:  
Pues movidos en medio del vacío  
Los principios, es fuerza que obedezcan  
O a su gravedad misma, o al impulso 110  
Quizá de causa externa; desde arriba  
Precipitados, pues, encuentran otros,  
Que a un lado los apartan de repente;  
No es maravilla, porque son pesados,  
Durísimos y sólidos, y nada  
Les pone estorbo alguno por su espalda.

Y para que del todo te convenzas  
De que generalmente los principios  
Están en movimiento, ten presente  
No darse lugar ínfimo en el todo, 120  
Donde se paren los primeros cuerpos,  
Porque inmenso, infinito es el espacio.

No reposan jamás en el vacío  
Los principios: por su naturaleza  
En movimiento siempre variado  
Unos a gran distancia son lanzados,  
Otros se apartan menos, y se enlazan  
En el choque. Si es breve su distancia,  
Y se repelen poco, y su tejido  
Se liga íntimamente, constituyen 130  
Las rocas solidísimas, y el hierro,  
Y una corta porción de otras substancias  
De esta naturaleza: si, al contrario,  
El choque los rechaza y los dispersa,  
Y los hace vagar por el espacio,  
En largos intervalos, nos ofrecen  
Del Sol la luz brillante y aire raso.

Y vagan además por el vacío  
Muchos que están privados de juntarse,  
O que jamás pudieron agregados 140  
Entrar en el concorde movimiento;  
De lo cual una imagen y figura  
Continuamente hiere nuestros ojos,  
Cuando del Sol los rayos se insinúan

De través por las piezas tenebrosas.  
Si reparas, veras cómo se agitan  
Átomos infinitos de mil modos  
Por el vacío en el luciente rayo:  
Y en escuadrones, en combate eterno  
Se dan crudas batallas y peleas, 150  
Y no paran jamás: ya se dividen,  
Y ya continuamente se repliegan.  
De aquí puedes sacar que en el vacío  
Eternamente los principios giran:  
Un efecto vulgar puede servirnos  
De modelo y de guía en cosas grandes.

En los rayos del Sol rápidamente  
Movidos estos cuerpos, fijar deben  
Nuestra atención, pues su girar eterno  
Prueba un choque secreto y clandestino 160  
De los átomos: muchos se extravían,  
Como verás, a un golpe imperceptible;  
Retroceden, y aquí y allí se lanzan  
En toda dirección por todas partes:  
Los principios se mueven por sí mismos  
Y dan el movimiento a aquellos cuerpos  
Que se componen de una masa fina  
Y análoga a sus débiles esfuerzos;  
Los últimos atacan a los cuerpos  
Un poco más groseros; de este modo 170  
De los principios nace el movimiento,  
Y llega a los sentidos de seguida,  
Hasta que los corpúsculos se mueven  
Que en los rayos del Sol vemos nosotros,  
Sin que podamos ver quién los agita.

Y la movilidad que la materia  
Comunica a los cuerpos, oye, ¡oh Memmio!  
Cuán asombrosa es: cuando derrama  
Primeramente nueva luz la aurora  
Por las tierras, y cuando revolando 180  
En bosques retirados varias aves  
Llenan la soledad y el aire tierno  
De voces armoniosas, ¡cuán de pronto  
El sol nacido suele en este tiempo,  
Esparciendo sus rayos abundantes,  
Adornar con su luz naturaleza!  
Todos lo vemos y nos es muy claro:  
No obstante, estos corpúsculos lucientes  
Que el Sol nos manda, por vacío espacio  
No atraviesan; su marcha se retarda 190  
Dividiendo los fluidos del aire:

Y como no son átomos aislados,  
Sino especie de masas y hacecillos,  
Encuentran en sí mismos y por fuera  
Causas que los detengan en su marcha.  
Al contrario, son sólidos y simples  
Los átomos que cruzan el vacío  
Sin peligro de obstáculos externos.  
Forman ellos un solo y mismo todo,  
Y juntando el esfuerzo de sus partes 200  
Hacia el único blanco de su impulso,  
Deben aventajar en ligereza,  
Y con mayor presteza ser movidos,  
Que los rayos del Sol, y en igual tiempo  
Deben correr mucho mayor espacio  
Que cuando el Sol se lanza por el cielo.  
Pues nadie supondrá que los principios  
Pudieran por sí mismos detenerse  
Ni entre sí calcular el movimiento  
Y concertar un plan perfecto y sabio. 210

En vano algunos necios imaginan  
Que sin la ciencia y numen de los dioses,  
Tantos efectos producir no puede  
La materia arreglados y precisos,  
Ni las vicisitudes de estaciones  
Y los varios productos de la tierra:  
Ni el suave impulso del amor que mueve  
Por medio del deleite a los mortales,  
Ni el divino placer que da la vida,  
Y a propagar les lleva las especies 220  
Porque el género humano no se extinga.  
Fingen ellos ser obra de los dioses  
Y producción divina todo esto:  
Muy engañados van en su sistema.  
Aunque ignoraran la naturaleza  
De los principios, sin embargo, osara  
Con la vista del cielo comprobarte  
Y con otros fenómenos que el mundo  
No ha sido por los dioses fabricado,  
Pues es tan deficiente e imperfecto; 230  
Yo te lo aclararé más adelante:  
Explicaremos al presente, Memmio,  
Lo que resta decir del movimiento.

Presumo ya ser tiempo de probarte  
Que no puede subir con fuerza propia  
Ningún cuerpo hacia arriba: no te engañen  
Las llamas, pues que suben aumentadas;  
Y los frutos hermosos de los campos

Y los árboles crecen hacia arriba,  
Cuanto pueden hacer los cuerpos graves 240  
Por dirigirse abajo. No de suyo,  
Por una fuerza externa sí, los fuegos  
Saltan a las techumbres de las casas  
Y devoran las vigas y tirantes  
Rápidamente; como nuestra sangre,  
Saliendo de las venas, salta lejos  
Y de púrpura un chorro al aire esparce  
¿No ves también con cuanta fuerza el agua  
Despide los maderos y las vigas?  
Pues aunque muchos y robustos brazos 250  
Por hundirlos derechos se revienten,  
El agua con más ímpetu los echa,  
Y hacia arriba los lanza, y por de fuera  
La mayor parte asoma y sobresale;  
No dudamos que todos estos cuerpos  
Bajan por el vacío cuanto pueden.  
Así también deben subir las llamas  
Por una fuerza extraña, aunque su peso  
Las haga que desciendan cuanto pueden.  
¿No ves que los nocturnos meteoros 260  
Largos surcos de fuego van trazando  
Hacia cualquiera parte do les abre  
Naturaleza misma algún sendero?  
¿Qué estrellas y luceros caen en tierra?  
El mismo Sol desde los altos cielos  
Derrama su calor por todas partes,  
Y sus rayos esparce por los campos:  
Luego abajo se inclinan sus ardores.  
Por medio de las nubes vuela el rayo;  
Con ímpetu se arroja desprendido 270  
Unas veces aquí, y acullá otras;  
Y el rayo sin cesar hiere la tierra.  
Y has de entender también, ínclito Memmio,  
Que aun cuando en el vacío se dirijan  
Perpendicularmente los principios  
Hacia abajo, no obstante, se desvían  
De línea recta en indeterminados  
Tiempos y espacios; pero son tan leves  
Estas declinaciones, que no deben  
Apellidarse casi de este modo. 280  
Pues si no declinaran los principios,  
En el vacío, paralelamente,  
Cayeran como gotas de la lluvia;  
Si no tuvieran su reencuentro y choque,  
Nada criara la naturaleza.

Y si alguno creyere por ventura  
Que los cuerpos más graves, cuanto tienen  
Mayor velocidad de movimiento,  
Tanto mejor en línea recta pueden  
Caer sobre los cuerpos más ligeros, 290  
Y engendrar con su choque movimientos  
Creadores de seres, se extravía  
De todos los principios racionales.  
Es verdad que en el aire o en el agua  
Aceleran los cuerpos su caída  
Según su pesadez, porque las aguas  
Y el fluido del aire a todo cuerpo  
No pueden resistir del mismo modo;  
Ceden más fácilmente a los más graves,  
Mas no sucede así con el vacío; 300  
Ninguna resistencia opone al cuerpo;  
A todos igualmente les da paso:  
Por lo que los principios, desiguales  
En sus masas, moverse en el vacío  
Deberán todos con igual presteza.  
No pueden, pues, los cuerpos más pesados  
Caer encima de los más ligeros,  
Ni por sí engendrar choques que varíen  
Sus movimientos, para que por ellos  
Forme los seres la naturaleza. 310

Por lo cual, yo repito ser preciso  
Que declinen los átomos un poco,  
Para que no parezca introducimos  
Movimientos oblicuos, que reprueba  
La razón verdadera; es evidente,  
Y ven los ojos, que los cuerpos graves  
Seguir no pueden dirección oblicua  
En su caída; pero ¿qué ojo agudo  
Verá que no se apartan de la recta?

En fin, si siempre todo movimiento 320  
Se encadena y en orden necesario  
Hace siempre que nazcan unos de otros;  
Si la declinación de los principios  
Un movimiento nuevo no produce  
Que rompa la cadena de los hados,  
De las causas motrices trastornando  
La sucesión eterna, ¿de do viene  
El que los animales todos gocen  
De aquesta libertad? ¿De dónde digo,  
Esta voluntad nace que arrancada, 330  
A los hados nos mueve presurosa  
Do el deleite conduce a cada uno?

Además de que nuestros movimientos  
Ni a tiempos ni a lugares se sujetan  
Determinadamente; su principio  
Es nuestra voluntad; de allí se extienden  
Por los miembros. ¿No ves que en el momento  
Que se abre la barrera, los caballos,  
Ansiosos de volar en la carrera,  
No lo pueden hacer tan prontamente 340  
Como su ardiente espíritu codicia?  
Las moléculas todas esparcidas  
Por los miembros es fuerza que se junten  
Y se agiten por todo nuestro cuerpo,  
Si han de seguir del alma los deseos.  
Ya ves que el movimiento su principio  
Tiene en el corazón, y que procede  
De la voluntad misma: de aquí gira  
Por todo el cuerpo y miembros ciertamente.

No sucede lo mismo cuando andamos 350  
Impelidos de alguna fuerza extraña  
Y superior; que entonces nuestra masa  
Es arrastrada contra nuestro gusto,  
Hasta que por los miembros reprimiere  
La voluntad extraños movimientos.  
Ya ves también, que aunque una fuerza extraña  
Obligüe a andar a muchos mal su grado;  
En nuestro pecho, sin embargo, queda  
Un poder que combate y hace frente,  
A cuyo arbitrio muda la materia 360  
De dirección, sus ímpetus refrena,  
Y la hace que por fuerza retroceda.

Esta verdad te obliga a que confieses  
En los principios diferente causa  
De pesadez y choque: de ésta nace  
La libertad, porque nosotros vemos  
Que nada puede hacerse de la nada.  
La pesadez impide ciertamente  
Que todo movimiento sea efecto  
Como de fuerza extraña: mas si el alma 370  
En todas sus acciones no es movida  
Por interior necesidad, y si ella  
Como vencida llega a ser substancia  
Meramente pasiva, esto es efecto  
De declinar los átomos un poco  
Ni en tiempo cierto, ni en lugar preciso.

Jamás la suma de los elementos  
Más densa fue o más rara que al presente,  
Pues ni se aumenta ni se disminuye:



Por lo que el movimiento que ahora tienen, 380  
En los pasados siglos le tuvieron,  
Y siempre le tendrán en adelante:  
Y los cuerpos que suelen producirse,  
Producidos serán del mismo modo,  
Y existirán y crecerán robustos,  
Y tendrán cualidades convenientes  
A su naturaleza. Es imposible  
Que a la suma trastorne fuerza alguna,  
Ni se da puerta por la cual se huyan  
Y escapen de la masa los principios; 390  
Ni con incursión súbita en el todo  
Penetrar pueden átomos extraños,  
Que, trastornando la naturaleza,  
Todos los movimientos extravíen.

No es de maravillar que los principios  
Estando en continuado movimiento,  
Parezca estarse quieto el Universo,  
A excepción de los cuerpos que le tienen  
De suyo propio; pues sentidos nuestros  
No pueden percibir los elementos; 400  
Por lo que si su masa es invisible,  
Debe serlo más bien su movimiento,  
Puesto que la distancia nos oculta  
La agitación de cuerpos más sensibles:  
Porque frecuentemente las ovejas  
Paciendo alegres pastos por los cerros,  
Trepan por do las llaman y convidan  
Las frescas hierbas, que el rocío esmalta,  
Mientras que los corderos hartos juegan  
Y topan blandamente; lo cual todo 410  
Vemos confusamente desde lejos:  
Parece la verdura del collado  
Contrastar la blancura del ganado.  
Y cuando desplegadas las legiones,  
Numerosas también, cubren los llanos  
Haciendo simulacros de batallas,  
Y en torno dan carreras los corceles,  
Y sacudiendo con esfuerzo y brío  
Traspasan de repente inmensos campos;  
El brillo de las armas sube al cielo, 420  
Reluce con el bronce todo el suelo,  
Y resuena la tierra con los pasos  
De soldados valientes, y los montes,  
Heridos del clamor, lanzan los gritos  
Las estrellas: sin embargo, inmóvil  
Parece estar aquella muchedumbre

Mirada de la cumbre de algún monte,  
Y ser el brillo propio de la tierra.

Ora procede que tu mente indague  
Las cualidades de los elementos, 430  
Cuán diferentes sean en sus formas  
Y cuál la variedad de sus figuras:  
No porque haya un gran número que sea  
De formas diferentes; mas los seres  
Que ellos componen nunca se asemejan:  
Tampoco esto es extraño, pues he dicho  
Ser su número inmenso, ilimitado;  
No deben, pues, tener las mismas formas  
Exactamente con igual contorno.

Considera además la raza humana 440  
Y mudos nadadores escamosos,  
Y los hermosos árboles, y fieras,  
Y variedad de aves que frecuentan  
Los sitios deleitosos de las aguas,  
Las riberas y fuentes y lagunas,  
Y las que corren bosques solitarios  
Con raudo vuelo; en general compara  
Los individuos de cualquier especie,  
Y encontrarás en ellos diferencia:  
El hijo no podría de otro modo 450  
Conocer a la madre, ni ésta al hijo;  
Vemos que se conocen mutuamente,  
Como el hombre conoce sus hijuelos.

Porque frecuentemente degollado  
En los hermosos templos de los dioses  
Cae el becerro al lado de las aras  
Turicremas, brotando de su pecho  
La sangre un río ardiente: deshijada  
La madre, empero, aquí y allí corriendo  
Por verdes bosques, va estampando en tierra 460  
Las hendidas pezuñas, registrando  
Con ojo ansioso todos los parajes,  
Por si en alguno a su perdido hijo  
Puede topar; parándose a menudo,  
Llena de quejas el frondoso bosque  
Y el establo reeve continuamente,  
Clavada con la pérdida del hijo.  
Ni las hierbas lozanas con rocío,  
Ni tiernos sauces, ni la orilla amena  
De ríos espaciosos la deleitan, 470  
Ni la infunden olvido de su pena:  
Ni por risueños pastos el aspecto  
De los demás becerros a otra parte

La distraen y la alivian del cuidado:  
¡Tan propio y conocido es lo que busca!  
Conocen además los tiernos chotos  
Con voz temblosa a las cornudas madres  
Y balantes corderos topadores:  
Y así, guiados por naturaleza,  
A mamar corren las lecheras ubres. 480

Por fin, el trigo, aunque parece el mismo,  
Alguna diferencia hay en sus formas;  
Del mismo modo, vemos que las conchas  
Hermosean el seno de la tierra  
Por donde el mar la embebedora arena  
De corva playa alisa con las ondas  
Suaves. Luego deben los principios  
Andar bajo de formas diferentes  
En el vacío por naturaleza,  
Puesto que ellos no han sido fabricados 490  
Por el arte con formas peculiares.

Ya nos es fácil explicar la causa  
De insinuarse mejor fulmíneo fuego  
Que el nuestro producido de las teas:  
Porque puedes decir que se componen  
Los fuegos celestiales de los rayos  
De átomos más sutiles, que se cuelan  
Por poros que no puede entrar el fuego  
Que hacemos, de las leñas y las teas.

¿Por qué, en fin, a la luz da paso el cuerno 500  
Y se la niega al agua? ¿No se forma  
La luz, acaso, de átomos más finos  
Que los que forman a las aguas bellas?  
Se cuele en un instante por el filtro  
El vino, y el aceite gota a gota;  
Porque éste se compone de principios  
Más densos, más unidos y enlazados,  
Con tanta prontitud no se separa,  
Pasando lentamente por el filtro.

La miel y leche deliciosamente 510  
Por otra parte el paladar recrean;  
Pero el amargo ajenjo y la centaura  
Silvestre punzan con sabor ingrato:  
De modo que conoces fácilmente  
Que son lisos y esféricos los cuerpos  
Que nos causan sabores agradables;  
Que la amargura y aspereza nacen  
Del conjunto de átomos torcidos  
Que, fuertemente unidos, acostumbran  
Abrirse paso al paladar, rompiendo 520

Los órganos del gusto con su entrada.

El placer y el dolor, últimamente,  
Que los cuerpos excitan en nosotros  
Nacen de la figura diferente  
De sus principios; ni el rechino ingrato  
De la estridente sierra te figures  
Que elementos le engendran y producen  
Tan finos como son las consonancias  
De cítara armoniosa, que despiertan  
Los dedos de los músicos expertos. 530

Tampoco debes dar la misma forma  
A los átomos fétidos que vienen  
De un cadáver quemado, a los que exhalan  
En el teatro aromas de Cilicia,  
Y los olores del pancreo, unguento  
Que embalsama los templos de los dioses.

Ni los bellos colores se componen  
De los mismos principios, si recrean  
La vista, o si la punzan de manera  
Que nos hacen llorar, o la torcemos, 540  
Por ser horribles y de hedionda forma:  
Luego todos los cuerpos que recrean  
Y halagan los sentidos son formados  
De los átomos finos; y al contrario,  
Los cuerpos que son ásperos, molestos,  
De elementos más rudos o imperfectos.

Hay principios también que no son lisos  
Perfectamente, ni del todo corvos,  
Sino erizados de salientes puntas  
Que regalar más bien que dañar pueden 550  
Los sentidos: se cuenta en esta clase  
La fécula y la ínola gustosa.

Y últimamente, las ardientes llamas  
Y los hielos de invierno a los sentidos  
Punzan con agujones diferentes;  
Esta verdad el tacto nos demuestra:  
El tacto, el tacto, sí: ¡deidades santas!  
Del cuerpo este sentido se declara,  
Ya cuando se insinúa un cuerpo extraño,  
Ya cuando nos molesta causa externa: 560  
Cuando recrea Venus enviando  
Semilla creadora, o cuando el choque  
Nos inquieta turbando la armonía,  
Y confunde el sentido; como puedes  
Hacer tú la experiencia, si una parte  
Hirieres de tu cuerpo con la mano:  
Luego las diferentes impresiones

De los objetos deben explicarse  
Por las distintas formas de los átomos.

Deben los cuerpos duros y compactos 570  
Tener unos principios más corvados,  
Más unidos, ramosos y enlazados,  
Cuales son, entre otros, los diamantes,  
Que se burlan de golpes repetidos,  
El duro pedernal y el fuerte hierro,  
Y bronces rechinantes de los quicios.

Empero aquellos líquidos formados  
De cuerpo fluido deben componerse  
De partes alisadas y redondas,  
Puesto que no pudiendo entrelazarse 580  
Glóbulos de esta clase, también ruedan  
En un plano inclinado fácilmente.

Los fluidos que ves en un instante  
Disiparse fugaces como el humo,  
Las nieblas y las llamas, no se forman  
De lisos y redondos elementos,  
Puesto que el cuerpo hieren y se punzan,  
Y penetrando los peñascos, deben  
Agudos ser, no corvos sus principios,  
Y les daremos puntas más que ganchos. 590

No debes admirarte cuando veas  
Cuerpos a un tiempo fluidos y amargos,  
Como el agua del mar, pues se componen  
De unos átomos lisos y redondos  
Los fluidos, mezclándose con ellos  
Punzantes elementos, causadores  
De dolor: sin embargo, no es preciso  
Sujetarlos por medio de corchetes;  
Basta que sean redondos y escabrosos,  
Que a un mismo tiempo hacia adelante pueden 600  
Rodar y causar daño a los sentidos.

Para que te convenzas de la mezcla  
De los principios lisos y angulosos,  
Que causan la amargura de Neptuno,  
Contemplemos sus partes separadas:  
Filtrándose en el seno de la tierra,  
Endúlzanse las aguas, y se cuelan  
En depósitos dulces: sus principios  
De mayor aspereza se detienen  
En los conductos por donde han pasado. 610

A esta verdad juntemos también otra  
Que está unida con ella y lo comprueba:  
Y es, que son limitadas las figuras  
De los principios; sin lo cual debieran

Los átomos tener una grandeza  
Ilimitada, pues tan chicos cuerpos  
Pueden variar poco sus figuras:  
Tú debes contemplarlos divididos  
En tres, o bien en más mínimas partes:  
Tal vez cuando las hayas colocado 620  
De cuantos modos puedas de alto a bajo,  
Pasa las de la izquierda a la derecha;  
Cuando, por fin, hubieres acabado  
De combinar del modo que gustares,  
Si variar quisieres las figuras,  
Es preciso que añadas partes nuevas  
Y otras del mismo modo al infinito.  
Las formas de los átomos no puedes  
Multiplicar sin que el volumen crezca,  
Ni atribuirles formas infinitas 630  
Sin que les des grandeza ilimitada:  
Todo lo cual probé ser imposible.

Ya las telas riquísimas de Oriente,  
La púrpura brillante Melibea  
Teñida con las conchas de Thesalia,  
Y el pomposo espectáculo que ofrece,  
De los pavones la risueña gracia,  
Sobrepujados luego se rindieran  
Al fulgor de más vívidos colores;  
Y el olor de la mirra fastidiara, 640  
Y el sabor de la miel, y el armonioso  
Cisne, y de Febo los divinos cantos,  
Con infame silencio callarían,  
Pues sin interrupción se sucedieran  
Las sensaciones mucho más gustosas.  
Y en las desagradables cualidades  
Llegáramos también al infinito:  
Porque los ojos, la nariz y oídos  
Y el gusto siempre sensación ingrata  
Tendrían que sufrir; mas los efectos 650  
Siendo contrarios, y teniendo el todo  
Límites ciertos por entrambos lados,  
Es preciso confieses las figuras  
De los átomos ser también finitas.

Por último; hay distancia limitada  
Desde el calor hasta los hielos fríos,  
Del invierno, y así reciprocando,  
Frío y calor ocupan los extremos;  
Por grados llena en medio la tibieza  
El intervalo que hay; es limitada 660  
La cualidad sensible de los cuerpos,

Pues que por ambas partes los limitan,  
De aquí el fuego, de allí el rígido hielo.

Siendo, pues, limitadas las figuras  
De los átomos, debe ser su copia  
En cada clase de ellas infinita:  
Lo inferimos así forzosamente,  
porque sin ello fuera la materia,  
Contra lo que probamos, limitada.

Prosigamos ahora declarando 670  
En pocos versos, y con dulce estilo,  
Cómo el gran todo a conservar alcanza  
De átomos la infinita muchedumbre  
Por tan continuos choques agitada.

Si ves unas especies reducidas,  
Y observas tú que la Naturaleza  
Es en su producción menos fecunda;  
En otras tierras y en remotos climas  
Ellas las multiplica y las completa:  
Tal es aquel cuadrúpedo disforme, 680  
El elefante, armado con su trompa,  
De cuya inmensa copia la India forma  
Trincheras de marfil impenetrables:  
Cuadrúpedos que apenas conocemos.  
Si por acaso en la Naturaleza  
Ha habido un solo cuerpo que no tuvo  
Igual en todo el mundo; mas no siendo  
Infinitos los átomos, no puede  
Existir ni crecer ni alimentarse  
El cuerpo que esos átomos formaron. 690

Supongamos dispersos en la suma  
De un cuerpo los principios limitados:  
¿De qué modo podrán ellos juntarse  
En un piélago vasto de materia?  
¿Con qué fuerza, en qué sitio, de qué modo  
En tanta confusión podrán unirse?  
No tienen medio alguno de enlazarse.  
Pero como después de un gran naufragio  
Lejos suele arrojar el mar los barcos,  
La proa, las entenas, gobernalles 700  
Y mástiles nadantes, y las jarcias  
Flotando por las costas de las tierras,  
Porque vean y aprendan los mortales  
Esta lección terrible, y huir quieran  
Las insidias y fuerzas y el engaño  
De la pérfida mar, y no la crean  
Cuando con engañosa calma ríe;  
Si concibes así los elementos

Con número finito y limitado,  
Del mismo modo nadarán dispersos 710  
Por su misma materia rebatidos  
Eternamente, sin jamás unirse:  
Mas si acaso un momento se enlazasen,  
Esta unión no podrá llegar a colmo  
Y crecimiento; mas diariamente  
Vemos las formaciones y progresos  
De todo cuerpo: luego los principios  
Vemos con claridad ser infinitos,  
Pues que conservan las especies todas.

Así los movimientos destructores 720  
No pueden destruir perfectamente,  
Ni acabar para siempre con los cuerpos;  
Así los movimientos creadores  
No pueden darles duración eterna:  
Desde la eternidad viven en lucha  
Con el mismo poder ambos principios:  
Victorias y derrotas continuadas  
De unos y otros alternan; juntos andan  
La muerte y el vagido que levantan  
Los niños cuando ven la luz hermosa: 730  
Ni tras el día se siguió la noche,  
Ni tras la noche aurora, sin que oyesen  
Vagidos lastimosos confundidos  
Con llantos compañeros de la muerte,  
Y secuaces de tristes funerales.

Conviene que con rasgos indelebles  
Este principio en la memoria grabes:  
No haber un solo cuerpo conocido  
En su propia interior naturaleza  
Que de una especie sola de principios 740  
Se forme; ni ninguno que no conste  
De mezcla de principios; cuanto un cuerpo  
Tiene más propiedades, más difieren  
En número y figura sus principios.

Porque primero abraza en sí la tierra  
Los elementos de los grandes ríos,  
Que el mar inmenso sin cesar renuevan.  
Tiene también los fuegos subterráneos,  
Que la abrasan a veces encendidos:  
Y el ímpetu del Etna se enfurece 750  
Con vivas llamas: tiene las semillas  
Con que pueda criar la raza humana,  
Y árboles ledos y lucientes frutos:  
Blandas hojas también, y alegres pastos  
Encierra en sí, que de alimento sirvan



A las fieras que habitan las montañas.  
Razón por qué ella sola fue llamada  
La gran madre de dioses y animales,  
Criadora también de nuestro cuerpo:  
Los antiguos poetas doctos griegos 760  
La cantaron subida sobre un carro,  
Dos leones uncidos agitando;  
Dándonos a entender que en el espacio  
La tierra suspendida, no podía  
Tener más firme base que a sí misma:  
Y las fieras al yugo sujetaron,  
Porque los beneficios de los padres  
Deben triunfar aun de los fieros hijos;  
De corona mural la rodearon,  
Porque de plazas fuertes y ciudades 770  
Toda la redondez está cubierta:  
Y al presente ciñendo esta diadema,  
Con terror de los pueblos paseada  
La imagen es de la divina madre:  
Varias gentes la llaman madre Idea,  
Conforme a los antiguos sacrificios,  
Y en su séquito van catervas frigias,  
Porque dicen que allí la agricultura  
Tuvo su origen y de allí triunfante  
Se extendió por el orbe; son castrados 780  
Los sacrificadores, porque quieren  
Significar que deben ser tenidos  
Por indignos de dar a la luz bella  
Unos vivos retratos de sí mismos  
Aquéllos que faltaren al respeto  
De sus padres, modelos de la diosa,  
Y los que ingratos con sus padres fueren.  
En sus manos resuenan los tambores  
Estrepitosos, y los retumbantes  
Címbalos, y amenazan las trompetas 790  
Con un sonido ronco, y estimula  
La flauta en tono frigio los furores;  
Y empuñan lanzas, de la muerte indicios,  
Para llenar de espanto a los ingratos  
Y a los pechos impíos con la diosa.  
Por lo que en tanto que la estatua muda  
En las grandes ciudades paseada  
Ofrece a los mortales en secreto  
El rico manantial de sus favores,  
Arrojan al momento por las calles 800  
Riquezas y dinero a manos llenas;  
Llueven flores y rosas, sombreando

A la madre y brillante comitiva.

Un batallón armado, que los griegos  
Llaman Curetas frigos, retozando  
Con pesadas cadenas se sacuden:  
Y bailan al compás, y alegres miran  
La sangre que les corre, y agitando  
Con furor los terríficos penachos  
De sus cabezas, traen a la memoria 810  
Los Curetas dicteos, que ocultaron  
En Creta aquel vagido, según dicen,  
De Jove un tiempo, mientras que giraban  
En leve danza, armados los infantes  
En torno al niño, y a compás herían  
El bronce estrepitoso por el miedo  
De que Saturno no le devorase  
Con su diente cruel, y eternamente  
Hiriese el tierno pecho de la madre:  
Por eso la acompaña gente armada; 820  
Cual si quisiera predicar la Diosa  
Que con las armas y el valor defiendan  
Los hombres a su patria, y sean a un tiempo  
El amparo y la gloria de sus padres.

Esta ficción tan bella y tan galana  
La razón verdadera la reprueba;  
Pues la naturaleza de los dioses  
Debe gozar por sí con paz profunda  
De la inmortalidad: de los sucesos  
Humanos apartados y distantes; 830  
Sin dolor, sin peligro, enriquecidos  
Por sí mismos, en nada dependientes  
De nosotros: ni acciones virtuosas  
Ni el enojo y la cólera los mueven.

Ciertamente la tierra en todo tiempo  
Carece de sentido, y ella misma  
Debe las producciones que tenemos  
De átomos a la varia muchedumbre  
Que en su seno contiene. Mas si alguno  
Quiere más que se llame al mar Neptuno 840  
Y a las mieses poner nombre de Ceres,  
Y si el nombre de Baco prefiriere  
A aquel vocablo propio que tenemos,  
Concedamos también llamar la tierra  
Con el nombre de madre de los dioses,  
Aunque tal madre fabulosa sea.

Así, por lo común apacentados  
En unos mismos prados grey lanuda,  
La prole belicosa del caballo

Y ganados cornudos, bajo un clima, 850  
Y su sed apagando el mismo río,  
Son, no obstante, diversas sus especies,  
Y la naturaleza de sus padres  
Conservan, imitando sus costumbres:  
Tanta es la diferencia de las hierbas,  
Tan grande la del agua de los ríos.

Además, que los huesos, sangre, venas,  
El calor, la humedad, nervios, entrañas,  
Todo animal componen; y diversas  
Entre sí son tan sólo estas substancias 860  
Por la diversidad de sus principios.

Los cuerpos combustibles a lo menos  
Contienen los principios de la llama,  
De la luz, de las chispas y ceniza,  
Y del humo. Tu mente si escudriña  
Los cuerpos todos, todas las substancias,  
Encontrará que envuelven las semillas  
De muchas cosas, y figuras varias.

Ves, en fin, que gran número de cuerpos  
Son a la vez del gusto y del olfato 870  
Percibidos: cual suelen en los templos  
Expiatorias víctimas que inmola  
El criminal ansiado a las deidades.

Luego los elementos de los cuerpos  
Difieren entre sí; pues los olores  
Penetran en los órganos por donde  
No penetra el sabor del alimento.  
Y el gusto y el sabor de los manjares  
Por vías muy distintas se introducen:  
Nacen de las figuras diferentes 880  
De los principios estas cualidades;  
Pues que se juntan diferentes formas  
En un solo montón y su tejido,  
De principios mezclados conste el cuerpo.

Y aunque también en estos versos míos  
Observe que las mismas letras vienen  
En la composición de muchos nombres,  
Es forzoso, no obstante, reconozcas  
La diferencia que hay entre las letras  
De versos y palabras; pues que tienen 890  
Muchas letras comunes, y a las veces  
Los componen los mismos elementos,  
Mas la totalidad no es resultado  
De este mismo conjunto; así los cuerpos  
En la naturaleza diferentes,  
Aun cuando tengan átomos comunes,

Diferir pueden entre sí las masas:  
Y con razón diremos que los hombres,  
Los frutos y los árboles hermosos  
No constan de los mismos elementos. 900

No creamos que puede mutuamente  
Toda especie de átomos unirse;  
Pues se verían monstruos de continuo,  
Existirían hombres medio fieras,  
Y de un animal vivo nacerían  
Frondosos ramos; se unirían sustancias  
Terrestres a marinas; las quimeras,  
Lanzando fuego de su horrible boca,  
Todas las producciones de la tierra  
Devastarían: mas si nada de esto 910  
Se hace claramente, pues los cuerpos,  
Formados todos de elementos fijos,  
Por una cierta fuerza creadora,  
Vemos que pueden conservar su especie  
Particular conforme van creciendo,  
Preciso es que este orden se conserve:  
Porque cada animal saca los jugos  
Que le son más análogos al cuerpo  
De todos los sustentos que le nutren,  
Y le dan movimientos convenientes: 920  
Empero las moléculas extrañas  
Que no han podido unirse, ni animarse,  
Ni consentir vitales movimientos,  
Naturaleza las arroja al suelo,  
O por una inacción se libra de ellas.

Mas por si acaso juzgas que a estas leyes  
Sólo los animales se sujetan,  
En toda producción verás lo mismo;  
Porque como entre sí difieran todas,  
Es necesario que sus elementos 930  
De diversas figuras se compongan:  
No porque de figuras diferentes  
Haya muchos principios; antes nunca  
Pueden enteramente parecerse  
Los individuos que resulten de ellos.

Y así, esta diferencia de principios  
Establece también otra forzosa  
En las distancias, choques, direcciones,  
En encuentros, uniones, movimientos:  
Por estas cualidades, no tan sólo 940  
Distinguimos los cuerpos animales,  
Antes el mar distinguen de la tierra,  
Y el cielo de la tierra diferencian.

Escucha los discursos indagados  
Con mi dulce trabajo: no te engañes  
Quizá creyendo que los cuerpos tienen  
El color negro, blanco, o cualquier otro,  
Por ser así también sus elementos;  
Pues ningún color tienen los principios  
Que sea semejante o diferente. 950

Si acaso te parece no poderse  
Concebir sin color los elementos,  
Estás muy engañado; pues los ciegos  
De nacimiento, que jamás la lumbre  
Del Sol sus ojos vieron, con el tacto  
Conocen, sin embargo, desde niños  
Los cuerpos de ningún color teñidos;  
Así también formarnos una idea  
Podemos de los cuerpos primitivos  
Sin que tengan colores. Finalmente: 960  
Cuando tocamos por nosotros mismos  
A obscuras cualquier cuerpo, no sentimos  
De qué color o tinte está teñido.  
Juntemos el discurso a la experiencia:  
Pues de todo color seguramente  
Se muda en cualquier otro, los principios  
No deben padecer estas mudanzas;  
Inmutables serán forzamente;  
A no ser que la suma se aniquile:  
Pues traspasar no puede cuerpo alguno 970  
Los límites que tiene, sin que deje  
De ser lo que antes era; por lo tanto,  
No atribuyas color a los principios;  
No sea que el gran todo se aniquile.

Si ha negado, además, naturaleza  
A los primeros cuerpos los colores,  
De formas diferentes los adorna  
Que producen matices variados  
De infinitas maneras. Mucho importa  
Considerar la situación y mezcla, 980  
Y aquellos movimientos respectivos  
De los átomos pueden fácilmente  
Dar la razón por qué los cuerpos mismos  
Que mostraban poco antes color negro,  
De repente le cambian en blancura  
Marmórea: cuando vientos furibundos  
Revolvieron los mares, por qué causa  
Blanquean como mármoles sus ondas:  
Puedes dar por respuesta que en un cuerpo  
Si los principios negros a la vista 990

Se confunden, se alteran y trastruecan,  
Y huyen algunos de ellos de su puesto,  
Puede la superficie de este cuerpo  
Llenarse de blancura relumbrante;  
En vez de que si fueran azulados  
Los principios del mar, no blanquearían;  
Pues de cualquiera modo que perturbes  
Los cuerpos azulados, jamás pueden  
Blanquear como el mármol reluciente.  
Mas si el color del mar puro y sin mezcla 1000  
Resulta de elementos que contengan  
Colores diferentes, como varias  
Figuras y otras formas, se hace un todo  
Cuadrado y uniforme: convenía,  
Puesto que en el cuadrado se distinguen  
Muy diversas figuras, que se viesan  
Así en el mar como en los otros cuerpos  
Que tienen un color puro y sin mezcla,  
Colores varios y entre sí diversos.

Además, las figuras diferentes, 1010  
Nada estorban, ni impiden el que tenga  
El todo exteriormente producido  
Forma cuadrada, mas la diferencia,  
En el color elemental destruye  
La total unidad de los colores.

Se destruye la causa que movía  
A suponer principios colorados,  
Porque lo blanco y negro no resulta  
De blancos o de negros elementos,  
Antes bien de la mezcla diferente 1020  
De colores; puesto que la blancura  
De átomos sin color es fácil nazca  
Mejor que de lo negro o su contrario.

Pues si la luz produce los colores,  
Y su impresión no admiten los principios,  
El color en los átomos no cabe;  
¿Qué color podrá haber en las tinieblas,  
Pues que en la misma luz se altera y cambia  
Conforme son heridos los objetos  
Por los oblicuos o directos rayos? 1030  
No de otro modo que el collar brillante  
De las plumas que adornan la garganta  
De las palomas a las veces luce  
Con encarnado brillo de rubíes,  
Y a veces entrevera el color verde  
De la esmeralda con azul celeste:  
Y del pavón la cola, si embestida

Es de copiosa luz, del mismo modo,  
Según sus diferentes posiciones,  
Muda colores; luego nacen éstos 1040  
De la caída de la luz: no pueden  
Existir sin la luz, por consiguiente.

Afectan la pupila el color blanco,  
El negro, u otro de distinto modo.  
Nada importa saber qué color tengan  
Los cuerpos que tocamos; su figura  
Es lo más esencial: los elementos  
Necesidad no tienen de colores,  
Pero sí de figuras variadas,  
Que exciten sensaciones diferentes. 1050

Pero si los colores de principios  
No están sujetos a figuras ciertas,  
Y una cualquiera forma de elementos  
Recibir puede los colores todos,  
¿Por qué los cuerpos que resultan de ellos  
No son privilegiados igualmente?  
¿Por qué el color señala las especies?  
Nos deslumbraran, pues, con blancas plumas  
En su vuelo los cuervos de ordinario,  
Y de negro color, o variado, 1060  
Negros por lo común fueran los cisnes.

Y cuanto más los cuerpos dividamos  
En partes muy menudas, verás cómo  
Se mueren y se acaban los colores:  
Por eso el oro reducido a polvo,  
La púrpura hilo a hilo deshilada,  
Pierden su brillo y resplandor del todo:  
De aquí puedes sacar que los principios  
Dejan todo el color primeramente  
Que en el estado de átomos se vean. 1070

Y pues forma visible no atribuyes,  
Ni sonido ni olor a todo cuerpo,  
Porque no todos a la vista hieren  
Ni afectan al oído ni al olfato,  
Debemos concluir que algunos de ellos  
No constan de color, así como otros  
No conocen olores ni sonidos:  
Un ánimo sagaz concebir puede  
Los cuerpos sin color, del mismo modo  
Que de otras cualidades despojados. 1080

Pero no pienses que naturaleza  
Haya negado sólo los colores  
A los principios; el calor y el frío,  
La tibieza también: y de sonidos

Estériles, y ajenos son de jugos:  
Ningún olor exhalan de sí mismos.  
Así, cuando compones una esencia  
De mirra y olorosa mejorana  
Y de la flor de nardo, que trasciende,  
Tú la echas un aceite que no tenga 1090  
Olor alguno ni al olfato envíe  
Aura suave, porque no corrompa  
Con su hedor los perfumes de las flores  
Su vapor, que ha subido en demasía.  
Y carecen, de olores y sonidos  
Los átomos que forman a los cuerpos,  
Porque de sí no pueden enviarlos;  
Ni son sabrosos, fríos, ni calientes,  
Ni tibios, sin aquellas cualidades  
Que causan la ruina de los cuerpos, 1100  
La flexibilidad y la blandura;  
Corruptibilidad tener no pueden,  
Fragilidad, ni mezcla de materia  
Y de vacío, si a naturaleza  
Queremos dar eternos fundamentos  
En los que siempre estribe y se conserve,  
Y al aniquilamiento no se rinda.  
Sin embargo, es preciso que confieses  
De átomos insensibles ser formados  
Todos los cuerpos que de sentimiento 1110  
Están dotados; la experiencia misma  
Apoya esta verdad, no solamente,  
Sino que te conduce por la mano  
Y te muestra nacer los animales  
De insensibles recónditas semillas.  
Así que vemos del hediondo cieno  
Nacer gusanos vivos cuando ha sido  
Podrida con las lluvias abundantes  
La húmeda tierra: vemos transformados  
Todos los cuerpos; árboles y ríos 1120  
Y los prados risueños se convierten  
En ganados, y en nuestros mismos cuerpos  
Transfórmase el ganado, y a menudo  
Con nuestro cuerpo aumentanse los bríos  
De alimañas y de aves carniceras.  
Así convierte la naturaleza  
Todos los alimentos en substancias  
Vivas, del mismo modo que transforma  
Áridos leños en fogosas llamas.  
Y ¿dudarás acaso cuánto importa 1130  
Considerar la mezcla de los átomos,



Su posición y mutuos movimientos?  
¿De qué naturaleza son los cuerpos  
Que el mismo ánimo agitan y conmueven,  
Y en él excitan varias sensaciones,  
Si niegas que produce la materia,  
Insensible por sí, sensibles seres?

Es cierto que las piedras y los leños,  
Aunque la misma tierra se les una,  
No pueden producir el sentimiento 1140  
De la vida: por eso no pretendo  
Que los átomos todos sean capaces  
De componer en un momento seres  
Sensibles, pero creo de importancia  
Atender a su número y grandeza,  
su orden, su figura y movimiento,  
Y situación; pues nada de esto vemos  
En troncos y terrones: sin embargo,  
Por medio de las lluvias, corrompidos  
Estos cuerpos, parecen gusanillos, 1150  
Porque sus elementos, removidos  
Con esta novedad, se unen de modo  
Que deben engendrar los animales.

En fin, cuando establecen que resulta  
La sensibilidad de los principios  
Sensibles, y que aquéstos son formados  
De otros también sensibles, hacen luego  
Substancias blandas, pues que está juntada  
La sensibilidad con las entrañas,  
Nervios y venas, y procede todo 1160  
De cuerpos blandos y perecederos.

Pero aunque sin embargo concedamos  
Una existencia eterna a estos principios,  
O ellos deben tener el sentimiento  
En una parte, o ser animalejos:  
Mas no pueden sentir por sí las partes,  
Y el sentimiento de los otros miembros  
No se les comunica, ni la mano  
Separada del cuerpo, ni una parte,  
En alguna manera siente aislada: 1170  
Luego ellos son perfectos animales,  
Dotados de absoluto sentimiento:  
Pues ¿cómo se podrán llamar principios,  
Y cómo evitarán ellos la muerte,  
Siendo animales como aquellos otros  
Que vemos perecer todos los días?

Pero aunque concedamos ser posible,  
¿Su conjunción engendrará otra cosa

Que un pueblo numeroso de animales?  
Así como los hombres, los ganados, 1180  
Y alimañas por medio de la Venus  
Engendran hombres, fieras y ganados.

Pero si acaso dejan los principios  
Su propio sentimiento, y toman otro,  
¿Por qué razón tal cualidad les dimos  
Para quitarla luego por inútil?  
Pues si vemos los huevos de las aves  
En volanderos pájaros mudarse,  
Y en gusanos hervir la tierra cuando  
Por abundantes lluvias fue tomada 1190  
De podredumbre: luego nacer pueden  
De átomos no sensibles sentimientos.

Y nadie piense que nacer pudiera  
El sentimiento de lo no sensible  
Por alguna mudanza que se hace,  
Como del animal en la nacencia  
Antes que salga fuera, pues más claro  
Vemos que la radiante luz del día  
Que no se verifica nacimiento,  
Sino después de formación interna, 1200  
Ni se cumple en el ser mudanza alguna  
Sin una asociación antecedente.  
De modo que no existe sentimiento  
Antes que el animal formado sea;  
Porque antes de formarse andan dispersos  
Por el aire y las aguas los principios,  
Y por la tierra y fuego: no han tenido  
Reunión, ni vitales movimientos,  
Ni choques de aquel modo conveniente  
Que inflame los sentidos luminosos, 1210  
Que al animal custodian y defienden.

Y si un choque más fuerte y poderoso  
Que el que puede sufrir su resistencia  
Aflige al animal en un instante,  
Y confunde a la vez las facultades  
Del ánimo y del cuerpo; y los principios  
El desorden disuelve, y se suspenden  
Del todo los vitales movimientos,  
Hasta que la materia sacudida  
Rompe del alma los vitales lazos, 1220  
Y por todos los poros la echa fuera  
Estando derramada por el cuerpo:  
¿Qué puede producir un igual choque,  
Sino alterar y disolver los cuerpos?  
A las veces sucede, si el ataque

Es menos violento, que los restos  
De vital movimiento vencen, triunfan  
Y calman los desórdenes del choque,  
Y vuelven nuevamente a sus conductos  
Las partes ordenadas que dominan 1230  
Ya casi a destructores movimientos  
Señores de la máquina, y encienden  
El sentimiento ya casi perdido.  
Por lo que el alma de las puertas mismas  
De la muerte a la vida es revocada  
Primero que ceder a los impulsos  
Que ya casi a la muerte la arrastraban.

Pues sentimos dolor en nuestro cuerpo  
Cuando de la materia los principios  
De alguna fuerza extraña conmovidos 1240  
Por las vivas entrañas, por los miembros  
Se agitan en desorden; y tenemos  
Blando deleite cuando a su orden vuelven:  
Inferimos de aquí, que los principios  
Ni dolor ni deleite por sí tienen;  
Supuesto que de partes no se forman,  
Cuyo desorden pueda atormentarlos,  
O algún fruto coger de alma dulzura;  
Insensibles por tanto son los átomos.  
Si hemos de dar sensibles elementos, 1250  
En fin, al animal para que sienta,  
Será forzoso, pues, que los principios  
Constitutivos de la raza humana  
Den grandes carcajadas, y que bañen  
Con abundantes lágrimas el rostro  
Y que penetren los secretos grandes  
De la sabiduría, y que analicen  
Sus propios elementos componentes:  
Pues siendo en su estructura semejantes  
A todos los mortales, deben ellos 1260  
Resultar de diversos elementos,  
Y éstos de otros principios, de manera  
Que nunca puedas encontrar el término;  
Yo no me cansaré; siempre que digas  
Reír, hablar y discurrir un cuerpo,  
Es preciso que tengan sus principios  
Las mismas facultades; mas si vemos  
Ser esa pretensión una locura  
Y un gran delirio, y si reír se puede  
Sin principios risueños, si se puede 1270  
Discurrir y explicarse sabiamente  
Sin sabios y elocuentes elementos;

¿Por qué seres sensibles no podrían  
Resultar de principios insensibles  
Que carezcan de todo sentimiento?

Todos, en fin, del aire somos hijos;  
Él es el padre universal, de todos;  
Y alma tierra la madre: recibiendo  
De lo alto en gotas líquidas las aguas,  
Preñada, pare los hermosos frutos 1280  
Y árboles ledos, y la raza humana  
Y pare toda especie de animales  
Cuando les da alimentos con que todos  
Apacientan sus cuerpos, y disfrutan  
De dulce vida y sin cesar propagan:  
Por lo que con razón madre es llamada.  
Los cuerpos que han salido de su seno  
Los vuelve en sí a abrazar; y la materia  
Enviada del aire es recibida  
En el espacio etéreo nuevamente: 1290  
No dudes ser eternos los principios,  
Porque nosotros sin cesar los vemos  
Dejar la superficie de los cuerpos,  
Y a las veces nacer y morir luego:  
No destruye la muerte los principios  
Así como los cuerpos; su tejido  
Rompe tan solamente, y los reforma,  
Y nuevas formas y colores nuevos  
Hace que estén tomando de continuo;  
Los obliga también en un instante 1300  
A dar y recibir el sentimiento.  
Bien sabes tú cuán importante sea  
Mirar el orden, mezcla y movimientos  
Recíprocos que tienen los principios.  
Pues lo mismo producen mar y cielo,  
La tierra, ríos, sol y las semillas,  
Árboles y animales. De igual modo  
Que en mis versos contemplas diferente  
La combinación y orden de las letras;  
Pues aunque las palabras se componen 1310  
En parte de los mismos elementos,  
En el orden difieren solamente:  
Así en los cuerpos de Naturaleza  
Si cambian las distancias, direcciones,  
Uniones, gravedades, orden, choques,  
Colocación, reencuentros y figuras,  
Serán los resultados muy diversos.  
Aplicate ahora a la sabiduría,  
Pues deseo que entiendas las verdades

Nuevas que va a exponer ante tus ojos 1320  
Con nuevo orden de cosas: sin embargo,  
Como tan fácil opinión no haya  
Que no sea difícil adoptarla  
Al principio, y nada hay tan admirable  
Y tan extraordinario en sus principios  
Que con el tiempo deje de admirarse:  
Si el color puro y claro de los cielos,  
Y el que contienen los errantes astros,  
De sol y luna el brillo luminoso,  
Si fuera todo junto presentado 1330  
A los mortales por la vez primera,  
Como si lo pusieran de repente  
Y de un golpe a su vista, ¿qué podría  
Decirse comparable a estos objetos?  
¿O qué nación osara la primera  
Crear posibles cuadros tan grandiosos?  
Ninguna a mi entender: ¿mas quién podría  
Sentir ahora admiración tamaña?  
De la hartura de ver ya fatigados  
Nadie se digna levantar sus ojos. 1340  
A la luciente bóveda del cielo.  
Deja de desechar, despavorido  
De aquesta novedad, la razón misma;  
Pésalo tú con juicio más delgado  
Abraza mis verdades si son ciertas,  
O ármate contra ellas, si son falsas;  
Con la razón el ánimo examina  
Lo que hay del otro lado de los muros  
Del orbe, en los espacios infinitos.  
Hasta do quiera penetrar la mente, 1350  
Y el espíritu libre remontarse.  
Primero, como dije, es infinito  
El gran todo hacia arriba, y hacia abajo,  
Por izquierda y derecha a todos lados:  
Así lo aclama la experiencia misma,  
Y lo declara la naturaleza  
Del infinito: luego si un espacio  
Se extiende ilimitado a todas partes,  
Si semillas sin número movidas  
Por este espacio inmenso nadan siempre 1360  
Desde la eternidad con mil figuras,  
¿Es probable que no se haya criado  
Mas que el cielo y el orbe de la tierra;  
Que estén en los espacios ulteriores  
Innumerables átomos ociosos;  
Habiendo especialmente fabricado

Este mundo por sí naturaleza,  
Y los mismos principios de los cuerpos  
De suyo por acaso reunidos  
Con choques y continuos movimientos 1370  
Enteramente inútiles y vanos  
Masas particulares produjeron  
Como mar, tierra, cielo y animales?  
¿Quién no ha de confesar racionalmente  
Que forma la materia reunida  
Otros muchos compuestos como éste,  
Que el aire abraza en su recinto inmenso?  
    Cuando además materia en abundancia  
Está dispuesta, y un espacio pronto  
A recibirla, ni su movimiento 1380  
Impide algún estorbo, es claro deben  
Formarse seres; y hay tan grande copia  
De principios, que no pueden contarlos  
Aunque se junten mil generaciones:  
Y si para juntarse en otra parte  
Tienen la fuerza y la naturaleza  
Igual a los principios de este mundo,  
Es preciso confieses que las otras  
Regiones del espacio también tienen.  
Sus mundos, varios hombres y animales. 1390  
    Además de esto, en la naturaleza  
No hay un solo individuo de su especie  
Que nazca y crezca único y aislado,  
Y que no forme parte de una clase  
Muy numerosa: en especial observa  
Animales y fieras montaraces,  
Hombres y mudos peces escamosos,  
Todos los cuerpos de las varias aves;  
Por lo menos diremos precisados  
Que el cielo, tierra, mar, el sol y luna, 1400  
Y todo cuanto existe no son cuerpos,  
E individuos únicos aislados;  
Antes llegan a ser innumerables,  
Porque su duración es limitada,  
Y porque nacen como las especies,  
Que constan de infinitos individuos.  
    Después del día genital del mundo,  
Cuando mar, tierra y sol también nacieron,  
Alrededor del mundo y por defuera  
Depositó la Suma en emisiones 1410  
Átomos y semillas infinitas,  
Con las que el mar y tierra se aumentasen,  
De do el cielo tomara la materia

Que sus altos palacios sustentase  
Tan lejos de las tierras, y saliese  
El aire sin cesar; pues que de todos  
Los puntos del espacio se reparten  
Los acrecentamientos de principios  
Con el choque, y se juntan a substancias  
De su naturaleza; se une el agua 1420  
Al agua, tierra a tierra, el fuego al fuego,  
El aire se une al aire; hasta que todos  
Los seres ha llevado al fin postrero  
De su crecer la poderosa madre  
Que todo lo creado perfecciona:  
Esto se verifica si repara  
En proporción las pérdidas del cuerpo:  
La vida entonces queda en equilibrio  
Por un momento, y la naturaleza  
Refrena con su fuerza el crecimiento. 1430  
Pues los cuerpos que ves engrandecerse  
Con un feliz aumento, y levantarse  
Lentamente y por grados al estado  
De madurez, adquieren más que pierden:  
Mientras todo el sustento fácilmente  
Circula por las venas, los conductos  
Ni son tan anchos y diseminados  
Que gasten y disipen mayor parte  
De la que ellos reciben: concedamos  
De los cuerpos las pérdidas ser grandes, 1440  
Hasta llegar a su postrer aumento:  
De allí las fuerzas, el valor y brío  
Se debilitan insensiblemente,  
Y siempre el animal se desmejora,  
Pues las emanaciones son mayores,  
Cuando al postrero crecimiento llega,  
Cuanto es mayor la masa de los cuerpos  
Y mayor su extensión: no girarían  
Todos los alimentos por las venas,  
Ni con facilidad: naturaleza 1450  
No puede reparar con mano franca  
Los hilos abundantes de materia  
Que sin cesar escapan de los cuerpos.  
Perecen, sí, de cierto enrarecidos  
A fuerza de manar, sucumben todos  
los eternos choques: pues les faltan  
En su vejez por fin los alimentos,  
Y en esta postración jamás descansan  
Los objetos externos de acabarlos.  
Y domarlos con choques destructores. 1460

Así también los cercos del gran todo  
Por todas partes se vendrán abajo,  
Reducidos a pútridas ruinas;  
Porque todos los cuerpos necesitan  
Ser con los alimentos reparados,  
Renovados también, y sostenidos:  
En vano es todo, porque los conductos  
Por do el sustento pasa, no están siempre  
Aptos a recibir lo necesario,  
Ni la naturaleza suministra 1470  
Todo lo que hace falta. Y ya arrugado  
De vejez está el mundo, y tan cansada  
La tierra, que no pare más que apenas  
Ruines animales, la que un tiempo  
Parió fecunda todas las especies,  
Y dio robustos cuerpos a la fieras.  
Pues la cadena de oro, yo no creo  
Que haya del alto cielo descolgado  
Las mortales especies en los campos:  
Ni azotadoras olas de peñascos 1480  
Ni el mar las produjeron: las criara  
La misma tierra, empero sustentadas  
Al presente por ella; y de su grado  
Ella crió además los frutos bellos,  
Y viñedos gustosos a los hombres,  
Suaves frutos y risueños pastos.  
Ella misma ofreció primeramente  
Producciones, que apenas nos concede.  
Llegar a colmo a fuerza de trabajo:  
Consumimos los bueyes y gastamos 1490  
Los fuertes brazos de los labradores;  
Hierro apenas se encuentra para el campo;  
Tanto se desmejoran las cosechas,  
Y tanto van creciendo los trabajos:  
Ya cuántas veces labrador anciano  
Suspira meneando la cabeza  
Al ver frustados todos sus afanes;  
Y si el pasado tiempo parangona  
Con el presente, alaba de ordinario  
La suerte venturosa de sus padres: 1500  
Se caen continuamente de sus labios  
Aquellos siglos bienaventurados  
En que los hombres de piedad henchidos,  
Más felices, con menos heredades,  
Recogían cosechas abundosas  
De aquellos pegujales miserables:  
No ve que poco a poco todo cuerpo



Se va menoscabando, y que se estrellan  
Contra el tiempo los seres fatigados.  
Si estas verdades tienes bien grabadas, 1510  
Libre al momento es la naturaleza,  
De soberbios señores despojada;  
Ella misma por sí rige su imperio,  
Sin dar parte a los dioses. Pechos santos  
De las deidades que en eterna calma  
Pasan vida pacífica y serena,  
Decid: ¿quién de vosotros dará leyes  
Al Universo, y sus valientes riendas  
Es capaz de llevar entre sus manos?  
¿Y hace a la vez rodar todos los cielos? 1520  
¿Y quién con los influjos celestiales  
En general las tierras fertiliza,  
Y hace que en todo tiempo nos socorran?  
¿Quién suspende las nubes tenebrosas,  
Del cielo atruena la mansión serena,  
Y lanza rayos que regularmente  
Los propios templos vuestros arruinan,  
Y su furor en vano desenvuelven  
En desiertos, y pasan con frecuencia  
Al lado de los hombres criminales 1530  
Y al virtuoso, al inocente matan? 1531

### Libro III

Oh tú, ornamento de la griega gente, 1  
Que llevaste el primero entre tinieblas  
La luz de la verdad, adoctrinando  
Sobre los intereses de la vida:  
Yo voy en pos de ti, y estampo ahora  
Mis huellas en las tuyas; no codicio  
Ser tanto tu rival, como imitarte  
Ansío enamorado. ¿Pues acaso  
Entrara en desafío con los cisnes  
La golondrina? ¿o los temblosos chotos 10  
Volaran por fortuna en la carrera  
Así como el caballo vigoroso?  
Tú eres el padre y creador de cosas:  
Sí; tú nos das lecciones paternas;  
Y del modo que liban las ovejas  
En los bosques floríferos las mieles,

Así también nosotros de tus libros  
Bebemos las verdades más preciosas;  
Preciosas, varón ínclito, muy dignas  
De tener larga y perdurable vida. 20

Pues al momento que a gritar empieza  
Tu razón no ser obra de los dioses  
El universo, sin parar escapan  
Los terrores del ánimo; se extienden  
Los límites del mundo; en el vacío  
Veo formarse el universo; veo  
La corte celestial y las moradas  
Tranquilas de los dioses, que agitadas  
No por los vientos son, ni los nublados  
Con aguacero enturbian, ni la nieve 30  
Que el recio temporal ha condensado  
Con blancos copos al caer las mancha;  
Y cúbre las un éter siempre claro,  
Y ríe con luz larga derramada.  
Bienes pródiga da naturaleza  
A las inteligencias celestiales:  
Ni un instante siquiera es perturbada  
La paz de sus espíritus divinos:  
La mansión infernal desaparece,  
Por el contrario; ni la tierra impide 40  
Que contemplan debajo de sus plantas  
En el vacío las escenas varias.  
Un divino placer y horror sagrado  
Se apoderan de mí considerando  
Estos grandes objetos que tu esfuerzo  
Hizo patentes descorriendo el velo  
Con que naturaleza se cubría.

Y puesto que hasta aquí las cualidades  
De los principios te hemos explicado,  
Sus formas diferentes, movimientos 50  
Que recíprocamente experimenta  
La materia agitada de continuo,  
Y cómo cada ser se forma de ella:  
Ya, según esto, aclararán mis versos  
De ánimo y alma la naturaleza,  
Y con toda violencia extirparemos  
De raíz aquel miedo de Aqueronte  
Que en su origen la humana vida turba,  
Que todo lo rodea en negra muerte,  
Que no deja gozar a los mortales 60  
De líquido solaz deleite puro.

Y aunque muchos dirán ser más temible  
La infamia y el dolor que los abismos

De la muerte; que es la naturaleza  
Del ánimo lo mismo que la sangre  
Ellos dicen saber; por consiguiente,  
Que ellos no necesitan las lecciones  
De razón nuestra, debes convencerte  
Que un deseo de gloria, o si te agrada  
Más bien, la vanidad los lisonjea, 70  
Pues por convencimiento no lo saben:  
Los mismos desterrados de su patria,  
Proscriptos de la vista de los hombres,  
Amancillados con delito infame  
Viven últimamente rodeados  
De muy amargas penas; y hacen honras  
Do arrastraron su mísera existencia;  
Y degolladas las ovejas negras,  
Las ofrecen a dioses infernales:  
Con más viveza adversidad despierta 80  
Ideas religiosas en sus almas.  
Los peligros descubren a los hombres,  
Les dan a conocer los infortunios,  
Pues entonces por fin del hondo pecho  
Son proferidas voces verdaderas:  
La máscara se quita y queda el hombre.  
    La avaricia, por fin, y ambición ciega,  
Que obligan a los hombres miserables  
A violar torpemente la justicia,  
Y emprenden y acompañan las maldades, 90  
A las veces sujetos noche y día  
A afán penoso por hacer fortuna,  
Estas miserias de la vida alientan  
Con miedo de la muerte en casi todos.  
La ignominia, el desprecio y la indigencia  
Se apartan de tranquila y dulce vida,  
Y abren casi las puertas de la muerte:  
Entretanto los hombres, agitados  
De falso miedo, quieren escaparse  
De precursores lúgubres; cimentan 100  
En sangre ciudadana su fortuna,  
Y avarientos tesoros amontonan,  
Maldad sobre maldad acumulando;  
En la fúnebre pompa del hermano  
Alégranse crueles, y aborrecen  
Y temen los banquetes consanguíneos,  
    El mismo miedo de la muerte roe  
Al envidioso en general; le pone  
A la vista los grandes de la tierra,  
Llenos de distinción y poderío; 110

En vileza y en cieno revolcados  
Ellos mismos se quejan; se desviven  
Por una estatua o vano nombre algunos.  
A otros inspira el miedo de la muerte  
Un odio tal hacia la luz y vida,  
Que con pecho angustiado se dan muerte;  
Olvidados, sin duda, que este miedo  
Es manantial de penas y cuidados;  
Que este miedo persigue la inocencia,  
Que éste rompe los lazos amistosos, 120  
Que éste se burla de naturaleza,  
Pues que a sus caros padres y a su patria  
Han vendido los hombres muchas veces  
Por huir las mansiones infernales.

Los muchachos a obscuras tembletean  
Y se asustan de todo en claro día.  
¡Somos la diversión de unos terrores  
Tan frívolos y vanos! Desterremos  
Estas tinieblas y estos sobresaltos,  
No con los rayos de la luz del día, 130  
Sino pensando en la naturaleza.

Establezco que el ánimo ante todo,  
A quien intelejencia de ordinario  
Llamamos, en el cual está sentado  
El consejo y el régimen de vida,  
Es una parte real de nuestro cuerpo,  
Como los pies y manos y los ojos:  
Sin embargo de que una turba inmensa  
De sabios han creído firmemente  
No tener en el hombre sitio fijo 140  
El sentimiento; empero que del cuerpo  
Era habitud vital en cierto modo,  
Llamada por los griegos armonía,  
Porque anima la máquina, y no tiene  
Lugar determinado: y siendo un modo  
De ser la sanidad que goza el cuerpo,  
Y no una parte dél, del mismo modo  
Al ánimo no asignan sitio cierto,  
En lo que me parece van errados.

Porque frecuentemente sufre el cuerpo 150  
Su cubierta exterior, cuando el principio  
Interior se solaza; y al contrario,  
Si el ánimo es comido de pesares,  
Se regocija el cuerpo todo entero:  
Así cuando en el pie dolor sentimos,  
No padece ninguno la cabeza.

Cuando además los miembros entregados

A blando sueño, y el pesado cuerpo  
En momentos de calma sumergido  
Está sin sentimiento, hay en nosotros 160  
Otro principio que en el mismo tiempo  
Es agitado de infinitos modos,  
Y experimenta en sí las alegrías  
Y cuidados estériles del pecho.

Para que puedas conocer ahora  
Que el alma también queda en nuestros miembros.  
Aun cuando se trastorne la armonía,  
Sucede que después que se ha perdido  
Una parte del cuerpo, el sentimiento  
Anima, sin embargo, nuestros miembros, 170  
Y perdiendo el calor algunas partes,  
Y el aire respirando simplemente,  
Al momento las venas desampara  
Y deja sólo huesos, de do infiero  
No hacer igual papel en nuestro cuerpo  
Todas las partes de que se compone,  
Ni todas le conservan igualmente:  
En aire y en calor la vida estriba:  
El aire y el calor son los postreros  
Que dejan nuestros miembros moribundos. 180

Mas puesto que del ánimo y del alma  
Hemos hallado la naturaleza  
Como parte del hombre, da a los griegos  
Su palabra armonía, que sin duda  
Trajeron de la cumbre melodiosa  
Del Helicón o de otra cualquier parte:  
Guárdensela por mí, yo se la cedo:  
Hagan de este vocablo sus delicias:  
Comprende lo demás que voy diciendo.

Ahora digo que el ánimo y el alma 190  
Están íntimamente entre sí unidos  
Y una substancia forman por sí propios;  
Pero al juicio tenemos como jefe,  
Él domina en el cuerpo bajo el nombre  
De inteligencia y ánimo, y en medio  
Del pecho tiene su morada fija:  
El miedo y el pavor aquí palpitan,  
En derredor halagan los placeres,  
La sensibilidad aquí hace asiento,  
Y la parte del ánima, extendida  
Por todo el cuerpo, espera los mandatos  
Con que la hace mover la inteligencia:  
Consigo mismo él sólo se entretiene,  
Y goza de placer en los momentos

En que el cuerpo y el ánimo no prueban  
Alguna sensación: y a la manera  
Que el dolor siente el ojo, o la cabeza,  
Sin ser atormentado todo el cuerpo,  
Así el ánimo a veces abatido  
Es de melancolía, y animado 210  
Es por el regocijo, sin que el alma  
Alguna novedad sienta en los miembros:  
Si el espíritu empero por el cuerpo  
De miedo más vehemente es poseído,  
Vemos que el alma entera toma parte,  
Palidez y sudor a un tiempo embisten,  
La lengua balbucea y la voz falta,  
Ofuscarse la vista, el oído zumba,  
Aplómense los miembros: muere el hombre  
Por un terror del ánimo a menudo. 220

De aquí cualquiera fácilmente entiende  
La íntima misión de ánimo y alma,  
Pues comunica al cuerpo el mismo golpe  
Que del espíritu ella ha recibido.

Esta razón enseña ser corpórea  
De ánimo y alma la naturaleza;  
Pues si hacen que se muevan nuestros miembros,  
Si nos arrancan del profundo sueño,  
Y si el color del rostro ellos alteran,

Y a todo el hombre rigen y gobiernan, 230  
Estas operaciones sin contacto  
No se pueden hacer, ni ciertamente  
El contacto sin cuerpo; ¿por ventura  
Negaremos que el ánimo y el alma  
Son de una corporal naturaleza?

Ves, además, que el alma toma parte  
En todas las funciones que hace el cuerpo,  
Y se las comunican mutuamente,  
Si no daña a la vida horrible fuerza  
De la muerte, si el choque no desune 210  
Los huesos y los nervios; sin embargo,  
Viene la languidez y un abandono  
Suave de los miembros, y una grata  
Propensión de caer, a que se siguen  
Esfuerzos combatidos a las veces  
De incierta voluntad de enderezarse:  
Luego del alma la naturaleza  
Es corporal, puesto que experimenta  
Todas las impresiones de los cuerpos.  
Voy a enseñarte ahora cuáles sean 250  
De esta alma los principios, y qué especie

De átomos la componen. y la forman.

Primeramente, digo ser compuesta  
De unos sutilísimos principios  
Y muy delgados: convendrás en esto,  
Si atiendes a la grande ligereza  
Con la que se decide y obra el alma:  
No nos presenta la Naturaleza  
Más activos los cuerpos; luego debo  
Esta movilidad extraordinaria 260  
Componerse toda ella de elementos  
Los más redondos y los más delgados,  
Que puedan obligarla a que se mueva  
Al más ligero impulso, pues si el agua  
Por causa ligerísima se mueve,  
Tiene átomos volubles y pequeños;  
La miel es más tardía y más pesada,  
Su licor de difícil corrimiento,  
Pues sus partes se ligan y se traban  
Porque no son tan lisas y sutiles 270  
Y redondas. Disipa en un instante  
Un crecido montón de adormideras  
El soplo más ligero, y no lo hace.  
Con un montón de piedras y hacecillos  
De lanzas: luego es proporcionada  
A lo chico y lo fino de los cuerpos  
La movilidad de ellos: consistencia  
Tienen tanto mayor cuanto se forman  
De elementos groseros y angulosos.

El alma así, que de naturaleza 280  
Tan móvil es, debe constar de cuerpos  
Los más pequeños, lisos y redondos;  
Mas de una vez conocerás, lo bueno,  
Lo útil e importante de mi aserto.

Te aclarará también otra experiencia  
Cuán delicada es la Naturaleza,  
Y cuán fino el tejido de este agente,  
Y a qué espacio tan corto se ciñera  
Si fuera condensable esta substancia.

Cuando el quieto reposo de la muerte 290  
Llega a coger a un hombre, y se retiran  
El ánimo y el alma por los miembros,  
Nada verás perder de peso y forma,  
A excepción del calor y sentimiento:  
Por lo que esta substancia que ha ligado  
A las vísceras, nervios y a las venas  
Naturaleza, debe componerse  
De partes minutísimas: no causa

Diminución alguna su salida,  
Ni por la superficie ni en la masa 300  
De los cuerpos: así cuando de Baco  
La flor se ha disipado, y ha perdido  
El perfume suave sus olores,  
O los jugos salieron de algún cuerpo,  
No parecen menores a la vista,  
Ni mucho más ligeros; pues los jugos  
Y los olores no son más que partes  
Muy sutiles del cuerpo; lo repito  
Que el alma y el espíritu se forman  
De átomos muy ligeros, pues huyendo 310  
No roban peso alguno de los cuerpos.

No hemos de presumir que sea el alma  
Una substancia simple; pues exhalan  
Los moribundos un ligero soplo  
Revuelto con calor; éste no puede  
Sin el aire existir, porque sus partes,  
Si no llegan a estar muy bien unidas,  
Es preciso se cuelen por los poros  
Las moléculas de aire; pues hallamos  
Ser ya del alma la Naturaleza 320  
Por los tres elementos producida.

Pero todo esto junto no es bastante  
Para que se produzca el sentimiento:  
No es concebible, pues, que alguno de éstos  
Pueda hacer movimientos sensitivos  
Que en juego pongan el entendimiento;  
Y así les damos un principio cuarto:  
Éste no tiene nombre conocido,  
No hay otro más movable, ni más fino,  
Ni más pulido entre los elementos. 330  
El imprime el primero en nuestros miembros  
Movimiento de vida: él es movido  
Primeramente por tener perfecta  
Pequeñez de principios: al momento  
Él al calor, al soplo comunica  
Y al aire el movimiento, y en seguida  
En general la máquina se mueve:  
La sangre entonces bate: entonces se hacen  
En general las vísceras sensibles:  
Por último, los huesos y médulas 340  
De placer o dolor son afectados.

Penetrar el dolor aquí no puede  
Ni algún mal violento sin que cause  
En la máquina toda tal desorden  
Que no encuentre la vida más asilo,



Y toda el alma sale descompuesta  
Por los poros del cuerpo; felizmente  
Limitan estos choques destructores  
Sus impresiones en la superficie  
De los cuerpos: la vida conservamos. 350  
Codiciando yo ahora el explicarte  
Por qué secreto lazo, o por qué mezcla  
Estos cuatro elementos se combinan  
Y formar pueden un sensible todo,  
Contra mi voluntad no lo permite  
De nuestra lengua patria la pobreza:  
Yo te haré como pueda un fiel bosquejo:  
Mezclados entre sí los elementos  
De estos cuatro principios, de concierto  
Se mueven, sin que puedan separarse 360  
Ni en parte ejercitar sus facultades  
Sino como potencias diferentes  
De un mismo todo único; y del modo  
Que en las entrañas de los animales  
Un olor, un color y sabor propio  
Hay, por lo general, aunque resulte  
De estas tres cualidades reunidas  
Una misma substancia; de este modo  
Aire, calor y soplo, agente ciego,  
Una naturaleza forman juntos 370  
Con esta fuerza activa que principia  
A darles movimiento y hace nazca  
Por la máquina toda el sentimiento:  
Se oculta, pues, este primer agente  
En lo más interior de nuestros cuerpos;  
Partes más interiores no tenemos:  
Es alma de nuestra alma, a la manera  
Que el alma y el espíritu se juntan  
En nuestros miembros y en el cuerpo todo  
Secretamente, porque son formados 380  
De pocos y pequeños elementos;  
Este principio así, falto de nombre,  
De átomos sutilísimos compuesto,  
En el fondo se oculta de nosotros,  
Y él es el alma de la misma alma,  
Y señorea por el cuerpo todo:  
El viento, el aire y el calor no pueden  
Producir de este modo en nuestros miembros  
La vida sin estar ellos mezclados;  
Y aunque domine, o sea dominado 390  
Uno de estos principios por los otros,  
Juntos deben de hacer un solo todo

Para que no perezca el sentimiento,  
Porque no rompan los vitales lazos  
Obrando cada uno separado.

Aquel calor la cólera fomenta,  
Da también a la sangre efervescencia,  
Y arrojan fuego los airados ojos:  
En el alma hay también mucha aura fría,  
Compañera del miedo, que en los miembros 400  
Excita horror, y hace temblar el cuerpo:  
El aire, el más templado de los cuatro,  
Es el que tranquiliza nuestros pechos  
Y serena el semblante: predomina  
En los pechos coléricos fogosos  
El calor, pues se aíran fácilmente.

La furia violenta de leones  
Así es principalmente, cuyos pechos  
Se rompen con rugidos espantosos,  
Ni su pecho coléricos tumultos 410  
Puede ya recoger: por el contrario,  
El viento hiela el alma de los ciervos,  
Que excita un aire frío en sus entrañas  
Con mayor rapidez, y por sus miembros  
Hace que un general temblor se mueva.

Mas la naturaleza de los bueyes  
Vive con aire mucho más templado.  
Ni la hacha de la cólera aplicando  
La causa daño, ni jamás la ofusca  
Con los negros vapores de sus sombras, 420  
Ni el helado pavón la pone torpe  
Con tiros penetrantes: tiene el medio  
Entre los ciervos y leones fieros.

La raza humana así es constituida;  
Aun cuando perfeccione a ciertos hombres  
La educación, no puede, sin embargo,  
Borrar ella los rasgos dominantes  
Que en el alma grabó la misma mano  
De la naturaleza: no es posible  
De ella arrancar el germen de los vicios: 430  
De vehemente cólera arrastrado  
Éste se precipita, aquél tentado  
Es de la timidez, y aquel tercero  
Se compadece más de lo que debe.  
Hay en los caracteres diferencias  
Esenciales, también en las costumbres,  
Que son un resultado cuyas causas  
Secretas explicarte yo no puedo:  
Tampoco hallo los nombres suficientes

A las figuras de los elementos 440  
De que esta variedad es producida:  
Me parece poder asegurarte  
Que no pudiendo reflexión y estudio  
Destruir los vestigios primitivos,  
Los debilitan tanto, que podemos  
Pasar la vida bienaventurada  
Con que los altos Dioses se deleitan.

La cubierta del alma es nuestro cuerpo,  
Y ella misma del cuerpo es centinela  
Y causa de salud; pues que se unen 450  
Entre sí mismas estas dos substancias  
Con raíces comunes, no se puede  
Una de otra apartar sin destruirlas.  
Si al incienso quitar su olor no es fácil  
Sin que perezca su naturaleza,  
De la misma manera es imposible  
Quitar de todo el cuerpo ánimo y alma  
Sin que las dos substancias se disuelvan.  
De esta manera la Naturaleza  
Ha unido íntimamente sus principios 460  
En el instante mismo de formarlas,  
Y sujetálas a la misma suerte:  
No pueden, pues, obrar ni sentir ellas  
Sin darse mutuo auxilio: reunidos,  
Empero, sus comunes movimientos,  
Nos encienden la antorcha de la vida.

Ni se engendra ni crece por sí el cuerpo,  
Ni después de la muerte sobrevive.  
Pues aquellas partículas de fuego,  
Que contiene en sí el agua cuando hierve, 470  
Pueden generalmente evaporarse  
Sin que se descomponga la misma agua  
Por esta agua: pero no así pueden  
Los miembros resistir desamparados  
La salida del alma; su tejido  
Se rompe y se empodrece por entero,  
Y mutuamente el peso de la vida  
Aprenden a llevar desde muy tiernas  
Estas substancias en el vientre mismo  
De las madres; no pueden separarse 480  
Sin perecer: y pues que están unidas  
Mutuamente entre sí por conservarse,  
Claro verás que su naturaleza  
Debe en unión recíproca estrecharse.

Si alguno al cuerpo el sentimiento niega,  
Y cree que recibe aquél el alma

Por estar derramada en todo el cuerpo,  
Ataca abiertamente la evidencia.  
¿Quién dirá el modo de sentir el cuerpo  
Sino porque está unido con el alma, 490  
Como nos ha enseñado la experiencia?  
El alma retirada, queda el cuerpo  
De todo sentimiento despojado:  
Pierde en la vida lo que no era suyo,  
Y le roba la muerte mayor presa.  
Pretender que los ojos nada vean,  
Y que el alma divisa los objetos  
A través de aberturas, es delirio:  
Los sentidos nos dicen lo contrario;  
Porque trae y recoge simulacros 500  
El sentido en el órgano. Y a veces,  
Cuando fijar la vista no podemos  
En objetos brillantes, porque altera  
Sus funciones la luz bastante viva,  
¿Diremos que las puertas por do vemos  
Experimentan sensación penosa?  
Si esta suposición es admitida,  
El alma ya verá mejor sin ojos,  
Libre de estos estorbos de las puertas.  
Ni del varón Demócrito presumas 510  
Seguir el voto santo, que nos dice  
Corresponder a cada un elemento  
Del cuerpo otro del alma, y que esta mezcla  
El lazo de los órganos compone;  
Puesto que si del alma los principios  
Más delicados son que los del cuerpo  
Y vísceras, en número no exceden  
Y con economía están partidos,  
Y únicamente asegurar pudieras  
Que entre los más pequeños elementos 520  
Cuantos pueden causarnos sensaciones,  
Hay divididas otras tantas partes  
Del alma en nuestros miembros: no sentimos  
El polvo que se pega a nuestro cuerpo  
Y el afeite aplicado a nuestros miembros,  
Ni el rocío nocturno, ni los hilos  
Delgados de la araña, cuando andamos,  
No sentimos meternos en sus redes,  
Ni la camisa vieja que el insecto  
Sobre nuestras cabezas caer deja, 530  
Ni las plumas de aves, ni pelusas  
Volantes, cuya extrema ligereza  
Hace caer a veces lentamente;

Tampoco el paso de rastrero insecto,  
Ni de los pies la huella señalada  
Que dejan los insectos y mosquitos  
En nuestro cuerpo; pues primeramente  
Es preciso se ponga en movimiento  
De átomos gran copia por el cuerpo,  
Primero que los átomos del alma 540  
A tan grandes distancias colocados  
Puedan sentir aquellas impresiones  
Y puedan reunirse, entrechocarse  
Y alternativamente repelerse.

El espíritu es la esencial base  
De la vida; por él nos conservamos  
Mucho mejor que por el alma misma:  
Sin espíritu y juicio ni un momento  
Puede el alma quedar en nuestros miembros;  
Sus más pequeñas partes se disipan, 550  
Sigue a su compañero por los aires  
Y deja sólo los helados miembros  
El frío de la muerte: queda vivo  
El hombre que conserva el juicio sano  
Y el espíritu: el cuerpo, sin embargo,  
Podrá ser mutilado, y su alma en parte  
Y sus miembros perder; mas vive el tronco,  
Y goza auras etéreas de la vida:  
Si no es de toda el alma despojado,  
Cualquier pequeña parte que subsista 560  
Será bastante para darle vida:  
Por eso, aun cuando, fueren desgarradas  
Las partes que rodean a los ojos,  
Si permanece intacta la pupila,  
La potencia de ver está en su fuerza;  
Como no hieras tú la cuenca entera,  
Y cortes sólo las vecinas partes,  
Y aisladamente dejes la pupila,  
No dañará la vista: mas si un poco  
Dañan del ojo aquella parte media, 570  
Aunque por otra parte transparente  
Estuviere la órbita sin daño,  
Apágase la luz en el instante,  
Y siguen las tinieblas: estas leyes  
Unen siempre el espíritu y el alma.

Proseguiré diciéndote en canciones  
Dignas de que te ocupen mientras vivas,  
Que nacen los espíritus, y mueren  
Con nuestro cuerpo las ligeras almas;  
De un penoso trabajo prolongado 580

Mi canto es dulce fruto: bajo un nombre  
Procura reunir estas substancias,  
Pues juntas forman un compuesto solo:  
Y cuando te enseñare, verbigracia,  
Ser el alma mortal, cree que digo  
Ser mortal el espíritu como ella.

Primeramente, porque te he enseñado  
Constar el alma de pequeños cuerpos,  
Y de elementos mucho más delgados  
Que los del agua, o nubes, o del humo; 590  
Puesto que en ligereza se aventaja,  
Y muévase con un ligero impulso,  
Como que obran los mismos simulacros  
De las nubes y el humo sobre el alma:  
Pues simulacros son de estos objetos  
El humo y el vapor que en sueños vemos  
Exhalarse y subir de los altares.  
Por todas partes ves correr el agua  
Cuando se hace pedazos algún vaso;  
Pues si las nubes y humo se disipan 600  
Por los aires, persuádate que el alma  
Se disipa saliendo de los miembros,  
Y que sus elementos se disuelven  
Y perecen más pronto y velozmente.

Siendo del alma el cuerpo como vaso,  
Por un mortal ataque descompuesto,  
O perdida la sangre, enrarecido,  
No puede detener su retirada.  
¿Podrás tú persuadirte la detenga  
El aire, que es un fluido más raro? 610

Nacer, crecer y envejecer sentimos  
El alma juntamente con el cuerpo:  
Un cuerpo quebradizo y delicado  
Sirve desde la infancia como cuna  
A un ánimo tan débil como el alma:  
Y los miembros la edad robusteciendo,  
El consejo también se robustece,  
Y el ánimo sus fuerzas va aumentando:  
Después, cuando el esfuerzo poderoso  
De los años el cuerpo ha quebrantado, 620  
Y, el brío entorpecido, decayeron  
Las fuerzas de los miembros, el ingenio  
Claudica, y el espíritu y la lengua  
Delira, y faltan todos los resortes  
De la máquina a un tiempo; luego el alma  
También se descompone y se disipa  
Como el humo en los aires, pues la vemos

Nacer y acrecentarse con el cuerpo  
Y sucumbir al tiempo fatigada.

Como del mismo cuerpo se apoderan 630  
Dolor agudo, enfermedades graves,  
Del espíritu así el espanto y duelo  
Y molestos cuidados: luego debe  
Partícipe como él ser de la muerte.

La razón se perturba en las dolencias  
Del cuerpo muchas veces: se apodera  
Del alma la demencia y el delirio:  
Y a veces un letargo profundísimo  
La hunde en un sopor alto y eterno,  
Los párpados se caen y la cabeza: 640  
Ni oye las voces, ni conoce el rostro  
De aquéllos que llamándola a la vida  
La cercan y rodean derramando  
Lágrimas en el rostro y las mejillas.  
Es preciso confieses se disuelve  
El ánimo también, pues le penetran  
Los contagios del mal; amaestrado  
Nos ha el acabamiento de otros muchos;  
Dolor y enfermedad, entrambos juntos,  
Son los fabricantes de la muerte. 650

¿Por qué razón, en fin, luego que el vino,  
Este licor ardiente, ha poseído  
Un hombre penetrando por sus venas,  
Y su ardor escondió metido en ellas,  
Están sus miembros graves y pesados,  
Sus pies entorpecidos tartalean,  
La lengua torpe, y embriagada el alma,  
Fluctuantes los ojos, gritos, llantos  
Y riñas y pendencias van creciendo,  
Y lo demás que a la embriaguez se sigue? 660  
Del vino, pues, la fuerte violencia  
Ataca el alma en nuestro mismo cuerpo.  
Luego si puede una cualquier substancia  
Perturbarse embargada, es necesario  
Que de inmortalidad esté privada,  
Y que perezca, hallándose ella expuesta  
A una causa más fuerte irresistible.  
De un accidente súbito atacado  
Un hombre, cae en tierra a nuestra vista  
Como herido de raya: espumajea, 670  
Gime y tiemblan sus miembros,  
Se enfurece, se atiesa, y el resuello  
Apenas puede echar y se fatiga;  
Con inquietud se vuelve a todos lados:

Del mal la violencia, derramada  
Por los miembros, sin duda al alma llega  
Y la trastorna: así en el mar salado  
La fuerza impetuosa de los vientos  
Hace hiervan las ondas espumosas.  
Dolor es quien arranca los gemidos; 680  
Los elementos de la voz echados  
A un tiempo, de tropel se precipitan  
Por el conducto que avezado hubiera  
La familiar costumbre a despedirlos.  
La demencia proviene de que el alma  
Y espíritu se turban; separados  
Con la fuerza del mal, sus facultades  
Ejercen en desorden: pero cuando  
El humor que causaba la dolencia  
Otro giro tomó, y en escondrijos 690  
El humor corrompido se metiera,  
Como tambaleando se levanta,  
Recobra poco a poco los sentidos;  
Y vuelve a su razón: luego si tantas  
Enfermedades en el cuerpo mismo  
Al alma oprimen con oprobio y mengua,  
¿Te podrás persuadir que sin el cuerpo  
Pueda el alma vivir allá en el aire  
En medio de los vientos y borrascas?  
Y pues que vemos que se cura el alma 700  
Como el enfermo cuerpo, y que ella puede,  
Restablecerse con la medicina;  
Esto presagia ser mortal el alma.  
Como toda substancia conocida  
El alma viene a ser: es imposible  
Mudar su estado sin juntar las partes,  
Bien se las quiten, bien se las traspongan.  
Pero si es inmortal una substancia,  
Jamás permite el alterar su orden,  
Ni sufre se acreciente o disminuya 710  
El número que tiene de principios:  
Porque todo aquel ser que ha traspasado  
Los límites prescritos a su esencia  
Haciendo mutaciones, deja al punto  
De ser lo que antes era: luego el alma,  
O bien enferme, o bien ya convalezca,  
Da señales de muerte, como he dicho.  
Tan fuertemente la verdad ataca  
Al error, y le cierra la salida,  
Y con raciocinar sólido y sabio 720  
Se alza triunfante del sofisma vano.



Vemos, en fin, la consunción del hombre  
Por grados a las veces; y sus miembros  
Pierden uno tras otro el sentimiento.  
Ante todo los pies, uñas y dedos  
De lívido color vemos cogidos;  
En seguida los pies y piernas mueren;  
Las huellas de la helada muerte ganan  
Después por grados los restantes miembros.  
Así que, pues el alma se divide, 730  
Ni al mismo tiempo puede existir toda,  
Como mortal debemos reputarla.  
Si acaso piensas que ella misma puede  
Interiormente reunir sus partes,  
Y recogerlas todas en un punto,  
Dando a todos los miembros sentimiento,  
Parece que el lugar donde se junta  
Tanta copia de átomos debía  
De mayor sentimiento estar dotado.  
Pues como nada de esto se perciba, 740  
Es preciso, como antes afirmamos,  
Que el alma separada de sí misma  
Parezca derramada por afuera.  
Aunque una falsedad te concedamos  
Suponiendo que el alma se recoge  
En el cuerpo de aquellos moribundos  
Que por grados la vida van perdiendo,  
Debe, no obstante, ser mortal el alma.  
No importa que esparcida por los aires  
Perezca el alma, o en ocultas partes 750  
Se embrutezca, si el hombre va perdiendo  
Gradualmente vida y sentimiento.

Y supuesto que el alma es aún parte  
Del hombre, y que ella ocupa sitio cierto,  
Así como los ojos, las orejas.  
Y los demás sentidos que nos guían;  
Y no pudiendo separadamente  
Existir, ni sentir la mano, el ojo  
O la nariz fuera de nuestro cuerpo,  
Antes bien al instante se corrompen; 760  
Por sí existir tampoco puede el alma  
Sin el cuerpo, que viene a ser su vaso,  
U otra cosa más íntima, pues juntos  
Forman tan solamente una substancia.

Últimamente; unidos cuerpo y alma,  
Se conservan y existen mutuamente:  
Porque el alma del cuerpo separada  
No produce vitales movimientos

Aisladamente, ni sin alma el cuerpo  
Existe y ejercita los sentidos. 770  
Y si arrancado de raíz un ojo,  
Separado del cuerpo enteramente,  
No puede distinguir objeto alguno,  
El alma y el espíritu no pueden  
Por sí del mismo modo alguna cosa.

Los elementos, pues, diseminados  
Por venas, huesos, vísceras y nervios,  
Dentro de todo el cuerpo prisioneros,  
No pueden apartarse libremente  
A unas grandes distancias, encerrados 780  
Ejercen los vitales movimientos;  
Los que no existen fugitiva el alma  
Fuera del cuerpo, echada por los aires,  
Por no estar ya sujetos sus principios;  
Aire animado podría ser el alma,  
Si estrechase pudiera el alma misma,  
Y su actividad fuera tan ceñida  
Cual lo era antes en el mismo cuerpo.  
Repito, pues: disuelta la cubierta  
De todo el cuerpo, y las vitales auras 790  
Fuera del cuerpo echadas, se disuelve  
Del ánimo y del ama el sentimiento,  
Como que son efectos de una causa.

No pudiendo sufrir, en fin, el cuerpo  
La partida del alma sin que exhale  
Fétido olor después de corrompido,  
¿Dudas que el alma descompuesta escape  
De lo íntimo del cuerpo como humo?  
Y qué ¿tan grande alteración del cuerpo,  
De sola corrupción originada, 800  
Y su ruina general no anuncian  
Que el alma de su puesto fue arrojada,  
Y que sus partes por los miembros manan  
Por los conductos que hay en todo el cuerpo?  
Esto comprueba haber salido el alma  
Dividida primero por los miembros,  
Y que en el mismo cuerpo descompuesta,  
En el fluido aire después nada.  
Aun no dejando el alma muchas veces  
La mansión de la vida, trastornada 810  
Por alguna violenta sacudida,  
Parece va a marchar; todos los miembros  
Se aflojan, y el semblante desfallece  
Como en la postrer hora, y vacilantes  
Todos los miembros caen de exangüe cuerpo.

Este estado presenta un desmayado  
O un hombre que perdió el conocimiento:  
Terrible ataque, en que las fuerzas todas  
Desea recoger por conservarse  
La máquina, pues cae el alma entera, 820  
Y se desploma con el cuerpo entonces;  
Y pereciera, si llegase el choque  
A hacerse más violento. Últimamente:  
¿Crearás que escapada de los miembros,  
Sin poder resistir ataque externo,  
Sin defensa ni abrigo, existir pueda,  
No digo eternamente, un solo instante?

Ni un moribundo siente cuando sale  
El alma libremente de su cuerpo,  
Por la garganta al paladar subiendo: 830  
Pero en el mismo sitio ella perece  
En que naturaleza la pusiera,  
Así como perecen los sentidos.  
Si ella fuera inmortal, no se quejara  
Sintiendo disolverse con la muerte:  
Antes con la alegría se partiera  
Y saldría del cuerpo a la manera  
Que deja sus despojos la culebra  
O cuernos elevados ciervo añoso.  
La sensibilidad y el raciocinio 840  
¿Por qué razón, en fin, ni en la cabeza  
Ni en los pies o las manos jamás nacen?  
¿Por qué se unen en sitio y región cierta,  
Sino porque les dio naturaleza  
A entrambos un lugar determinado  
Para nacer en él y conservarse?

Así de muchos modos lo ha dispuesto  
En favor ella de los miembros todos,  
Para que nunca su orden invirtiesen.  
Los efectos y causas se encadenan 850  
Con tanta proporción; pues ni la llama  
Tuvo costumbre de nacer en ríos,  
Ni el hielo acostumbró a salir del fuego.

Pero sí el alma por naturaleza  
Es inmortal, y si de nuestro cuerpo  
Separada, conserva el sentimiento,  
A mi entender la das cinco sentidos:  
No podemos nosotros figurarnos  
Vagar en Aqueronte de otro modo  
Las almas de los muertos, como hicieron 860  
Los antiguos poetas y pintores,  
Que las imaginaron con sentidos.

Pero no puede el alma sin el cuerpo  
Tener ojos, narices, ni aun las manos;  
Ni sentir, ni existir sin alma pueden  
La lengua y las orejas por sí mismas.

Y pues sentimos por el cuerpo todo  
La vida el sentimiento difundido,  
Y en general lo vemos animado;  
Si alguna fuerza el tronco separando 870  
Con un rápido golpe de repente,  
Sin duda a un tiempo el alma dividiera,  
Y junta con el cuerpo la tumbara  
Cortada en dos mitades. La substancia  
Que se divide en partes nos declara  
No ser eterna su naturaleza.

Dicen que cortan los falcados carros  
Los miembros del guerrero encarnizado  
Con tanta rapidez en la pelea,  
Que se ve palpar aquella parte 880  
Cortada por el suelo antes que el alma  
Cogida del dolor su falta sienta:  
Bien la celeridad del mal la robe  
El sentimiento, o bien que el alma entera  
Con el recio combate enardecida  
Lo restante del cuerpo sólo emplea  
En dar o prevenir mortáles golpes.  
Su brazo izquierdo y su broquel perdidos  
Por entre los caballos, otro ignora  
Haberse destrozado por las ruedas 890  
Y las hoces rapaces. Presuroso  
Los muros escalando, éste no advierte  
Que en tierra se cayó su mano diestra:  
Aquel otro procura levantarse  
En la pierna cortada, cuando al lado  
Agita el moribundo pie los dedos  
En el suelo. Y cortada la cabeza,  
Calor y vida el tronco conservando,  
Un semblante animado guarda en tierra  
Y los ojos abiertos mientras fueron 900  
Las reliquias del alma disipadas.

Si quieres dividir en muchas partes  
La cola de serpiente corpulenta,  
La cual vibra amenazas por su lengua,  
Verás atormentarse cada parte  
Con la reciente herida aisladamente,  
Y la verás llenar de podre el suelo,  
Y la parte anterior con furia herida,  
A sí misma se daña por la espalda

Con propio diente de dolor rabiando. 910

¿Diremos, por ventura, que hay un alma  
En cada trozo de éstos? ¿No sería  
Llenar un animal de muchas almas?  
Luego fue con el cuerpo dividida  
La única alma que había: pues mortales  
Entrambas son, puesto que se dividen.

Si el alma es de inmortal naturaleza,  
Si al nacer en el cuerpo se insinúa,  
¿Cómo es que no podemos acordarnos  
De la vida pasada, ni tenemos 920  
De los antiguos hechos resto alguno?  
Si el alma padeció tan gran mudanza  
Que se olvidó de los pasados hechos,  
Yo creo que este estado se parece  
A la muerte; confiesa, pues, que el alma  
De otro tiempo murió, y la del presente  
Ha llegado a formarse nuevamente.

Si ya perfecto el cuerpo se insinuase  
En nosotros el alma al misino tiempo  
Que somos engendrados y pisamos 930  
El umbral de la vida, no la vieras  
Con los miembros crecer y con el cuerpo  
En nuestra misma sangre: antes debía  
Como en jaula vivir para sí misma,  
Separada del cuerpo que ella anima:  
Digamos sin cesar tener origen  
Las almas, sin librarse de la muerte.

Es imposible que substancia extraña  
Con tanta intimidad pudiese unirse  
A nuestros cuerpos contra la experiencia; 940  
Por venas, nervios, vísceras y huesos  
Extenderse de modo, que aun los dientes  
Participan de cierto sentimiento,  
Como lo indica el mal y tiritona  
Que causa el agua fría que bebemos  
Y la piedra mascada en el sustento.  
Añádase que, como estrechamente  
Está unida a la máquina, no puede,  
Sin que primero se disuelva toda,  
El alma verse libre de los nervios 950  
Y de los huesos y articulaciones.

Porque si crees tú que el alma corre  
Como fluido extraño por los miembros,  
Perecerá más pronto con el cuerpo;  
Puesto que la fluidez es un estado  
De disolverse un cuerpo y darle muerte:

Por tanto, nuestro cuerpo se reparte.  
Si colando en los miembros los sustentos  
Toman de suyo otra naturaleza;  
El ánimo y el alma así, aunque enteros, 960  
Cuando penetran en reciente cuerpo,  
Deben descomponerse circulando;  
Por todos los conductos esparcidas  
Sus partículas, dentro de los miembros  
Forman un alma nueva, nueva reina  
De nuestro cuerpo, hija de la primera,  
Que repartida entonces por los miembros,  
Perece: por lo cual no está privada  
De nacimiento, ni de muerte exenta.

¿Quedan por fin, o no, semillas de alma 970  
En exánime cuerpo? Pues si quedan,  
Por inmortal no puede ser tenida;  
Con pérdida de partes se ha alejado;  
Mas si al contrario, con enteros miembros  
Robada se fugó, de tal manera  
Que no deja en el cuerpo parte alguna,  
¿Por qué razón podridas las entrañas,  
Un cadáver da vida a los gusanos?  
¿Cómo tan grande copia de animales  
Despojados de huesos y de sangre 980  
Se ve bullir por los hinchados miembros?

Si crees que las almas de gusanos  
Como extrañas substancias han podido  
Juntarse por fortuna con sus cuerpos;  
Si tantas almas súbito allegadas  
Después de la partida de una sola  
No te proponen reflexión alguna;  
A una cuestión responde, sin embargo,  
Que es preciso te hagamos: ¿cada una  
De estas almas escoge la semilla 990  
Que ella quiere animar, y se fabrica  
Alguna habitación para si misma,  
O en los cuerpos formados se insinúan?  
Yo no encuentro razón para que se hagan  
Su prisión ellas mismas con trabajo,  
Las que sin cuerpo vuelan al abrigo  
De enfermedad, de frío, de hambre y males  
Que le han cabido al cuerpo por herencia,  
Y que el alma en unión experimenta:  
Mas demos que le sea ventajoso 1000  
Un cuerpo fabricarse y habitarle;  
Yo no se cómo pueden hacer esto:  
Luego cuerpos y miembros no fabrican

Las almas para sí, ni se insinúan  
En cuerpos hechos: dame tú lecciones  
De cómo están unidos cuerpo y alma.

¿Por qué el bravo león, en fin, conserva  
Lo feroz de su especie? ¿Por qué heredan  
Las zorras el ardid, la huida el ciervo?  
¿Y sus miembros agita el pavor patrio? 1010  
¿Por qué espirituales afecciones  
Que nacen y se engendran con nosotros,  
Sino porque el espíritu, teniendo  
Su germen y elementos como el cuerpo,  
Crecen con todo él al mismo tiempo,  
Y del alma se van desenvolviendo  
Las cualidades? Pues si inmortal fuese,  
Si de uno en otro cuerpo se pasara,  
Andarían revueltas las costumbres  
De las bestias: se viera con frecuencia 1020  
Huir de Hircania el perro la embestida  
De algún ciervo cornudo, y temblaría  
Gavilán fugitivo por los aires  
De la paloma: fuera el hombre necio,  
Y el bruto sabiamente discurriera.

En vano intentan por salir del paso  
Que por ser inmortal se muda el alma  
Mudando el cuerpo; todo ser mutable  
Se disuelve y perece sin remedio,  
Porque desordenadas y traspuestas 1030  
Sus partes son: luego las almas deben  
Desatarse en los miembros, y morirse,  
Sin quedar parte suya con el cuerpo.  
Si dicen que las almas de los hombres  
Se pasan siempre a miembros humanales,  
Preguntaré, no obstante, ¿por qué causa  
Se puede volver necia un alma sabia?  
No hay niño, alguno que prudente sea,  
Ni tiene el potro la destreza y brío  
Del bruto belicoso: el alma tiene 1040  
Su germen propio, que se desenvuelve  
Y juntamente con el cuerpo crece.  
Dirán, en fin, por última salida,  
Que ella rejuvenece en tierno cuerpo;  
La confinas mortal forzosamente,  
Pues no puede sufrir tan gran mudanza  
El alma por los miembros, sin que pierda  
La vida y sentimiento que antes tuvo.

¿Cómo robustecida con el cuerpo  
Podrá junto con él tocar el alma 1050

La flor gustosa de la edad que anhela,  
Si no nace con él? ¿Por qué desea  
Abandonar en la vejez sus miembros?  
¿Teme acaso quedarse ella encerrada  
En un cuerpo podrido, o que se hunda  
Su vieja casa sobre si cansada?  
Empero lo inmortal no corre riesgo.

Ridículo es, en fin, imaginarse  
Estar prontas al coito las almas,  
Y a partos de animales, como enjambres 1060  
De inmortales substancias esperando  
Mortales miembros, y entre sí luchando  
Por entrar en el cuerpo la primera  
Cada cual de ellas, o entre sí conciertan,  
Por evitar disputas, que se meta  
La que con más presteza se acercare.

Ni el árbol en el aire, ni las nubes  
En el profundo mar, existir pueden,  
Ni en los campos vivir pueden los peces,  
Ni se puede dar sangre en la madera, 1070  
Ni jugo en piedras: tiene lugar cierto  
Cada ser donde crezca y donde exista:  
No puede el alma así nacer aislada,  
Y no puede existir sin sangre y nervios:  
Con más razón podría estar el alma  
En la cabeza u hombros, o talones,  
Y pudiera nacer en cualquier parte,  
Y en el mismo hombre y vaso se quedara.  
Pues si estamos seguros tiene el alma  
Y espíritu en el cuerpo lugar fijo, 1080  
En donde pueden ir creciendo a un tiempo  
Y tener existencia, afirmaremos  
Que no pueden nacer y durar fuera:  
Luego cuando la máquina perece,  
Preciso es que también perezca el alma.

Si es locura el juntar mortal a eterno,  
Y suponer que están en armonía,  
Haciendo mutuamente sus funciones;  
¿Se puede imaginar más ardua cosa,  
Más distinta y opuesta que juntarse 1090  
Una perpetua e inmortal substancia  
Con la mortal, haciéndolas que sufran  
En mutua unión borrascas espantosas?.

Pero subsiste un cuerpo eternamente,  
Porque su solidez resiste el choque;  
Él es impenetrable, indisoluble,  
Como los elementos de materia



Cuya naturaleza he declarado:  
O porque no se halla expuesto al choque,  
Como el vacío, este impalpable espacio 1100  
Donde la destructora acción se pierde:  
O porque algún espacio no le cerca  
Que pueda contener en cierto modo  
Sus reliquias disueltas, como el todo  
Cuyas partes no escapan por defuera,  
Ni hay cuerpos que las choquen y desunan:  
Pero del alma la naturaleza  
No es de algún cuerpo sólido compuesta,  
Porque hay vacío, como te he enseñado:  
No lo es como vacío, pues hay cuerpos 1110  
En la suma infinita que atacando  
Con violencia y rapidez, la pueden  
Trastornar y ponerla en gran peligro.  
Existe de seguro espacio inmenso  
Do sus elementales partes pueden  
Ser dispersadas, o de cualquier modo  
El alma perecer: no se han cerrado  
Las puertas de la muerte para el alma.

Si inmortal puede ser esta substancia,  
Sin peligro de causas destructoras, 1120  
Será porque estas causas no la toquen  
O porque antes que lleguen se rechazan,  
Sin que podamos percibir el daño;  
Pues los males del cuerpo el alma enferman,  
Y la consume a veces lo futuro,  
Y la fatiga con cuidado y miedo,  
Y los pasados crímenes la roen:  
Junta a esto el furor propio del alma  
Y un olvido absoluto de las cosas,  
Y hundirse en negras ondas del letargo. 1130

La muerte nada es, ni nos importa,  
Puesto que es de mortal naturaleza:  
Y a la manera que en el tiempo antiguo  
No sentimos nosotros el conflicto  
Cuando el cartaginés con grandes fuerzas  
Llegó por todas partes a embestirnos;  
Cuando tembló todo el romano imperio  
Con trépido tumulto, sacudido  
De horrible guerra en los profundos aires;  
Cuando el género humano en mar y tierra 1140  
Suspenso estuvo sobre cuál de entrambos  
Vendría a subyugarle; pues lo mismo,  
Luego que no existamos, y la muerte  
Hubiere separado cuerpo y alma,

Los que forman unidos nuestra esencia,  
Nada podrá sin duda acaecernos  
Y darnos sentimiento, no existiendo:  
Aunque el mar se revuelva con la tierra,  
Y aunque se junte el mar con las estrellas.

Y aunque el alma y espíritu tuvieran 1150

Sensaciones después de divididos,  
Interés no tomáramos en ello;  
Siendo nosotros sólo el resultado  
Del enlace y unión del alma y cuerpo:  
Ni aunque después de muertos recogiese  
Nuestra materia el tiempo, y la juntase  
Segunda vez como al presente se halla,  
Y a la luz de la vida nos volviese,  
Este renacimiento nada fuera  
Siendo una vez cortada la existencia. 1160

Ninguno de nosotros se molesta  
Por lo que un tiempo fue, ni se entristece  
Por los sujetos que ha de hacer el tiempo  
De la materia nuestra. Pues si miras  
La inmensidad de los pasados siglos  
Y la asombrosa variedad que tienen  
Todos los movimientos de materia,  
Podrás tú conocer muy fácilmente  
Que en el orden actual se han combinado  
Más de una vez los mismos elementos. 1170  
Esto no lo comprende la memoria,  
Porque ha mediado pausa en nuestra vida  
Y se han extraviado los principios  
De nuestras almas con los movimientos  
Nuevos enteramente a los sentidos.

No hay, pues, por qué temer desgracia alguna

Si se vive aquel tiempo que podría  
Dejarse ésta sentir. Como la muerte,  
Quitando de la vista aquel sujeto  
A quien pueden caber los infortunios 1180  
Que sufrimos nosotros al presente,  
Su existencia anterior del todo anula,  
Nada debe temer; ni desgraciado  
Se puede hacer el hombre que no existe:  
Y aquél a quien robó la eterna muerte  
Una vida mortal, se halla lo mismo  
Que si nunca jamás nacido hubiera.

Por eso, cuando veas indignarse  
Un hombre por la suerte que le espera  
Después de muerto, por servir de pasto 1190  
A los gusanos, o por ser quemado,

O desgarrado con ferinos dientes,  
No es en verdad sincero, y en su pecho  
No advierte la inquietud mal desenvuelta:  
Si le oímos no duda que la muerte  
Acabe en él cualquiera sentimiento:  
Pero no es consiguiente, me parece:  
No muere todo él, y sin saberlo  
Deja subsistir siempre parte suya.

Pues cuando en vida llega a imaginarse 1200  
Que será desgarrado su cadáver  
Por las aves y fieras, se lamenta  
De su mismo infortunio y desventura;  
Porque no se despoja de sí mismo  
Ni del caído cuerpo se retira  
Bastante el infeliz, y se figura  
Que existe aún, y sin dejar su lado,  
Le anima con su propio sentimiento:  
Porque si es ciertamente una desgracia  
En la muerte servir de pasto a fieras, 1210  
Encuentro yo no ser menos sensible  
Ser tostado con fuegos y con llamas,  
O ahogado con la miel, o bien transido  
De frío, cuando yace en el sepulcro  
De mármol frío, y ser pisoteado  
Además de oprimido con la tierra.

No te verá ya, empero, alegre casa,  
No te verá la esposa virtuosa,  
Ni los dulces hijuelos al encuentro  
Saldrán corriendo a arrebatar tus besos 1220  
De tácita dulzura hinchendo el pecho:  
Ni a ti, ni a tus amigos escudarte  
Podrás jamás con tus gloriosos hechos:  
«¡Infeliz! ¡Oh infeliz! dicen; un día  
Fatal te roba todas las delicias  
De la vida feliz»; pero no añaden:  
«Ya no te queda sentimiento alguno.»  
Si esta verdad tuvieran bien sabida,  
Y siguiera la práctica a sus dichos,  
De gran pena y de miedo se librarán. 1230  
En un sopor tus párpados sumidos  
Con la muerte, en los siglos venideros  
No te molestarán seguramente  
Dolores melancólicos: empero,  
Al lado de las lúgubres hogueras  
Derramaremos lágrimas a mares  
Nosotros sobre ti, ya hecho ceniza;  
Ni el tiempo borraré de nuestro pecho

El eterno dolor. Si preguntamos  
Qué significa amor tan acendrado, 1240  
Si todo para en sueño y en reposo,  
¿A qué podríamos en perpetuo llanto?  
También de corazón dicen los hombres  
En los convites, con la copa en mano  
Y sombreando el rostro las guirnaldas:  
«Entreguémonos, pues, al regocijo;  
El fruto del placer se pasa luego;  
Muy pronto va a dejarnos para siempre.»  
El mal primero que en la muerte temen  
Es que a los miserables los abraza 1250  
La sed, y los devore la sequía,  
O los moleste otro cualquier deseo.  
Nadie a sí y a la vida echa de menos  
Cuando en sueño reposan cuerpo y alma,  
Pues aunque este reposo eterno sea,  
Ni nos moleste falta de existencia,  
No se han extraviado, sin embargo,  
Tan lejos los sensibles movimientos  
Durante el sueño, que, despierto el hombre,  
No pueda colocarlos como antes. 1260  
Pues la muerte impone mucho menos  
Que el sueño, si es posible tenga grados.  
La nada, ¿por qué causa mas desorden  
Y confusión la muerte en los principios,  
Y no permite que despierte el hombre  
Que una vez consiguió reposo frío?  
Si de repente, en fin, la voz alzara  
Naturaleza, y estas reprensiones  
A cualquier de nosotros dirigiera:  
«¿Por qué ¡oh mortal! te desesperas tanto? 1270  
¿Por qué te das a llanto desmedido?  
¿Por qué gimes y lloras tú la muerte?  
Si la pasada vida te fue grata,  
Si como en vaso agujereado y roto  
No fueron derramados tus placeres,  
E ingrata pereció tu dicha entera,  
¿Por qué no te retiras de la vida  
Cual de la mesa el convidado ahíto,  
¡Oh necio! y tomas el seguro puerto  
Con ánimo tranquilo? Si, al contrario, 1280  
Has dejado escapar todos los bienes  
Que se te han ofrecido, y si la vida  
Te sirve de disgusto, ¿por qué anhelas  
Multiplicar los infelices días  
Que en igual desplacer serán pasados?

¿Por qué no pones término a tus penas,  
y a tu vida más bien? Pues yo no puedo  
Inventar nuevos modos de deleite  
Por más esfuerzos que haga; siempre ofrezco  
Unos mismos placeres: si tu cuerpo 1290  
No se halla aún marchito con los años,  
Ni tus ajados miembros se consumen,  
Verás, no obstante, los objetos mismos,  
Aun cuando en tu vivir salgas triunfante  
De los futuros siglos, y aunque nunca  
A tu vida la muerte sujetare».

¿Qué responder a la naturaleza,  
Sino que es justo el pleito que nos pone,  
Y es clara la verdad de sus palabras?  
Mas si sumido alguno en la miseria 1300  
Al pie de su sepulcro se lamenta,  
¿No será su clamor mucho más justo,  
Y nos reprenderá con voz robusta?

«Vete de aquí, insensato, con tus llantos;  
No me importunes más con tus quejidos».  
A este otro, empero, que los años rinden,  
Que en sus últimos días aún se queja:  
«¡Insaciable, dirá, tú que has gozado  
De todos los placeres de la vida,  
Aun te arrastras en ella! Consumido 1310  
En los deseos del placer ausente,  
Despreciaste el actual, y así tu vida  
Se deslizó imperfecta y disgustada,  
Y sin pensarlo se paró la muerte  
En tu misma cabeza, que antes lleno  
Y satisfecho de la vida puedas  
Retirarte: la hora es ya llegada:  
Deja tú mis presentes; no son propios  
De la edad tuya: deja resignado  
Que gocen otros, como es ley forzosa.» 1320

Con razón a mi ver, reprendería,  
Y con razón se lo echaría en cara,  
Porque a la juventud el puesto cede  
La vejez ahuyentada, y es preciso  
Que unos seres con otros se reparen:  
Ninguna cosa cae en el abismo,  
Ni en el Tártaro negro: es necesario  
Que esta generación propague otra:  
Muy pronto pasarán amontonados,  
Y en pos de ti caminarán: los seres 1330  
Desaparecerán hora existentes,  
Como aquéllos que hubiesen precedido.

Siempre nacen los seres unos de otros,  
Y a nadie en propiedad se da la vida;  
El uso de ella se concede a todos.

Mira también los siglos infinitos  
Que han precedido a nuestro nacimiento  
Y nada son para la vida nuestra.  
Naturaleza en ellos nos ofrece  
Como un espejo del futuro tiempo. 1340  
Por último, después de nuestra muerte,  
¿Hay algo aquí de horrible y enfadoso?  
¿No es más seguro que un profundo sueño?  
Y hallamos en la vida ciertamente  
Cualquier horror que en Aquerón profundo  
Dicen haber. El infelice Tántalo  
De espanto helado bajo enorme peña  
Amenazante teme como es fama;  
Vano temor de dioses irritados  
E incertidumbre de futura suerte 1350  
Acongoja al varón supersticioso  
Mucho más que ese trémulo peñasco.

Tampoco a Ticio en Aquerón tendido  
Devoran aves; ni en su vasto pecho  
Algo que escudriñar encontrarían  
Por una eternidad seguramente;  
Aunque nueve yugadas ocupasen  
Sus miembros y su vasta corpulencia,  
O aunque toda la tierra él ocupara:  
Ni un eterno dolor sufrir podría, 1360  
Ni ser su cuerpo pasto perdurable:  
Para nosotros es de cierto Ticio  
Aquél a quien amor ha derribado;  
Éste es despedazado por las aves,  
Y a éste consume pena roedora;  
O rasgan los cuidados sus entrañas  
De otra cualquier pasión con el deseo.

En la vida tenemos a la vista  
Sísifo también, el cual se obstina  
En pretender del pueblo las segures 1370  
Cruel y los fasces, se retira  
Desatendido siempre y con tristeza:  
El pretender el mando, que no es nada,  
Sin conseguirlo nunca y de continuo  
Sufrir duro trabajo por lograrlo,  
Esto es mover la peña con ahínco  
De un monte hacia la cima, la cual rueda  
Sin embargo, otra vez; desde la cumbre  
Busca precipitada las llanuras.

Estar apacentando siempre el hombre 1380  
A su alma colmándola de bienes  
Sin hartarse jamás; ver de estaciones  
La vuelta anual, y recoger los frutos;  
Embriagarse en sus dulzuras varias,  
Y con estas ventajas no saciarse,  
Esto es a mi entender, según nos cuentan,  
Echar el agua jóvenes doncellas  
En vaso agujereado sin llenarle.

Empero ya las Furias y Cerbero,  
Y tenebroso Tártaro, lanzando 1390  
Horribles llamaradas por sus bocas,  
Ni existen, ni existir pueden de cierto.  
Porque aquí los insignes malhechores  
Con miedo igual a sus delitos pagan  
Su merecido, y lastan sus maldades  
La cárcel, y el horrible precipicio  
De la roca Tarpeya, los azotes,  
La tortura, la pez, columna, teas,  
Láminas, y si faltan los verdugos,  
Sobresaltada la conciencia misma 1400  
Su corazón desgarran a latigazos  
Y martiriza con remordimientos.  
La incertidumbre de futura suerte  
No puede en tanto ver, ni sabe cuándo  
Tendrán por fin un término sus males,  
Y temen que se agraven en la muerte:  
La vida es el infierno de los necios.

.....  
Puedes también decirte tú a ti mismo,  
Hombre injusto, a las veces: «el buen Anco  
Perdió también la lumbre de sus ojos, 1410  
Teniendo más virtudes que tú tienes:»  
Murieron muchos reyes y señores  
Que dominaron gentes poderosas:  
Murió también, y abandonó su alma  
El cuerpo moribundo de aquel mismo  
Que antiguamente anduvo por los mares,  
Y enseñó a caminar a sus legiones  
Y a marchar sobre el mar hondo y salado,  
Y despreció la cólera del Ponto,  
Desafiando bramadoras olas. 1420  
Escipión, aquel rayo de la guerra,  
El terror de Cartago, dio sus huesos  
A la tierra cual siervo de vil precio:  
Los inventores de las ciencias y artes,  
También los compañeros de las Musas,

Y el mismo Homero, soberano de ellos,  
En el mismo reposo que los otros  
Dormido se quedó, y últimamente,  
Cuando sintió Demócrito caduco  
Que iba ya la vejez debilitando 1430  
Los resortes del alma, salió él mismo  
A ofrecer a la muerte su cabeza  
De propia voluntad: murió Epicuro,  
Que en ingenio venció a la raza humana,  
Y eclipsó todos los brillantes genios  
Como el naciente sol a las estrellas.

¿Y de morir tú dudas, y te indignas,  
Tú a quien la vida es muerte continuada,  
Sintiéndote morir a cada instante?  
¿Que pasas grande parte de tu vida 1440  
En dormir y roncar, aunque despierto,  
Y siempre en sueños ves, y traes inquieta  
El alma con quiméricos terrores?  
Ni puedes dar a veces con la causa  
De tu dolencia, cuando miserable  
Te rodea inquietud devoradora,  
Y pierdes la cabeza e irresoluto  
En el incierto error del alma vagas.

Si fuera fácil conocer los hombres  
Estas causas del mal que el pecho oprimen 1450  
Con su tamaña mole, como sienten  
El peso abrumador que los aplana,  
Tan desgraciada vida no pasaran,  
Ni se les viera andar en busca siempre  
De aquello que no saben que desean,  
Mudando de lugar, como si fuera  
Posible descargarse de aquel peso.

Uno a las veces deja su palacio  
Por huir del fastidio de su casa,  
Y al momento se vuelve, no encontrando 1460  
Algún alivio fuera a sus pesares:  
Corre a sus tierras otro a rienda suelta,  
Como a apagar el fuego de su casa;  
Se disgusta de pronto cuando apenas  
Los umbrales pisó, o se rinde al sueño  
Y procura olvidarse de sí mismo,  
O vuelve a la ciudad de nuevo al punto:  
Cada uno a sí se huye de este modo:  
Mas no puede evitarse; se importuna,  
Y siempre se atormenta vanamente: 1470  
Porque enfermo, no sabe la dolencia  
Que padece; si bien la conociera,



Dejando a un lado ya todo remedio,  
Antes se dedicara a la noticia  
De la naturaleza de las cosas,  
Supuesto que tratamos al presente,  
No del destino sólo de una hora,  
Sino de aquel estado perdurable  
Que sigue a los mortales en la muerte.

¿Qué tamaño deseo de la vida 1480  
Mal fundado, por último, nos fuerza,  
A temblar en peligros tan dudosos?  
El plazo de la vida está marcado  
A todos los mortales: no es posible  
Huir la muerte sin partirnos luego.

Además, que viviendo mucho tiempo,  
La misma tierra siempre habitaremos,  
Ni con vivir nuevo placer se inventa;  
El bien que no tenemos nos parece  
El mayor bien de todos: conseguido, 1490  
Suspiramos por otro; y anhelantes,  
Deseo sucesivo de la vida  
Nos aprisiona siempre: incertidumbre  
Hay de lo porvenir y de la suerte  
Que nos prepara y trae la edad futura.

Ni por más que alarguemos nuestra vida  
Algún tiempo robamos a la muerte;  
Sus víctimas seremos sin remedio:  
Si la revolución de muchos siglos  
Fuese posible ver, eterna muerte 1500  
No por eso dejara de aguardarnos;  
Y aquél que acaba de cubrir la tierra  
No estará muerto ya por menos tiempo  
Que el otro que murió mil años antes. 1504

## Libro IV

### Los sitios retirados del Pierio 1

Recorro, por ninguna planta hollados:  
Me es gustoso llegar a íntegras fuentes,  
Y agotarlas del todo; y me da gusto,  
Cortando nuevas flores, rodearme  
Las sienes con guirnalda brilladora,  
Con que no hayan ceñido la cabeza  
De vate alguno, las divinas musas:

Primero, porque enseñó, cosas grandes,  
Y trato de romper los fuertes nudos 10  
De la superstición agobiadora;  
Después, porque tratando las materias  
De suyo obscuras con pueria gracia,  
Hago versos tan claros: ni me aparto  
De la razón en esto: a la manera  
Que cuando intenta el médico a los niños  
Dar el ajénjo ingrato, se prepara  
Untándoles los bordes de la copa  
Con dulce y pura miel, para que pasen  
Sus inocentes labios engañados 20  
El amargo brebaje del ajénjo,  
Y la salud les torne aqueste engaño,  
Y dé vigor y fuerza al débil cuerpo;  
Así yo ahora, pareciendo austera  
Y nueva y repugnante esta doctrina  
Al común de los hombres, exponerte  
Quise nuestro sistema con canciones  
Suaves de las musas, y endulzarle  
Con el rico sabor de poesía:  
¡Si por fortuna sujetar pudiera 30  
Tu alma de este modo con enlabios  
Armónicos, en tanto que penetras  
El misterio profundo de las cosas  
Y en tal estudio el ánimo engrandesces!  
De los átomos, pues, las cualidades  
Y la diversidad de sus figuras  
Antes de demostrado, y cómo giran  
De suyo eternamente en el espacio  
Los dichos elementos de las cosas,  
Y cómo pueden producirse de ellos 40  
Todos los seres: puesto que he enseñado  
Cuál es del alma la naturaleza,  
Y a qué principios debe su existencia  
La actividad que tiene unida al cuerpo,  
Y cómo en sus primeros elementos  
Se resuelve después de separada;  
Ahora daré principio a una materia  
Que se une íntimamente a lo que he expuesto.  
Digo que existen cuerpos a quien llamo  
Simulacros, especies de membranas, 50  
Que, de las superficies de los cuerpos  
Desprendidos, voltean por el aire  
Al azar, de continuo, noche y día,  
Y el espíritu agitan con terrores,  
Nos hacen ver figuras monstruosas

Y espectros y fantasmas horrorosos  
Que el sueño nos arrancan muchas veces:,  
No creamos quizá que de Aqueronte  
Las almas huyen, y las sombras vuelan  
Entre los vivos; ni después de muertos 60  
Puede quedar alguna parte nuestra,  
Cuando el cuerpo y el alma separados  
Se vuelven a sus propios elementos.

Pues de la superficie de los cuerpos  
Digo salir efigies y figuras  
De gran delicadeza, que llamamos  
Membranas, o cortezas, porque tienen  
La misma forma y la apariencia misma  
Que los cuerpos de donde se separan  
Para andar por los aires esparcidas. 70

El hombre más estúpido bien puede  
Conocer la existencia de estos cuerpos:  
Primero, porque existen muchos seres  
Cuyas emanaciones son muy claras:  
En unos se difunden libremente  
Sus partes separadas, como el humo  
Que sale de la leña, y los vapores  
Que despiden los fuegos: una tela  
En otros viene a ser mejor urdida;  
Así en estío dejan las cigarras 80  
Las túnicas añosas, y desprenden  
Los nacientes becerros las membranas,  
Y la serpiente lúbrica en las zarzas  
Se despoja también de su camisa,  
Pues vemos los zarzales coronados  
Con aquellos despojos voladores:  
Y puesto que sucede lo que digo,  
Debe la superficie de los cuerpos  
Enviarnos imágenes iguales,  
Aunque sutiles; porque de otro modo 90  
No se puede explicar cuál es la causa  
De que existan figuras tan groseras,  
Más bien que las sutiles y delgadas,  
Siendo la superficie de los cuerpos  
De infinitos corpúsculos compuesta,  
Los que apartados pueden conservarse  
En el orden y forma que tenían,  
Y arrojarse con tanta ligereza  
Cuanto menos obstáculos se oponen,  
Por ser tan delicados y sutiles 100  
Y estar en superficie colocados.  
Porque vemos salir seguramente

Partículas sinnúmero, no sólo  
De lo interior del cuerpo, como dije,  
Antes bien de su misma superficie,  
Como el color. Esto hacen las cortinas  
Amarillas y negras y encarnadas  
Que cuelgan de las vigas y columnas,  
Y flotan en teatros espaciosos;  
Porque allí con sus brillos tembladores 110  
Espectador y escena toda embisten,  
Y a senadores, dioses y matronas  
De móvil luz coloran: más vistoso  
Y encantador al ojo es su reflejo  
La luz robando al día, si el recinto  
Del teatro cerrare exactamente.

Luego enviando de la superficie  
Colores estos lienzos, todo cuerpo  
Debe enviar también efigies finas,  
Pues de la superficie salen ambas. 120

Tenemos así ya señales ciertas  
De las formas que vuelan por el aire  
Con tan finos contornos, que no pueden  
Verse tomadas separadamente.  
Si además el olor, calor, el humo  
Y otras emanaciones semejantes  
Aquí y allí se esparcen, es por causa  
Que de adentro del cuerpo desprendidas  
No encuentran su salida en línea recta;  
Por sendas tortuosas se dividen, 130  
Por medio de las cuales se abren paso:  
De los colores la sutil membrana  
Que sale de la misma superficie  
No puede ser de obstáculo rasgada.

En fin, los simulacros que observamos  
En espejos, en agua, en brilladuras,  
Siendo de todo punto semejantes  
A los objetos que ellos representan,  
Por sus mismas imágenes se forman.  
Luego ya no hay razón para que existan 140  
Las efigies groseras de los cuerpos  
Mejor que aquellas otras delicadas.  
Porque todos los cuerpos nos envían  
Similares imágenes delgadas,  
Que nadie puede ver aisladamente;  
Antes sus emisiones reflejadas,  
Y juntas, de continuo por espejos,  
Los órganos nos hieren: de otro modo  
No fuera tan exacta y adecuada

La completa visión de los objetos. 150

La grande sutileza de la imagen  
Voy a explicarte, porque sus principios  
Son infinitamente más delgados  
Y más imperceptibles a la vista  
Que los mismos corpúsculos que empiezan  
A no poderse ver. Atiende en breve,  
Por dejarte del todo convencido,  
De qué delicadeza están dotados  
De la materia toda los principios.

Existen animales tan exigüos, 160  
Que es invisible el tercio de su grueso:  
¿Qué será un intestino de su cuerpo?  
¿Cómo su corazón? ¿Cómo sus ojos?  
¿Qué de sus miembros y articulaciones?  
¡Cuánta delicadeza! ¿Concibieras  
Un tejido más fino y delicado  
Como es preciso tengan los principios  
Que el alma y el espíritu componen?

Si mueves blandamente aquellas plantas  
Que olor subido exhalan, la penase, 170  
El abrotano acerbo, ajeno amargo  
Y la centaura ingrata, al punto sientes  
La existencia de muchos simulacros  
Que vuelan de mil modos sin esfuerzo,  
E imperceptibles. Pero cuán pequeña  
Sea la imagen comparada al cuerpo  
De que ella emana, no puede ninguno  
Apreciar ni explicar bastante.

Mas para que quizá no te persuadas  
Que vagan sólo aquellos simulacros 180  
Que emanan de los cuerpos; por sí mismos  
Se forman también otros, y se ponen  
En aquella región llamada el aire,  
Do se remontan bajo muchas formas,  
Mudan a cada instante de figura,  
Y de mil modos el aspecto tornan.

Así a las veces vemos congregarse  
Las nubes por lo alto en un instante,  
Enlutando la hermosa faz del cielo,  
Con movimiento al aire festejando: 190  
Parecen ser gigantes espantosos  
Que vuelan y derraman a lo lejos  
La obscuridad: o bien grandes montañas  
Y peñas arrancadas de los montes  
Que preceden al Sol o que le siguen;  
En fin, un monstruo que amontona nubes

Y las va derramando a todas partes.  
¡Con cuánta prontitud; cuán fácilmente  
Ahora se forman estos simulacros,  
Y con cuánta abundancia se desprenden 200  
Y fluyen sin cesar de los objetos!

Las superficies de los cuerpos todos  
Son como emanaciones perenales  
Que llegadas a objetos exteriores  
Penetran unos; como los vestidos,  
En otros se dividen sin que puedan  
Reflejarnos la imagen, como en leños  
Y ásperas rocas; pero no es lo mismo  
Si encuentran cuerpo denso y alisado,  
Así como el espejo, pues no pueden 210  
Atravesarle como los tejidos,  
Y no se descomponen sin que hayan  
Sido primeramente reflejados  
Enteros por la plana superficie.

Por esto nos envían simulacros  
Los cuerpos lisos: y en cualquiera tiempo  
Y con cualquiera prontitud que opongas  
A éstos el espejo, allí al momento  
Aparece su imagen: sacaremos  
Que fluyen de su misma superficie 220  
Sin cesar los tejidos delicados,  
Y sutiles figuras: luego al punto  
Se forman infinitos simulacros,  
Y a su pronto nacer nada equivale.

Si debe derramar en cierto modo  
Luz abundante el Sol en poco tiempo  
Para que en claridad rebose todo  
Perpetuamente; así del mismo modo  
Es preciso que salgan de los cuerpos  
De pronto amontonados simulacros 230  
En todas partes de infinitos modos;  
Si se vuelve el espejo a cualquier lado,  
Con su forma y color se ve el objeto.

Cuando el cielo purísimo estuviere  
Se enluta y obscurece de repente  
Por todas partes, tanto que pensaras  
Haber abandonado las tinieblas  
El Aqueronte por llenar a una  
Las bóvedas inmensas de los cielos:  
Formada así la noche tenebrosa 240  
Por los nublados, vemos suspendido  
Horrible espanto encima de nosotros  
Bajo infinitas formas: mas ninguno

Puede explicar la relación pequeña  
Que estos espectros tienen con su imagen.

Yo en muy breves canciones armoniosas  
Declararé al presente el movimiento,  
De aquestos simulacros velocísimos,  
Con cuánta agilidad corren los aires,  
Y los grandes espacios que atraviesan. 250  
En un instante, hacia cualquiera parte  
Que su diversa dirección los lleva:  
A la manera que el acento débil  
Del cisne más recrea las orejas  
Que aquel clamor ingrato de las grullas  
Por la región del aire derramado.

Observemos que deben ser veloces  
Los cuerpos que de suyo son ligeros  
Y formados de átomos sutiles:  
La luz del Sol y su calor entre ellos, 260  
Pues se forman de finos elementos;  
Los que empujados fácilmente pasan  
Los intersticios de aire sacudidos  
Por el siguiente choque: cuando al punto  
Luz a la luz sucede, y se acelera  
La suma ligereza de los rayos,  
Con nueva agitación de los siguientes.

Por la misma razón los simulacros  
Deben correr espacios increíbles  
En un momento; pues primeramente 270  
Un posterior impulso de continuo  
Sacude los corpúsculos sutiles;  
Siendo además tan fino su tejido,  
Fácilmente penetran cualquier cuerpo  
Y por los huecos de aire así se cuelan.

Si vemos los corpúsculos nacidos  
De las mismas entrañas de los cuerpos  
Esparcirse de pronto, a la manera  
Que la luz y el calor del Sol lo hacen  
Por toda la extensión de la atmósfera 280  
En un instante y por el mar y tierras.  
Se derraman y al cielo se remontan  
Y le bañan de luz por todas partes  
Tirándole con suma ligereza,  
¿Como no ves que ya los simulacros  
Que de la superficie se desprenden,  
Su emisión ningún cuerpo retardando,  
Deben abalanzarse más ligeros  
Y atravesar mucho mayor espacio  
En tiempo igual al que la luz emplea 290

Del Sol en extenderse por el cielo?

Quiero también poner una experiencia  
Que compruebe la suma ligereza  
Con que se mueven estos simulacros:  
Si pones al sereno una agua clara,  
En ella vienen a pintarse luego  
El estrellado cielo y las lumbreras  
Rutilantes del mundo: pues la imagen  
Ya ves cuán poco tiempo necesita  
Para llegar del cielo hasta la tierra. 300

Por lo cual es preciso que confieses  
Las emisiones de los simulacros  
Que hieren muchos ojos y producen  
La visión: en efecto, los olores  
De ciertos cuerpos son emanaciones  
Continuas: de este modo emana el frío  
De los fluidos; calor del Sol emana,  
Y la sal que se come las riberas  
Del mar emana: y los sonidos varios  
Sin cesar por el aire van volando: 310  
Cierta sabor salado afecta el gusto  
Cuando nos paseamos en la playa;  
Y si miramos preparar ajonjios  
Sentimos amargor: tanta certeza  
Tenemos de que envían emisiones  
De sí todos los cuerpos de continuo,  
Que a todas partes giran sin pararse,  
Y sin interrumpir jamás su flujo,  
Pues tenemos continuas sensaciones,  
Ver, oler y aun oír podemos siempre. 320  
Si tocamos a obscuras algún cuerpo  
De una cierta figura, conocemos  
Ser el mismo que vimos por el día;  
Es preciso también que el tacto y vista  
Excite semejante mecanismo:  
Si un cuadrado tocamos, por ejemplo,  
Y nos excita sensación a obscuras,  
¿Qué otro objeto afectando nuestra vista  
Podrá durante el día presentarse,  
Si no es que sea su cuadrada imagen? 330  
Luego por medio de la imagen vemos;  
Sin ellas no podemos ver los cuerpos.

Giran los simulacros de que hablamos  
Y en toda dirección se arrojan siempre:  
Mas como sólo vemos con los ojos,  
A do los dirigimos nos los hieren  
Con su color y forma los objetos,



Y la imagen nos hace que veamos  
La distancia que media hasta las cosas,  
Porque al salir impele y echa el aire 340  
Que medie entre la imagen y los ojos;  
Por el tacto del aire conmovidos,  
Y lame en cierto modo la pupila,  
Y en modo rapidísimo se aleja:  
Entonces la distancia conocemos.

Cuanto más prolongada es la columna  
Que agitada delante toca al paso  
Nuestros ojos, parece más distante  
Cualquier objeto; y este mecanismo  
De rara y portentosa ligereza 350  
Nos hace ver objetos y distancias.

No debe sorprenderte que nos hieran  
Los ojos simulacros invisibles,  
Y no obstante se vean los objetos:  
Porque generalmente no sentimos  
Las moléculas de aire que recrea,  
Ni del frío que punza fuertemente  
Cada uno de por sí, más bien sentimos  
Todas las impresiones reunidas:  
Las sentimos obrar sobre nosotros 360  
Como objetos que afectan nuestros cuerpos  
Con un choque exterior. Cuando ponemos  
Sobre una piedra el dedo, los extremos  
Tocamos del color y superficie:  
Sentimos solamente la dureza,  
Propiedad de la masa de la piedra.

Oye por qué razón se ve la imagen  
Mas allá del espejo y bien distante:  
No de otro modo vemos los objetos  
Por fuera de las casas ciertamente 370  
Cuando por sí la puerta proporciona  
Veamos claramente lo que pasa  
Por la parte de afuera; dos columnas  
De aire, pues, entonces se interponen;  
La una entre ojo y puerta, a la que sigue  
La imagen de la puerta y de los cuerpos  
De adentro por derecha y por izquierda:  
La otra, a quien precede luz externa,  
Y que viene a pasar por nuestros ojos,  
Es seguida también de los objetos 380  
Que se ven ciertamente por afuera.  
Lo mismo hace el espejo: de su imagen  
La proyección llegando a nuestros ojos  
Hecha delante de ella el aire puesto

Entre su superficie y nuestra vista;  
Y la impresión de esta columna de aire  
Hace sintamos de antemano aquella  
Imagen del espejo; mas al punto  
Que percibimos el espejo mismo  
Llega a dar en su luna nuestra imagen, 390  
La cual no es reflejada a nuestros ojos  
Sino después de haber hecho que pase  
Otra columna de aire sobre el ojo,  
Que es impelida por la imagen nuestra:  
Por eso ves la imagen tan distante  
Del espejo: no debes admirarte,  
De dos columnas de aire siendo efecto.  
Si la parte derecha de un objeto  
Vemos en los espejos a la izquierda,  
Consiste en que después de haber tocado 400  
La superficie plana del espejo,  
Sufre la imagen antes que se vuelva,  
Una mudanza que el envés refleja  
Bajo el aspecto mismo que tenía  
Su derecha. Y si entonces aplicando  
Una máscara térrea antes de seca  
A algún poste o columna, se pudiese  
Hacer que sin perder su antigua forma  
Sus partes saledizas se volvieran  
En sí mismas a entrar, y que en seguida 410  
Se ordenasen de nuevo para afuera,  
Por necesaria ley sucedería  
El estar colocado a mano izquierda  
El ojo de derecha, y al contrario.

La imagen pasa de uno a otro espejo  
De manera que suele presentarnos  
Cinco o seis simulacros: los objetos  
Por detrás en el fondo colocados,  
Aunque están muy oblicuos y distantes,  
A fuerza de continuas reflexiones 420  
Salen del fondo, al parecer formados,  
Por los muchos espejos en un cuarto.  
Pasa la imagen de un espejo a otro;  
Si el primero la pone a mano izquierda,  
La refleja el segundo a la derecha,  
Vuelve el tercero su primera cara.

Los espejos también de muchos lados  
Hacen ver los objetos con la cara  
Que les es presentada; bien ya sea  
Porque la imagen llega transmitida 430  
De un espejo en el otro a nuestra vista

Después de padecer dos reflexiones;  
Bien porque sobre sí rueda la imagen  
Cuando viene a nosotros; pues la obliga  
La misma curvatura de los lados  
A dar la vuelta entera hacia nosotros.

Parece entran y salen igualmente  
Con nosotros también los simulacros  
Imitando los gestos y actitudes,  
Pues la parte que dejas del espejo 440  
No puede hacer que vuelva ya la imagen,  
Porque Natura sabia y providente  
De reflexión el ángulo dispuso  
Que fuese siempre igual al de incidencia.

Los ojos huyen de brillantes cuerpos  
Evitando mirarlos; también ciega  
El Sol si se le mira de hito en hito;  
Porque además que tiene propia fuerza,  
Sus simulacros, de los altos cielos  
Lanzados a través de un aire puro, 450  
Rápidamente hieren nuestros ojos,  
Sus organizaciones perturbando:  
Un vivo resplandor quema los ojos  
Frecuentemente, puesto que contiene  
De moléculas ígneas grande copia,  
Cuando al entrar causan dolor en ellos.

Los ictericos ven cualquier objeto  
Amarilleado, porque de sus cuerpos  
Emanan abundantes las semillas  
De amarillez, que se unen en el aire 460  
De los objetos con los simulacros,  
Y tienen los humores de sus ojos  
Gran copia de partículas mezcladas  
Que pintan amarillos los objetos.

Se ven desde lo obscuro los objetos  
Que están en medio de la luz, sin duda  
El aire tenebroso más cercano  
Metiéndose en el órgano el primero,  
Y cogiéndole abierto, es al instante  
Seguido de aire claro, que despeja 470  
Los ojos y disipa las tinieblas  
Por más móvil, sutil y poderoso.

En el momento que de luz llenara  
Las vías de los ojos este aire,  
Y abrió las que obstruían las tinieblas,  
Al punto se introducen simulacros  
De cuerpos puestos a la luz, y vemos.  
Viniendo de la luz es imposible

Ver en la obscuridad, por el contrario,  
Porque llegando el aire tenebroso 480  
Y más denso el segundo, llena a un tiempo  
Y cierra los conductos de los ojos,  
Sin que puedan pasar los simulacros  
De los cuerpos que llegan a la vista.

Si a lo lejos parece son redondas  
De las ciudades las cuadradas torres,  
Consiste en que todo ángulo parece  
Obtuso desde lejos; o diremos  
Mejor que no se ve; su acción se acaba:  
Tampoco llega el golpe a nuestros ojos, 490  
Pues son debilitados en gran trecho  
Los simulacros por continuos choques  
Del aire; y cuando el ángulo gastado  
Llegó a hacerse insensible, se ve sólo  
Como un montón cilíndrico de piedras:  
No así cuerpos redondos a la vista  
Nos aparecen, mas con una forma  
Confusa en cierto modo e imperfecta.

También parece que en el Sol se mueve  
Nuestra sombra siguiendo nuestros pasos, 500  
E imitando los gestos; si creyeres  
Poder andar y remedar los gestos  
Un aire que de toda luz carece,  
Un aire que solemos llamar sombra:  
Siendo la tierra sucesivamente  
Privada de la luz del sol o herida  
Según que nuestros cuerpos van andando  
Cierran el paso, o le abren a sus rayos,  
Se nos figura que la misma sombra  
Viene en pos de nosotros: consistiendo 510  
La luz en unos rayos sucesivos  
Que mueren y renacen de continuo,  
Como si se devana lana al fuego,  
Fácil es concebir cómo la tierra  
Se despoja de luz y se rellena.

Sin embargo, tampoco concedemos  
Que los ojos padecen aquí engaños,  
El ver la luz y sombra do las haya  
Es propio de los ojos: ¿por ventura  
Es o no ciertamente la luz misma? 520  
¿Y la misma la sombra que se pasa?  
¿O sucede más bien como hemos dicho?  
La razón debe sólo decidirlo.  
En fin, no pueden conocer los ojos  
A la naturaleza de los cuerpos;

Por lo mismo, no quieras imputarle  
Los errores del ánimo nacidos.

La nave donde vamos embarcados  
Navega pareciendo estarse quieta,  
Y aquella que está inmóvil en la rada 530  
Creemos la arrebatada la corriente:  
Y parece que campos y colinas  
Huyen hacia la popa, hinchando el viento  
A lo largo de aquéllos nuestras velas:  
Y parece que todas las estrellas  
En las etéreas bóvedas clavadas  
Inmóviles están; tienen, no obstante,  
Continuo movimiento, pues que nacen  
Para reever una lejana puesta,  
Después que con su claro cuerpo el cielo 540  
Midieron: Sol y Luna estacionarios  
De la misma manera nos parecen,  
Aunque sus movimientos nos declara  
La razón por sí misma; y las montañas  
Que dominan los mares, entre quienes  
Pasarían escuadras libremente,  
Un mismo todo ofrecen desde lejos,  
Y aunque estén muy distantes unas de otras,  
Ofrecen, sin embargo, a nuestros ojos  
Una grande isla congregadas todas. 550

Y están tan persuadidos los muchachos  
Que la pieza se mueve a la redonda,  
Y en rededor moverse las columnas,  
Que tomen acabando de dar vueltas  
Que los sepulte el techo de sus ruinas.

Cuando principia ya naturaleza  
A remontar los fuegos tembladores  
Del encarnado Sol, y al levantarla  
Sobre la cima de los montes, tiene  
Al parecer en ella el Sol reposo, 560  
Tocándola de cerca con su fuego;  
Apenas distan ellos de nosotros  
Dos mil o cuando más quinientos tiros  
De saeta o de dardo: inmensos mares  
Entre el Sol y los montes se comprenden  
Debajo de las bóvedas celestes;  
Y se hallan a otro lado de estos mares  
Infinitas regiones habitadas  
De hombres y de animales diferentes.

Empero un charco de agua que no tenga 570  
Más que una pulgada de profundo,  
Estancada en las piedras de la calle

Debajo de los pies, hace veamos  
El espacio tan vasto, que separa  
El cielo de la tierra por encima  
De nosotros: creyéramos que el globo,  
De parte a parte atravesado, ofrece  
Otros nuevos nublados a la vista,  
Y a los ojos presenta un nuevo cielo,  
Y otros cuerpos hundidos en las tierras 580  
Vemos en este espacio prodigioso.  
Si se nos para en medio de algún río  
El arrogante bruto, y si bajamos  
La vista hacia la rápida corriente,  
Parece que una fuerza arrastra el cuerpo  
Del inmóvil caballo río arriba,  
Y por cualquiera parte que miremos  
Nos parece que son así arrastrados  
En general los cuerpos velozmente,  
Y suben la corriente de este modo. 590

Un pórtico formado de columnas  
Paralelas o iguales en altura  
Mirado en su largor desde un extremo,  
Se angosta poco a poco como en cono,  
El techo se deprime hacia la tierra,  
Y el lado izquierdo juntase al derecho,  
Hasta que no descubren más los ojos  
Que el ángulo confuso de su cono.

Del seno de los mares ven que sale  
El Sol los marineros; y se pone 600  
Y sepulta su luz también en ellos;  
Sus ojos no ven mas que cielo y agua;  
No debes tú tachar de mentirosos  
Ligeramente en todo a sus sentidos.

Los ignorantes de la mar se creen  
Ver deformes y rotos los navíos  
En el ponto sus olas resistiendo:  
La parte del timón y de los remos  
Que sobresale por el agua es recta,  
Y la parte que está dentro del agua 610  
Parece que se dobla, y se levanta  
En línea horizontal, que en cierto modo  
Flota por refracción sobre las aguas.

Cuando llevan los vientos por el aire  
En medio de la noche claras nubes,  
Parece que los fuegos celestiales  
Se van contra las nubes resbalando  
Y que con una dirección contraria  
Al curso natural ruedan sobre ellas.

Si apretamos un ojo con la mano 620  
Por la parte inferior, parecen dobles  
Los objetos que vemos: la luz doble,  
Doble el rico menaje, y que los hombres  
Tienen doblada cara y doble cuerpo.

Cuando el sueño por fin los miembros ata  
Con un dulce sopor, y cuando el cuerpo  
En profundo reposo está tendido,  
Entonces nos parece estar despiertos,  
Y hacer también de nuestros miembros uso;  
Creemos ver el Sol y luz del día 630  
En medio de la noche tenebrosa:  
Y en una pieza estrecha y bien cerrada  
Mudar de climas, mares, montes, ríos,  
Y atravesar a pie llanuras grandes;  
Y en el profundo y general silencio,  
De la noche parece oír sonidos,  
Y silenciosos responder acordes.

Vemos, en algún modo sorprendidos,  
Semejantes fenómenos, que tienden  
Todos a destruir la confianza 640  
Debida a los sentidos, pero en vano:  
El engaño proviene en nuestra parte  
De los juicios del alma que nosotros  
Pintamos con aquellas relaciones  
De los sentidos, suponiendo visto  
Aquello que los órganos no vieron;  
Porque la distinción de relaciones  
Evidentes de inciertas conjeturas  
Que el ánimo de suyo nos asocia  
Es la cosa más rara y excelente. 650

Si alguno dice no saberse nada,  
Si se puede saber él mismo ignora,  
Supuesto que confiesa nada sabe:  
¿Quién podrá disputar con quien impugna  
Las nociones más claras y evidentes?  
No obstante, aun cuando y le concediera  
Por cosa cierta no saberse nada,  
De qué modo aprendió le preguntara  
Saber y no saber qué cosa sea,  
Sin que jamás lo cierto haya encontrado; 660  
Y cómo se formó el conocimiento  
De falso y verdadero, y de qué modo  
Distingue la certeza de la duda.

Encontrarás que nace la noticia  
De la verdad de los sentidos mismos,  
Que al error nunca pueden inducirnos,

Que merecen muy grande confianza,  
Porque, según la fuerza y energía,  
Si oponen la verdad, pueden lo falso  
Destruir. ¿Pues en dónde encontraremos 670  
Conductor más seguro que el sentido?  
Dirás, que en estos órganos falaces  
Fundada la razón. ¿Podrá contra ellos  
Deponer la razón, que su existencia  
Enteramente a los sentidos debe?  
¿Que no es más que un error si engañan ellos?  
¿Argüirán los oídos a los ojos?  
¿El tacto a los oídos? ¿A este tacto  
Con argumentos refutar podrían  
Por ventura el olfato, el gusto, u ojos? 680  
Pues no sucede así, según yo creo:  
Tiene cada sentido sus funciones,  
Tiene sus facultades separadas,  
Y es preciso inspeccione así un sentido  
Lo blando o duro, lo caliente o frío:  
Distingue otro el olor de los colores:  
Los sabores, olores y sonidos  
Su propio tribunal tienen aparte:  
No pueden mutuamente los sentidos  
Rectificarse; ni ellos a sí mismos 690  
Reprenderse podrán, puesto que siempre  
Merecerán la misma confianza:  
Inferimos de aquí que en cualquier tiempo  
Serán sus relaciones verdaderas.

Si no pudiera, la razón decirnos  
Cómo se ven redondos desde lejos  
Los objetos que cerca son cuadrados,  
Nos es más ventajoso, sin embargo,  
Dar en defecto de solución cierta  
Falsa razón de esta apariencia doble, 700  
Que soltar la evidencia de las manos,  
Y destruir la confianza toda,  
Y arrancar de raíz la base entera  
En que conservación y vida estriban:  
Pues la razón no sólo se arruina,  
Sino también la misma vida al punto,  
Si no osares creer a los sentidos  
Y huir de aquellos sitios peligrosos  
Y los demás objetos que nos dañen,  
Y buscar los que traen utilidades. 710  
Vana declamación es el discurso  
Que contra los sentidos se dirige.

Pues en la construcción de un edificio



Se sirve el arquitecto de una regla  
Mal formada, y si no guarda la escuadra  
La perpendicular, si se ladea  
El nivel de su asiento hacia una parte,  
Es preciso que salga el edificio  
Muy lleno de defectos, ladeado,  
Hundido, sin nivel, sin proporciones: 720  
Parecerá amenaza desplomarse  
Ya alguna parte dél; seguramente  
Todo se vendrá abajo, porque ha sido  
Mal dirigido desde sus principios:  
Así en la relación de los sentidos  
Si no hay seguridad y confianza,  
Los juicios que formares es preciso  
Te salgan todos falsos e ilusorios.

Es cosa fácil explicar el cómo  
Son afectados los demás sentidos 730  
Por el objeto propio a cada uno:  
El sonido y la voz se oyen primero  
Cuando sus elementos insinuados  
En el oído, el órgano tocaron,  
Porque de corporal naturaleza  
Debemos confesar que se componen  
El sonido y la voz, puesto que impelen  
Los sentidos. La voz frecuentemente  
Lastima la garganta, y los clamores  
La tráquea irritan: porque los principios 740  
De la voz, en gran número saliendo  
Rápidamente fuera, llenan luego  
El estrecho conducto, desgarrando  
El orificio y lastimando el paso  
Por do la voz escapa por los aires.  
Así que las palabras y las voces  
Constan de corporales elementos,  
Supuesto que nos pueden hacer daño.

Bien sabes tú cuánto destruye el cuerpo,  
Cuánto se debilitan fuerza y nervios 750  
De los que conversaron largamente  
Desde que asoma la brillante aurora  
Hasta la sombra de la obscura noche,  
Si ha sido la disputa acalorada.

Es corpórea la voz, puesto que pierde  
El parlero gran parte de substancia.

La aspereza de voz y la dulzura  
Nacen de la figura de los átomos;  
Pues no hieren lo mismo los oídos  
Cuando los graves y profundos toques 760

Oímos del clarín, y en ronco estruendo  
Retumban las bocinas retorcidas,  
Y los cisnes nacidos en los valles  
Frescos del Helicón con voz de llanto  
Entonan sus lamentos, armoniosos.

Al punto que nosotros despedimos  
De lo íntimo del pecho los sonidos  
A lo interior del paladar la lengua,  
De las palabras móvil formadora,  
Las articula, y modifica en parte 770  
La inflexión de los labios; y si es corto  
El espacio que corre aquel sonido  
Para llegar al órgano, se oyen  
También perfectamente las palabras,  
Las articulaciones se distinguen  
Porque sus inflexiones y carácter  
La voz conserva; pero si el espacio  
Que se interpone es demasiado largo,  
Confunde las palabras el mucho aire,  
Y se pierde la voz atravesando: 780  
Luego pueden oírse los sonidos  
Sin distinguir qué dicen las palabras:  
Tan confusa y revuelta la voz llega.

De todo el pueblo hiere los oídos  
Con un solo pregón el pregonero:  
Una voz sola se divide al punto  
En otras infinitas repartidas  
Por todos los oídos, distinguiendo  
Las articulaciones y sonidos.

Las voces que no llegan al oído 790  
Mueren desvanecidas por los aires,  
Continuando su marcha; o estrelladas  
En algún cuerpo sólido, el sonido  
Repiten rechazadas; muchas veces  
Engañan reflejando la palabra,  
Así como la imagen el espejo.  
Bien enterado tú de lo que digo,  
Puedes a los demás y a ti explicarte  
Cómo en las soledades los peñascos  
Repiten las palabras por su orden 800  
Y en articulación cuando buscamos  
Entre montes opacos los perdidos  
Compañeros, llamándolos a voces.

Sitios he visto yo que repetían  
Seis o siete palabras, diciendo una:  
Las palabras así de cerro en cerro  
Reflejadas muy bien se distinguían.

Los pueblos comarcanos se figuran  
Que las ninfas habitan estos sitios,  
Y caprípedos sátiros, diciendo 810  
Los faunos ser, que en estas soledades  
Interrumpen la calma silenciosa  
Con su nocturno estrépito y retozo  
Y que hieren las cuerdas con destreza,  
Que acompaña la flauta bien tocada:  
Y aseguran sentir los campesinos  
Cuando Pan, agitando en su cabeza  
Anfibia la corona de los pinos,  
Recorre con sus labios retorcidos  
Los caramillos, porque nunca deja 820  
De sonar canción rústica la flauta.  
Otros muchos prodigios de esta clase  
Refieren, y los venden por milagros,  
Bien porque no se mire aquella tierra  
Que habitan ellos como abandonada  
De los dioses, o bien sean movidos  
De otra cualquier razón, como que toda  
La raza humana fábulas ansía.

Luego ya no debemos admirarnos  
Que lleguen y nos hieran el oído 830  
Las voces por los sitios do no pueden  
Los ojos percibir a los objetos:  
Con las puertas cerradas nos hablamos:  
Todos lo vemos, pues sin duda alguna  
Libremente la voz puede meterse  
Por conductos sinuosos de los cuerpos:  
Se niegan a esta acción los simulacros:  
Así, pues, se dividen si los poros  
No están en línea recta como aquéllos  
Del vidrio que la imagen atraviesa. 840

Se divide la Voz por todos lados,  
Pues nacen espontáneas unas de otras;  
Una sola produce muchas voces,  
Como la chispa se divide en muchas.  
La voz penetra al sitio más oculto:  
Se oye tan bien detrás del que está hablando  
Como en todas las piezas inmediatas.  
Los simulacros llegan a los ojos  
En línea recta desde los objetos.  
Nadie puede mirar sobre sí mismo; 850  
Se oyen fuera las voces, al contrario;  
Sin embargo, también esta voz misma  
Se embota penetrando las paredes,  
Y nos llega confusa a los oídos:

Más bien oímos ruido que palabras.

Algo más complicado y trabajoso  
Es declarar cómo los jugos obran  
Sobre la lengua y paladar; sentimos  
Primero los sabores en la boca  
Cuando exprimimos al mascar el jugo 860  
Del alimento, al modo del que aprieta  
Y hace salir el agua de una esponja.  
Exprimimos así todos los jugos,  
Del paladar se cuelan por los poros  
Y vías complicadas de la lengua.  
Hieren suavemente si se forman  
De fluidos y lisos elementos,  
Y por la húmeda estancia de la lengua  
Van excitando general deleite.  
El paladar nos punzan y laceran 870  
Si sus átomos son más angulosos.

Al fin, el paladar es do sentimos  
El placer del sabor. Los alimentos,  
Cuando por el esófago cayeron,  
Cuando se distribuyen por los miembros,  
Ningún placer se siente: nada importa  
Con qué vianda se alimenta el cuerpo,  
Con tal que esté cocida la que comas  
Para poder colarse por los miembros,  
El estómago habiendo humedecido. 880

Explicaré al presente por qué causa  
No convienen los mismos alimentos  
A cualquiera animal generalmente,  
Y por qué el alimento que es amargo  
Para unos animales, puede a otros  
Parecer gustosísimo: es tan grande  
La diferencia y variedad en esto,  
Que lo que es alimento para unos  
Fue para otros un veneno activo.  
También vemos morir a la serpiente 890  
Humedecida con saliva humana,  
Y se devora con sus mismos dientes:  
El eléboro da la muerte al hombre,  
Y las cabras engorda y codornices.

Para poder saber en qué consiste  
Ni apartes de tu mente lo que he dicho,  
Ser muy diversas las combinaciones  
De átomos formadores de los seres.  
Siendo desemejantes ciertamente  
En lo exterior los animales todos, 900  
Con formas y contornos variados

Deben diferenciarse en la figura  
Con mucha más razón, de sus principios;  
Debe haber en sus poros diferencia,  
En vías e intersticios de los miembros,  
De boca y paladar generalmente:  
Más ancho debe ser o más estrecho,  
Muchos triangulares, o cuadrados,  
Redondos o polígonos muy varios;  
Pues deben las figuras de los poros 910  
Variar en razón de la figura  
Y el vario movimiento de los átomos,  
Y deben variar las de las vías  
En razón del tejido que las cerca.  
Así, cuando los mismos alimentos  
Gustan a un animal, y al otro amargan,  
Es porque fácilmente se insinúa  
Jugo en el paladar de los primeros  
Bajo una forma lisa y redondeada,  
Y al contrario, lastima la garganta 920  
De los otros, por ser muy escabroso.

Estos conocimientos facilitan  
La solución de otro cualquier problema:  
Así cuando la bilis dominante  
Enciende calentura, o acarrea  
Otra cualquiera causa la dolencia,  
Ya se trastorna entonces la armonía  
Del cuerpo en general, se desordenan  
Todas las posturas de elementos:  
Los corpúsculos que antes se juntaban 930  
Con los órganos, rompen su armonía,  
Y pasan los que excitan los dolores.  
El gusto de la miel, en fin, resulta  
De entrambos elementos, como he dicho.

Trataremos ahora de qué modo  
Hierde un cuerpo oloroso nuestro olfato.  
Precisamente existen muchos cuerpos  
Que despiden olores infinitos;  
Que éstos fluyen y corren, y se esparcen  
De continuo debemos presumirnos: 940  
Que es mayor o menor su analogía  
Con unos animales que con otros  
Según la diferencia de figuras:  
El olor de la miel desde muy lejos  
Convida a las abejas, y a los buitres  
Convidan los cadáveres podridos,  
Y los galgos se van en pos del rastro:  
El guarda del romano Capitolio,

El blanco ganso, humano olor ventea:  
Así el olor que es propio a cada especie 950  
Dirige el animal a pastos buenos,  
Y le hace huir mortífero veneno,  
Conservándose así los animales.  
    Porque la actividad de los olores  
Que llegan a tocarnos el olfato  
Puede circunscribirse más o menos;  
Sin embargo, no llegan a extenderse  
Tanto como la voz y los sonidos,  
Y mucho menos que los simulacros  
Por quienes todos los objetos vemos; 960  
Extraviados llegan lentamente,  
Perecen poco a poco descompuestos  
En medio de los aires fácilmente,  
Porque apenas exhalan las substancias  
De lo más interior emanaciones:  
Como declara el ver que todo el cuerpo  
Exhala y fluye olores más subidos  
Cuando es molido y arrojado al fuego.  
Claramente se ven que son más gruesos  
Los principios que forman los olores 970  
Que aquéllos que componen el sonido,  
Porque el olor no pasa las paredes,  
Por do voz y sonidos se entran luego:  
Por lo que no es tan fácil el que atines  
Dónde se halla el olor, porque en los aires  
Su acción apagan las continuas pausas;  
No corren a decirnos de do vienen:  
El perro así se pierde y busca al rastro.  
    Estos efectos no son peculiares  
En realidad de olores y sabores 980  
Las imágenes mismas de los seres  
Y colores no están proporcionadas  
A los órganos todos de manera  
Que no haya cuerpos cuya vista cause  
Un más vivo dolor que la de otros.  
Sacudiendo a la noche con las alas  
De esta manera el gallo, que acostumbra  
Aplaudir a la aurora con voz clara,  
No le resisten rápidos leones  
Ni le pueden mirar; luego al momento 990  
Huyen de él, porque emanan de sus miembros  
Átomos que, metidos en los ojos  
De los leones, su pupila hieren,  
Y tal dolor excitan, que no pueden  
Resistir el coraje y valentía;

Cuando dañar no pueden nuestros ojos  
O porque no penetran los principios.  
O porque, introducidos, les dan paso  
Francamente los ojos de manera  
Que no pueden herirlos al volverse. 1000  
Ora con brevedad decirte quiero  
Qué cuerpos dan al alma movimiento  
Y de dónde la vienen sus ideas.  
Digo que vagan muchos simulacros  
En toda dirección con muchas formas,  
Tan sutiles, que se unen fácilmente  
Si llegan a encontrarse, por los aires,  
Como el hilo de araña y panes de oro;  
Porque aun exceden en delicadeza  
A las efigies por las cuales vemos 1010  
Los objetos, supuesto que se meten  
Por todos los conductos de los cuerpos,  
Y dan interiormente movimiento  
Del alma a la substancia delicada,  
Y la ponen en juego sus funciones.  
Los centauros, Scilas y Cerberos  
Y fantasmas de muertos así vemos,  
Cuyos huesos abraza en sí la tierra:  
Pues la atmósfera hierve en simulacros;  
De suyo unos se forman en el aire, 1020  
Otros emanan de los varios cuerpos,  
De dos especies juntas constan otros.  
La imagen de un centauro no se forma  
Seguramente de un centauro vivo:  
No ha criado jamás naturaleza  
Semejante animal; es un compuesto  
De simulacros de caballo y hombre  
Que el acaso juntó; y cual dicho habemos,  
Su tejido sutil y delicado  
La reunión al momento facilita: 1030  
Como esta imagen se combinan otras,  
Que por su extraordinaria ligereza  
El alma afectan al primer impulso,  
Porque el ánimo mismo es delicado,  
Y de movilidad extraordinaria.  
Es una prueba cierta de lo dicho  
Parecerse en un todo los objetos  
Que el alma mira a los que ven los ojos,  
Porque nacen del mismo mecanismo:  
Si enseñé que veía yo leones 1040  
Con el auxilio de los simulacros  
Que llegando nos hieren en los ojos,

Se infiere que igualmente el alma mueven  
Los demás simulacros de leones,  
Que ve tan bien como los mismos ojos.  
No de otro modo el alma está despierta  
Cuando se extendió el sueño por los miembros  
Porque llegan al alma tan de veras  
Los simulacros que de día hieren,  
Que nos parece ver aquel desierto, 1050  
A quien la muerte y tierra ya dominan.  
A esta ilusión naturaleza obliga,  
Porque reposan todos los sentidos  
En un profundo sueño las verdades  
No pueden oponer a los errores,  
Porque está adormecida la memoria,  
Y con el sueño lánguida no pugna;  
Que aquél que el alma cree ver con vida,  
Despojo es de la muerte y del olvido.

Por lo demás, no es una maravilla 1060  
El movimiento de los simulacros,  
Y agitación de brazos y de miembros  
Según las reglas, pues durante el sueño  
Deben tener lugar las apariencias;  
Como que si el primero se disipa  
Y viene a sucederle otro distinto,  
Parece que es el mismo simulacro  
Que ha mudado de gesto en un instante.

Muchas cuestiones hay sobre este asunto,  
Y muchas dudas que poner en claro, 1070  
Si deseamos profundar las cosas.  
La primera cuestión que se propone  
Es por qué el alma en el instante tiene  
La idea del objeto que la gusta:  
¿Miran la voluntad los simulacros?  
¿Viene la imagen luego que queremos?  
Si mar, si tierra, si, por fin, el cielo,  
Los congresos, la pompa, los banquetes,  
Si los combates, si otro objeto agrada,  
¿Nos crea y guarda la naturaleza 1080  
Las efigies de todo a cualquier seña,  
Mientras que en la región y sitio mismo  
Profundamente están las almas de otros  
De ideas muy distintas ocupadas?

¿Qué diré cuando vemos en el sueño  
Ir bailando a compás los simulacros,  
Cuando mueven sus miembros delicados,  
Y cuando tienden sus flexibles brazos  
Alternativamente con destreza,



Y lo vuelven a hacer con pie ligero? 1090  
¿Estudiaron acaso reglas y arte  
Para poder de noche divertirse?  
Tengo yo por más cierto y verdadero  
Que percibimos estos movimientos  
En un instante solo, como cuando  
Se da una sola voz, y sin embargo,  
Pasan muchos instantes, que distingue  
La razón solamente: ésta es la causa  
De presentarse muchos simulacros  
En cualquier tiempo, y en cualquiera parte: 1100  
¡Tanta es su muchedumbre y ligereza!  
Y siendo tan delgado su tejido,  
No puede el alma verlos claramente  
Sin recogerse dentro de sí misma:  
Si ella no se dispone a recibirlos  
Con grande aplicación, todos perecen,  
Y lo logra por medio de esperanza  
De ver aquello que realmente mira.

¿No adviertes tú también cómo los ojos  
No pueden distinguir aquel objeto 1110  
Poco sensible, porque se tendieron  
Sin recogerse y prepararse mucho?  
Aun los cuerpos expuestos a la vista  
Son para el alma, si ella no se aplica,  
Como si cien mil leguas estuvieran:  
¿A qué viene admirarse de que el alma  
Deje escapar los simulacros todos  
Menos los que la tienen ocupada?

Tal vez abulta el alma simulacros,  
Y nos lleva al error y nos engaña: 1120  
También transforma el sexo de la imagen,  
Y en vez de una mujer, sólo tocamos  
Un hombre transmutado en un instante,  
U otro cualquier sujeto que en pos viene,  
De semblante y edad muy diferentes:  
Esto proviene del olvido y sueño.

Debes siempre evitar lo más que puedas  
Entre otros un error: pensar no debes  
Que fue criada para ver tan sólo  
La órbita brillante de los ojos: 1130  
Y las móviles piernas y los muslos  
Sobre la base de los pies alzados,  
Porque alargar pudiéramos los pasos,  
Y con robustos músculos los brazos  
Y que una y otra mano fueron dadas  
Para poder buscarnos lo preciso.

El orden respectivo de las causas  
Y de efectos ha sido trastornado  
Con interpretaciones semejantes:  
Pues no han sido formados nuestros miembros 1140  
Para servicio nuestro: los usamos,  
Porque hechos nos los hemos encontrado:  
La vista no nació antes que los ojos;  
La lengua fue criada antes que el habla;  
La lengua fue mucho antes que el lenguaje;  
Los oídos también fueron criados  
Mucho antes que se oyeran los sonidos;  
Y en fin, todos los miembros existieron  
Antes de que, se usaran, según pienso:  
No es la necesidad la que los hizo. 1150

Los hombres se batían a puñadas,  
Y se hacían heridas con las uñas,  
Y sangre por sus miembros chorreaba,  
Mucho antes que las flechas brilladoras  
Volasen por el aire: y las heridas  
A evitar enseñó naturaleza  
Antes que le colgara al brazo izquierdo  
El arte algún broquel para escudarle:  
Y dar reposo al cuerpo fatigado  
Más antiguo es que camas y plumones 1160  
Y el apagar la sed antes que el vaso:  
Estos descubrimientos, que son fruto  
De la necesidad y la experiencia,  
Podemos persuadirnos que se han hecho  
Por utilidad nuestra: no sucede  
Con los demás objetos esto mismo,  
Cuyo uso es posterior al nacimiento,  
Como son nuestros órganos y miembros  
Ni por asomo debes presumirte  
Para utilidad nuestra ser criados. 1170  
Tampoco es maravilla que se busque  
Sustento el animal, naturalmente:  
Porque enseñé, fluían de los cuerpos  
De mil modos corpúsculos sin número:  
Que debe ser su emanación copiosa  
Por su mucho ejercicio y movimiento  
En unos animales: se evaporan  
Por la transpiración otras porciones  
De lo interior del cuerpo: otras exhalan  
Por la respiración los animales 1180  
Que lánguidos jadean: estos males  
Envarecen el cuerpo, y se destruye  
Con dolores la máquina en seguida.

Por lo mismo se toma el alimento,  
El cual, metido por los intersticios  
Asegura los miembros, y da fuerzas,  
Y llena los conductos ensanchados  
Con el deseo que a comer incita.

De igual modo se extienden las bebidas  
Por la parte que quiere humedecerse, 1190  
Y el volcán de calor que devoraba  
El estómago, al punto se disipa,  
Y se extingue el ardor que hay en los miembros  
De este modo se apaga sed ardiente,  
De este modo se sacia y harta el hambre.

Ahora voy a explicarte cómo andamos  
Cuando queremos, cómo meneamos  
Los miembros de maneras diferentes,  
Y cuál es el agente acostumbrado  
Que empuja hacia adelante nuestro cuerpo, 1200  
De peso tan crecido: pon cuidado.  
Vienen los simulacros, como he dicho,  
A tocar el espíritu, y le invitan  
Al movimiento: luego de aquí nace  
La voluntad: porque ninguno emprende  
Cosa alguna sin que haya examinado  
El alma aquel objeto que la gusta;  
Operación que exige la presencia  
De simulacros: pues determinado  
De este modo el espíritu declara 1210  
Su voluntad con cierto movimiento,  
Que comunica al alma en un instante,  
Repartida por todos nuestros miembros,  
Y es muy fácil de hacerse, porque unidas  
Están íntimamente ambas substancias.  
El rechazo del alma siente el cuerpo,  
Y así toda la mole se menea  
Y avanza lentamente: además de esto,  
El cuerpo se enrarece al tiempo mismo,  
Y el aire siempre móvil, como debe, 1220  
Se hace dueño de todos los conductos,  
Copioso se derrama por los poros,  
Y por las particillas más sutiles  
Del cuerpo se reparte de este modo.  
Así, el alma y el aire son las velas  
Que mueven nuestro cuerpo como nave.

Sin embargo, no debes admirarte  
Que puedan los corpúsculos tan finos  
Empujar y volver a su albedrío  
Una mole tan grave como el cuerpo: 1230

El viento así sutil y muy delgado  
Es poderoso para hacer que anden  
Las más disformes naves por las ondas:  
Por rápida que sea su derrota,  
Una mano tan sola las dirige,  
Y las vira doquier un timón solo.  
Por medio de poleas y de ruedas  
Las máquinas manejan y levantan  
Los pesos más enormes sin esfuerzo.

Para explicarte ahora cómo el sueño 1240  
Derrama por los miembros el descanso  
Y ahuyenta los cuidados de los pechos,  
Recurriré al encanto de los versos,  
Y no a su multitud. Así del cisne  
Los débiles acentos más regalan  
Las orejas que aquel cridar de grullas  
Que se llevan los aires. Pronta oreja  
Y un ánimo sagaz préstame ahora  
Para que no me niegues ser posible  
Lo que voy a decirte: no repruebes 1250  
Con obstinado pecho la evidencia:  
De tu ceguera culpate a ti mismo.

El sueño viene cuando el alimento  
Llega a descomponerse por los miembros;  
Y alguna de sus partes sale fuera  
Y otra se junta más y se condensa  
En lo interior del cuerpo; se desatan  
Y se aflojan entonces ya los miembros;  
Pues debemos al alma el sentimiento  
De que no puede el sueño despojarnos, 1260  
Sin que entonces nos fuera perturbada  
Y echada fuera el alma, aunque no toda,  
Pues yacería el cuerpo rodeado  
Con el eterno frío de la muerte:  
La más leve partícula de alma  
No quedara escondida por los miembros,  
Como el fuego tapado con ceniza,  
Que encendiera de nuevo el sentimiento  
De pronto por los miembros como fuego.  
Diré la causa de este nuevo estado, 1270  
Y cómo puede el alma perturbarse,  
Y el cuerpo desfallece lentamente:  
Haz que no azote el viento con palabras.

Como la superficie de los cuerpos  
El contacto del aire experimenta,  
Es preciso que sea sacudida  
Sin cesar por sus golpes repetidos.

Razón por qué los seres casi todos  
Están cubiertos de pellejo, o cerda,  
O de conchas, o callos, o cortezas: 1280  
Y el aire respirado de continuo,  
Por medio de su flujo y su reflujo  
Los azota también interiormente.  
Así es chocado el cuerpo por los lados,  
Y este choque por medio de los poros  
Llegando a los primeros elementos  
La destrucción prepara poco a poco.  
Los principios del ánimo y del cuerpo  
Se trastornan de modo que una parte  
Del alma es arrojada, y otra queda 1290  
En lo interior del cuerpo recogida:  
Repartida en los miembros la tercera,  
No puede reunirse, ni su parte  
Alarga al movimiento de la vida,  
Porque ha cortado la naturaleza  
Las vías y conductos: huye al punto  
El sentimiento en medio del desorden.  
Y como el cuerpo ya no tiene apoyo,  
Todo él se debilita y descaece,  
Los brazos caen, los párpados se cierran, 1300  
Y quedan los jarretes aplomados.  
Después de la comida viene el sueño,  
Porque el efecto que produce el aire,  
Ese mismo produce el alimento  
Cuando se va escondiendo por las venas;  
Y aquel sopor es mucho más profundo  
Que se sigue a la hartura, o la fatiga,  
Pues trastorna ésta más los elementos,  
Deja el alma encerrada por adentro  
Y la echa más copiosa y dividida, 1310  
Y la desune más entre sí misma.  
Y aquello en que más uno se ha ocupado,  
Y en las cosas que más se ha detenido  
Y en que más atención hubiese puesto,  
Eso mismo en el sueño nos parece  
Hacer por lo común; los abogados  
Defienden causas, e interpretan leyes;  
Combates dan y asaltos los caudillos;  
Con los vientos se baten los pilotos;  
Yo mismo no interrumpo mi trabajo, 1320  
Y siempre busco la naturaleza,  
Y encontrada, a mi patria la declaro.  
De este modo las otras facultades  
Y los estudios de ordinario ocupan

En sueños a los hombres con engaños.

Y aquéllos que a los juegos de continuo  
Asisten muchos días de seguida,  
Los vemos casi siempre, aun cuando deje  
La diversión de herir a sus sentidos,  
Conservar en sus almas paso franco 1330  
Por do puedan los mismos simulacros  
Introducirse; y los objetos mismos  
Por muchos días se les representan:  
Aunque despiertos ven los danzarines  
Meneando sus miembros diestramente  
Y oyen la consonancia de la lira,  
Y el lenguaje suave de las cuerdas;  
Ven el mismo concurso, y ven la escena  
Que brilla con adornos variados.  
La inclinación, el gusto y la costumbre 1340  
Tanto influyen en hombres y animales.

Como que los caballos animosos,  
Sepultados sus miembros en el sueño,  
Los verás en sudor todos bañados  
Y resoplar y hacer esfuerzos grandes,  
Soñando así como si disputaran  
Sobre la palma, abiertas las barreras.

También los perros de los cazadores  
Durante el blando sueño de repente  
Sus pies agitan, ladran y a menudo 1350  
Oliscar se les ve cual si tuvieran  
El rastro de la caza descubierto;  
Y volviendo del sueño continúan  
Persiguiendo los vanos simulacros  
De los ciervos que huyendo se figuran,  
Hasta que en sí volviendo, el error dejan.

Mas el perro leal y cariñoso  
Que vive con nosotros en la casa,  
Sacude en un instante el leve sueño  
Que sus ojos velaba, y se levanta 1360  
Listo como si viera cara nueva  
Y rostro sospechoso: porque inquietan  
Los simulacros tanto más en sueños  
Cuanto sus elementos son más rudos.

Las varias aves huyen, al contrario,  
Y agitando sus alas, al momento  
Se acogen a los bosques de los dioses,  
Por la noche, si en blando sueño vieron  
El gavilán sobre ellas arrojarse  
Y con rápido vuelo perseguirlas. 1370  
A la verdad que grandes movimientos

Agitan a las almas de los hombres:  
Proyectos vastos forman y ejecutan;  
Soñando hacen los reyes prisioneros;  
Esclavos son en sueños de los mismos;  
Un combate se sigue a otro combate;  
Claman como si allí los degollaran;  
Muchos bregan y gimen doloridos  
Y como si pantera o león fiero  
Los hicieran pedazos a bocados, 1380  
Así llenan el aire de chillidos:  
Muchos tratan negocios importantes,  
Y su acción declararon muchas veces;  
Otros. en sueños ven venir la muerte;  
Creyendo dar con todo el cuerpo en tierra  
Desde elevados montes arrojados,  
Con gran congoja se despiertan muchos,  
Y a duras penas vuelven en sí mismos  
Con tanta agitación como han tenido:  
Un sediento también a par de un río 1390  
O de una fuente amena está sentado,  
Y se quiere beber el agua toda;  
De ordinario, dormidos los muchachos  
Al lado de un servicio o meadero  
Para orinar creen alzar la ropa,  
Inundando las telas exquisitas  
Que hizo para su cama Babilonia.

Mas los que sienten por la vez primera  
La juventud lozana cuando el tiempo  
El semen por los miembros desenvuelve, 1400  
Se les ofrecen muchos simulacros  
De cualquier cuerpo en sueños mensajeros  
De un rostro hermoso, fresco y agraciado,  
Que provocan el órgano atestado  
De semilla abundante; y así como  
Hubieran penetrado muchas veces,  
El santuario del placer, arrojan  
Chorros de semen que los contaminan.

Bulle en nosotros, como dije, el semen  
Cuando la juventud nos robustece: 1410  
Cada órgano es movido y provocado  
Por el objeto propio: humana imagen  
El órgano prolífico conmueve;  
Cuando de sus depósitos se sale  
El semen esparcido por el cuerpo,  
Y se junta en los nervios destinados  
Y penetra de pronto el mismo sitio  
Engendrador, se atiesan los conductos,

Quiere arrojarlo la naturaleza  
Do el bárbaro deseo se encamina: 1420  
Y el alma se dirige a aquel objeto  
Que la hirió con sus flechas amorosas:  
Todos salen heridos del combate  
Y los tiros asestan hacia aquella  
Que hiriéndonos se dio ella por vencida,  
Y el mismo vencedor ensangrentado  
En medio de su triunfo se presenta.  
Así, pues, a quien Venus ha llagado,  
Ya tomando los miembros delicados  
De un muchacho, o haciendo que respire 1430  
Una mujer amor por todo el cuerpo,  
Se dirige al objeto que la hiere,  
Impaciente desea a él ayuntarse  
Y llenarle de semen todo el cuerpo:  
El deleite presagia la ansia ciega:  
Ésta, pues, es la Venus que tenemos,  
De aquí el nombre de amor trajo su origen,  
De aquí en el corazón se destilara  
Aquella gota de dulzor de Venus  
Que en un mar de inquietudes ha parado: 1440  
Porque si ausente está el objeto amado,  
Vienen sus simulacros a sitiarnos  
Y en los oídos anda el dulce nombre.  
Conviene, pues, huir los simulacros,  
De fomentos de amores alejarnos,  
Y volver a otra parte el pensamiento,  
Y divertirse con cualquiera objeto;  
No fijar el amor en uno solo,  
Pues la llama se irrita y se envejece  
Con el fomento, y el furor se extiende 1450  
Y el mal de día en día se empeora.  
Si no entretienes tú con llagas nuevas  
Las heridas que te hizo amor primero,  
Y haciéndote veleta en los amores  
No reprimes el mal desde su origen  
Y llevas la pasión hacia otra parte.  
Las dulzuras de Venus no renuncia  
Aquél que huye de amor: por el contrario,  
Coge sus frutos solo sin disgusto.  
Gozan siempre las almas racionales 1460  
De un deleite purísimo y seguro,  
Mejor que los amantes desgraciados,  
Que al mismo tiempo de gozar fluctúan  
Sobre el hechizo de su amor incierto.  
No saben do fijar ojos y manos;



Aprietan con furor entre sus brazos  
El objeto primero que agarraron,  
Le molestan muchísimo, y sus dientes  
Clavan cuando le besan en los labios,  
Porque no tienen un deleite puro; 1470  
Secretamente son agujoneados  
A maltratar aquel objeto vago  
Que motivó su frenesí rabioso:  
Pero Venus mitiga los dolores  
Gozando del amor suavemente,  
Y con blando placer las llagas cura.

Pues los amantes tienen esperanza  
De que aquel mismo cuerpo que ha inflamado  
Su pecho en amor ciego, puede él mismo  
Apagar el incendio que ha movido; 1480  
Pero se opone la naturaleza:  
Y es la única pasión de cuyos goces  
Con bárbaro apetito se arde el pecho;  
Pues el hambre y la sed se satisfacen  
Fácilmente por dentro repartidos  
Bebidas y alimentos en los miembros,  
Y se pueden pegar a ciertas partes.  
Pero un semblante hermoso y peregrino,  
Sólo deja gozar en nuestro cuerpo  
Ligeros simulacros que arrebatan 1490  
Miserable esperanza por los aires.  
Así como un sediento busca en sueños  
El agua ansiosamente, y no la encuentra,  
Para apagar el fuego de su cuerpo,  
Y sólo da con simulacros de agua,  
Y con vana fatiga de sed muere  
Bebiendo en un río caudaloso;  
Del mismo modo engaña a los amantes  
Venus con simulacros: ni la vista  
De un cuerpo hermoso hartura puede darlos, 1500  
Ni quitar de sus miembros delicados  
Alguna parte pueden con sus manos  
Que inciertas manosean todo el cuerpo.

En fin, cuando sus miembros enlazados  
Gozan el fruto de la edad florida,  
Cuando el cuerpo presagia los contentos  
Y a punto Venus de sembrar los campos,  
Los amantes agárranse con ansia,  
Y juntando saliva con saliva  
El aliento detienen apretando 1510  
Los labios y los dientes; pero en vano,  
Porque de allí no pueden sacar nada

Ni penetrar ni hacerse un mismo cuerpo;  
Al parecer son estos sus intentos;  
Venus los junta con ansiosos lazos  
Cuando en el seno del placer sus miembros  
En licor abundante se derriten  
Conmovidos en fuerza del deleite;  
En fin, cuando la Venus recogida  
De los nervios saltó, por un momento 1520  
El ardor violento se amortigua  
Vuelve después con más furor la rabia,  
Buscando sin cesar tocar el blanco  
De sus deseos; pero no hallan medio  
Con que puedan triunfar de su desgracia:  
¡Tan ciega herida errantes los consume!  
Agrega a los tormentos que padecen  
Sus fuerzas agotadas y perdidas,  
Una vida pasada en servidumbre,  
La hacienda destruida, muchas deudas, 1530  
Abandonadas las obligaciones,  
Y vacilante la opinión perdida:  
Perfumes y calzado primoroso  
De Sición, que sus plantas hermosea:  
Y en el oro se engastan esmeraldas  
Mayores y de verde más subido  
Y se usan en continuos ejercicios  
De la Venus las telas exquisitas,  
Que en su sudor se quedan empapadas:  
Y el caudal bien ganado por sus padres 1540  
En cintas y en adornos es gastado:  
Le emplean otras veces en vestidos  
De Malta y de Scio: le disipan  
En menaje, en convites, en excesos,  
En juegos, en perfumes, en coronas,  
En las guirnaldas, pero inútilmente;  
Porque en el manantial de los placeres  
Una cierta amargura sobresalta,  
Que molesta y angustia entonces mismo;  
Bien porque acaso arguye la conciencia 1550  
De una vida holgazana y desidiosa  
Pasada en ramerías; o bien sea  
Que una palabra equívoca tirada  
Por el objeto amado, como flecha,  
Traspasa el corazón apasionado  
Y toma en él fomento como fuego;  
O bien celoso observa en sus miradas  
Distracción hacia él mirando a otro,  
O ve en su cara risa mofadora.

Si en el amor feliz hay tantas penas, 1560  
Innumerables son las inquietudes  
De un amor desgraciado y miserable:  
Se vienen a los ojos tan de claro,  
Que es mejor abrazar, como he enseñado,  
El estar siempre alerta, y no dejarse  
Enredar en sus lazos; pues más fácil  
Es evitar las redes, que escaparse  
Y de Venus romper los fuertes lazos  
Cuando el amor nos tiene ya prendidos,  
Y aunque fueras cogido y enredado 1570  
Podrías evitar el infortunio  
Si tú mismo no fueras a buscarle;  
Si primero los ojos no cerraras  
Sobre todos los vicios de su alma  
Y sobre los defectos corporales  
De aquel objeto por quien sólo anhelas:  
Ciega por lo común a los amantes  
La pasión, y les muestra perfecciones  
Aéreas; porque vemos que las feas  
Aprisionan los hombres de mil modos, 1580  
Y hacen obsequio grande a las viciosas:  
Y unos de otros se burlan y aconsejan  
El aplacar a Venus mutuamente  
Que los aflige con amor infame:  
Si es negra su querida, para ellos  
Es una morenita muy graciosa;  
Si sucia y asquerosa, es descuidada;  
Si es de ojos pardos, se asemeja a Palas;  
Si seca y descarnada, es una corza  
Del Ménalo; si enana y pequeñita, 1590  
Es una de las gracias, muy salada;  
Si alta y agigantada, es majestuosa,  
Llena de dignidad; tartamudea  
Y no pronuncia bien, es un tropiezo  
Gracioso; taciturna, es vergonzosa;  
Colérica, envidiosa, bachillera,  
Es un fuego Vivaz que no reposa;  
Cuando de puro tísica se muere,  
Es de un temperamento delicado;  
Si con la tos se ahoga y desfallece, 1600  
Entonces es beldad descaecida;  
Y si gorda y tetuda, es una Ceres,  
La querida de Baco: si chatilla,  
Es silla de placer; ¡nadie podría  
Enumerar tan ciegas ilusiones!  
Pero demos que sea ella un hechizo

Y que la haya agraciado Venus misma;  
No faltan en el mundo otras hermosas,  
Y sin ellas pasamos. La hermosura  
A las mismas miserias está expuesta, 1610  
Y a las mismas flaquezas que la fea;  
Tenemos evidencia: y la infelice  
Por su hedor insufrible se sahúma,  
De la cual huyen mucho sus doncellas,  
Y a escondidas dan grandes carcajadas.

Llorando, empero, el despedido amante  
Muchas veces adorna los umbrales  
Con flores y guirnaldas, derramando  
Perfumes en los postes altaneros,  
Y da en las puertas besos infelices; 1620  
A quien si ya una vez introducido  
Un ligero olorcillo molestará  
Al entrar en la casa buscaría  
Al punto algún pretexto de alejarse;  
Se olvida de las quejas elocuentes  
Tanto tiempo pensadas, y se acusa  
De mentecato por haber supuesto  
En aquella mortal más perfecciones  
Que és justo conceder: muy bien lo saben  
Nuestras diosas: ocultan por lo mismo 1630  
Estas flaquezas de la vida a quienes  
Desean sujetar de amor con grillos:  
Muy necias son en esto; porque puedes  
Correr el velo a todos sus misterios,  
E informarte de todos sus secretos:  
Y si es de buena índole y modesta,  
A mal no llevará que tú igualmente  
Veas y observes la miseria humana.

No siempre la mujer con amor falso  
Suspira: cuando el cuerpo de su amante 1640  
Contra su seno aprieta entre sus brazos;  
Cuando sus labios húmedos imprimen  
Besos que fluyen el deleite, entonces  
Su amor es verdadero, y deseosa  
De gozar el placer común a entrambos,  
Le incita a que concluya la carrera  
Del amor: no podrían de otro modo  
Las aves, los ganados y las fieras  
Y yeguas a los machos ayuntarse,  
Si las hembras calientes no estuvieran, 1650  
Sin ellas no excitaran los hervores  
Del placer esta dulce resistencia  
Tan favorable a la caliente Venus.

¿Por ventura no ves también aquéllos  
Que un deleite recíproco ayuntara  
En mutua ligadura atormentados?  
¿Y queriendo los perros desligarse,  
En las encrucijadas muchas veces  
Cada uno tira mucho por su parte  
Cuando los tiene Venus aún pegados 1660  
Con fuertes ataduras? No lo harían  
Si no fueran comunes los contentos  
Que en aquel dulce lazo los unieron,  
Teniéndolos a entrambos en prisiones  
Sólo el placer recíproco es deleite.

Y por fortuna en el ayuntamiento,  
Cuando ordeñó con suma ligereza  
Y el viril semen embebió la hembra,  
Al padre o a la madre se parecen  
Los hijos, en razón que dominare 1670  
El semen de uno u otro; y si de entrambos  
Fueren los hijos un retrato vivo,  
De la sangre más pura de sus padres  
Fueron formados, cuando las semillas  
Excitadas por Venus en los miembros  
El recíproco ardor equilibrara,  
Y con igual influjo concurrieron.  
A las veces sucede parecerse  
A los abuelos, o a los bisabuelos,  
Porque encierran los padres de ordinario 1680  
En su cuerpo muchísimos principios  
Que, de padres a hijos transmitidos,  
Vienen de un mismo tronco: después Venus  
Varía las figuras, y remeda  
El semblante, la voz y los cabellos  
De los abuelos, porque son formadas  
Aquestas partes de nosotros mismos  
No menos que la cara, cuerpo y miembros  
De germen fijo. Y la viril semilla  
En producir el sexo femenino 1690  
Influye, y los varones engendrados  
Son del materno semen; porque el hijo  
Resulta siempre de las dos semillas,  
Y aquel a quien el hijo más saliere  
Suministró más parte de elementos,  
Como en varones y hembras verlo puedes.

No impiden a ninguno las deidades  
El propagar su especie, y que le llamen  
Padre sus dulces hijos; o que vivan  
En un perpetuo estéril himeneo, 1700

Como lo creen muchos, y afligidos  
Las aras bañan de copiosa sangre  
Y llenan de presentes los altares  
Para que con raudales de semilla  
Empreñen sus mujeres: pero en vano  
A los dioses y oráculos fatigan.  
Estériles se quedan las mujeres  
Cuando el semen es fluido o espeso  
Con extremo: muy fluido no puede  
Fijarse en los parajes destinados, 1710  
Se corre y se derrama en el momento;  
Muy espeso, su misma consistencia  
No le deja saltar bastante lejos  
Y penetrar los sitios igualmente,  
O penetrando en ellos, con el semen  
De la mujer no es fácil se entrevere.

Porque en efecto, hay mucha diferencia  
Por la organización en las uniones,  
Y unos mejor empreñan unas que otras,  
Y muchas fueron antes infecundas 1720  
En varios himeneos, y no obstante  
Llegaron a tener un buen marido  
Que supo fecundarlas, y quedaron  
Enriquecidas con sabrosos hijos:  
Y después de infinitos matrimonios  
Infructuosos, encontraron otros  
Apoyos de vejez con nueva esposa:  
Tan esencial es la correspondencia  
De la organización en los esposos,  
Para poder unirse las semillas 1730  
Con las que tengan más analogía  
Y adquieran la precisa consistencia.

Es preciso también ser circunspecto  
Sobre la calidad del alimento,  
Pues se espesan los sémenes con unos,  
Con otros se atenúan y disuelven.  
También debe observarse la manera  
De tratar a la misma dulce venus;  
Pues como los cuadrúpedos se ayuntan  
Muchos son de opinión que los esposos 1740  
Deben hacerlo, porque de este modo  
Pueden las partes recibir el semen  
Echando el pecho y levantando el lomo.

No conviene que hagan las esposas  
Movimientos lascivos, porque impiden  
Hacerse la mujer embarazada  
Cuando con los meneos de las nalgas

La venus del varón estorba inquieta  
Y da oleadas con el tierno pecho;  
La reja del arado echa del surco, 1750  
Y el chorro seminal quita del sitio.  
Por utilidad propia las rameras  
Tuvieron la costumbre de moverse,  
Por no hacerse preñadas con frecuencia  
Y porque al mismo tiempo los varones  
Tuviesen una venus más gustosa:  
Mas la honesta mujer no las imite.  
No es preciso el auxilio de los dioses  
Ni las flechas de Venus para amarse.  
A veces la más fea mujercilla, 1760  
Su conducta, su agrado su limpieza,  
Sus artificios inocentes hacen  
Que se acostumbre el hombre fácilmente  
A vivir en su trato y compañía,  
Porque engendra cariño el mucho trato:  
Golpes reiterados, aunque leves,  
Al cabo de años triunfan de los cuerpos  
Más sólidos. ¿No observas que las gotas  
De la lluvia que caen sobre las peñas  
Después de mucho tiempo las socavan? 1770

## Libro V

¿Quién con robusto pecho cantar puede 1

Según la majestad de los objetos  
Estos descubrimientos asombrosos;  
O quién tan elocuentes labios tiene  
Que pueda celebrar las alabanzas  
Según merece aquel sublime genio  
Que nos dejó los frutos de su mente?  
Nadie que mortal cuerpo haya tenido;  
Porque, si como exige la grandeza  
De los descubrimientos de las cosas 10  
Es preciso que hablemos de las mismas,  
Un dios fue aquél, un dios, ínclito Memmio,  
Que primero inventó aquel plan de vida  
Que hoy de sabiduría tiene nombre,  
Haciendo que por medio de este arte  
Sucudiese la calma a las tormentas,  
Y a las tinieblas una luz hermosa.

Los inventos antiguos de otros dioses  
Compara tú con éstos: porque dicen  
Haber a los mortales enseñado 20  
Ceres el modo de coger los frutos  
Y el zumo de la vid el padre Baco;  
Pudiéndose vivir sin estos dones,  
Como cuentan que viven al presente  
Muchas naciones: pero sin virtudes,  
Vivir no se podría felizmente:  
Tenemos, pues, justísimos motivos  
De ser un dios para nosotros éste  
Cuyos dulces consuelos extendidos  
Por todas las naciones de la tierra 30  
Los ánimos halagan en sus cuitas.

Estás muy engañado si presumes  
Que los trabajos de Hércules le exceden;  
¿Pues , qué daño al presente nos harían  
Aquella boca del león nemeo  
Anchurosa, y las cerdas erizadas  
Del jabalí de Arcadia? ¿qué podrían  
De Creta el toro, y la lerneá plaga  
De la hidra atrincherada de serpientes  
Ponzoñosas? o ¿qué de los tres cuerpos 40  
Del enorme Gerión se nos daría?  
¿Y acaso los caballos de Diomedes,  
Cuyas narices fuego resollaban  
Allá cerca del Ísmaro en la Tracia  
Y en las Bistonias costas nos dañaran?  
¿Qué las aves de Arcadia con sus garras,  
Del Estínfalo horribles moradoras?  
¿Qué daño, en fin, hiciera el guardián fiero  
Del jardín y fulgentes pomos de oro  
De Hespérides, aquel dragón furioso 50  
Que vibraba amenazas de sus ojos,  
Y cuyo enorme cuerpo el rico tronco  
Con roscas y más roscas abrazaba  
Del océano Atlántico las playas  
Y cerca de aquel mar inaccesible  
Sobre el cual nunca osaron exponerse  
Ni romanos ni bárbaros? ¿qué hicieran,  
Aunque se viesen monstruos semejantes  
Y el mundo no estuviera limpio de ellos?  
No causarían daño, según pienso; 60  
Ahora hierve la tierra todavía  
En alimañas, y el espanto reina  
Por los bosques, y selvas y montañas;  
Podemos evitarlas sin embargo.



Pero si no tenemos limpio el pecho,  
¡Qué combates tan recios sostendremos!  
Y a pesar nuestro, entonces, ¡cuántos riesgos  
Tenemos que vencer! ¡de qué inquietudes,  
De qué cuidados y de qué temores  
No es desgarrado el corazón del hombre 70  
Que se entrega sin freno a sus pasiones!  
¡Cuántos estragos hacen en su alma  
Orgullo, obscenidad y petulancia!  
¡Cuántos el lujo y la desidia torpe!  
Así el que a todos estos enemigos  
Hubiera sujetado, y de su pecho  
Los hubiese lanzado con las armas  
De la razón tan sólo, ¿no debemos  
Colocar este hombre entre los dioses?  
¿Qué diremos si en términos divinos 80  
Su lengua desató este mismo sabio  
Para hablar de los dioses inmortales  
Y para descubrir a nuestros ojos  
De la naturaleza los misterios?

Entrando yo en la senda que me he abierto,  
Proseguiré enseñándote las leyes  
Que hacen que todo ser tenga su límite  
Según su formación, y que no pueda  
Pasar jamás los límites prescritos  
A su duración propia: pues habiendo 90  
Probado nace el alma con nosotros,  
Que no puede durar eternamente,  
Que no son más que vanos simulacros  
Las fantasmas, imágenes de muertos,  
Que creemos en sueños ver nosotros:  
Y el orden mismo de mi objeto ahora  
Me conduce a tratar del nacimiento  
Del mundo y de su término postrero;  
Y también a explicarte de qué modo  
Los átomos unidos han formado 100  
La tierra, el cielo, el mar, el Sol, los astros,  
Y el globo de la Luna: qué animales  
Ha parido la tierra, y cuáles nunca  
Pudieron existir: y por qué encanto,  
Variando los hombres las palabras  
Entre sí, establecieron el comercio  
De las ideas; cómo se introdujo  
Aquel miedo a los dioses en los pechos  
Que en todos los países de la tierra  
Conserva templos, lagos, bosques, aras, 110  
Y las santas estatuas de los dioses.

Explicaré las leyes que ha prescrito  
Del Sol al curso la Naturaleza  
Y a las revoluciones de la Luna;  
Para que no creamos falsamente  
Que por un espontáneo movimiento  
Eternamente ruedan estos astros  
Tan obsequiosos entre cielo y tierra,  
Para acrecentamiento de los frutos  
Y de los animales: o que sea 120  
A los dioses debido en cierto modo  
El período de sus revoluciones:  
Porque los que estuvieren persuadidos  
Del descuido en que viven las deidades,  
Si no obstante se admiran de las causas,  
Aun de las naturales apariencias  
Que se observan encima de nosotros  
En la región etérea, nuevamente  
Caen en su inveterado fanatismo  
Y nos ponen tiranos inflexibles, 130  
A quienes para colmo de miseria  
Conceder un poder ilimitado,  
Por no saber qué cosa existir puede,  
Cuál no puede, y los límites precisos  
Que ha señalado la Naturaleza,  
En fin, a la energía de los cuerpos.

Yo no ignoro cuán nueva e increíble  
Es la opinión de que la tierra y cielo  
Se acabarán, y cuán difícil sea  
Para mí convencer a los mortales 140  
De una verdad que hasta ahora no ha llegado,  
A sus oídos; que por otra parte  
No pueden a la vista sujetarla  
Ni al tacto, los dos únicos caminos  
Que a la evidencia guían hasta el templo  
Del espíritu humano: sin embargo,  
Yo romperé el silencio: la experiencia  
Vendrá quizá en apoyo de mi aserto;  
Verás quizá dentro de poco tiempo,  
Agitado de horribles terremotos, 150  
Todo el orbe en ruinas convertido.  
Aleje de nosotros el destino  
Desastre semejante; el raciocinio  
Convénzanos más bien que la experiencia  
De que es posible se hunda todo el Globo  
Con un fragor horrísono deshecho.

Antes de que yo empiece a revelarte  
Los decretos del hado más sagrados

Y mucho más seguros que no aquéllos  
Que pronuncia la Pitia coronada 160  
De laurel en la trípode de Apolo,  
Quiero infundirte aliento con verdades  
Consoladoras, por si acaso piensas,  
De la superstición aherrojado,  
Que la Tierra y el Sol, el mar, el cielo,  
Los astros y la Luna son substancias  
Eternas y divinas; presumiendo  
Que son impíos como los gigantes,  
Dignos de los suplicios más atroces  
Por su horrible atentado, los que quieran 170  
Desbaratar las bóvedas del Mundo  
Y apagar la clarísima lumbrera  
Del Sol con vanas argumentaciones,  
Tratando lo inmortal con mortal labio.

Pero están estos cuerpos tan distantes  
De la divinidad, y nos parecen  
Tan indignos de estar entre los dioses,  
Que, al contrario, más bien nos dan ideas  
De una materia bruta inanimada:  
No se debe creer que el sentimiento 180  
E inteligencia sean propiedades  
De cualquier cuerpo indiferentemente.  
Así como en el aire estar no puede  
El árbol, ni en el mar salado nubes,  
Ni peces en los campos, ni en los leños  
La sangre, ni los jugos en las piedras,  
Porque ha prescrito la naturaleza  
A cada ser el sitio donde nazca,  
Y do se desarrolle; así no puede  
Nacer el alma aislada sin un cuerpo, 190  
Sin nervios y sin sangre: si posible  
Y fácil fuera, mucho más podría  
Formarse en la cabeza o en los hombros,  
O en los talones o en cualquiera parte  
Del cuerpo; porque al fin ella estaría  
En el mismo hombre y vaso de continuo.

Mas como estamos ciertos que en el cuerpo  
Tienen ánimo y alma en sitio fijo  
Donde nacen y crecen apartados;  
Por lo mismo diremos que no puede 200  
El alma subsistir sino en un cuerpo,  
Y sin forma animal en los terrones  
Pesados de la tierra, o en el fuego  
Del Sol, o en el agua o en los aires:  
Luego no están dotadas estas masas

De alma divina, puesto que no pueden  
Gozar el movimiento de la vida.

Tampoco puedes presumir que tengan  
Los dioses sus moradas sacrosantas  
En una de las partes de este mundo: 210  
Porque ellos son substancias tan sutiles,  
Que el sentido no puede percibir las,  
Ni el espíritu apenas comprenderlas:  
Si escapan al contacto de las manos,  
No deben tocar ellos ningún cuerpo  
Que podamos tocar; porque no puede  
Tocar el que de suyo es intangible:  
Luego muy diferentes de las nuestras  
Deben ser sus moradas, tan sutiles  
Como sus cuerpos: lo que extensamente 220  
Te probaré en la serie de mi escrito.

Decir, a la verdad, que en favor nuestro  
Han querido los dioses disponernos  
El orden bello de naturaleza;  
Que debemos loar por esto mismo  
Esta obra admirable de los dioses;  
Por inmortal y eterna reputarla;  
Que es un crimen minar con lengua osada  
De este edificio eterno los cimientos,  
Que levantó para la especie humana 230  
El saber de los dioses inmortales:  
Estas fábulas y otras semejantes  
Indicio, ¡oh Memmio!, son de gran locura.  
¿Qué utilidad nuestro agradecimiento  
Podría acarrear a aquellos seres  
Inmortales por sí y afortunados,  
Para empeñarlos en obsequio nuestro  
A emprender esta obra y concluir la?  
¿O qué nuevo interés pudo inducirlos  
Pacíficos después de tantos siglos 240  
A codiciar nuevo tenor de vida?  
Aquél sólo apetece las mudanzas  
Que de suerte infeliz es perseguido:  
Pero aquél que jamás probó infortunio  
Gozando de tranquila y dulce vida,  
¿Qué nuevo estado pudo enamorarle?  
¿En las tinieblas y en angustia estaba  
Su vida acaso hundida hasta el momento  
En que nueva brilló naturaleza?  
Y de no haber nacido, ¿qué desgracia 250  
Nos podía venir? Cualquiera nacido  
Tan sólo debe apetecer la vida

Mientras blando placer le tenga en ella:  
Pero aquél que jamás contado fuera  
Entre los que gustaron su dulzura,  
¿En no haber existido, qué perdiera?  
¿De dónde, pues, sacaron las deidades  
Para la creación del Universo  
El ejemplar y la primera idea  
De los hombres, de modo que pudiesen 260  
Concebir claramente su proyecto

Y ejecutarle? o ¿cómo conocieron  
Las cualidades de los elementos,  
Y lo que pueden sus combinaciones  
Diferentes, a no ser que la misma  
Naturaleza lo haya declarado?  
Porque al cabo de siglos infinitos  
Los muchos elementos de materia  
Por choques exteriores sacudidos,  
Y de su mismo peso arrebatados 270  
Y llevados con rauda movimiento,  
De diversas maneras se juntaron,  
Probaron todas las combinaciones  
De que pudiesen resultar los seres;  
Por lo que no es extraño que hayan dado  
Con la disposición y movimientos  
Que forman este mundo y le renuevan.

Suponiendo que yo mismo ignorara  
De los principios la naturaleza,  
A asegurar, no obstante, me atreviera, 280  
Cielo y naturaleza contemplando,  
Que no puede ser hecha por los dioses  
Máquina tan viciosa e imperfecta.

Cuanto coge la bóveda celeste  
Del globo que habitamos, en gran parte  
Las montañas y selvas y las fieras  
Como si fuera propio lo dominan;  
El mar que nos lo estrecha con sus brazos  
Las rocas y lagunas lo poseen;  
Un ardor insufrible, un hielo eterno 290  
Casi dos partes roba a los mortales:  
Y llenara de abrojos lo restante  
Naturaleza a si misma entregada,  
Si la industria del hombre no acudiera,  
Hecho a gemir por alargar la vida  
Bajo penoso afán, y a abrir la tierra  
Con la pesada reja; si volviendo  
Con ella los terrones, y domando  
El suelo ingrato no le precisamos.

Los gérmenes no pueden por sí mismos 300

Salir y levantarse al aire puro:

Y a veces estos frutos son costosos

Cuando ya tienen hoja y ya florecen,

O los abrasa el sol con sus ardores,

O con ellos acaban los turbiones,

O frecuentes heladas los destruyen.

¿Por qué causa sustenta y multiplica

En mar y tierra la Naturaleza

Esa horrífera casta de las fieras

Que a la raza humanal es tan dañosa? 310

¿Por qué las estaciones traen los morbos?

¿Por qué vaga la muerte prematura?

Y el niño, semejante al marinero

Que a la playa lanzó borrasca fiera,

Tendido está en la tierra, sin abrigo,

Sin habla, en la indigencia y desprovisto

De todos los socorros de la vida,

Desde el momento en que naturaleza

A la luz le arrancó con grande esfuerzo

Del vientre de la madre, y llena el sitio 320

De lúgubre vagido como debe

Quien tiene que pasar tan grandes cuitas.

Crecen las fieras y ganados varios,

Y ni el chupar ruidoso necesitan,

Ni con alma nodriza se les pone

Para acallarlos con lenguaje tierno;

Ni acomodan al tiempo sus vestidos

Ni de armas ni de muros elevados

Necesitan, en fin, con que defiendan

Sus bienes y riquezas; pues la tierra 330

Y la naturaleza largamente

Abastecen de todo a cada uno.

Primeramente, si la tierra y agua

Y los soplos ligeros de los aires

Y los vapores cálidos del fuego

A nacimiento y muerte están sujetos,

Debe correr la misma suerte el mundo,

Que de estos elementos se compone;

Porque siendo nativas y mortales

Las partes, debe el todo ser lo mismo: 340

Por lo que cuando veo renacidas

Las partes y los miembros agotados

Del mundo, me persuado que han tenido

Algún primer instante Cielo y Tierra,

Y me persuado su final ruina.

No te presumas, Memmio, que yo avanzo

Una proposición aventurada  
Al decir que es mortal la tierra y fuego  
Y que perecerán el aire y agua;  
Que los mismos renacen y se aumentan. 350  
Abrasada una parte de la tierra  
Por los continuos soles, y hecha polvo  
Con el pisar, se agrupa en torbellinos  
Que los vientos robustos desparraman  
Como ligeras nubes por los aires.  
Parte de los terrones se resuelve  
En agua con las lluvias y los ríos  
Continuamente roen las orillas:  
Cualquiera cuerpo, en fin, que aumenta otro  
Con su propia substancia, se consume; 360  
Y puesto que la Tierra es común madre  
Y general sepulcro de los cuerpos,  
Se gasta se repara de continuo.  
Que el mar, ríos y fuentes siempre abundan  
Y arrojan sin cesar copiosas aguas,  
Lo declara la inmensa copia de ellas,  
Que a enriquecerlos va por todas partes:  
Mas las continuas y hórridas tormentas  
Impiden llegue a ser muy abundante:  
Barriéndola los vientos con su soplo 370  
Y etéreo Sol chupándola con rayos  
Reducen su volumen: otra parte  
Se sume por las tierras y se filtra.  
Se limpia de sus sales, se recoge  
Toda en el nacimiento de los ríos,  
Fluye sobre la tierra dulcemente  
Por donde, una vez rota, facilita  
Que con líquido pie corran las aguas.  
Del aire voy a hablar, que cada instante  
Prueba vicisitudes infinitas, 380  
Pues todo cuanto fluye de los cuerpos  
En este vasto océano se pierde;  
El cual, si no les diera partes nuevas  
Y sus pérdidas siempre reparara,  
Ya se hubiera disuelto todo cuerpo  
Y convertido en aire: luego siempre  
Es producido el aire por los cuerpos  
Y los cuerpos en aire se resuelven,  
Pues es ley de la vida que los seres  
Fluyan en general continuamente. 390  
Y la perenne fuente de luz pura  
El Sol etéreo, baña de continuo  
El cielo con un brillo renaciente,

Y alimenta la luz con otra nueva;  
Pues sus rayos se pierden al ponerse.  
Lo puedes observar cuando las nubes  
Hacia el Sol empezaron a arrimarse,  
Y los rayos de luz casi ya cortan;  
Toda su inferior parte en el momento.  
Desaparece, obscúrase la tierra 400  
Por todo cuanto abrazan los nublados,  
Para que veas necesitan siempre  
De nueva luz los cuerpos, y que muere  
Cada rayo en su mismo nacimiento;  
Y sería imposible de otro modo  
Percibir los objetos sin que diera  
El manantial de luz rayos perpetuos.

La misma luz artificial de casa  
Y las coloradas lámparas y teas,  
Que despiden de sí unos torbellinos 410  
De llama y humo, corren de este modo  
Con auxilio de fuegos tembladores  
A dar una luz nueva de continuo,  
Sus emisiones nunca se interrumpen:  
Con tanta rapidez todos los fuegos  
Reemplazan a la llama que se apaga  
Con otra luz de súbito formada.  
Así en vez de tener el Sol, la Luna  
Y estrellas como cuerpos inviolables,  
Debes creer que sólo nos alumbran 420  
Siempre por emisiones sucesivas,  
Que sin cesar se pierden y renuevan.

Por último; ¿no ves triunfar el tiempo  
Aun de las piedras, y venirse al suelo  
Altas torres, y a polvo reducirse  
Los peñascos, hundirse y arruinarse  
A pesar de los dioses, sus estatuas;  
Que la deidad no puede hacer traspasen  
Los límites prescriptos por el hado,  
Ni ella misma luchar contra las leyes 430  
Que la Naturaleza ha establecido?  
¿No vemos los humanos monumentos  
Caer desmoronados ciertamente  
Como si fueran por vejez minados?  
¿No ves rodar desde los altos montes  
Peñascos desprendidos, incapaces  
De resistir a las gigantes fuerzas  
De un tiempo limitado? De repente  
No se desprenderían ni cayeran,  
Si al cabo de un gran número de siglos 440



Hubieran resistido los asaltos  
Del tiempo, sin jamás rendirse a ellos.  
Esa bóveda inmensa, en fin, contempla  
Que dentro de sí abraza todo el orbe;  
El cielo mismo, que al decir de algunos  
Crea todos los seres, y disueltos  
Los vuelve a recibir, tuvo principio,  
Y cuerpo mortal tiene, aunque es inmenso;  
Porque el ser que otros seres alimenta  
Con su substancia, debe consumirse, 450  
Cuando acción creadora los repara.

Si la Tierra y el Cielo no tuvieron  
Jamás principio y fueron siempre eternos,  
¿Cómo es que no cantaron los poetas  
Los sucesos también que precedieron  
A la guerra tebana y fin de Troya?  
¿Dó fueron a parar tantas hazañas  
De varones ilustres, excluidas  
De los eternos fastos de la fama?  
Nuevo es empero el mundo según pienso, 460  
En la infancia está aún, y muy reciente  
Tiene la fecha: pues se perfeccionan  
También algunas artes al presente,  
Y ahora se inventan otras; se adelanta  
En la navegación bastante ahora;  
Inventaron los músicos ha poco  
Las Voces y sonidos melodiosos:  
Esta naturaleza de las cosas  
Y esta filosofía ahora han nacido  
Y ahora soy yo mismo el que primero 470  
Puedo de ellas hablar en nuestra lengua.

Pues si acaso presumes tuvo el Mundo  
Todas estas ventajas en lo antiguo,  
Mas que generalmente perecieron  
Con voraz llama las generaciones,  
O que se destruyeron las ciudades,  
Aun debes afirmar más convencido  
La ruina también de Cielo y Tierra:  
Porque atacado de tan grandes males  
Y expuesto el universo a tantos riesgos 480  
Se hubiera destruido y arruinado  
Si hubieran atacado más de recio;  
Una prueba clarísima tenemos  
De que somos mortales, enfermando  
Con las mismas dolencias que enfermaron  
Aquéllos que salieron de la vida.

Subsiste, pues, un cuerpo eternamente,

O porque siendo sólido resiste  
Al choque y no permite le penetre  
Otro que pueda disociar sus partes, 490  
Como hacen los principios de materia,  
Cuya naturaleza expliqué antes;  
O porque es inaccesible al choque  
Como el vacío, el impalpable espacio  
A que acción destructora nunca llega;  
O porque no le cerca algún espacio  
Que pueda recibir en sí los restos  
Después de disolverse; como el todo,  
Fuera del cual no escaparán sus partes,  
Ni hay cuerpos que las choquen y dividan. 500

Aunque sólido el Mundo, como dije,  
No es inmortal, porque se da vacío  
En la Naturaleza: ni tampoco  
Lo es como el vacío, porque hay cuerpos  
Innumerables en el vasto espacio  
Cuyos ataques súbitos conmueven  
Nuestro Mundo y le ponen en peligro  
De perecer. Espacios hay inmensos  
También en donde pueden dispersarse  
Todas las partes de sus elementos, 510  
O de otro cualquier modo aniquilarse.  
No se cierran las puertas de la muerte  
Al Cielo, Sol, y Tierra, y hondos mares;  
Antes para tragarlos les presenta  
Una boca disforme y anchurosa:  
Por lo que a confesar te ves forzado  
Haber tenido todos estos cuerpos  
Principio, porque siendo destructibles,  
Después de haber corrido tantos siglos,  
De ningún modo hubieran resistido 520  
De tiempo inmenso el poderoso esfuerzo.

La lucha, en fin, que reina entre los miembros  
Vastísimos del Mundo, guerra impía  
Que siempre los agita, ¿no declara  
Que pueden acabarse y concluirse  
Estos largos combates algún día?

Cuando hubieren el Sol y todo el fuego  
Las aguas totalmente consumido,  
Y hubieren conseguido una victoria  
A que todas sus fuerzas se dirigen 530  
Sin un feliz suceso todavía,  
Pues abastecen tanto al mar los ríos,  
Y amenazan los mares anegarnos  
Desde el profundo abismo inútilmente:

Porque siendo barridos por los vientos,  
Y del Sol absorbidos por los rayos,  
Se van disminuyendo y los secaran  
Primero que su fin lograra el agua.

De grandes intereses animados,  
Estos dos elementos se hacen guerra 540  
Con fuerza igual; aunque, según es fama,  
Habiendo una vez sola dominado  
El fuego ya en la tierra, y habiendo otra  
Reinado el agua sobre el continente,  
Triunfó no obstante el fuego, y una parte  
Del mundo consumió con voraz llama  
Cuando fue arrebatado Faetonte  
Del Sol por los caballos desbocados,  
Y por el aire y climas le arrastraron;  
Pero entonces el Padre Omnipotente 550  
Colérico y furioso lanzó a tierra  
Un pronto rayo desde el mismo carro  
A Faetón magnánimo, y su padre  
Volvió a tomar después de su caída  
La sempiterna lámpara del mundo;  
Y ordenó nuevamente los corceles  
Por el terror atónitos, dispersos,  
Y su antigua carrera prosiguiendo,  
Calmó de nuevo la naturaleza:  
Los poetas antiguos de la Grecia 560  
Así cantaron; la razón lo impugna,  
Puesto que puede superar el fuego,  
Si moléculas ígneas abundantes  
Caen desde el Universo en nuestro Globo;  
O algún poder contrario sobrepuja  
La acción del fuego o a la vez perecen  
Los seres vorazmente consumidos.  
Cuentan también que en otro tiempo el agua  
Victoriosa quedó, cuando anegadas  
Dejó muchas ciudades; pero cuando 570  
Desvaneció contraria fuerza al agua  
De todo el Universo congregada,  
Se pararon las lluvias y los ríos  
Refrenaron el ímpetu furioso.  
Pero de qué manera haya fundado  
El casual concurso de principios  
Cielo y Tierra y abismos de los mares,  
La carrera del Sol y de la Luna,  
Lo dirá por su orden este canto:  
No por efecto de su inteligencia 580  
Ni por su reflexión se colocaron

En el orden que vemos los principios;  
Ni entre sí, a la verdad, han concertado  
Sus movimientos; sino que infinitos  
Los principios, movidos de mil modos,  
Sujetos a impulsiones exteriores  
Después de tanto número de siglos,  
Y conducidos a su mismo peso,  
Cuando de todos modos se juntaron,  
Y cuando todas las combinaciones 590  
Posibles, entre sí experimentaron,  
Después de mucho tiempo y muchas juntas  
Y movimientos, se coordinaron  
Por último, y se hicieron grandes masas,  
Que llegaron a ser en cierto modo  
El bosquejo primero de la Tierra,  
Del mar, del Cielo y seres animados.

No se veía entonces remontado  
Por los aires el carro luminoso  
Del Sol, ni las estrellas del gran mundo, 600  
Ni el mar, ni el Cielo, ni por fin la Tierra,  
Ni el aire ni otra cosa semejante  
A las que nos rodean; sí un conjunto  
De confusos principios borrascoso;  
Después algunas partes empezaron  
De esta masa disforme a separarse,  
Los homogéneos átomos se juntan,  
Desenvolviose el mundo y se formaron  
Sus vastos miembros, y sus grandes partes  
De toda especie de átomos se hicieron: 610  
La discordia que había en los principios  
Turbaba y confundía grandemente  
Los intervalos, direcciones, lazos,  
Las pesadeces, fuerzas impulsivas,  
Combinaciones, y los movimientos  
A causa de sus formas diferentes,  
Y por la variedad de sus figuras  
No podrían así quedar unidos;  
El Cielo separose de la Tierra,  
Y se atrajo la mar todas las aguas 620  
Y los fuegos del éter también fueron  
A brillar separados con luz pura.

Porque los elementos de la Tierra  
Más graves y embrollados se juntaban  
Y en el centro ocupaban las regiones  
Más inferiores; cuanto más estrecho  
Su enlace fue, tanto mejor sacaron  
Con superabundancia la materia

Que formase los mares, las estrellas,  
El Sol y Luna y el recinto vasto 630  
Del mundo; porque siendo los principios  
De todos estos cuerpos más sutiles,  
Esféricos y lisos que los otros  
De la Tierra, rompiendo por lo mismo  
El éter del primero por sus poros  
Se subió a lo más alto, y muchos fuegos  
Robó consigo en su ligera marcha:  
No de otro modo así por la mañana  
Cuando la luz dorada del Sol tiñe  
Sus rayos en las hierbas esmaltadas, 640  
Los lagos y los ríos perennales  
Exhalan una niebla, y a las veces  
Parece que la misma tierra exhala  
Una especie de humor; emanaciones  
Sutiles que, después de levantadas  
Y en la atmósfera unidas, se dilatan  
Debajo de las bóvedas del Cielo  
En opaco tejido; y así el éter  
Fluido y leve entonces condensado  
Formó un vasto recinto, y esparcido 650  
Por todas partes y hacia todos lados,  
Todo lo rodeó con cerco inmenso.

Después el Sol y Luna se formaron,  
Cuyos globos dan vueltas en el aire  
Por entre Cielo y Tierra; sus principios  
No se agregaron a los de la Tierra  
Ni a los del éter vasto, porque ni eran  
Tan pesados que a lo ínfimo bajasen,  
Ni tan ligeros que a la parte opuesta  
Pudieran elevarse; están en medio 660  
Suspensos de manera que voltean  
Como cuerpos vivientes, como partes  
Las más activas de Naturaleza:  
No de otro modo algunos miembros nuestros  
Inmóviles se quedan en su puesto  
A pesar de que hay otros que se mueven.

Por fin, entresacados estos cuerpos,  
Se hundi6 la Tierra de repente, abriendo  
Un hondo foso a las saladas aguas,  
Por do al presente la llanura inmensa 670  
Se extiende de los mares azulados;  
Y cu6nto m6s la tierra cada d6a  
Abierta por la misma superficie,  
Estaba recogida y condensada  
Y m6s metida hacia su propio centro

Por la acción repetida de los fuegos  
Del éter, y del Sol por todos lados,  
Más el sudor salado se exprimía  
De su cuerpo, y los mares aumentaba  
Con sus emanaciones; y asimismo 680  
Infinitas moléculas de fuego  
Y del aire, escapando de la tierra  
Por esta misma compresión, volaban  
Y espesaban la bóveda fulgente  
Del Cielo, tan distante de la Tierra:  
Los campos se bajaban por lo mismo,  
Las cumbres de los montes se empinaban,.  
Porque hundirse las peñas no podían,  
Ni la tierra allanar todas sus partes.

De esta manera el orbe condensado 690  
A la vez adquirió peso y firmeza;  
Todo el limo del mundo se hundió abajo,  
Si así puede decirse, con su peso,  
Y quedó allí sentado como poso:  
Encima de la tierra quedó el agua;  
Después el aire; luego el mismo éter,  
Con sus fuegos; los más puros principios  
Hicieron estos fluidos que no tienen  
La misma ligereza; el fluido éter,  
Que es el más transparente más ligero, 700  
Circula sobre el aire sin mezclarse  
Con las auras del aire borrascosas;  
Le permite que todo lo revuelva  
Con raudo torbellino; le permite  
Con borrasca inconstante alborotarlo:  
Con ímpetu arreglado él resbalando  
Lleva consigo sus brillantes fuegos;  
Porque el poder así uniformemente  
Moverse el fluido éter lo declaran  
Las olas de los mares, cuyo flujo 710  
Periódico y reflujo sigue siempre  
En continuo mover las mismas leyes.

Ora indagemos cuál será la causa  
Que a los astros obliga al movimiento:  
Y diremos primero, que si rueda  
Del Cielo la gran bóveda, debemos  
Suponer comprimidos los dos polos  
Del mundo, y encerrados y cogidos  
Por dos corrientes de aire, la una de ellas  
Que empuja por encima y mueve el Cielo 720  
Según la misma dirección que siguen  
Del mundo eterno los brillantes astros;

Por debajo la otra los traslada  
En dirección contraria, como vemos  
Volver los ríos ruedas y arcaduces.

También podría ser que el firmamento,  
Estando inmóvil, sus lucientes astros  
Describiesen un círculo; bien sea  
Que la materia etérea recogida  
Dentro del Cielo y sin cesar rodando 730  
En derredor para encontrar salida,  
Haga que se revuelvan por el Cielo  
Los astros; o que en círculo los mueva  
El aire externo; o bien que puedan ellos  
Irse arrastrando a donde su alimento  
Los llama y los convida recogiendo  
En su carrera la materia ardiente  
Que anda por todo el cielo derramada:  
Porque es difícil explicar el cómo  
En nuestro mundo pasan estas cosas: 740  
Con exponer tan sólo me contento  
Todos los medios que naturaleza  
Puede emplear y en realidad emplea  
En el gran todo, en estos mundos varios  
Que de distinto modo ha fabricado:  
Y prosigo explicando ya las causas  
Todas posibles de los movimientos  
De los astros, entre las que una sola  
Necesariamente obra en nuestro mundo,  
La cual no puede señalar quien sigue 750  
Paso tras paso la naturaleza.

Y para que la Tierra quede inmóvil  
En el centro del mundo, lentamente  
Es preciso que pierda de su peso,  
Y que se desvanezca; que sus partes  
Más inferiores hayan contraído  
Nueva naturaleza por haberse  
Unido íntimamente con el aire,  
Sobre el que están sentadas, y a quien ellas  
Desde el principio fueron agregadas: 760  
Y así la Tierra no es de peso al aire,  
Ni en él se engulle: al modo que cada hombre  
No siente el peso de sus propios miembros,  
Ni pesa sobre el cuello la cabeza,  
Ni sentimos del cuerpo todo el peso  
Sobre los pies: al paso que fatiga  
Cualquier peso, aunque leve, en nuestros hombros.  
Es fuerza el observar atentamente  
Con qué cuerpo otro cuerpo se incorpora:

Así la Tierra no es un peso extraño 770  
De pronto a extraño fluido agregado,  
Sino que concebida con el aire  
A un mismo tiempo fue desde el primero  
En que el mundo nació, del que parece  
Una parte distinta, a la manera  
Que hacen parte del cuerpo nuestros miembros.

El estremecimiento que ocasionan  
Los truenos violentos en la Tierra  
De tal modo la agitan, que al instante  
Se comunica por los cuerpos todos: 780  
Lo cual no sucediera si cogida  
No la tuvieran las aéreas partes  
Del mundo todo y la materia etérea;  
Porque se enlazan estas tres substancias  
Con raíces comunes muy unidas  
Entre sí mismas desde aquel instante  
En que fueron formadas. ¿No reparas  
Cómo sostiene el alma el peso enorme  
De nuestro cuerpo, aunque es tan delicada,  
Porque se une con él íntimamente? 790  
¿Quién puede, en fin, con un ligero salto  
El cuerpo levantar, si no es el alma,  
Que gobierna y dirige nuestros miembros?  
Ya ves puede adquirir muy grande fuerza  
La substancia ligera cuando se une  
Con substancia pesada como el aire  
Con la Tierra y el alma con el cuerpo.

Ni mayor ni menor de lo que vemos  
Puede el disco del Sol ser al sentido;  
Si un cuerpo con su luz puede alumbrarnos 800  
Y calentar los miembros con su llama  
Por distante que esté, nada nos roba  
De su grandeza esta distancia misma,  
Ni su aparente dimensión estrecha;  
Como el calor del Sol y su luz hieren  
Nuestros sentidos, cuando se derrama,  
Y bañando con ella los objetos,  
De aquí es que debe ser tal la apariencia  
De su forma y figura, que no puedes  
Suponerlas más grandes o más chicas. 810

Y la Luna, bien sea nos refleje  
Una prestada luz, o bien la saque  
Del mismo cuerpo, sea lo que fuere,  
El Cielo no recorre con volumen  
Mayor que el que aparece a nuestros ojos;  
Porque desde muy lejos los objetos



Por entre aire densísimo mirados  
Un aspecto confuso nos presentan  
Más bien que sus finísimos contornos:  
Así pues, ofreciéndonos la Luna  
Clara apariencia y una forma cierta,  
Y aun de su superficie los extremos,  
Es preciso que sea allá en los Cielos  
Lo mismo que aparece aquí en la tierra.

Si los fuegos, por último, que vemos  
A cualquiera distancia que estén puestos,  
No aparentan tener mudanza alguna  
En su grandor, mientras que distinguimos  
Su luz y su temblor, deduciremos  
No poder ser mayores ni menores 830  
De lo que vemos los etéreos fuegos.

Tampoco es de admirar cómo el Sol puede  
Con su circunferencia tan estrecha  
Bañar de luz el mar, la tierra, el cielo,  
Y extender su calor por todas partes:  
Tal vez puede que no haya en todo el mundo  
Más que esta fuente y manantial copioso  
Por do salga la luz del mundo entero;  
O que sea tal vez único foco  
Donde los elementos de los fuegos 840  
De todas partes puedan congregarse  
Para correr por todo el Universo.

¿No ves también cómo una fuentecilla  
Riega los prados y rebosa el campo?  
Suceder también puede que los fuegos  
Del Sol, aunque no muchos, arder hagan  
El aire a ellos vecino, suponiendo  
Que al más mínimo ardor es inflamable  
El aire, como vemos a las veces  
Las mieses y la paja consumidas 850  
Por una sola chispa; al Sol acaso,  
A esta rosada lámpara, rodean  
Innumerables fuegos invisibles  
Privados de fulgor, para que aumenten  
El calor y la fuerza de sus rayos.

Y cómo el Sol se pasa desde Cáncer,  
De esta región ardiente, al signo helado  
De Capricornio, para dar la vuelta  
De nuevo hacia el solsticio del Estío;  
Y cómo es que la Luna en un mes anda 860  
El espacio que el Sol corre en un año;  
Estos problemas digo se resuelven  
De muchos modos, y es dificultoso

El asignar la causa verdadera.  
Parece verisímil la que pone  
Demócrito, hombre sabio y respetable;  
Pues cuanto más vecinos a la Tierra  
Están los astros, tanto menos puede  
A su entender el torbellino etéreo  
Conmoverlos; porque la ligereza 870  
Y acción del firmamento poco a poco,  
Se va debilitando hacía el extremo  
Inferior: que el Sol, mucho más bajo  
Que las constelaciones abrasantes,  
Debe quedarse atrás muy lentamente  
Con los signos más bajos: que la Luna,  
Cuanto del Cielo está más apartada  
Y cuanto más vecina de la Tierra,  
Debe experimentar mayor trabajo  
En seguir la carrera de los astros: 880  
Que cuanto el torbellino que la lleva  
Es más pesado que el del Sol, los signos  
La deben alcanzar más fácilmente  
Y adelantarla; por lo cual la Luna  
Parece que a los signos del Zodiaco  
Con mucha más presteza torna a unirse,  
Siendo en la realidad los que se acercan  
Aquellos signos otra vez a ella.

Puede también que de la parte opuesta  
Del Mundo aire periódico se agite 890  
Que alternativamente empujar pueda  
El Sol desde los signos del Estío  
Del Septentrión hasta las frías playas,  
Y volverle a traer desde estos climas  
Tenebrosos y helados a la ardiente  
Mansión de Cáncer, y se explicaría  
Entonces con el aire alternativo  
El giro de la Luna y las estrellas,  
Que tardan un gran número de años  
En describir sus círculos inmensos. 900  
¿No ves también cómo las nubes mismas,  
Impelidas por vientos encontrados,  
Siguen unas abajo, otras arriba,  
Direcciones opuestas? ¿Transportados  
No podrán ser por aires diferentes  
Los astros en los cielos dilatados?

Cubre la noche con tiniebla espesa  
La Tierra, o porque el Sol, en fin, llegando  
Al último confín del firmamento  
Y fatigado de su largo curso 910

Deja expirar sus fuegos entibados  
Por el largo camino y aire inmenso  
Que han penetrado; o porque la acción misma  
Que transporta su disco por encima  
Le hace rodar debajo de la Tierra.

También en tiempo fijo Lenestea  
Pasea por en medio de los aires  
A la rosada Aurora, para que abra  
Las puertas de la luz: porque el Sol mismo,  
Que debajo de Tierra se ocultaba, 920  
De vuelta, adelantándole sus rayos,  
Procura iluminar el firmamento:  
O bien porque un gran número de fuegos  
Y corpúsculos ígneos se congregan  
A tiempo fijo y horas señaladas,  
Y hacen un nuevo Sol todos los días.  
Así cuenta la Fama que se observa  
Desde las cumbres elevadas de Ida  
Recogerse al momento que abre el día  
Fuegos dispersos bajo la figura 930  
De un globo luminoso que anda el Cielo.

Tampoco debe ser maravilloso  
Que se junten así los elementos  
De fuego en cierto tiempo, y que reparen  
El resplandor del Sol, puesto que vemos  
Infinitos fenómenos sujetos  
En todo el universo a tiempo fijo.  
Los árboles florecen, y a su tiempo  
De la flor se despojan; y al anciano  
A cierto tiempo se le caen los dientes; 940  
Se llena el joven de un suave vello,  
Y tierna barba arrojan sus mejillas:  
A ley eterna e inviolable yace  
La serie de fenómenos sujeta;  
Porque de cada causa la energía  
Habiendo sido así determinada,  
Y una vez dada la impulsión primera  
Desde su formación al Universo,  
Los rayos, nieve, lluvias y nublados  
De la varia estación el curso siguen. 950

Y vemos además crecer los días  
Y decrecer las noches, y al contrario;  
O porque el Sol, quedando siempre el mismo  
Y describiendo desiguales arcos  
Sobre nuestras cabezas y debajo  
De nuestros pies, el Cielo corta y parte  
Su orbe en dos porciones desiguales,

Pero con tal compensación, que vuelve  
Al hemisferio que le está más próximo  
La porción de la luz que él ha quitado 960  
Del hemisferio opuesto, hasta que llega  
A este signo del Cielo que hace iguales  
Las noches y los días, cuando corta  
El Ecuador y Eclíptica en un punto,  
Pues la parte del Cielo que describe  
Se halla del Aquilón y Mediodía  
A igual distancia por la positura  
Oblicua del Zodiaco, en que describe  
Su anual carrera el Sol y desde donde  
Lanza sus fuegos hacia Cielo y Tierra: 970  
Así lo enseñan estos hombres sabios,  
Que todas las regiones representan  
Fielmente de los Cielos en sus mapas  
De imágenes sensibles adornados.

Mucho más craso el aire en ciertas partes  
Tal vez para debajo de la Tierra  
También del Sol los fuegos tembladores,  
Que no pueden pasar tan fácilmente  
Este fluido inmenso y remontarse  
Hacia el Oriente, por lo cual se espera 980  
Mientras las noches largas del invierno  
A que vuelva la tarda luz del día:  
En fin, quizá los fuegos reunidos  
Que hacen salir el Sol en puntos fijos  
Del horizonte alternativamente  
Con más o menos prontitud se juntan  
Según las estaciones alternadas.  
Puede tomar del Sol su luz la Luna,  
Y puede más y más de día en día  
Una faz luminosa presentarnos 990  
Cuanto del solar disco se apartare  
Hasta que puesta enfrente dél reluce  
Con luz bien llena, y desde el alto sitio  
Do se levanta ve que el Sol se pone:  
Debe esconder después en cierto modo  
Detrás de sí su luz muy poco a poco,  
A medida que el Sol se va acercando,  
La otra mitad de círculo en los signos  
Corriendo; así lo explican los que fingen  
Ser la Luna a una bola semejante 1000  
Que siempre por debajo del Sol rueda:  
Su explicación parece verisímil.

Aun dándola luz propia se podían  
Sus varias fases concebir: bastaba

Suponer otro cuerpo para esto  
Que tenga un movimiento paralelo  
Al que tiene en su órbita la Luna,  
Y que a su disco sin cesar se oponga  
Bajo todos aspectos y figuras,  
Mas que invisible fuese el mismo cuerpo 1010  
Desprovisto de luz: puede la Luna  
Rodar sobre sí misma a la manera  
De gran pelota, cuya mitad fuera  
Con luz teñida, y sus distintas fases  
Con esta rotación central pudiese  
Ir descubriendo hasta que aquella parte  
Nos vuelve iluminada enteramente;  
Después nos va por grados ocultando  
Su parte luminosa, que de nuevo  
Detrás de sí se lleva: así pretende 1020  
La doctrina caldea establecerlo  
En ruinas de griega astrología:  
Como si verisímiles no fueran  
Las dos explicaciones igualmente;  
O como sin razón alguna hubiese  
Que forzase a seguir una más que otra.  
¿Por qué, en fin, no podrá Naturaleza  
Producir una Luna cada día  
Con una serie regular de formas  
Y aspectos diferentes, destruyendo 1030  
La de ayer reparándola con otra?  
La imposibilidad de lo que digo  
No es fácil demostrar, principalmente  
Cuando ves producciones semejantes  
Cada día surgir en tiempo fijo.  
Viene la primavera, y Amor viene;  
Viene junto con el Céfito alado,  
Precursor del Amor, mientras que Flora  
Su madre llega derramando flores  
Y olorosos perfumes de antemano 1040  
Por donde pasa: en comitiva vienen  
Seco calor y polvoriento Ceres  
Y los vientos etesios Aquilones.  
El otoño en seguida se presenta:  
Viene en su compañía el dios de viñas,  
Y detrás las tormentas y borrascas,  
Vulturo atronador, y el Austro, fuerte  
En rayos; y, por último, entorpecen  
Las nieves y los hielos y los fríos  
A la Naturaleza, y tras sí arrastran 1050  
El frío invierno, el aterido viejo

Que da diente con diente. No es milagro  
El que sea formada y destruida  
La Luna en tiempo fijo, cuando vemos  
Que pueden infinitas producciones  
Aparecer en tiempo señalado.

Los eclipses del Sol y de la Luna  
Pueden de muchos modos explicarse:  
Si a la Tierra robar puede la Luna  
La luz del Sol, y su brillante frente 1060  
Ocultar a la Tierra, interponiendo  
Su masa opaca a los ardientes rayos,  
¿Por qué otro cuerpo puesto en movimiento  
Y privado de luz perpetuamente  
No puede producir el mismo efecto  
En tiempo igual? ¿Y no puede el Sol mismo  
Eclipsarse y perder en cierta hora  
También su brillo, que recobra al punto  
Que atravesó por medio de los aires  
Regiones enemigas de sus llamas 1070  
Y le precisan a extinguir sus fuegos?  
Si puede despojar también la Tierra  
De su luz a la Luna, y prisioneros  
Tener todos los rayos, colocada  
Sobre el Sol ella misma ínterin pasa  
El astro de los meses por la sombra  
De nuestro Globo cónica y espesa,  
¿Otro cuerpo no puede al mismo tiempo  
Rodar bajo del globo de la Luna,  
Y resbalar sobre el mismo disco 1080  
Del Sol, cerrando, así interpuesto, el paso  
A sus rayos y luz? Y si la Luna  
Con brillo propio luce, ¿no puede ella  
Lentamente eclipsarse en cierta parte  
Del Mundo, atravesando por parajes  
Capaces de apagar sus mismos fuegos?

Ya que expliqué, por fin, cómo ha podido  
Formarse cualquier cuerpo de este Mundo  
En el recinto azul del firmamento,  
Y cómo conociéramos nosotros 1090  
De Sol y Luna las revoluciones  
Diversas, y la causa y energía  
Que dan a estos dos astros movimiento  
Y de qué modo suelen eclipsarse;  
Cómo se cierran estos grandes ojos  
De la naturaleza y alternando  
Se abren de nuevo, y de repente esparcen  
Sobre la Tierra inesperada noche,

Y toda la hermocean con luz clara;  
A la infancia del Mundo vuelvo ahora, 1100  
Y a los nacientes campos de la tierra,  
A examinar las nuevas producciones  
Que aventuró exponer la vez primera  
A los aires y vientos inconstantes.

La tierra engalanó primeramente  
De diferentes hierbas y verduras  
Los cerros, y los campos extendidos,  
Y brillaron los prados con las flores  
Así como si fueran esmaltados;  
Los árboles después, llenos de savia, 1110  
A porfía crecieron por los aires:  
Como las plumas, pelos y las cerdas  
Es lo primero que en el cuerpo sale  
De animales cuadrúpedos y de aves;  
De este modo la tierra, entonces nueva,  
Echó primero hierbas y arbolillos.  
Las especies mortales creó luego  
Variadas de modos muy distintos;  
Porque es un imposible hayan caído  
Del Cielo las especies de animales, 1120  
Y que los habitantes de la tierra  
Hayan nacido de la mar salada.  
La Tierra con razón adquirió el nombre  
De madre, por haber sido criados  
Todos los seres por la misma Tierra;  
Y existiendo al presente muchos seres  
En la Tierra formados con las lluvias  
Y del calor del Sol, no es maravilla  
Que naciesen entonces animales  
En número mayor y más robustos, 1130  
Estando en su vigor el aire y Tierra.

Las varias aves por la vez primera  
Salían de sus huevos, y el verano  
En libertad a todas las ponía,  
Como ahora las cigarras en estío  
Se quitan los zurriones delicados,  
Buscándose la vida y el sustento.  
Por la primera vez la Tierra entonces  
Crió la raza humana, porque entonces  
El mucho fuego y aguas abundantes 1140  
De los campos hicieron que creciesen  
En los parajes más acomodados  
Especies de matrices, agarradas  
Por medio de raíces a la tierra:  
Cuando la edad y madurez abrieron

Una salida a nuevos embriones  
Causados de humedad e impacientes  
Por respirar el aire, dirigía  
Hacia aquel lado la Naturaleza  
Los poros de la tierra, y enviaba 1150  
Por estas venas jugo como leche;  
Como al presente la mujer parida  
Rebosa en dulce leche, dirigiendo  
Ella todo su ímpetu a los pechos:  
Y la tierra a los niños sustentaba,  
Y vestido el calor, y blanda cama  
Las hierbas y los céspedes les daban.

Pero en su infancia el Mundo no tenía  
Los duros fríos, ni calores nimios,  
Ni vientos destructores; porque crecen 1160  
Y van robusteciéndose estas plagas  
Como todos los seres: lo repito;  
Hemos llamado con razón la Tierra  
Madre común, porque ha criado el hombre,  
Y casi al mismo tiempo ha producido  
Todos los animales cuya furia  
Se desenfrena por los grandes montes,  
Y produjo también distintas aves,  
Que atraviesan los aires libremente.

Mas como debe un término preciso 1170  
Tener la facultad engendradora,  
La Tierra se cansó, como la hembra  
Consumida de años, porque el tiempo  
Hace muda de faz el mundo entero,  
Y un nuevo orden de cosas se sucede  
Al primer orden necesariamente:  
Ni siempre guarda un mismo ser su estado:  
Todo a la ley del cambio está sujeto;  
Todo lo muda la Naturaleza,  
Todo lo altera, todo lo transforma: 1180  
Pues empobrece un cuerpo y se consume  
A fuerza de años; otro crece y sale  
A la verdad del cieno: de este modo  
Todo lo muda el tiempo, y de continuo  
Pasa la tierra de un estado a otro  
Y pierde la energía que tenía  
Por hacerse de nuevas propiedades,

Y la Tierra aún entonces se esforzaba  
Por sacar animales de figura  
Y de disposición extraordinaria: 1190  
Se vio el hermafrodita monstruoso,  
Que teniendo la forma de ambos sexos,



Igualmente difiere de uno y otro;  
Cuerpos sin pies, sin manos y sin boca  
Y sin ojos salieron; también otros  
Cuyos miembros lo largo que tenían  
Al tronco íntimamente se pegaban;  
Los cuales no podían manejarse,  
Ni dar un paso, ni evitar un riesgo,  
Ni buscarse el sustento necesario. 1200  
Viéronse además de éstos otros monstruos  
Y otros prodigios, pero inútilmente,  
Porque Naturaleza les quitara  
El poder ir creciendo y avanzando  
Hacia la edad florida; no pudieron  
Encontrar su alimento, ni ayuntarse  
Con los lazos de Venus: es preciso  
Para que se propaguen las especies  
El concurso de un número infinito  
De circunstancias, y primeramente 1210  
Los alimentos son indispensables:  
Es preciso que estén diseminadas  
Las fecundas semillas por los miembros,  
Y los conductos por do vengan éstas  
Desde cualquiera parte de los miembros:  
Por último, en los órganos externos  
Tal proporción, que puedan macho y hembra  
Ayuntarse entre sí con mutuos gozos.

Y entonces fue preciso perecieran  
Muchas especies, y que no pudiesen 1220  
Reproducirse y propagar su vida;  
Porque los animales existentes  
Que ves ahora, sólo se conservan  
O por la astucia, o fuerza, o ligereza  
De que ellos al nacer fueron dotados,  
Menos un cierto número que tenemos  
Puesto nosotros bajo nuestro amparo  
Por las utilidades que acarrear.  
La fuerza protegió a la raza fiera  
De los leones y feroces bestias, 1230  
A las zorras el dolo y fuga a ciervos:  
Empero el fiel y vigilante perro,  
Y acémilas, y ovejas regaladas,  
Y bueyes laboriosos son especies  
Generalmente confiadas, Memmio,  
A la guarda y tutela de los hombres:  
Huían de las fieras alimañas  
Y tras la paz se andaban, y querían  
Los pastos con largueza y sin trabajo:

Se los damos nosotros como en premio 1240  
De los muchos servicios que nos hacen.  
Empero aquellos otros animales  
A quien no diera la Naturaleza  
Lo necesario para que viviesen  
Independientes, o que no traían  
Alguna utilidad, ¿a qué meternos  
En darles el sustento y ampararlos?  
Encadenados con fatales lazos,  
A otros servían de seguro pasto,  
Hasta que destruyó Naturaleza 1250  
De todo punto sus especies todas.

Pero ni hubo centauros, ni ha podido  
Formarse en algún tiempo una substancia  
Con dos naturalezas y dos cuerpos,  
De heterogéneos miembros un compuesto:  
No podría existir una substancia  
De fuerzas entre sí tan desiguales:  
Aun el hombre más rudo lo conoce.

Primeramente, al cabo de tres años  
En la flor de su edad está el caballo; 1260  
¡No los niños así; buscan entonces  
Entre sueños los pechos de sus amas.  
Cuando después va la vejez gastando  
Las fuerzas y vigor de los caballos,  
Cuando escapa la vida fugitiva  
De sus lánguidos miembros, entra entonces  
La juventud, por fin, en los muchachos,  
Robustece sus miembros, y les cubre  
Con un ligero bozo las mejillas:  
No creas tú, quizá, que los centauros 1270  
Pudieron engendrarse de semillas  
De hombre o de caballo, o las Escilas  
De los marinos perros rodeadas,  
O los demás compuestos monstruosos  
De incompatibles miembros, que no llegan  
A la flor de la edad al mismo tiempo,  
Ni en madurez ni en la vejez iguales,  
Ni sus inclinaciones son las mismas,  
Ni los abrasa Venus igualmente,  
Ni comen unos mismos alimentos; 1280  
Viendo engordar las cabras con cicuta  
Que es un mortal veneno para el hombre.

Como la llama abraza ciertamente  
Y consume no sólo el cuerpo rojo  
De los leones, mas también la sangre  
Y las entrañas de los animales

Que tienen existencia; ¿cómo pudo  
Acontecer que esta Quimera misma  
Con la cabeza de león, y el cuerpo  
De cabra al propio tiempo, y con la cola 1290  
De dragón, viva llama resoplase  
Del hondo de su pecho monstruoso?

Por lo que, defender como posibles  
Estas y semejantes producciones  
En la infancia del Cielo y de la Tierra  
Sin más razón que esta palabra vaga  
De novedad, esto es abrir la puerta  
A todas las ficciones más absurdas.  
Dígannos que los ríos de aquel tiempo  
Corrieron oro puro por las tierras; 1300  
Que brotaban los árboles diamantes;  
O que el hombre, nació de una estatura  
Y de una fuerza tan extraordinarias,  
Que podía pasar el mar de un tranco,  
Y alrededor de sí volver el cielo  
Con sólo el movimiento de sus manos:  
Porque el haber la tierra en sí encerrado  
Semillas infinitas y diversas  
Cuando sacó a la luz los animales,  
Ninguna prueba es de que pudiese 1310  
Criar unas especies tan opuestas,  
Y en un mismo individuo reunirse  
Los miembros de animales diferentes,  
Cuando las hierbas, árboles y frutos  
Que aún hoy día produce en abundancia  
Jamás pueden nacer entre sí unidos.  
Cada ser tiene su progreso propio,  
Y conforme a las leyes inmutables  
De la Naturaleza entre sí guardan  
Todas las diferencias de su especie. 1320

Y los hombres que dio la tierra entonces  
Eran más vigorosos que al presente:  
Y así debía ser, porque la Tierra,  
De quien ellos nacieron, por entonces  
Estaba en su vigor y lozanía:  
Era más basta la armazón de huesos  
Y de más solidez, y era el tejido  
De sus nervios y vísceras más fuerte;  
Ni el frío ni el calor les molestaba,  
Ni les dañaban los sustentos nuevos, 1330  
Ni las enfermedades empecían;  
Vivían un gran número de lustros,  
Errantes a manera de alimañas;

Ninguno manejaba el corvo arado,  
Ni sabía domar con hierro el campo,  
Ni meter en la tierra los renuevos,  
Ni con hoces cortar los viejos ramos  
De árboles grandes; lo que el sol y lluvias  
Les alargaban, y lo que la tierra  
Producía de suyo, les bastaba: 1340  
Estos dones sus pechos aplacaban:  
En medio de glandíferas encinas  
Manténían sus cuerpos con bellota,  
Y llevaba la tierra en aquel tiempo  
Muchos y más crecidos los madroños  
Que ahora al madurar en el invierno  
Ves que como la púrpura coloran.  
Y la florida novedad del mundo  
Llevó entonces sabrosos alimentos  
Para hartar a los hombres infelices. 1350

Más; los ríos y fuentes convidaban  
A apagar nuestra sed, como al presente  
Los torrentes que caen de montes altos  
Convidan a las fieras con su ruido  
Que vengan a saciarse en sus raudales.  
Por fin; de noche en los sagrados bosques  
De las ninfas venían a esconderse,  
En estas soledades, do nacían  
Perennes manantiales de aguas vivas  
Que, después de correr entre las guijas, 1360  
Caían lentamente sobre el musgo  
Verde de los peñascos, para luego  
O saltar en los campos o inundarlos.

El uso no sabían aún del fuego,  
Ni el de las pieles, ni cubrirse el cuerpo  
Con despojos de fieras; antes se iban  
A los bosques y cóncavas montañas  
Y a las selvas, metiendo entre hojarasca  
Sus miembros asquerosos, precisados  
A guarecerse allí contra las lluvias 1370  
Y furor de los vientos: no podían  
Por el público bien interesarse;  
Ni leyes ni morales relaciones  
Entre si establecer ellos sabían;  
Y la primera presa que ofrecía  
La suerte cada cual se la llevaba:  
Sólo les enseñó Naturaleza  
A vivir para sí y a conservarse.  
Y Venus ayuntaba los amantes  
En medio de las selvas: sus placeres 1380

Entre sí mutuamente compensaban;  
Ora arrancados fuesen por violencia  
De brutal apetito, o los gozasen  
A trueque de algún don, como bellotas,  
O madroños, o peras escogidas.

Y confiados en sus fuertes manos  
Y en sus ligeros pies, hacían guerra  
A las fieras silvestres, arrojando  
De lejos piedras, y de cerca dando  
Con la pesada maza, y las vencían 1390  
Y huyendo a sus guaridas las burlaban;  
Y cuando las tinieblas de la noche  
Los sorprendían, sus desnudos miembros  
En la tierra tendían a manera  
De jabalí cerdoso, y se envolvían  
Entre hojarasca y broza. No buscaban  
En medio de las sombras de la noche,  
Sobrecogidos de temor con gritos  
La luz del Sol, errantes por los campos;  
Antes bien esperaban silenciosos 1400  
Y en sueño sepultados que subiendo  
El Sol al horizonte, iluminase  
Con su rosada luz de nuevo el cielo;  
Porque desde la infancia acostumbrados  
A ver siempre alternando noche y día,  
No se maravillaban ya sus ojos:  
No llegaron jamás a recelarse  
Que a la Tierra cubriese eterna noche,  
La luz del Sol robada para siempre.

Empero mucho más les inquietaban 1410  
Las fieras que turbaban su reposo,  
Funesto para aquellos infelices,  
Y haciéndolos salir de su vivienda,  
Huían a las cuevas, si llegaba  
Enorme jabalí o león furioso;  
Y, pavoridos, a la media noche  
Cedían a estos huéspedes crueles  
Sus camas con follaje aderezadas.

Ni entonces más que ahora los mortales  
Dejaban la sabrosa luz de vida: 1420  
Muchos de ellos es cierto que cogidos  
Y desgarrados con feroces dientes  
Un pasto vivo daban a las fieras,  
Y los bosques y montes y las selvas  
Llenaban de gemidos espantosos,  
Viendo que sus entrañas palpitantes  
En un sepulcro vivo se enterraban.

Pero aquellos que huyendo se salvaron,  
Lleno de mordeduras todo el cuerpo,  
Y sus trémulas manos aplicando 1430  
En las malignas úlceras, llamaban  
Al infierno con voces formidables,  
Hasta que de la vida los privaban  
Los gusanos crueles sin amparo,  
Sin saber qué aplicar a sus heridas:  
Sin embargo, no daba un solo día  
A la muerte millares de guerreros  
Que seguían banderas diferentes,  
Ni estrellaban los mares borrascosos  
Los hombres y navíos en escollos: 1440  
El mar se enfurecía vanamente;  
Sus bramidos en vano suspendía;  
Ni la engañosa calma de sus ondas  
Era capaz de seducir a alguno  
Con falsa risa: se ignoraba entonces  
De la navegación el arte fiero.  
La falta de alimento daba entonces  
Muerte a los flacos miembros; la abundancia  
Es la que mata hoy día: entonces ellos  
Eran por ignorancia envenenados; 1450  
A otros con mas arte ahora envenenan.  
Cuando por fin, supieron hacer chozas,  
Y de pieles y fuego hicieron uso,  
Y cuando la mujer y el hombre aparte  
Se fueron a vivir en compañía,  
Y cuando los placeres amorosos  
Se limitaron sólo a las dulzuras  
Del casto matrimonio, y cuando vieron  
Los padres a sus hijos porción suya,  
Entonces empezó la especie humana 1460  
A suavizarse por la vez primera:  
El fuego hizo los cuerpos mas sensibles  
Al frío, de manera que ya el cielo  
Abrigo suficiente no prestaba  
Debajo de su bóveda; y las fuerzas  
Disminuyó la Venus excesiva,  
Y las tiernas caricias de los hijos  
Blando y suave hicieron su trabajo  
El natural altivo de los padres.  
Entonces los que estaban más vecinos 1470  
Entre sí establecieron relaciones,  
Se abstuvieron de daño y de violencia,  
Protegían sus hijos y mujeres.  
Y en sus gestos y voces balbucientes

Indicaban ser muestra de justicia  
De la imbecilidad compadecerse.  
Mas no podía dominar en todos  
Esta concordia, bien que exactamente  
Guardaban estos pactos los más buenos,  
Que eran en mayor número: sin esto 1480  
La raza humana fuera destruida  
Enteramente ya desde aquel tiempo;  
No se hubiera hasta ahora propagado.

Enseñó al hombre la Naturaleza  
Las varias inflexiones de la lengua,  
Y la necesidad nombró las cosas.  
Así como los niños en la infancia,  
Por no poder darse a entender, acuden  
A los gestos y muestran con el dedo  
Los objetos presentes, cada uno 1490  
Siente en sí mismo aquellas facultades  
Que puede usar. Airado y enemigo  
El toro topa y hiere con las astas  
Antes de que le apunten en su frente;  
De pantera y leona los cachorros  
Con garras y con pies y con bocados  
Se defienden aun antes de salirles;  
En sus nacientes alas confiados  
Los hijos de las aves, por los aires  
Se ayudan con su vuelo vacilante 1500  
Por lo tanto, creer que un hombre entonces  
A las cosas dio nombre; que los otros  
Dél aprendieron los vocablos nuevos,  
Es mucha necedad: ¿cómo ha podido  
Llamar a cada cosa por su nombre,  
Y los varios sonidos del lenguaje  
Él solo producir, al tiempo que otros  
No pudieron hacer la misma cosa?

Porque, además, si no habían usado  
Los demás entre sí de las palabras, 1510  
¿Cómo es que conocían sus ventajas?  
Y ¿de qué modo el inventor se ha dado  
A entender a los otros, y ha podido  
Hacer que ellos abracen su proyecto?  
Reducir no podía un hombre solo  
tanta multitud, y precisarla  
A que tan varios nombres aprendiese.  
No podía enseñarlos: imposible  
Era que hubiesen ellos aguantado  
Les majase más tiempo las orejas 1520  
Con aquel ruido vano de sonidos.

¿Será, por fin, acaso maravilla  
Que teniendo los hombres voz y lengua,  
Diesen distintos nombres a las cosas  
Según les afectasen, cuando oímos  
La variedad de voces y sonidos  
Que hacen los animales y las fieras  
Conforme se suceden en sus almas  
El miedo o el dolor o el regocijo?  
Pues esto lo declara la experiencia. 1530

    Cuando de los molosos la gran perra,  
En el primer acceso de su furia,  
Debajo de sus labios apartados  
Y móviles enseña dos carreras  
De formidables dientes, el sonido  
Amenazante de su voz difiere  
De aquél que se oye cuando sus ladridos  
Hacen retumbo en todos los contornos:  
Más cuando con su lengua blandamente  
Lame los tiernos miembros de sus hijos 1540  
Y con sus pies aquí y allí los echa,  
Y cuando los provoca con mordiscos  
Pillándolos sus dientes con blandura,  
Esto difiere mucho del murmullo  
De su voz maternal cuando lamenta  
Su soledad aullando tristemente  
O cuando con acentos doloridos  
Huye, arrastrando el cuerpo, del castigo.

    En fin; ¿no hay diferencia en el relincho  
Del florido caballo entre las yeguas 1550  
Cuando viene furioso, traspasado  
Por el alado amor, a los que arroja  
Por sus anchas narices en la guerra  
Cuando agita sus miembros otra causa?

    Y las especies varias de las aves,  
Los gavilanes y quebrantahuesos,  
Los somurgujos que en saladas ondas  
Se buscan el sustento, diferencian  
Según las circunstancias sus clamores,  
Principalmente cuando se disputan 1560  
La subsistencia y luchan por la presa.

    Y su ronco cantar mudan las otras  
Según las estaciones, como lo hacen  
Cornejas vividoras, y las bandas  
De cuervos cuando anuncian, según dicen,  
Y llaman vientos, lluvias y tormentas.  
Pues si las diferentes sensaciones  
Al animal obligan, siendo mudo



A proferir sonidos diferentes,  
¿Cuánto más natural es que haya el hombre 1570  
Podido designar diversas cosas  
Entonces con sonidos peculiares?

Mas para prevenirte una pregunta  
Que quizá en tu interior me estás haciendo,  
El rayo fue el primero que a los hombres  
Trajo el fuego a la tierra: de allí nacen  
Todas las llamas que ora disfrutamos.  
¿No vemos muchos cuerpos abrasados  
Con llamas celestiales cuando lanza  
Su fuego en tierra el aire borrascoso? 1580  
Fuera de que se incendia árbol frondoso  
Cuando, siendo agitado por los vientos,  
Se frota con las ramas de otro árbol.  
Y así como se va aumentando el frote  
Arroja chispas y hace algunas veces  
Brillar fuegos ardientes en las ramas  
En medio de su mutua rozadura:  
De una de aquestas causas nace el fuego.

Mas viendo que los rayos del Sol daban  
Sazón y madurez a cualquier fruto, 1590  
Trataron ellos con la acción del fuego  
De cocer y ablandar los alimentos;  
Y aquéllos que tenían más ingenio,  
Y mucho más su espíritu alcanzaba,  
Iban de día en día introduciendo  
En el sustento y vida primitiva  
Otras mudanzas nuevas con el fuego.

A levantar ciudades empezaron  
Y a construir alcázares los reyes,  
Do pudiesen tener seguro asilo: 1600  
Repartieron las tierras y ganados  
Conforme a la belleza y al ingenio  
Y la fuerza y valor de cada hombre,  
Porque eran estas prendas naturales  
Las que más a los hombres distinguían;  
Por fin, se introdujeron las riquezas,  
Y descubriose el oro, que al momento  
Envileció la fuerza y hermosura:  
Por lo común hermosos y valientes  
Hacen crecer la corte del más rico. 1610

Si la sola razón nos gobernase,  
La suprema riqueza consistiera  
En ser el hombre igual y moderado;  
Cuando hay pocos deseos, todo sobra:  
Mas los hombres quisieron ser ilustres

Y poderosos, para de este modo  
Hacerse eternamente afortunados  
Y tranquilos vivir en la opulencia.  
¡Esfuerzos vanos! pues la muchedumbre  
De los hombres que van tras la grandeza 1620  
Llenó todo el camino de peligros;  
Si llegan a encumbrarse, los derroca  
De ordinario la envidia, como un rayo,  
En los horrores de una muerte infame.  
Debe, por tanto, el ánimo prudente  
Anteponer la quieta servidumbre  
A la ambición del trono soberano.  
Deja a estos miserables se consuman,  
Y se amancillen con sudor y sangre,  
Y forcejeen en la senda estrecha 1630  
De la ambición sin fruto; pues no advierten  
Que la envidia recoge, como el rayo,  
Sus fuegos en los sitios más alzados:  
Su saber sólo estriba en dicho ajeno,  
Y apetecen las cosas más de oídas  
Que consultando a sus sentidos mismos:  
Al presente es el hombre como ha sido  
Y como será siempre en cualquier tiempo.

Así, cuando a los reyes dieron muerte,  
La majestad antigua de los tronos 1640  
Y los soberbios cetros derribados  
Yacían con infamia; y de sus sienas  
La brillante diadema ensangrentada,  
Pisoteada por los pies del pueblo,  
Se lamentaba de su inmensa gloria:  
Pues codiciosamente se aniquila  
Lo que antes se adoró con miedo acerbo.

La autoridad suprema se volvía  
Al pueblo entonces y a la muchedumbre:  
Y cada cual el cetro demandaba, 1650  
El sumo imperio y la soberanía.  
Eligieron de entre ellos magistrados,  
Que obedecieron voluntariamente:  
Porque el género humano, fatigado  
De vivir en la dura servidumbre,  
Y con enemistades extenuado,  
Más de su grado recibió las leyes  
Y los justos derechos: pero como  
El enojo llevase la venganza  
Mucho más lejos de lo que las leyes 1660  
Permiten al presente, se cansaron  
De la anarquía y las venganzas fieras.

De aquí nació el temor de los castigos,  
Que envenena los gustos de la vida:  
El hombre mismo violento, injusto,  
Queda en sus propios lazos enredado:  
La iniquidad se vuelve casi siempre  
Contra su mismo autor: gozar no puede  
De una vida pacífica y tranquila  
El que viola los sociales pactos. 1670  
Aun cuando sus acciones estuviesen  
A los hombres y dioses encubiertas,  
Debe estar en continuo sobresalto  
De que se haga patente su delito;  
Pues refieren que muchos en el sueño  
O delirando en las enfermedades  
Se descubrieron infinitas veces,  
Y revelaron crímenes que habían  
Tenido mucho tiempo reservados.  
No es difícil el dar razón ahora 1680  
De lo que motivó entre las naciones  
A creer la existencia de los dioses,  
Y las ciudades inundó de altares  
Y estableció los ritos religiosos,  
Estas pompas augustas que en el día  
Se hacen en las empresas importantes  
Por todas las naciones de la Tierra:  
Y cuál sea la causa y el origen  
De este horror infundido a los mortales  
Que erige en todo el orbe de la tierra 1690  
A las divinidades nuevos templos  
Y con días festivos las obsequia.

Es que ya desde entonces los mortales,  
Aunque despierto el ánimo, veían  
Los simulacros sobrenaturales,  
Que la ilusión del sueño exageraba  
A su imaginación: así, creyendo  
Que movían sus miembros y que hablaban  
Con imperiosa voz, proporcionada  
A su gran porte y fuerzas desmedidas, 1700  
Por vivos y sensibles los tuvieron.

También los suponían inmortales;  
Pues siendo su hermosura inalterable,  
Con la misma belleza se ofrecían  
A ellos los fantasmas celestiales;  
Y porque siempre con tan grandes fuerzas  
Creían imposible que triunfase  
De ellos acción alguna destructora:  
También por muy dichosos los tenían,

Pues no les inspiraba sobresalto 1710  
El temor de la muerte; y porque en sueños  
Los veían hacer muchos prodigios  
Sin quedarse por ellos fatigados.

La morada y palacio de los dioses  
Pusieron en los cielos, porque es donde  
Parece que voltean Sol y Luna;  
De allí viene la noche, de allí el día,  
Y los astros errantes allí brillan  
Y los volantes fuegos por la noche;  
Los nublados, rocíos, lluvias, nieve, 1720  
Vientos, rayos, granizo y raudos truenos,  
Y los murmullos largos de amenazas.

¡Oh raza de los hombres sin ventura!  
¡Cuando a los dioses concedió existencia  
Y los armó de cólera inflexible,  
Cuántos gemidos asimismo entonces,  
Qué heridas a nosotros, y qué llantos  
A nuestra descendencia ocasionaron!

No es piedad el dar vueltas a menudo,  
Tapada la cabeza ante una piedra, 1730  
Ni el visitar los templos con frecuencia,  
Ni el andar en humildes postraciones,  
Ni el levantar las manos a los dioses,  
Ni el inundar sus aras con la sangre  
De animales, ni el cúmulo de votos:  
Que la piedad consiste en que miremos  
Todas las cosas con tranquilos ojos;  
Porque cuando hacia arriba los alzamos  
A contemplar las bóvedas inmensas  
Y todo el estrellado firmamento; 1740  
Cuando reflexionamos la carrera  
Del Sol y de la Luna, se despierta  
Entonces en el pecho de repente  
Una inquietud, que al parecer habían  
Los otros males de la vida ahogado,  
Y el hombre se pregunta si por dicha  
Hay alguna deidad omnipotente  
Que estos resplandecientes globos mueve;  
Pues la misma ignorancia de las causas  
Hace que ande el espíritu dudoso: 1750  
Se indaga qué principio tuvo el mundo,  
Y cuál será su fin y hasta qué tiempo  
Él podrá resistir este trabajo  
De estar en un continuo movimiento;  
O si, inmortalizado por los dioses,  
Podrá desafiar por muchos siglos

De eterna duración las grandes fuerzas.

¿Qué espíritu, además, no apoca el miedo  
De los dioses? ¿A qué hombre no se hielan  
Los miembros de pavor cuando la tierra 1760

Abrasada retiembla con el golpe  
Horrible de los rayos, y recorren  
Todo el cielo murmullos espantosos?

¿No se estremecen pueblos y naciones?  
Sobrecogidos los soberbios reyes,

¿No abrazan las estatuas de los dioses  
Temblando aquel instante formidable

De expiar sus acciones criminales  
Y todos sus tiránicos mandatos?

¿Y cuando barren los furiosos vientos 1770

Al jefe de la escuadra por los mares  
Con sus bravas legiones y elefantes,

Pávido no hace votos a los dioses  
Para obtener a fuerza de plegarias

Tranquilidad y vientos favorables?  
En vano todo; porque arrebatado

Por algún violento remolino,  
En los escollos va a encontrar la muerte:

Ciertamente parece que se burla  
De los humanos acaecimientos 1780

Una fuerza secreta, y se complace  
En pisar con ludibrio las segures

Y los fasces hermosos. Por fin, cuando  
Debajo de los pies vacila el orbe,

Cuando caen las ciudades desplomadas,  
Y están amenazando otras ruina,

¿Por ventura, es extraño que los hombres  
Se llenen de desprecio hacia sí mismos,

Y reconozcan un poder más grande  
Y una fuerza divina extraordinaria 1790

Que a su gusto dirija el universo?

Por lo demás, el oro, cobre y hierro,  
Y la plata y el plomo, se encontraron

Cuando devoró el fuego vastas selvas  
En las montañas, bien cayendo rayos,

O bien los hombres peleando en bosques  
Fuego arrojasen contra el enemigo

Para atemorizarle; y ya movidos  
De la bondad del suelo dispusieron

Hacer los bosques tierras labrantías, 1800  
O bien en praderías convertirlos:

O para destruir más fácilmente  
Las fieras y quedar ricos con ellas:

Pues se usaran primero en cacerías  
Los hoyos y los fuegos que las redes  
Para cercar un bosque, y las jaurías  
Que levantan la caza. Cualquier causa  
Que haya dado principio a aquel incendio,  
Cuando hubo viva llama devorado  
Con un horrible estrépito las selvas 1810  
Hasta la raíz misma, y recocado  
La tierra con su fuego arroyos de oro  
Y de plata, además de cobre y plomo,  
Después de haber corrido por las venas  
Encendidas del Globo, se juntaron  
En cavidades; y consolidados,  
Viendo cómo brillaban en la tierra,  
Prendados de su brillo y hermosura,  
Los recogían cuidadosamente:  
Y observando tenían la figura 1820  
De aquellas cavidades en que estaban,  
Pensaron que con fuegos derretidos  
Se les podía dar cualquiera forma  
Y cualquiera figura; y golpeando,  
Hacer se adelgazasen y extendiesen,  
Y rematasen en aguda punta:  
Vieron también ser buenos para armas,  
Para corta de selvas, pulimento  
De materiales y cuadrar maderos,  
Para taladros, para excavaciones: 1830  
Quisieron emplear la plata y oro  
En los mismos servicios que hizo el cobre,  
Pero fue en vano, porque no tenían:  
Bastante consistencia estos metales,  
Ni la dura fatiga resistían.  
Tuvo entonces el cobre mayor precio,  
Y se despreció el oro como inútil  
Embotando su punta fácilmente:  
Despréciase ahora el cobre; el oro sube  
A la mayor estima: de este modo 1840  
Cambia el tiempo la suerte de las cosas;  
Lo que antes se estimaba, hoy se desprecia;  
Lo que no se quería, vale ahora  
Y se codicia más de día en día,  
Y es el objeto digno de alabanzas,  
Y tiene sumo aprecio entre los hombres.  
Cómo se descubrió el uso del hierro  
Tú mismo puedes conocerlo, Memmio.  
Las manos fueron las primeras armas,  
Y las uñas y dientes; y las piedras, 1850

Y las ramas de árboles, y el fuego,  
Y la llama después que se encontraron.  
Se supieron después las propiedades  
Del hierro y cobre; pero el uso de éste  
Se conoció mucho antes que el del hierro.  
Por ser más a propósito y copioso,  
Se labraba la tierra con el cobre,  
Y con cobre se daban los combates,  
Se sembraba la muerte. y se robaban  
Los campos y ganados; pues desnudos 1860  
E inermes se rendían fácilmente  
A gente armada: convirtiose el hierro  
Casi insensiblemente en las espadas,  
Y llegó a ser tirada con desprecio  
La hoz de cobre; y a romper el suelo  
Empezaron con hierro, y decidiose  
De las batallas la dudosa suerte.  
Y montar un caballo y gobernarle  
Con riendas y con frenos, combatiendo  
Con la mano derecha, fue primero 1870  
Que arrostrar los peligros de la guerra  
Sobre un carro que tiran dos caballos;  
Y precedió este tiro a la cuadriga  
Y a la invención de los falcados carros.  
Llegaron a enseñar cartagineses  
Después al elefante monstruoso,  
Que lleva torres y la trompa pliega,  
A recibir heridas en la guerra  
Y a meter el desorden en las huestes.  
Así inventó Discordia sanguinaria 1880  
Medios de asolación uno tras otro,  
Todos horribles a la humana gente  
Y un nuevo colmo de terror pusiera  
A la guerra espantosa cada día:  
Y se probó también en los combates  
El furor de los toros, y ensayaron  
Que embistiesen crueles jabalíes  
Al enemigo: y los leones bravos  
En la guerra a los Partos precedían  
Con conductores bien provistos de armas, 1890  
Y terribles maestros, destinados  
A refrenar su ardor con las prisiones:  
Inútilmente; porque, enardecidos  
Con la sangre y matanza, derramaban  
El desorden, crueles por doquiera  
Sus melenas horribles sacudiendo.  
Ni dirigir podían los jinetes

A los caballos atemorizados  
Con los rugidos, ni tampoco hacerlos  
Que volviesen la cara al enemigo. 1900  
Las leonas, furiosas se arrojaban  
Del uno al otro ejército saltando,  
Presentaban su boca amenazante  
A todos los que al paso se encontraban;  
Por detrás los cogían descuidados,  
Y a tierra los echaban destrozados  
Con garras y con dientes: y los toros  
Lanzaban por el aire jabalíes,  
Y después con coraje los pisaban;  
Las tripas del caballo echaban fuera 1910  
Metiéndole las astas por debajo,  
Y después de caído se arrojaban  
Sobre él, amenazándole de nuevo.  
Pero empleaban contra sus aliados  
Los jabalíes sus colmillos fuertes,  
Y teñían furiosos en su sangre  
Las armas rotas, y con nueva furia  
A infantes y jinetes daban muerte.  
Huían velozmente los caballos  
De la fiera embestida de sus dientes, 1920  
Empinándose: puesto que allí vieras  
Rotos sus corvejones, de repente  
Abandonar la mole de su cuerpo  
A pesada caída los caballos.  
Creyendo que estarían bien domados,  
De cara encarnizarse los veían  
En medio de la acción de las heridas,  
De confusión, espanto, gritos, fuga:  
No se podía sujetar ninguno;  
Todos se dispersaban: de manera 1930  
Que hicieron lo que aún hacen hoy en día  
Los elefantes en la guerra heridos,  
Que huyen después de haber desparramado  
El estrago y la muerte entre las filas  
Que con tanta bravura defendieron.  
Sin embargo, no puedo persuadirme  
De que no hayan previsto de antemano  
Las comunes desgracias que traería  
Entre ellos este uso abominable;  
Y quisiera también que comprendieses 1940  
En estos males a los varios mundos  
Que de diverso modo ha construido  
Naturaleza, y no los limitaras  
A sólo nuestro mundo: la esperanza



De vencer no introdujo estos estragos;  
Más bien los hombres, que desconfiaban  
De su número, y armas no tenían,  
Quisieron, pereciendo en el ataque,  
Dar que gemir a las contrarias filas.

Eran entrelazados los vestidos 1950  
Primero que el tejido se inventara:  
El arte de tejer se siguió al hierro;  
Pues sólo con el hierro hacerse pueden  
Instrumentos tan finos como husos,  
Córcolas, lanzaderas y las planchas.

A los hombres forzó Naturaleza  
A trabajar la lana antes que diera  
Este oficio a las hembras; porque el hombre  
Tiene mayor industria y sobresale  
En cualquier arte: empero vergonzoso 1960  
Pareció a los robustos labradores,  
Y en manos de las hembras la pusieron,  
Y para sí dejaron los trabajos  
Más duros y penosos, y escogieron  
Fortalecer con ellos cuerpo y manos.

Pero enseñó también Naturaleza  
El arte de plantar y los injertos;  
Ella dio estas lecciones la primera,  
Mostrando las semillas y bellotas  
Que cada una a su tiempo producía 1970  
Al pie del árbol mismo do cayera  
Un enjambre de arbustos: desde entonces  
Gustaron injerir ellos en ramas  
Renuevos de otra especie, y por los campos  
Les agradó plantar arbustos nuevos.  
Hicieron nuevo ensayo cada día  
En la cultura de su dulce campo,  
Y veían los frutos más silvestres,  
Con el blanco cultivo y el cuidado,  
Llegar a suavizarse. Y obligaron 1980  
A meterse las selvas hacia el monte  
De día en día, y a dejar los llanos  
A la cultura, para que los prados,  
Los lagos, los arroyos y los frutos  
Y las viñas alegres ocupasen  
Los campos y collados, y el olivo  
Pudiese por el medio derramarse  
Por cerros y por valles y por campos  
En tendidas hileras, como ahora  
Ves la gustosa variedad que ofrecen 1990  
Las campiñas, doquiera divididas

O guarnecidas de árboles frutales.

Mas los claros gorjeos de las aves

Con la voz se imitaban mucho antes

Que pudiesen los hombres regalarse

Los oídos con versos armoniosos

De melódico son y dulce halago:

Y el silbido del céfiro en los huecos

De las cañas les dio lección primera

De inflar la campesina cañaheja 2000

Después, por dedos ágiles tocada,

Y acompañada de la voz, la flauta

Poco a poco hizo oír sus dulces quejas.

Fue inventada en los bosques retirados,

En las selvas y montes solitarios,

Entre los dulces ocios de pastores.

Lentamente va el tiempo de este modo

Sacando a luz las artes diferentes,

Y el ingenio las va perfeccionando.

Suavizaban las penas de la vida 2010

Con estos inocentes pasatiempos

Cuando acababan la frugal comida,

Al tiempo que el descanso es más gustoso,

Y así por lo común, ellos, tendidos

Sobre la verde grama, al pie del agua

De un arroyo, debajo de las ramas

De algún árbol erguido a poca costa

Gozaban de placeres inocentes,

Mas sobre todo en la estación risueña,

Cuando con verde hierba engalanaba 2020

Y con flores los prados el verano:

Entonces era el tiempo de las danzas,

Entonces de las pláticas, entonces

De las dulces risadas, porque entonces

La musa pastoril se remontaba:

Los provocaba entonces la alegría

A adornarse los hombros y cabeza

Con guirnaldas de flores y de hojas,

Y herían sus pies rústicos la tierra,

Esta madre común, pesadamente 2030

Sin compás ni soltura, por lo que eran

Las risas e inocentes carcajadas;

Haciendo los placeres, más extraños

Su misma novedad: y, desvelados,

De aquí sacaban ellos sus consuelos,

La voz acomodando a varios cantos

Y pasando sus labios apretados

Sobre sus caramillos. Al presente

Recreamos así nuestros desvelos,  
Y aprendemos la música con reglas; 2040  
Mas no cogemos frutos tan colmados  
De la dulzura como los cogía  
La raza inculta de hijos de la Tierra.  
Así que, el bien presente preferimos  
Y nos agrada más suavemente  
Si otro más superior no conocemos,  
Y los nuevos inventos perjudican  
A los antiguos y del todo mudan  
Nuestros gustos: por eso aborrecimos  
La bellota; por eso hemos dejado 2050  
Las camas de los céspedes y hojas:  
La piel cayó también en el desprecio;  
Aquel vestido de feroces bestias.  
¡Cuánto me temo que la envidia entonces  
Contra aquel inventor se encarnizase  
Que la vistió primero asesinando  
Traidoramente este hombre; y a la postre  
Los demás entre sí se repartieron  
La piel sangrienta sin querer dejarla!  
Porque entonces las pieles, ahora el oro 2060  
Y púrpura ejercitan a los hombres  
Con zozobras, combates y fatigas:  
Nosotros somos más culpables que ellos,  
Pues sin pieles el frío atormentaba  
A los desnudos hijos de la Tierra;  
Nosotros ningún daño recibimos,  
Careciendo de púrpura y de oro  
Y de ricos bordados, si tenemos  
Un vestido común que nos abriga.  
Así en vano se afana el hombre siempre 2070  
Y de continuo se atormenta en vano,  
Y en cuidados superfluos gasta el tiempo,  
Porque no pone límite al deseo,  
Y porque no conoce hasta qué punto  
El placer verdadero va creciendo:  
Y esto es lo que ha lanzado poco a poco  
Entre borrascas a la humana vida,  
Y ha movido unas guerras tan crueles  
Para arruinar la sociedad entera,  
El Sol y Luna, estos brillantes globos  
Que van luciendo alternativamente  
Por el rico palacio de los cielos,  
Han dado bien a conocer al hombre  
Vicisitud constante en estaciones  
Y de naturaleza el orden cierto.

El hombre ya vivía en fuertes torres,  
Y la tierra se había repartido,  
Y estaba floreciente su cultura;  
Florecía la mar con hondas naves;  
Y por medio de pactos y alianzas 2090  
Entre sí ya se unían las naciones,  
Cuando con sus canciones los poetas  
A transmitir hazañas empezaron  
A la posteridad: no mucho antes  
Se inventó la escritura: por lo tanto,  
De estos antiguos siglos no logramos  
Más vestigios que aquéllos que entrevemos  
Por la razón guiados solamente.  
Y la navegación, la agricultura,  
La arquitectura, la jurisprudencia, 2100  
El arte de hacer armas y caminos,  
De preparar las telas, y las otras  
Invenciones a estas semejantes,  
Y aun todas las que son de mero gusto,  
La pintura, escultura y poesía,  
Se inventaron a fuerza de experiencias  
Por la necesidad y por la industria.  
El tiempo de este modo poco a poco  
Trae los descubrimientos de las cosas,  
Y la industria adelanta sus progresos; 2110  
Pues vemos que el ingenio perfecciona  
Las artes sin cesar unas con otras,  
Hasta que logran perfección cumplida. 2113

## Libro VI

En otro tiempo Atenas la primera, 1  
Ciudad famosa, descubrió los frutos  
A los mortales desafortunados,  
Y les dio nueva vida, y les dio leyes,  
Y la primera dio dulces consuelos  
Contra las desventuras de la vida;  
Cuando produjo al mundo el varón sabio  
De cuya boca la verdad salía,  
Y de cuyas divinas invenciones

Se asombra, el universo, y cuya gloria, 10  
Triunfando de la muerte, se levanta  
A lo más encumbrado de los cielos.

Porque viendo este hombre que ya habían  
Todo lo más preciso los mortales  
Para vivir y conservar la vida;  
Que tenían riquezas abundantes,  
Y honor, y gloria, y bien nacidos hijos;  
Pero que no dejaban de angustiarse  
Y gemir como esclavos en prisiones,  
Llegó a entender que todo el mal venía 20  
Del mismo vaso, que teniendo vicio  
Malea lo que se echa más precioso:  
Ya porque permeable y sin asiento  
No se llena por mucho que se le eche,  
Ya porque el interior todo emporcado,  
Con su negro veneno inficionaba  
Cualquier cosa en el vaso contenida.

Limpió, pues, los humanos corazones  
Con la verdad; les limitó el deseo,  
Les curó sus cuidados y temores, 30  
Y declaroles la naturaleza  
Del sumo bien, a que aspiramos todos,  
Y el camino más fácil y más corto  
Para llegar a él derechamente;  
Y demostrales cuáles son los males  
A que sujeta a los mortales todos,  
El poderío de Naturaleza,  
Y que asaltan al hombre acometiéndole,  
O por acaso o necesariamente,  
Según Naturaleza dispusiera: 40  
Les dijo por qué lado debe el alma  
A sus asaltos resistir invicta,  
Y probó cuán en vano ella fomenta  
De ordinario en el fondo de sí misma  
Las zozobras de tristes aflicciones:  
Así como los niños temerosos  
Se recelan de todo por la noche,  
Así nosotros, tímidos, de día  
Nos asustamos de lo mismo a veces  
Que despavorir suele a los muchachos. 50  
Preciso es que nosotros desterremos  
Estas tinieblas y estos sobresaltos,  
No con los rayos de la luz del día,  
Sino pensando en la Naturaleza:  
Mi voz la cantará con nuevo aliento.  
Y como te enseñé que el edificio

Del Mundo era finible, y que tenía  
Principio el cielo, y que los seres todos  
Que nacen y nacieron es preciso  
Que necesariamente se disuelvan, 60  
Oye lo que me falta descubrirte,  
Puesto que la esperanza de mi triunfo  
Me animó a que subiese sobre el carro  
Brillante de la gloria, y nuevo aliento  
Me han dado los obstáculos que había.

Y los demás fenómenos que observan  
En el Cielo y la Tierra los mortales  
Tienen suspensas con pavor sus almas,  
Las humillan con miedo de los dioses,  
Y las tienen cosidas con la tierra, 70  
Puesto qué la ignorancia de las causas  
Los fuerza a sujetar Naturaleza  
Al imperio de dioses y a ponerles  
En sus manos el cetro, y se imaginan  
Que algún poder divino hace las obras  
Cuyo primer resorte ellos ignoran:  
Porque los que estuvieren persuadidos  
De que los dioses viven descuidados,  
Si no obstante se admiran de las causas,  
En especial de aquellas apariencias 80  
Que encima de nosotros se descubren  
En la región etérea, nuevamente  
Caen en su inveterado fanatismo,  
Y nos ponen tiranos inflexibles,  
A quienes para colmo de miseria  
Les conceden poder ilimitado;  
Ignorando qué cosa existir puede,  
Cuál no puede, y los límites precisos  
Que la Naturaleza ha señalado,  
En fin, a la energía de los cuerpos, 90  
Por lo que más y más se descaminan.

Si no desechas semejantes yerros  
Teniendo por indignos de los dioses  
Y ajenos de su calma estos cuidados,  
Vendrán a tu presencia de continuo  
Estas santas deidades resentidas;  
No porque capaz sea de enojarse  
La majestad suprema de los dioses,  
Y deseen coléricos vengarse  
Con ejemplar castigo de los hombres; 100  
Sino porque estarás muy persuadido  
Que en el seno de un plácido reposo  
Revuelven las venganzas en su pecho;

No entrarás en los templos de los dioses  
Con pacífico pecho, ni es posible  
Que aquellos simulacros emanados  
De sus augustos cuerpos te presenten  
Sus divinas imágenes con calma;  
¡Ya ves cuán triste vida te amenaza!

Aunque sabiduría por mis labios 110  
Te ha explicado verdades infinitas  
Para alejar de ti tan dura suerte;  
Otras muchas me faltan todavía,  
Y tengo yo además que engalanarlas  
Con lindos versos; tengo que explicarte  
Los diversos fenómenos del cielo:  
Cantaremos también las tempestades,  
Y las causas y efecto de los rayos,  
Porque, supersticioso, neciamente  
En regiones diversas no repartas 120  
El cielo para ver, todo temblando,  
De qué parte salió el alado fuego,  
O hacia dónde tiró precipitado,  
Y cómo por las tapias se introduce,  
Y cómo sale de ellas victorioso:  
Pues todos son efectos naturales,  
Que atribuyen los hombres a los dioses  
Porque no pueden penetrar las causas.  
Calíope, diestra musa, que a los hombres  
Alivias, y recreas a los dioses, 130  
Ven a instruirme tú de mi corrida  
Hacia la ruta de carrera ilustre,  
Para ceñir, guiándome tú ahora,  
De corona inmortal mi sien gloriosa.

Tan sólo se estremecen con el trueno  
Las azuladas bóvedas celestes,  
Cuando agitadas por contrarios vientos  
Se chocan mutuamente etéreas nubes  
Por las altas regiones remontadas;  
Pues no viene el tronido de aquel lado 140  
Que hay sereno en el cielo: pero cuando  
Las nubes condensadas se amontonan  
En una parte, allí con mayor fuerza  
Suele sentirse el tormentoso ruido.

Además, que no pueden ser las nubes  
De una masa tan densa como piedras  
Y vigas; ni tampoco tan sutiles  
Como la niebla y humo, pues debieran  
Caer en fuerza de su mucho peso  
En el caso primero como piedras; 150

Si tuvieran la misma consistencia  
Que tiene el humo, no pudieran ellas  
Contener los granizos y las nieves.

En la inmensa llanura de los aires  
Hacen también un ruido semejante  
Al de los grandes lienzos que se agitan  
Por entre las columnas y las vigas  
De nuestros coliseos; otras veces,  
Rasgadas por la furia de los vientos,  
Imitan el sonido delicado 160  
Que hace roto el papel entre los dedos,  
Como en el trueno puedes observarlo;  
O el ruido de un vestido que hay colgado,  
O de una hoja volante que los vientos  
En fuerza de sus golpes repetidos  
Agitan y remueven por los aires.

También sucede a veces que las nubes  
En lugar de chocarse por delante  
Se comprimen de lado, y van raspando  
Por medio de encontrados movimientos 170  
Lo largo de su cuerpo, de do nace  
Aquel sonido seco que magulla  
Los oídos, y dura mucho tiempo,  
Hasta que se ven libres de aquel lazo.  
Otra causa hay también por la que el trueno  
Nuestro mundo conmueve en ocasiones  
Con estremecimientos tan horribles  
Que parecen las bóvedas del Mundo  
Por todas partes reventar deshechas  
Con repentino golpe; cuando entrado 180  
De pronto el huracán impetuoso  
En medio de las nubes allí brega:  
Rápido torbellino que condensa  
La nube con esfuerzos redoblados,  
La estrecha por los lados, y la ahueca;  
Pero cuando por fin abrieron paso  
Su impetuosidad y su violencia,  
Con horrible estampido sale el viento:  
No es maravilla, cuando el mismo ruido  
De un estallido igual da muchas veces 190  
Una simple vejiga llena de aire.  
También puede explicarse de otro modo  
Aquel ruido que excitan en las nubes  
Los vientos; porque vemos de ordinario  
Que las nubes presentan superficies  
De ramificación larga e incierta:  
Luego deben hacer el mismo ruido



Que las hojas y ramas de una selva  
Cuando son de los cierzos agitadas.

Puede también la furia de los vientos 200

Reventar una nube si la embisten

Directamente con furioso aliento:

La experiencia nos dice cuánta fuerza

Debe tener su soplo por arriba,

Cuando aquí bajo, siendo más suave,

Echan a tierra el árbol más erguido

Y arráncanle de cuajo fácilmente.

Hay también en las nubes como olas

Que deben, estrellándose con furia,

Producir un murmullo tan profundo 210

Como el que hace un gran río y océano

Cuando es por las tormentas agitado.

También del rayo los ardientes fuegos,

Cuando de nube en nube van cayendo,

Quizá vienen a dar en nube acuosa,

Donde mueren con ruido semejante

Al chirrío del hierro caldeado,

Cuando rápidamente le metemos

Desde la misma fragua en agua fría:

Pero si árida nube coge al rayo, 220

Se inflama de repente con gran ruido:

De esta manera el fuego provocado

Con torbellino de furiosos vientos

Se extiende por los montes coronados

De laureles al punto consumidos:

No hay cuerpo combustible que devore

El fuego con un ruido más terrible

Que el árbol consagrado al dios de Delfos.

Por fin, el hielo haciéndose pedazos,

Y el granizo cayendo hacen retumben 230

Las nubes a lo lejos, cuando el viento

Las junta y amontona semejantes

A las montañas, y por fin quebradas

Caen en tierra revueltas con granizo.

También relampaguea si las nubes

Arrojan mucha ignífera semilla

En fuerza de su choque, a la manera

Que sacudiendo un pedernal con otro,

O dando con un hierro, se ve entonces

Brillar la luz y chispear de lejos: 240

Y el relámpago ya vieron los ojos

Cuando llegan los truenos al oído;

Porque hieren mas pronto los objetos

La vista que el oído, como puedes

Observando tú mismo, si te pones  
A ver cortar al leñador las ramas  
Superfluas de algún árbol con el hacha;  
Pues le verás primero dar el golpe  
Que llegue a tus orejas el sonido:  
El relámpago vemos asimismo 250  
Antes que percibamos el sonido,  
Siendo uno y otro a un tiempo y siendo hijos  
Del mismo choque y de la misma causa.

También explicaré de otra manera  
Por qué de rauda luz bañan la tierra  
Las nubes y sus fuegos tembladores  
Hacen brillar durante la borrasca.  
Luego que el viento acometió a la nube,  
Y agitándola siempre, como dije,  
Logró ahuecarla, y recogerla al centro, 260  
Con movimiento rápido se inflama,  
Porque vemos nosotros abrasarse  
Todo cuerpo movido con presteza,  
Y aun la bala de plomo derretirse,  
En un gran trecho, cuando el remolino  
Inflamado rasgó la obscura nube,  
Desparrama sus fuegos de repente  
Lanzados de la nube con esfuerzo,  
Obligando a cerrar los ojos: luego  
Óyese él estampido, que la oreja 270  
Hierde más tarde que la luz los ojos:  
Todos estos efectos ciertamente  
Suponen nubes densas, que arrojadas  
Sean también con ímpetu admirable.

No dejes engañarte de tus ojos,  
Que no te enseñan más desde aquí bajo  
Que la extensión y anchura de las nubes  
Más bien que el grueso de ellas y su altura.

Para desengañarte, considera  
Las nubes parecidas a unos montes 280  
Que los vientos trasponen por los aires  
En dirección contraria: o si los vientos  
Yacen en sus entrañas sepultados,  
Verás amontonadas estas nubes  
Unas sobre otras por los altos montes,  
Apretarse entre sí por las alturas.  
Entonces podrás tú formar idea  
De sus masas enormes; ver en ellas  
Especies de cavernas fabricadas  
En rocas suspendidas, y los vientos, 290  
Cuando llenan su centro dando muestras

De tempestad, se indignan en las nubes  
Al verse dentro de ellas encerrados,  
Como lo hacen las fieras en sus jaulas:  
Resuenan a lo lejos sus bramidos,  
Por todas partes quieren escaparse,  
Desprenden de la nube unas semillas  
De fuego, que amontonan y revuelven  
En lo interior de sus ardientes hornos,  
Hasta que ya por fin rasgan la nube 300  
Y en torrentes de luz huyen los vientos.

Los rápidos relámpagos que vuelan  
Hacia la tierra, fuegos transparentes  
Más brillantes que el oro, tal vez deben  
Su nacimiento a la substancia misma  
De las nubes, que dentro de sí encierran  
Precisamente una abundante copia  
De moléculas ígneas; en efecto,  
Cuando ningún humor tienen las nubes,  
Por lo común es su color brillante 310  
Así como la llama; porque debe  
También la luz del sol precisamente  
Comunicarlas infinitas partes  
Para estar encendidas de este modo  
Y hacerlas brotar fuego: cuando el viento  
Amontonó estas partes en un sitio,  
Y comprime la nube fuertemente  
Por donde ellas están amontonadas,  
Exprime de la nube estas semillas  
De fuego, las esparce, y las obliga 320  
A arder con los colores de la llama.

También relampaguea si las nubes  
Están enrarecidas; cuando el aire  
Agitando la nube dulcemente  
Sus partes va ensanchando y disolviendo,  
Es preciso que caigan por sí mismas  
Las semillas de fuego causadoras  
Del relámpago entonces sin estruendo,  
Sin destrucción y sin cansar terrores.

Además, los efectos de los rayos 330  
Dicen cuál sea su naturaleza:  
Las señales que dejan en los cuerpos  
Que consumieron, los vapores densos  
Del azufre que exhalan nos demuestran  
Que son de fuego, no de aire o de agua:  
Abrasan además las fuertes torres,  
Y con rápida llama hacen cenizas  
Los edificios: la Naturaleza

Este fuego voraz formó de intento  
De sus fuegos más vivos y sutiles: 340  
Ninguna cosa puede resistirle;  
Por medio de las casas pasa el rayo  
Con tanta valentía y ligereza  
Como el grito y la voz; él atraviesa  
Las peñas y metáles; cobre y oro  
Derrite en un momento, y de repente  
Disipa el vino sin lesión del vaso,  
Porque tal vez llegando a introducirse  
Su calor fácilmente en las paredes  
Del vaso, las afloja y enrarece 350  
Y echa por todas partes los principios  
Del vino adelgazándolos primero,  
El mismo Sol hacerlo no podría  
En todo un siglo; tanta es la ventaja  
Del poderío activo de los rayos.

Ahora te explicaré sin digresiones  
Cómo se forma el rayo, y cómo adquiere  
Una fuerza capaz de hender las torres,  
Derribar casas, arrancar las vigas,  
Demoler las memorias de los hombres 360  
Y dejar a los mismos hombres muertos,  
Sin vida echar por tierra los ganados,  
Y muchas destrucciones semejantes.

De las nubes espesas y apiñadas  
Por las altas regiones nace el rayo:  
Ninguno viene de sereno cielo,  
Ni las nubes ligeras los despiden;  
Como nos lo declara la experiencia  
Cuando vemos cubrirse la atmósfera  
De espesas nubes en aquel momento 370  
En que la tempestad prepara el rayo:  
Parece que han salido las tinieblas  
Del Aquerón, a un tiempo, obscureciendo  
La cavidad inmensa de los cielos;  
Nos cubre horrible noche con su manto;  
Pende el terror encima de nosotros.

También alguna vez la negra noche,  
Como río de pez que descendiese  
Del cielo por el mar, sobre sus ondas  
Cae tan precipitada, y a lo lejos 380  
Derrama las tinieblas; tras sí arrastra  
La tempestad, preñada de huracanes,  
De rayos y de fuegos y de vientos  
Tan furibundos, que en la tierra tiemblan  
Los hombres y se meten en sus casas.

Es creíble que tengan mucho cuerpo  
Las nubes borrascosas que se forman  
Sobre nuestras cabezas; pues la Tierra  
En noche oscura no se sepultara  
Si multitud de nubes por encima 390  
Toda la luz del Sol no la robaran;  
Las lluvias abundantes no podrían  
Hinchar los ríos o inundar los campos,  
Si no estuviera la región etérea  
Llena toda de nubes elevadas.

Fuegos y vientos hay por todas partes,  
De cualquier lado trueno por lo mismo,  
Y salen los relámpagos: ya he dicho  
Que tienen mucha ignífera semilla  
Todas las nubes en su centro hueco: 400  
Que los rayos del Sol y sus ardores  
Las aumentan también precisamente.  
Cuando el viento amontona en su paraje  
Todas aquellas nubes, saca de ellas  
Infinitas moléculas de fuego,  
Con las cuales él mismo se revuelve:  
El remolino entonces prisionero  
En la nube se agita, y allí aguza  
El rayo en medio de esta fragua ardiente.  
El viento, pues, se enciende de dos modos: 410  
Por actividad propia, o por contacto  
De fuego: y cuando ya de esta manera  
Se encendió él a sí mismo, o recibiera  
La impresión de la llama, presto el rayo  
Rompe la nube; entonces de improviso  
Luces resplandecientes va esparciendo  
Por todas partes, y hórrido estallido  
Se deja oír, como si caminaran  
Sobre nosotros rotas de repente  
Las bóvedas del cielo: todo el Globo 420  
Retiembla entonces, y de polo a polo  
Por todo el firmamento corre el trueno:  
Porque a la vez se agitan y retumban  
Todos juntos entonces los nublados,  
Y de este general sacudimiento  
Nace una lluvia tan copiosa y fuerte,  
Que parece que quiere convertirse  
En agua todo el cielo, y que de nuevo  
Se va a anegar la Tierra con diluvio:  
Tanto asusta el sonido de las nubes 430  
Que se rompen a un tiempo, y de los vientos  
Que braman agitados, y del rayo

Que reluce volando por los aires.

También un viento externo e impetuoso  
Viene a caer sobre una nube espesa  
Do está el rayo formado, la que abierta,  
Deja caer de pronto el torbellino  
De aquel fuego que rayo le llamamos:  
Esto también sucede a otros nublados  
Según las direcciones de los vientos. 440

Puede también acontecer a veces  
Que, sin estar el viento aún encendido,  
Sin embargo se inflame en largo trecho;  
Que en su misma carrera se despoje  
De aquellos elementos más groseros  
Que no pueden pasar por la atmósfera,  
Y que del aire mismo tome al paso  
Las más finas moléculas, que le hagan  
Inflamarse volando envuelto en ellas:  
Como bala de plomo se escandeece 450  
En su carrera cuando va dejando  
Los principios más fríos en el aire,  
Y semillas de fuego en él recoge.

La inflamación, en fin, puede que nazca  
Del mismo choque; cuando el viento frío  
Sin fuego azota, entonces por ventura  
Saca la violencia de su golpe  
Moléculas de fuego de sí mismo  
Y del cuerpo chocado, como cuando  
Un pedernal herimos con el hierro 460  
Salen las chispas, y aunque el hierro es frío,  
Sabe la colisión sacar semillas  
Refulgentes de llama; pues lo mismo  
Debe encender el soplo de los vientos  
Los cuerpos que sacude, si inflamable  
Es la naturaleza de estos cuerpos:  
Sin ser un temerario no se puede  
Enteramente asegurar que el viento  
Tan rápido bajando desde arriba  
Sea del todo frío; y si en su curso 470  
No se inflamó, debe llegar al menos  
Entibiado y revuelto en algún fuego.

La rapidez del rayo y golpe fuerte  
Y su caída violenta nacen  
De su natural ímpetu: encerrado  
En las nubes, y allí, cobrando fuerzas,  
Con nuevo brío intenta salir de ellas;  
Cuando el nublo no puede resistirse  
A este aumento de ímpetu, se escapa

Con una prodigiosa ligereza 480  
El fuego destructor, como las piedras  
Lanzadas por las máquinas terribles.

Junta también a esto ser el rayo  
De finos y sutiles elementos;  
Y con esta figura no es tan fácil  
Hacerle resistencia, pues se cuela  
Y sé insinúa, por lo más estrecho:  
No puede cuerpo alguno con su choque  
Detener su raudísima carrera.  
Además de que todo cuerpo grave 490  
Por natural impulso tiende abajo;  
Pero si la impulsión se junta al peso,  
Su rapidez se dobla, y se acrecienta  
Aquel ímpetu suyo de contado.  
El rayo así con estas fuerzas dobles  
Debe quitar del medio en un instante  
Cualquier estorbo que se encuentre al paso,  
Y proseguir su marcha sin pararse.

En fin, la longitud de su caída  
Más y más acelera el movimiento, 500  
Que siempre va creciendo; y aumentando  
Su ímpetu, vigora los ataques,  
Sus divergentes átomos juntando  
Y dirigiendo todos sus esfuerzos  
Hacia el punto común a donde corre.

También quizá viniendo hacia nosotros  
Quita de paso el rayo al aire mismo  
Corpúsculos que puedan darle fuerza  
Y acelerar su golpe impetuoso.

Hay muchos cuerpos que penetra el rayo 510  
Sin daño alguno de ellos, porque encuentra  
Conductos que atraviesa velozmente:  
Hay otros que destruye y descompone,  
Por que viene a atacar directamente  
Las moléculas que unen su tejido:  
Él con facilidad derrite el cobre  
Y hace que hierva el oro en un instante,  
Porque de átomos lisos y sutiles  
Se forma el rayo, los que fácilmente  
Dentro de estos metales se introducen, 520  
Y desatan sus nudos al momento  
Y todas sus lazadas desaprietan.

En el Otoño y en la Primavera,  
Cuando se abren las flores por los campos,  
El palacio encumbrado de los cielos  
De fulgentes estrellas se estremece

Por todas partes más a la continua:  
Se estremece también toda la tierra,  
Porque en Invierno faltan muchos fuegos,  
Y los vientos se calman en Estío, 530  
Y las nubes no tienen tanto cuerpo.  
En estaciones medias, pues, concurren  
Todas las varias causas de los rayos:  
Vienen a ser los límites comunes  
Do el frío y el calor se están tocando  
Agentes necesarios de los rayos,  
Que entrambos introducen la discordia  
En la naturaleza, y con gran ruido  
El fuego encienden de las tempestades  
Y enfurecen el aire con los vientos: 540  
Porque el fin del Invierno y el principio  
De Estío son los que hacen el Verano:  
Por lo cual deben el calor y el frío,  
Principios entre sí tan encontrados,  
Luchar y revolver todas las cosas:  
El Otoño, que forma la salida  
Del Estío y la entrada del Invierno,  
Debe observar las riñas y pendencias  
Del frío y del calor; guerras del año  
Pueden llamarse entrambas estaciones: 550  
No es extraño que se hagan muchos rayos  
Entonces, y que el cielo se alborote  
Con tempestades, porque la discordia  
Está continuamente fomentada  
Con llamas y con vientos y con nublos.  
Así se indaga la naturaleza  
Del ignífero rayo y sus efectos;  
No consultando vanas predicciones  
De los toscanos para hallar indicios  
Del secreto consejo de los dioses: 560  
O de dónde salió el alado fuego,  
O hacia donde tiró precipitado,  
De qué modo se entró por las paredes  
Y cómo sale de ellas victorioso,  
O qué daño presagia su caída.  
¿Por qué, si Jove y las demás deidades  
Estremecen las bóvedas celestes  
Con sonido terrífico, y arrojan  
Los rayos por do quiera que les place;  
Por qué de parte a parte no dividen 570  
El pecho del malvado que se entrega  
A odioso crimen descaradamente,  
Y las llamas del rayo vaheando



Dan a los hombres documento horrible?  
¿Por qué más bien revuelven en sus llamas  
Al inocente a quien maldad no arguye,  
Y a quien súbitamente le circunda  
El fuego celestial en remolino?  
¿Por qué, además, emplean su trabajo  
Contra las soledades vanamente? 580  
¿Es por ejercitar mejor sus brazos,  
O por asegurar mejor sus golpes?  
¿Por qué sufren se emboten en la tierra  
Los que despide el padre de los dioses?  
¿Por qué de ellos él mismo se despoja,  
Y para sus contrarios no los guarda?

En fin: ¿por qué no lanza Jove el rayo  
Y nunca mueve tempestad de truenos  
Cuando hay serenidad por todo el cielo?  
¿Cuando acaban las nubes de formarse, 590  
Monta entonces en ellas por ventura,  
Por dirigir sus tiros más de cerca?  
¿Por qué razón contra la mar asesta?  
¿Por qué hiere las ondas, estas masas  
Líquidas, estos cuerpos fluctuantes?

Si quiere nos guardemos de los rayos,  
¿Por qué no deja verlos desde lejos,  
Y si quiere cogernos descuidados  
¿Por qué truena de modo que podamos  
Evitarlos? ¿A qué son los retumbos, 600  
Tinieblas y murmullos que preceden?

¿Puedes tú concebir que los dispare  
Al mismo tiempo por distintas partes?  
No puedes refutarlo, sin que niegues  
Una experiencia tan frecuente y cierta.  
Es preciso que pueda caer el rayo  
Al mismo tiempo por distintos lados,  
Como vemos que llueve y caen las lluvias.

¿El rayo asolador por qué derriba,  
En fin, los templos santos de los dioses, 610  
Estas habitaciones suntuosas,  
Y rompe sus estatuas bien labradas,  
Y roba a sus imágenes el culto  
Con golpe violento? ¿Por qué ataca  
De ordinario los sitios elevados,  
Y vemos en las cumbres de los montes  
Más bien que en otra parte sus vestigios?

Por lo que te he explicado de los rayos  
Es fácil conocer de qué manera  
Sobre la mar se arrojan desde arriba 620

Los tifones, que présteres clamaron  
Los griegos atendiendo a sus efectos.  
Por qué bajan a veces desde el cielo  
Sobre la mar como en columna larga,  
Y todo alrededor bullen las ondas  
Agitadas con sopro impetuoso;  
Y las naves entonces sorprendidas  
Por el vertiginoso meteoro  
Están expuestas al mayor peligro:  
Y la causa es que el viento algunas veces 630  
No teniendo potencia suficiente  
Para romper la nube que ha embestido,  
La baja poco a poco hacia las aguas  
Como columna echada desde el cielo,  
O más bien como masa disparada  
De arriba abajo por robusto brazo,  
La cual sobre las ondas se extendiese:  
Cuando rasga la nube, el viento se entra  
Con ímpetu en la mar, y en ella excita  
Un hervor increíble; porque entonces, 640  
Sin cesar agitándose la manga,  
Baja a la par la nube, que se presta  
A cualquier movimiento de la bomba:  
Y así que la extendió sobre las aguas  
El vértice de pronto se zabulle.  
Hace toda la mar un hervidero,  
Mueven sus olas espantoso ruido.

El mismo torbellino que en el aire  
Juntó los elementos de la nube,  
Se envuelve algunas veces dentro de ella, 650  
Imitando las mangas por la tierra;  
Y cuando al suelo se bajó la nube,  
Rasgándose, vomita de su cuerpo  
Un remolino, un huracán furioso.  
Mas siendo estos fenómenos muy raros  
A causa del obstáculo que oponen  
En la tierra a los vientos las montañas,  
Deben ser más frecuentes en los mares,  
Que son tan extendidos y patentes.  
Los nublados se forman cuando muchos 660  
Angulosos corpúsculos, volando  
Sin cesar en la atmósfera, se juntan  
Entre sí de repente, y se condensan  
A pesar de sus débiles uniones:  
Sólo son al principio nubecillas;  
Empero todas juntas apiñadas,  
Y entre sí reunidas, van creciendo,

Y los vientos las llevan de manera  
Que nace de ellas tempestad furiosa.

Y cuanto más vecinas a los cielos 670  
Tienen también sus cumbres las montañas,  
Tanto más una niebla amarillenta  
Y una especie de humo siempre espeso  
Las obscurece; porque cuando empiezan  
A tomar consistencia los nublados,  
Sin que puedan aún verlos los ojos,  
Los vientos los conducen y aglomeran  
Sobre la cima de elevado monte:  
Cuando, por fin, después se reunieron  
En mucho mayor número apiñados, 680  
Condensados los vemos elevarse  
Desde la húmeda cumbre por los aires:  
Puesto que la razón y la experiencia  
Dicen ser el teatro de los vientos  
Aquellos sitios que hay más elevados.

Además quita la Naturaleza  
También muchos corpúsculos de encima  
De todo el mar, como nos lo declaran  
Las ropas que tendemos en la playa  
Poniéndose mojadas: luego es claro 690  
Que contribuyen las emanaciones  
De este salado fluido agitado  
Al acrecentamiento de las nubes.

Vemos también que de los ríos todos  
Y de la misma tierra se levantan  
Unas nieblas y cálidos vapores  
Cuyas exhalaciones se remontan  
Por el aire, y los cielos obscurecen,  
Y con sus reuniones insensibles  
Forman espesas nubes; pues las olas 700  
De la substancia etérea las empujan  
Por la parte de arriba, y condensadas  
Cubren casi las bóvedas azules..

Puede también que vengan de otros mundos  
A reunirse en éste aquellos cuerpos  
Que forma los nublados y tormentas:  
Porque te he dicho que es innumerable  
El número de átomos, y el todo  
Ser también profundísimo: no ignoras  
De cuánta ligereza están dotados 710  
Los átomos, y cuán rápidamente  
Suelen correr espacio inmensurable;  
Por lo que no es extraño, que al momento  
Cubran la tempestad y las tinieblas

Colgadas en el aire mar y tierra,  
Y las montañas; pues los elementos  
Encuentran siempre entradas y salidas  
Por donde quiera en todos los conductos  
Del éter, y por todas las lumbreras  
Del mundo, por decirlo de este modo. 720

Ahora te explicaré cómo se aumentan  
Las aguas de la lluvia en nubes gruesas,  
Y cómo desde allí caen en la tierra.  
Y es preciso ante todo persuadirte  
Que se levantan con las mismas nubes  
Infinitas moléculas de agua  
De todo cuerpo, y a la par se aumenta  
Con la misma substancia de la nube,  
Del mismo modo que el sudor, la sangre,  
Y cualquiera otro líquido del cuerpo 730  
Crece a la par que todos nuestros miembros.  
Los nublados a veces también cargan  
De las aguas marinas, semejantes  
A vellones de lana suspendidos  
Cuando son conducidos por los vientos  
Sobre la superficie de los mares;  
También de todo río se levanta  
El agua hacia las nubes; pero cuando  
Estas semillas de agua, acrecentadas  
De todas partes con emanaciones 740  
Tan grandes y diversas, se juntaron  
Y las condensa el soplo de los vientos,  
Entonces determina su caída  
Doblada fuerza; la presión de vientos  
Y la copia de nubes apiñadas,  
Las cuales gravitando unas sobre otras  
Hacen caer las lluvias dilatadas.

Cuando además los vientos enrarecen  
Los nublados, o cuando son disueltos  
Por el calor del Sol, que hierde encima, 750  
Humor pluvioso entonces van soltando,  
Y corren gota a gota como cera  
Que se va derritiendo puesta al fuego.  
Es copiosa la lluvia si las nubes  
Experimentan esta doble fuerza,  
La presión de su peso y de los vientos;  
Y suele durar mucho, y encerradas  
Suele tener las gentes en su casa,  
Cuando están muy espesos los nublados,  
Y cuando unos sobre otros se amontonan, 760  
Y se derraman hacia todas partes,

Cuando toda la tierra restituye,  
El mismo humor con sus exhalaciones.

Cuando entre obscura tempestad embiste  
Con sus rayos el Sol lluviosa nube  
Que en frente de sí tiene, se descubren  
En medio de las nubes tenebrosas  
Los colores del Iris variados.

De otros meteoros que se forman  
Y crecen combinados en las nubes, 770  
Como la nieve, vientos y granizo,  
Las escarchas y el hielo que endurece  
Las aguas, y refrena la corriente  
De los ríos, es fácil que comprendas  
Sus efectos y causas si entendieres  
Las propiedades de los elementos. Pon atención en conocer la causa  
Ahora de los temblores de la tierra;  
Y debes persuadirte, sobre todo,  
Que el globo interiormente como fuera 780  
Está lleno de vientos, de cavernas,  
De lagos, precipicios y peñascos,  
De rocas y de ríos escondidos,  
Cuya corriente impetuosa arrastra  
Las peñas sumergidas en su madre:  
La razón, pues, exige que la tierra  
Se asemeje a sí misma en todas partes.

Supuestas de antemano estas nociones,  
Tiembla la tierra por su superficie  
Con motivo de haberse desplomado 790  
En su interior grandísimas cavernas,  
Que viene a demoler por fin el tiempo;  
Como que enteros montes se arruinan,  
Cuyo sacudimiento pronto y fuerte  
Extiende los temblores a lo lejos:  
Cuando un carro que no es de mucho peso  
Hace temblar todos los edificios  
Que están al paso, no retiemblan menos  
Todos los sitios del contorno cuando  
Arrastran los corceles arrogantes 800  
Las llantas de las ruedas bien herradas.

También puede caer al cabo de años  
Una masa disforme de la tierra  
En un lago vastísimo, y el orbe  
Vacilar tal vez puede con motivo  
Del movimiento que excitó en las aguas,  
Así como en el suelo no está inmóvil  
El vaso lleno de una agua agitada  
Hasta ponerse toda en equilibrio.

Cuando, además, el viento recogido 810  
Entre las cavidades interiores  
De la tierra se arrojó violento  
Sobre una parte, y con sus fuerzas todas  
Hace presión en las cavernas  
Inclínase la tierra hacia la parte  
Donde el viento dirige sus esfuerzos,  
Y las casas entonces que hay encima  
Inclínanse también cuanto más altas,  
Cuanto más se avecinan a los cielos,  
Y perdiendo el nivel salen las vigas, 820  
Y amenaza venirse todo al suelo.  
Y temen presumirse si ha prescrito  
Naturaleza un paso a la ruina  
Y destrucción total del mundo entero,  
Cuando ven su gran mole pronta a hundirse.  
Si los vientos aliento no tomasen  
Nada capaz sería de enfrenarlos,  
Ni detener su furia destructora;  
Mas como se sosiegan alternando,  
Y vuelven al ataque nuevamente, 830  
Y se ven rechazados con ventaja,  
Amenaza la tierra desplomarse;  
Ella se inclina y otra vez se alza;  
Y pierde el equilibrio, y con su peso  
Otra vez le recobra: por lo mismo  
Toda cosa vacila más o menos  
Según su elevación, pues las más bajas  
Casi no sienten el temblor de tierra.

También pueden causar estos temblores  
Un viento impetuoso, un grande soplo 840  
De fuerza introducido de repente,  
O nacido del seno de la tierra,  
Que después que se entró en las cavidades  
Del globo, con tumulto anticipado  
Entre inmensas cavernas va bramando  
Y se revuelve mucho y no se escapa  
Por fuera de la tierra hasta que la abre  
Y con su gran violencia la divide,  
Y forma en ella abismos anchurosos;  
De esta manera fue Sidón tragada, 850  
Obra de tirios, y en Peloponeso  
También Egina. ¡Ay, cuántas ciudades  
Esta erupción furiosa de los vientos  
Y el temblor de la tierra han destruido!  
¡A cuántas los horribles terremotos  
Han hundido debajo de la tierra,

Y con sus ciudadanos juntamente,  
Cuántas otras los mares sepultaron!  
Pues si el viento no llega a romper fuera,  
Su soplo impetuoso se divide 860  
Por todos los conductos de la tierra  
Y en sus entrañas férvidas excita  
Un temblor general, del mismo modo  
Que cuando se introduce por los miembros  
Interiormente el frío, y los sacude,  
Nos hace tiritar a pesar nuestro:  
Con un doble terror vagan las gentes  
Por la ciudad entonces asustadas,  
Pues sobre su cabeza ven la muerte,  
Debajo de los pies también la temen: 870  
Temen que caiga derrumbado el techo,  
Temen disuelva la Naturaleza  
Las bóvedas del globo de repente,  
De par en par abriendo estos abismos  
Anchurosos, queriendo trastornada  
Con sus mismas ruinas rellenarlos.  
Por lo cual, aunque vivan persuadidos  
De ser incorruptibles cielo y tierra,  
Y destinados a existencia eterna,  
La vista de un peligro tan urgente 880  
Introduce pavor y desconfianza  
En sus almas a veces, y les hace  
Temer no huya la tierra en un instante  
Con dirección al bátratro profundo,  
Y que el gran todo caiga detrás de ella,  
Y que no reste más de todo el mundo  
Que un cúmulo confuso de ruinas.  
Ahora debo explicar precisamente  
Cómo la mar no sabe qué es aumento.  
Admíranse de que la mar no aumenta 890  
Su volumen jamás con tantas aguas  
Como corren a ella y tantos ríos  
Como por todas partes desembocan:  
Junta las tempestades y las lluvias  
Que sobre mar y tierra caen a un tiempo  
Además de sus propios manantiales;  
¿Dejarán, sin embargo, de admirarse  
Si consideran que estas aguas juntas,  
Con el mar extendido comparadas,  
Viene a ser apenas una gota? 900  
Roba el calor del sol una gran parte,  
Pues vemos secan sus ardientes rayos  
En un instante la mojada ropa:

Será su acción más fuerte y más activa  
Sobre la faz inmensa de los mares  
Aunque el sol tome una porción muy corta  
De cada sitio de por sí, no obstante,  
Debe robar en extensión tan grande  
Cúmulo inmenso de marinas aguas.

Cuando con furia el mar barren los vientos, 910  
Se llevan tras de sí gran parte de agua;  
Porque es frecuente a veces en la noche  
Ver que se ponen secos los caminos  
Y endurecido el lodo con su soplo.

Además, te enseñé que los nublados  
Atraen a sí las aguas de los mares,  
Y por la haz de la tierra las esparcen  
Cuando llueve sobre ella, y cuando llevan  
Los vientos por la atmósfera las nubes.  
Por fin, supuesto que es la tierra un cuerpo 920  
Poroso, que la mar contigua ciñe  
Por todas partes, recibir no puede  
El mar en sí las aguas de la tierra  
Sin que reciba aquésta al mismo tiempo  
Las saladas del mar, que ciertamente  
Se filtran por el seno de la tierra,  
Y se recogen y se juntan todas  
Donde tienen los ríos nacimiento,  
Y fluyen dulcemente por la tierra,  
Por donde, una vez rota, facilita 930  
Que con líquido pie corran las aguas.

Explicaré al presente por qué causa  
Vomita a veces Etna por sus bocas  
Las llamas en espeso torbellino:  
La tempestad de fuego, dominando  
Con estrago en los campos sicilianos,  
No hizo mirar a los vecinos pueblos;  
No volviendo la vista a los torrentes  
De chispas y de humo, que cubrían  
La atmósfera: a la vez, les daba pena, 940  
De pávido cuidado hinchendo el pecho,  
Esperando los nuevos infortunios  
Que la Naturaleza preparaba.

Si de tales fenómenos deseas  
Tener conocimiento, es necesario  
Que des una ojeada vasta y grande  
Sobre Naturaleza, y que sus partes  
A la vez consideres todas juntas,  
Acordándote siempre que el gran todo,  
Es infinito, y que supone poco 950



El cielo comparado al universo;  
Y que es el hombre imperceptible cosa  
Si se compara con el orbe entero.  
Si tú penetras bien este principio,  
Si te convence una verdad tan clara,  
Ya no te admirarás de muchas cosas.  
    ¿Se admira acaso alguno de nosotros  
Si le abrasa a cualquiera ardiente fiebre,  
U otra cualquier enfermedad aguda  
Se extiende por sus miembros doloridos? 960  
Porque se hinchan los pies en un instante,  
El más vivo dolor coge los dientes,  
Y ataca alguna vez los mismos ojos:  
De San Antón el fuego va creciendo,  
Y extendiéndose abrasa todo el cuerpo,  
Sin admirarse, porque se conocen  
De muchos cuerpos las emanaciones:  
Y las exhalaciones de la tierra  
Y el aire infecto son muy suficientes  
Para dar ser y rápidos progresos 970  
A las enfermedades más terribles.  
Así se ha de creer que este gran todo,  
Como infinito, suministra al cielo  
Y a la tierra los átomos capaces  
De estremecer el globo de repente,  
De recorrer en rauda torbellino  
El mar y tierra, y de lanzar por Etna  
Copiosos fuegos, de inflamar el cielo:  
El mismo cielo si puede inflamarse  
Tan fácilmente como caen las lluvias 980  
A mares en la tierra cuando llegan  
A juntarse en la atmósfera las aguas.  
    Pero me dirás tú que estos incendios  
Son muy considerables: lo confieso;  
Así como parece grande un río  
A quien no vio jamás otro más grande:  
Y así un árbol, un hombre y todo cuerpo  
De la especie que quieras son disformes  
Para aquél que no ha visto otros mayores:  
Cuando nada suponen estos cuerpos, 990  
Aunque juntes el cielo, mar y tierra,  
Si con el Universo se comparan.  
    Pero expliquemos ora de qué modo  
La llama enfurecida en un instante  
De las vastas hornazas de Etna sale.  
Lo primero, está hueco todo el monte  
Por su parte interior; sobre cavernas

De pedernales casi está fundado:  
Así que, las cavernas todas tienen  
Vientos y aire, no siendo otra cosa 1000  
El viento más que el aire conmovido:  
Y cuando este elemento furibundo  
Llegó a inflamarse, y ha comunicado  
Su ardor a los peñascos y a la tierra,  
En torno de la cual sin cesar gira  
Y saca de ellos con veloces llamas  
Fuego devorador, él se levanta  
Y se arroja derecho por las bocas  
De la montaña, y a lo lejos echa  
La llama y la ceniza, y sale envuelto 1010  
Entre humo espeso y negro, y juntamente  
Lanza piedras de peso extraordinario:  
Sin que te quede duda ser efectos  
Del ímpetu furioso de los vientos.

En gran parte la mar, además, baña  
Las faldas de este monte, y las azota  
Con sus olas, y luego se retira:  
Por debajo de tierra las cavernas  
Desde la misma mar se comunican  
Con las altas gargantas de este monte: 1020  
No podemos dudar que entran los vientos  
Por estas bocas, y que se dirigen  
Soplando interiormente hacia la cumbre:  
Y por esto se ven volar las llamas,  
Y van a dar muy lejos los peñascos  
Y las nubes de arena se derraman:  
Hay en la cima unos embudos anchos  
Por do escapan los vientos, que los griegos  
Cráteres llaman, a los que nosotros  
Llamamos las gargantas o las bocas. 1030

Para algunos fenómenos no basta  
Dar una explicación; antes precisas  
Son otras muchas, para hallar alguna  
Entre ellas verdadera; por lo tanto,  
Si ves tú desde lejos el cadáver  
De algún hombre tendido sobre el suelo,  
Es preciso decir todas las causas  
De la mortalidad para que sepas  
La causa de la muerte de aquel hombre;  
Porque no puedes decidir si ha muerto 1040  
De muerte dada a hierro o por el frío,  
O por enfermedad o con veneno:  
En general sabemos que él ha muerto  
Por una de las causas que he nombrado;

Mas sólo los testigos oculares  
Pueden decir la causa verdadera:  
Así también estamos indecisos  
Sobre muchos fenómenos que vemos.

Crece el Nilo y rebosa por los campos  
En el estío, siendo el solo río 1050  
Que hay en todo el Egipto, y va regando  
Las campiñas en medio de calores;  
O bien porque reinando en el estío  
Etesios vientos, soplan aquilones  
Contra el embocadero y la corriente,  
Y su curso retardan y recrecen  
Las aguas, y se llena todo el río,  
Y le hacen que se pare; ciertamente  
El soplo de estos vientos se dirige  
Contra el curso del río, porque vienen 1060  
Etesios vientos de constelaciones  
Frías del polo boreal, y el Nilo  
Tiene su nacimiento en las regiones  
Del Mediodía, en los ardientes climas  
Que el sol visita en medio de su curso,  
Entre los hombres negros y tostados.

Grandes bancos de arena tal vez forman  
Al agua un dique en el embocadero  
Cuando el mar agitado con los vientos  
Hacia adentro la arena va metiendo, 1070  
Por lo que es menos libre su desagüe,  
Y la madre está menos inclinada,  
Y se refrena el ímpetu del río.

Por fortuna quizá en su nacimiento  
Las lluvias son también más abundantes  
En aquella estación en que las nubes  
Juntas al Mediodía son llevadas  
Por los vientos etesios a aquel lado,  
Las cuales se amontonan apiñadas  
Sobre la cumbre de elevados montes 1080  
Y la presión del peso las esparce.

Tal vez puede venir esta creciente  
De los montes alzados de la Etiopía,  
Cuando el sol, abrasando con sus rayos  
A la naturaleza, hace que bajen  
Las nieves derretidas a los campos.

Al presente diré qué cosa sean  
Aquellos sitios y funestos lagos  
Que se llaman avernos; este nombre  
Al principio les dieron con motivo 1090  
Del efecto que causan, porque matan

En general las aves; cuando vienen  
Volando por encima de estos sitios  
Directamente, de volar se olvidan  
Y, perdiendo sus alas los resortes,  
Torciendo la cabeza caen sin fuerzas  
Precipitadas en la tierra, o agua,  
Quizá conforme a la naturaleza  
De aquel averno que las da la muerte.

Cual es el que hay en Cumas y en Vesubio: 1100

Fuentes cálidas son las que vaporan  
Un humo espeso; y otro semejante  
Hay también en los muros atenienses,  
En el remate de la ciudadela,  
Cerca del templo de tritonia Palas:  
Do las roncadas cornejas jamás llegan  
Aunque las brinde el humo de las aras.  
Huyen tan azoradas las cornejas,  
No los vivos enojos de Minerva,  
Que con su vigilancia provocaron, 1110  
Según lo cantan los poetas griegos;  
Antes bien los vapores de este sitio,  
Muy suficientes para hacer se vuelvan,  
También cuentan que en Siria hay otro averno  
Do los mismos cuadrúpedos no pueden  
Sus pasos dirigir sin que al momento  
Los haga el vaho caer muertos en tierra,  
Así como si fueran conducidos  
A inmolarlos a dioses del Infierno.  
Efectos naturales, pues, son todos, 1120  
Y se puede atinar bien con sus causas  
Sin presumir que sean estos sitios  
Mucho más bien las puertas infernales  
Por do los dioses del obscuro imperio  
Atraen quizá las almas de los muertos  
Sobre la orilla de Aquerón; conforme  
A la opinión común de que la simple  
Aspiración de los ligeros ciervos  
Saca de sus guaridas las serpientes.

Recuerda la doctrina que he inculcado, 1130

A saber, que la tierra en sí contiene  
Un número muy grande de elementos  
Configurados de distinto modo:  
Que hacen vivir al hombre muchos de ellos;  
Que otros engendran las enfermedades  
Y aceleran su muerte: también dije  
Más o menos análogos ser todos  
A conservar diversos animales

Según sus diferentes contexturas  
Y su naturaleza muy diversa 1140  
Y elementales configuraciones:  
Entran muchos hiriendo los oídos;  
Despidiendo otros un olor ingrato,  
Con gran molestia hieren el olfato;  
Otros evita el tacto, otros la vista,  
Y son otros al gusto desabridos:  
La experiencia te enseña cuantos cuerpos  
Producen en el hombre sensaciones  
Ingratas y molestas y penosas.  
Hay árboles que tienen una sombra 1150  
Cargada de moléculas dañosas,  
La cual causa dolores de cabeza  
Muy fuertes a cualquiera que se tiende  
Debajo a descansar sobre la hierba.  
Del Helicón en la elevada cumbre  
Hay un árbol también que mata al hombre  
Con el olor infecto de sus flores:  
Y nacen todas estas producciones  
De la tierra, porque ella en sí contiene  
Gran copia de semillas combinadas 1160  
De modos infinitos y diversos,  
Con cuyas secreciones alimenta  
Cada individuo de por sí la tierra.  
Y recién apagada la luz echa  
Un olor de su pábilo, que afecta  
Desagradablemente nuestro olfato,  
Adormece los hombres y los tumba  
Como si padecieran la epilepsia:  
Y se cae la mujer adormecida  
Con el olor subido del castóreo; 1170  
Y la obra delicada se desliza  
De entre sus tiernas manos si lo huele  
Al tiempo de pagar menstruó tributo:  
Además también hay otras substancias  
Que aflojan el sistema de los miembros  
Y el alma recogida bambolean:  
En fin, si te estuvieras mucho tiempo  
En un baño caliente, o te sumerges  
En el mismo saliendo de la mesa,  
¡Cuánto no hay que temer el que te caigas 1180  
En medio de las aguas sin sentido!  
Y el activo vapor de los carbones  
¡Qué pronto se introduce en el cerebro  
Si no bebemos agua de antemano!  
Golpe de muerte da el olor del vino

A aquel hombre que tiene consumidos  
Todos sus miembros en la ardiente fiebre.  
¿No ves también cómo en la misma tierra  
Nace el azufre y el betún que exhalan  
Un olor penetrante? Por fin, cuando 1190  
Con el hierro en la mano van los hombres  
Rasgando las entrañas de la tierra  
Para buscar las venas de oro y plata,  
¿Qué vapores no salen de la mina?  
¿Qué olores tan mortales no se exhalan  
De este rico metal que yace en ella?  
¿No ves la cara y tez descolorida  
De los míseros que andan condenados  
Por la ley a trabajos tan penosos?  
¿Cuán en breve perecen no has oído 1200  
Y cuán corto es el plazo de su vida?  
Así, es preciso que la tierra exhale  
Todos estos vapores esparcidos.  
Por fuera en las llanuras de los aires.  
Así deben también avernos sitios  
Echar de sí mortíferos vapores  
A las aves; los cuales se levantan  
Desde la misma tierra por los aires,  
Y parte de la atmósfera envenenan,  
Y cuando llega allí volando el ave, 1210  
La ponzoña invisible la entorpece  
Allí su movimiento, y cae derecha  
Donde el vapor dirige su caída;  
Do, ya precipitada, el mismo tufo,  
Entonces más activo lanza fuera  
De sus miembros los restos de la vida;  
Porque el primer ataque solo excita  
En el ave unas ciertas convulsiones;  
Pero ya que una vez están caídas  
Las aves en las fuentes ponzoñosas, 1220  
Allí el último aliento de la vida  
Exhalan de ponzoña circundadas.  
Puede también que estas exhalaciones  
Enrarezcan la masa de aire puesta  
Entre la tierra y aves, de manera  
Que esté casi vacío aquel espacio:  
Cuando vienen volando por encima  
De estos sitios las aves, al momento  
En medio del vacío inútilmente  
Mueven las alas, ni su esfuerzo ayuda 1230  
Alguna reacción, porque, no hallando  
Mas apoyo en el aire, y no pudiendo

Sostenerse en sus alas, las obliga  
Con su peso a caer naturaleza;  
Y ya tumbadas dentro del vacío,  
Por los poros del cuerpo echan el alma.

Está más fría el agua de los pozos  
En el estío porque enrareciendo  
El calor a la tierra, prontamente  
Disipa por los aires las semillas 1240  
De fuego que tal vez en sí contiene.  
Cuando más caldeada esté la tierra,  
Tanto más fría debe estar el agua  
Escondida en su seno; y al contrario,  
Cuando aprieta, condensa y une el frío  
Toda su superficie, debe entonces  
Por esta, comprensión hacer que se entre  
En lo hondo de los pozos todo el fuego  
Que haya diseminado por la tierra.

Junto al templo de Ammón hay una fuente 1250  
Que está helada entre día, según dicen,  
Y caliente de noche: mucho admiran  
Los hombres esta fuente, y se persuaden  
Que oculto el sol debajo de la tierra,  
La calienta al instante que la noche  
Cubre la tierra con terrible sombra:  
Pero esta explicación es muy contraria  
A la filosofía verdadera:  
Porque si el sol, que tanta fuerza tiene  
Sobre nuestras cabezas levantado, 1260  
Por contacto inmediato no ha podido  
Siquiera calentar la superficie,  
¿Cómo debajo de los pies podría  
Por medio de una masa tan espesa  
Como la tierra hacer hervir el agua  
Y en ella introducir su ardiente fuego,  
Cuando el ardor apenas de sus rayos  
Penetra las paredes de las casas?  
¿Del fenómeno, pues, cuál es la causa?  
Es que la tierra está más esponjosa 1270  
Y que en ígneas semillas más abunda  
Junto a la fuente que por más afuera:  
Cuando en sus sombras húmedas la noche  
El orbe sepultó, la tierra al punto  
Que cerca el manantial se va enfriando,  
Y encógese como si la apretaran  
Con la mano, de modo que en la fuente  
Exprime las partículas de fuego  
De que ella esta impregnada, y comunica

Al agua aquel calor que experimentan 1280  
El tacto y paladar: cuando los rayos  
De sol nacientes de seguida abrieron  
Los poros de la tierra, y su tejido  
Enrareció la mezcla de sus fuegos,  
Se vuelven a su asiento primitivo  
Las partículas ígneas, y se cuela  
Todo el calor del agua por la tierra:  
Fría está así la fuente por el día.

Por otra parte, herida el agua entonces  
Por los rayos del sol, y enrarecida 1290  
Con sus trémulos fuegos, es preciso  
Exhale los corpúsculos de fuego  
Que ella contiene, así como despide.  
Las moléculas, frías otras veces,  
Y deshace los hielos que la ataban  
Y como prisionera, la tenían.

También hay una fuente de agua fría  
Sobre la cual, echando alguna estopa  
Se enciende y echa llamas de repente,  
Y una tea se prende de este modo, 1300  
Y va luciendo en medio de las aguas  
Por do su luz nadante el aire impele:  
Sin duda porque el agua de esta fuente  
Contiene en sí muchísimas semillas  
De fuego, y es preciso que reciba  
De aquella tierra que es como su lecho  
Un montón de partículas de fuego,  
Que subiendo a lo alto se derraman  
Por toda el agua, y por defuera a un tiempo.  
Se exhalan, y se esparcen por los aires; 1310  
Pero no son tan vivas las semillas  
Que puedan calentar la misma fuente.

Una impulsión secreta determina  
Todas estas moléculas dispersas  
A salir pronto fuera y congregarse  
Por encima del agua: de este modo,  
El agua dulce de la fuente Aradia  
Corre y aparta las saladas ondas  
De alrededor: y en otras muchas playas  
Ofrece el mar recursos semejantes, 1320  
Gratos a los sedientos marineros,  
Manando el agua dulce entre saladas.  
Pues por un mecanismo semejante  
Las partículas ígneas salir pueden  
Entre las ondas, y lanzarse fuera  
Para encender la estopa: luego que ellas



Allí están reunidas, y se pegan  
A la substancia de la tea, al punto  
Se prenden fácilmente, porque tienen  
Gran número de partes inflamables 1330  
Las estopas y teas por su parte.

¿No ves cómo la lámpara que acaba  
De morir, si la arrimas a otra que arde,  
Antes de ser tocada arde de nuevo?  
Pues lo mismo sucede con la tea:  
Ahora no trato yo de muchos cuerpos  
Que se inflaman de lejos con la misma  
Impresión del calor, antes que llegue  
A tocarlos de cerca el mismo fuego:  
Luego de aquella fuente los efectos 1340  
Pueden ser explicados, de este modo.

Empezaré tratando yo al presente  
Por qué ley natural al hierro puede  
Atraer esta piedra que los griegos  
Magnética llamaron en su lengua;  
Por qué tienen el nombre de Magnesios  
Los pueblos y el país donde se encuentra.  
Admíranse los hombres de esta piedra,  
Porque viene a formar una cadena  
De pendientes anillos unos de otros; 1350  
A veces se ven cinco y más anillos  
Que van en línea recta descendiendo,  
Y los agitan los suaves aires,  
Y uno debajo de otro asido cuelga;  
Y ellos se comunican mutuamente  
La virtud atractiva de la piedra:  
Tanto su actividad llega a extenderse.

Antes que estos fenómenos explique  
Tengo yo que sentar muchos principios  
Para decir la causa verdadera: 1360  
Sólo podemos arribar a ella  
Por medio de grandísimos rodeos:  
Presta, pues, atención a mis palabras.

Debes tener presente desde luego  
Que todos cuantos cuerpos vemos lanzan  
Perpetuamente unos derramamientos,  
Unas emanaciones que nos hieren  
Los ojos, y producen en nosotros  
La sensación de ver; y los olores  
No son más que continuas emisiones 1370  
De ciertos cuerpos: como emana el río  
De fluidos, y emanan los calores  
Del sol, y de la mar la sal que roe

Los edificios que hay en las riberas:  
Cuando nos paseamos en la playa  
De continuo nos zumban los oídos,  
Y un salino vapor entra en la boca  
Hiriendo el paladar jamás miramos  
Preparar el ajenjo sin que al punto  
El amargor sintamos: luego envían 1380  
Todos los cuerpos siempre emanaciones  
De toda especie, las que se dirigen  
A todas partes sin reposo alguno  
Y sin cesar jamás, pues de continuo  
Tenemos sensaciones, y podemos  
Ver, y oler y oír a cada instante.

Te volveré a traer a la memoria  
Lo porosos que son todos los cuerpos;  
Un principio que ya te he demostrado  
En el Canto primero del poema, 1390  
Que nos da a conocer muchas verdades;  
Mas sobre todo explica de tal suerte  
El fenómeno extraño que pretendo,  
Declararte ahora mismo, que no puedo  
Prescindir de probarte nuevamente  
Que de todos los cuerpos conocidos  
No existe uno siquiera que no tenga  
Su tejido mezclado con vacío.

Las bóvedas chorrean en las grutas  
Un humor que destilan gota a gota: 1400  
Mana el sudor por todo nuestro cuerpo:  
Crece la barba y pelos en los miembros:  
Repartido el sustento por las venas,  
Sostiene y acrecienta los extremos  
De nuestro cuerpo, y aun las mismas uñas:  
También sentimos que el calor y frío  
Penetran por el cobre, y por la plata  
Y por el oro su impresión sentimos  
Cuando tenemos una copa llena:  
Por último, atraviesan los sonidos 1410  
El espesor de la pared, y se entran  
Por ellas el olor, calor y frío;  
Traspasan aun de hierro la coraza  
Que ciñe todo el cuerpo del guerrero:  
Vienen de fuera las enfermedades  
Casi por lo común; y los contagios  
Que nacen de la tierra, o en el aire,  
Así como se forman se disipan,  
En un instante porque no hay un Cuerpo  
Que no encierre vacío en su tejido. 1420

Añádase que las emanaciones  
De los cuerpos no tienen todas ellas  
Unas mismas sensibles cualidades  
Ni igual analogía con los cuerpos  
Sobre los cuales obran: ante todo,  
El sol cuece la tierra y la deseca,  
Mientras derrite el hielo y con sus rayos  
Hace que corran de los altos montes  
Nieves amontonadas, y liquida  
Con su mismo calor, en fin, la cera: 1430  
También disuelve el fuego cobre y oro,  
Mientras contrae y encoge carne y cueros:  
A la verdad, el hierro caldeado  
Adquiere un nuevo grado de dureza  
Cuando le echan en agua; y al contrario,  
Endureciendo el fuego carne y cuero,  
El agua los ablanda; el acebuche,  
Cuyo amargor es insufrible al hombre,  
Es para las cabrillas más sabroso  
Que el néctar y ambrosía. Por fin, huye 1440  
La mejorana el cerdo de ordinario,  
Y teme toda clase de perfumes,  
Porque son el veneno más activo  
Para el cerdoso puerco los que a veces  
Parece que nos vuelven a la vida:  
Por el contrario, empero, siendo el cieno  
La misma suciedad para nosotros,  
Parece a los marranos lo más limpio,  
Do se revuelcan todos sin hartura.  
Aún me falta sentar otro principio 1450  
Antes que empiece a hablar de lo que he expuesto,  
Y es que, teniendo muchos intersticios  
Todos los cuerpos, no deben aquéllos  
Ser entre sí del todo semejantes;  
Antes debe tener cada uno de ellos  
Naturaleza y usos peculiares:  
Porque los animales ciertamente  
Tienen varios sentidos, y cada uno  
Tiene su objeto propio: los sonidos  
Por sus propios conductos se insinúan; 1460  
Los sabores y olores van por otros  
Que tienen ciertamente analogía  
Con su naturaleza y su tejido:  
Además, hay también emanaciones  
Que penetran las piedras, y otras pasan  
Por la madera, y otras por el oro,  
Y algunas por la plata y por el vidrio,

Porque los simulacros se introducen  
Por los poros del vidrio, y se insinúa  
El calor en los poros, de oro y plata: 1470  
Y hay corpúsculos que entran más ligeros,  
Y otros más tardos, por el mismo cuerpo.  
Arriba dije que estas diferencias  
Son una consecuencia necesaria  
De la infinita variedad que ha puesto  
Y ha establecido la Naturaleza  
Entre los intersticios de los cuerpos.  
Con tanta solidez establecidas  
Todas estas verdades proemiales,  
Es fácil explicar lo que buscamos, 1480  
De suyo descubriéndose la causa  
De la atracción del hierro: desde luego  
Es preciso que emanen de continuo  
De la misma substancia de la piedra  
Infinitos corpúsculos, o sea,  
Un activo vapor que con sus golpes  
Dé raridad a aquel aire que media  
Entre el imán y el hierro: cuando encuentran  
Este espacio intermedio ya vacío  
Se dirigen a él en el momento 1490  
Los principios del hierro muy unidos,  
Por lo que todo el cuerpo del anillo  
Sigue la misma dirección: no hay cuerpo  
Que tenga los principios más trabados  
Que los del hierro, este metal tan firme  
Que casi es al calor inaccesible.  
No es maravilla, como dije antes,  
Que la tendencia de sus elementos  
En número copioso hacia el vacío  
Arrastren tras de sí todo el anillo: 1500  
Así es en realidad, y siempre avanza  
Hasta que toca con la misma piedra  
Y se une con compases invisibles:  
Obra el imán en todas direcciones  
El vacío se forma en todas partes,  
Bien hacia arriba, bien lateralmente;  
Los anillos vecinos al momento  
Se inclinan al espacio enrarecido,  
Conducidos de choques exteriores,  
Pues su misma tendencia no podría 1510  
De esta manera unirlos en el aire:  
Otra causa hay también que favorece  
A aquesta dirección, y que acelera  
El movimiento: y es que, apenas

El aire se enrarece, y el vacío  
Por la parte de encima del anillo  
Llega a formarse, en el momento el aire  
Inferior, sacudiendo en el anillo,  
Le impele por detrás en cierto modo,  
Porque todos los cuerpos son batidos 1520  
Sin cesar por el aire que los cerca:  
Pero en esta ocasión hacen los golpes  
Avanzar el anillo, porque arriba  
Hay un vacío para recibirle:  
Cuando el aire que digo se ha esparcido  
En los poros del hierro y se ha insinuado  
Hasta sus más sutiles elementos,  
Los impele y los hace que adelanten  
Como el viento las velas y la nave.

Deben, en fin, tener todos los cuerpos 1530  
El aire en su tejido, porque todos  
Son porosos, y el aire de continuo  
Los rodea y los toca; pues metido  
Este fluido sutil dentro del hierro,  
Se agita con continuo movimiento,  
Y por esto sacude en el anillo  
Y por dentro sin duda le menea,  
Y ya con él se inclina hacia el vacío  
Al cual todas sus fuerzas encamina

También sucede alguna vez que el hierro 1540  
Se aparta del imán: algunas veces  
Le huye y le sigue alternativamente:  
Hierro de Samotracia y limaduras  
He visto yo saltar y revolverse  
En un vaso de cobre si acercaban  
Esta piedra de imán por el asiento;  
El hierro parecía que impaciente  
Huía de la piedra: hace que nazca,  
Tanta discordia el interpuesto cobre,  
Porque sin duda, las emanaciones 1550  
Del cobre entonces se apoderan antes  
Y poseen del hierro los conductos:  
Las del imán, que vienen en seguida,  
Todos los pasos hallan ocupados,  
Y no pudiendo entrarse como antes  
Con precisión se arrojan sobre el hierro,  
Y chocan con sus olas el tejido  
De este metal: la piedra así repele,  
Y agita por el cobre el mismo cuerpo,  
que sin este obstáculo se uniera. 1560

No debes extrañar que no produzcan

El mismo efecto las emanaciones  
De piedra imán sobre los otros cuerpos;  
La pesadez de algunos, como el oro,  
Los tiene inmóviles; y otros, como el leño,  
Tienen poros muy anchos, por los cuales  
Pasan emanaciones sin tocarlos  
Y sin causar agitación en ellos:  
Entre estas dos especies tiene el medio  
El tejido del hierro, al cual impelen 1570  
De esta manera las emanaciones  
De piedra imán cuando impregnado se halla  
De unas ciertas partículas de cobre.

Sin embargo, el fenómeno que explico  
No es tan extraño en la naturaleza  
Que no pueda citar otras uniones  
Tan íntimas como éstas: ves trabarse  
Por medio sólo de la cal las piedras,  
Y la cola de toro une las tablas  
Tan fuertemente, que antes faltarían 1580  
Las vetas y las partes esenciales  
De la madera que esta unión faltase:  
Gusta el vino mezclarse con el agua;  
La pez no puede hacerlo con su peso,  
Ni con su levedad puede el aceite:  
Se identifica tanto con la lana  
La púrpura, que no puede quitarse  
De modo alguno su color, aun cuando  
Se intente renovarle a fuerza de agua,  
Aun cuando todo el mar quiera lavarle 1590  
Y con todas sus aguas desteñirle:  
El oro se incorpora con la plata  
Con la ayuda del fuego, últimamente,  
Y une el estaño cobres diferentes:  
¿Y cuántas otras mezclas encontrara  
Tan íntimas como ésta si quisiera?  
¿Pues, cómo no? porque no necesitas  
De tantas menudencias, y no es justo  
Que emplee en esto yo un trabajo inútil:  
Réstanos abrazar en un principio 1600  
Muchos hechos a un tiempo: si dos cuerpos  
Se encuentran con tejidos tan opuestos  
Que a los huecos del uno correspondan  
Eminencias del otro, su juntura  
Es muy perfecta: así pueden juntarse  
Con especies de anillos y de anzuelos,  
Como sucede en el imán y el hierro.  
Ahora voy a explicarte yo la causa

De las enfermedades contagiosas;  
De estas plagas terribles, que derraman 1610  
Sobre hombres y ganados de repente  
La mortandad. Primero enseñé arriba  
Que en la atmósfera había una gran copia  
De corpúsculos, que unos dan la vida,  
Enfermedad y muerte engendran otros:  
Cuando da ser Acaso a los postreros  
El aire se corrompe y se inficiona:  
La enfermedad activa y pestilente  
O de clima extranjero es transmitida  
Por la vía del airé, como nubes 1620  
Y tempestades, o del mismo seno  
De la tierra se engendra, cuando han sido  
Corrompidos sus húmedos terrones  
Con el calor y lluvias desregladas.

¿No observas tú que la mudanza de aire  
Y la del agua la salud atacan»  
Del hombre que está lejos de su patria?  
Porque allí encuentra un aire diferente  
Del que ha solido respirar en casa.  
¿Por ventura, no encuentras diferencia 1630  
Entre la inglesa atmósfera y Egipto,  
Por do el eje del mundo se ladea?  
¿Y no difieren entre sí los climas  
Del Ponto, y el que llega desde Cádiz  
Hasta los pueblos negros y tostados?  
Como estas cuatro plagas se hallen puestas  
A cuatro vientos, como estén situadas  
Bajo de cuatro climas diferentes,  
En situación tan sólo no difieren,  
Sino también en el color y forma 1640  
De sus habitantes, y parece  
Que están sujetos a distintos morbos.

Es una enfermedad la elefancia  
Que nace hacia las márgenes del Nilo,  
No en otra parte, en medio del Egipto:  
En Ática, las piernas adolecen,  
Y los ojos enferman en Acaya,  
Y otras tierras atacan otros miembros;  
Del aire nacen estas diferencias:  
Porque si el aire de extranjero clima 1650  
De peligrosa cualidad dotado  
Se muda y va viniendo hacia nosotros,  
Se arrastra lentamente como nube  
Altera y muda todas las regiones  
De la atmósfera por donde camina:

Cuando llegó a la nuestra últimamente  
La corrompe, y así se la asimila  
Y nos la hace contraria: se derrama  
Este nuevo contagio y pestilencia  
Al punto por las aguas, y se pega 1660  
A las mieses y humanos alimentos  
Y a la comida pastos de ganados;  
O se queda colgado algunas veces  
Su contagio en el aire, y no podemos  
Respirar este fluido mezclado  
Sin sorber su infección al mismo tiempo.  
Coge la pestilencia de ordinario  
Lo mismo al buey que a la balante oveja:  
¿Pué importa que nosotros nos vayamos  
A otro clima mal sano y enfermizo 1670  
A una atmósfera nueva; que nos traiga  
Naturaleza un aire pestilente  
Y extranjeros corpúsculos que puedan  
Con su pronta irrupción darnos la muerte?  
Unas enfermedades de esta especie,  
Causadas por mortíferos vapores,  
En los pasados tiempos devastaron  
Los campos de los términos Cecropios,  
E hicieron los caminos soledades,  
Dejaron la ciudad sin pobladores; 1680  
Porque naciendo en lo interior de Egipto,  
Después de atravesar vastos espacios  
De aire y de mar, por último se echaron  
Y sobre el pueblo de Pandión cayeron:  
Todos los habitantes a millares  
Se rendían al morbo y a la muerte:  
La enfermedad cogía la cabeza  
Con fuego devoraz, y se ponían  
Los ojos colorados y encendidos;  
Estaba la garganta interiormente 1690  
Bañada de un sudor de negra sangre,  
Y el canal de la voz se iba cerrando  
En fuerza de las úlceras; la lengua,  
Intérprete del alma, ensangrentada,  
Débil con el dolor, pesada, inmóvil,  
Áspera al tacto: cuando descendía  
Después aquel humor dañoso al pecho  
Desde las fauces, y se recogía  
Alrededor del corazón enfermo,  
Entonces los apoyos de la vida 1700  
A un tiempo vacilaban, y la boca  
De adentro un olor fétido exhalaba



Como el de los cadáveres podridos;  
Y las fuerzas del alma se perdían,  
Y con su languidez tocaba el cuerpo  
En los mismos umbrales de la muerte.  
Se juntaba a estos males insufribles  
Una congoja de inquietud perpetua  
Y una queja revuelta con gemidos,  
Y sollozar perenne noche y día, 1710  
Que sin cesar los nervios irritando,  
Envarando los miembros, desatando  
Las articulaciones, consumían  
A los que sucumbían ya cansados  
A la fatiga. Las extremidades  
De sus cuerpos no obstante parecían  
Estar no muy ardientes, ofreciendo  
Tibia impresión al tacto: al mismo tiempo  
Estaba colorado todo el cuerpo,  
Con úlceras así como inflamadas, 1720  
Como si hubiera sido derramado  
Fuego de San Antón sobre sus miembros.

Un ardor interior los devoraba  
Hasta los mismos huesos, y la llama  
En su estómago ardía como hornaza:  
La más ligera ropa los ahogaba;  
Al aire y frío expuesto de continuo,  
Unos a helados ríos se tiraban  
A causa de aquel fuego en que se ardían,  
En las aguas más frías zabullendo; 1730  
Desnudo el cuerpo se arrojaban otros  
En hondos pozos; con la boca abierta,  
Ansiosos de beber, a ellos venían,  
Y su insaciable sed no distinguía  
Las aguas abundantes de una gota  
Cuando sus cuerpos áridos metían:  
Ningún descanso el mal les otorgaba;  
Tendido estaba el cuerpo fatigado;  
La medicina al lado barbotaba  
Con temor silencioso: revolvían 1740  
Noches enteras sus ardientes ojos  
A un lado y otro sin probar el sueño.  
Y muchos otros síntomas mortales  
Se notaban también además de éstos:  
Alma agitada de temor y pena  
Sobrecejo furioso y hosco rostro,  
Los oídos inquietos con zumbidos,  
Viva respiración, o fuerte y lenta,  
Cuello bañado de un sudor brillante,

Poca saliva como azafranada 1750  
Y cargada de sal de sus gargantas  
Con fuerte tos apenas arrojada.  
Se aticiaban los nervios de las manos,  
Los miembros tiritaban, y subía  
El frío de la muerte poco a poco  
Desde los pies al tronco: últimamente,  
Al acercarse el tiempo postrimero  
Tenían las narices encogidas  
Y su punta afilada, ojos hundidos,  
Huecas las sienes, la piel fría y ruda, 1760  
Los labios abultados, resaltaba  
Tirante frente; a poco fallecían:  
El sol octavo o nono los veía  
Las más veces lanzar su último aliento.  
Mas si alguno escapaba de la muerte,  
Como a las veces sucedía, en fuerza  
De secreciones de úlceras malignas  
Y de negros despeños, sin embargo,  
La misma podre y muerte le aguardaban,  
Aunque más tarde: sangre corrompida 1770  
De su nariz corría en abundancia,  
Con dolores muy fuertes de cabeza;  
Todas las fuerzas, toda la substancia  
Del hombre así llegaban a perderse.  
Si no salía el mal por las narices,  
Y si no ocasionaba esta hemorragia,  
Atacaba los nervios, se extendía  
El morbo por los miembros, y cogía  
Hasta las mismas partes genitales:  
Y unos, temiendo la cercana muerte, 1780  
Vivían por el hierro mutilados  
De su virilidad; privados otros  
De manos y de pies, quedaban vivos;  
Y perdían, en fin, otros la vista:  
Tan poderoso miedo de la muerte  
Cogió a estos infelices, y hubo algunos  
Que perdieron del todo la memoria  
Y aun a sí mismos no se conocían.  
Aunque en tierra yacían insepultos  
Montones de cadáveres, las aves 1790  
Y voraces cuadrúpedos huían  
Su hedor intolerable, y no tardaban,  
Si los probaban, en perder la vida:  
Las aves, sin embargo, no salían  
Impunemente por aquellos días,  
Ni dejaban las fieras alimañas

Las selvas por la noche; casi todas  
Sucumbían al morbo y fenecían:  
Principalmente los leales perros  
En medio de las calles extendidos 1800  
Enfermos daban el postrer aliento,  
Que arrancaba el contagio de sus miembros.  
Precipitadamente arrebataban  
Sin pompa los cadáveres: no había  
Allí un seguro y general remedio:  
La pócima que había prolongado  
La vida a unos, a otros daba muerte.

Pero allí lo más triste y deplorable  
Era que algunos de estos infelices  
Que se veían presa del contagio 1810  
Se despechaban como criminales  
Condenados a muerte, se abatían,  
Veían siempre a par de sí la muerte,  
Y en medio de terrores perecían.  
Multiplicaba empero las exequias  
Principalmente el ávido contagio,  
Que no cesaba ni un instante solo  
De irse comunicando de uno en otro;  
Porque aquéllos que huían las visitas  
De dolientes amigos por codicia 1820  
De la vida o por miedo de la muerte,  
Víctimas insensibles perecían  
Dentro de poco tiempo, abandonados,  
Necesitados y menesterosos,  
Como lanar ganado y como bueyes:  
Mas los que no temían presentarse  
Al contagio y fatiga se rendían,  
Viendo que el pundonor y tiernas quejas  
De amigos moribundos precisaban  
Entonces a llenar estos deberes. 1830  
Porque el más virtuoso ciudadano  
Acababa la vida con tal muerte:  
Y después de enterrar la muchedumbre  
De sus prendas más caras, se volvían,  
Fatigados de llantos y gemidos,  
A encamarse, muriendo de tristeza:  
Por fin, en estos tiempos de desastre  
Muertos o moribundos, o infelices  
Que los lloraban, sólo se veían.  
Además, ya pastores y vaqueros 1840  
Y el fuerte conductor del corvo arado  
Enfermaban también, y los buscaba  
La contagión dentro de sus cabañas,

Y allí los daban muerte inevitable  
La pobreza y el morbo: se velan  
A veces los cadáveres tendidos  
De los padres encima de los hijos,  
Y los hijuelos el postrer aliento  
Sobre padres y madres exhalaban.  
El contagio en gran parte provenía 1850  
De la gente del campo, que a millares  
A la ciudad enfermos acudían:  
Todos los sitios públicos y casas  
Estaban llenos; por lo mismo entonces  
Con más facilidad amontonaba  
Apiñados cadáveres la muerte.  
Muchos de sed morían en las calles;  
Y después de haber otros arrastrado  
Hacia las fuentes públicas sus cuerpos,  
Sin vida allí quedaban extendidos, 1860  
Ahogados al sentir la gran dulzura  
Que les causaba el agua que bebían:  
Y las calles estaban ocupadas  
De unos lánguidos cuerpos medio muertos  
Hediondos y sucios y andrajosos,  
Cuyos miembros podridos se caían:  
La piel sola tenían sobre el hueso,  
En la que ya las úlceras y podre  
Habían producido el mismo efecto  
Que hace la sepultura en el cadáver. 1870  
La muerte, en fin, llenó de cuerpos muertos  
Todos los templos santos de los dioses,  
Y estaban de cadáveres sembrados  
Todos los edificios de deidades;  
Los hicieron posadas de finados  
Los sacristanes: importaba poco  
La religión ya entonces y los dioses,  
Porque el dolor presente era excesivo.  
Y se olvidó este pueblo en sus entierros  
De aquellas ceremonias tan antiguas 1880  
Que en sacros funerales se observaban:  
Andaba todo él sobresaltado,  
Y en este general abatimiento  
Cada cual enterraba a quien podía:  
Y la necesidad y la indigencia  
Horrorosas violencias inspiraron;  
Porque algunos gritando colocaban  
A sus parientes en la pira ajena,  
Y poniéndola fuego por debajo,  
Con mucha sangre a veces pendenciaban 1890

Antes que los cadáveres soltasen. 1891

#### Apéndice

Fundado el poema La Naturaleza de Lucrecio en la doctrina filosófica de Epicuro, juzgamos oportuno dar a conocer esta doctrina publicando aquí las tres cartas del citado filósofo que incluye Diógenes Laercio en su obra titulada Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres, que, vertida del griego al castellano por D. José Ortiz Sanz, figura en nuestra Biblioteca Clásica.

Estas tres cartas son exposición auténtica del sistema filosófico de Epicuro. La primera, dirigida a Heródoto, versa sobre la Naturaleza; la segunda, a Pitocles, explica los meteoros, y la tercera y más importante escrita a Meneceo, expone la moral de la filosofía epicúrea.

En ellas hay incluídos algunos párrafos originales de Laercio, pero éstos van entre paréntesis rectangulares.

#### Epicuro a Heródoto: gozarse

Para los que no puedan, oh Heródoto, indagar cada cosa de por sí de las que he escrito acerca de la Naturaleza, ni estudiar libros voluminosos, hago este resumen de todo ello, a fin de darles un entero y absoluto memorial de mis opiniones y de que puedan en cualquier tiempo valerse de él en las cosas más importantes, caso que se dediquen a la contemplación de la Naturaleza. Aun los aprovechados en el estudio del universo deben esculpir en la memoria una imagen elemental de todo, pues más necesitamos de un prontuario general y memorial abreviado, que de las cosas en particular. Entraremos, pues, en él, y lo encomendaremos repetidas veces a la memoria, para que cuando emprendamos la consideración de cosas importantes concebidas antes, e impresas en la memoria las imágenes o elementos generales, hallemos también exactamente las particulares. Lo primero y principal en un aprovechado es poder usar diestramente de su discurso cuando se ofrezca, tanto en los compendios simples y elementales, cuanto en la contemplación de las voces. Ello es que no es posible sepa la inmensa muchedumbre de las cosas en general quien no sabe reducir a pocas palabras toda su serie y cuanto se halle tratado antes particularmente. Por lo cual, siendo útil a cuantos se dedican a la fisiología este método de escribir y amonestado muchas veces a ejecutarlo por los físicos, singularmente los dados a esta tranquilidad de vida, conviene formar éste tal cual compendio de los primeros elementos de las opiniones.

Primeramente, pues, oh Heródoto, conviene entender el significado de las voces, para que con relación a él podamos juzgar de las cosas, ya opinemos, ya inquiramos, o ya dudemos, a fin de que no resulte un proceso en infinito andando las cosas vagas e irresolutas, y no estemos sólo con lo vano de las voces. Es, pues, necesario lo primero atender a la noción de cada palabra, y ya nada necesita de demostración, pues tendremos lo

inquirido, lo dudado y lo opinado sobre que nos aprovechemos, o bien conviene observar todas las cosas según los sentidos, simplemente según las accesiones, ya del entendimiento, ya de cualquiera criterio. En el mismo grado se hallan las pasiones; con lo cual tenemos por donde notar lo permanente y lo cierto.

Conocidas estas cosas, conviene ya ver las ocultas. Será lo primero, que nada se hace de nada o de lo que no existe; pues de lo contrario, todo nacería de todo sin necesitar de semillas. Y si lo que se corrompe no pasara a ser otra cosa, sino a la no existencia, ya todo se hubiera acabado. Pero el universo siempre fue tal cual es hoy, tal será siempre, y nada hay en que se convierta; pues fuera del mismo universo nada hay a que pueda pasar y en que pueda hacer mudanza. Esto ya lo dije al principio del Epítome mayor, y en el primero de los libros De la Naturaleza. El universo es cuerpo; y que hay cuerpos en todo, lo atestigua el sentido, estribando en el cual, es fuerza concluir de lo oculto por medio del raciocinio, como dije antes. Si no hubiese el que llamamos vacuo, el lugar, y la naturaleza intocable, no tendrían los cuerpos adonde estuviesen, ni por donde se moviesen, como es claro se mueven. Fuera de esto, nada puede entenderse ni aun por imaginación, comprensivamente, o análogamente a lo comprensible, como que está recibido por todas las naturalezas, y no como que se llaman secuelas y efectos de ello. [Esto mismo dice en el libro I De la Naturaleza, en el XIV, en el XV y en el Epítome grande.]

De los cuerpos, unos son concreciones y otros son cuerpos simples de que las concreciones se forman. Son éstos indivisibles e inmutables, puesto que no pueden pasar todos a la no existencia, antes bien perseveran firmes cuando se disuelven los compuestos, siendo llenos por naturaleza, y no tienen en qué ni cómo se disuelvan. Así, los principios de las cosas precisamente son las naturalezas de estos cuerpos átomos o indivisibles. Aun el universo es infinito e ilimitado: porque lo que es limitado tiene término o extremo: el extremo se mira por causa de otro: así, lo que no tiene extremo tampoco tiene fin; lo que no tiene fin es infinito y no limitado. El universo es infinito, ya por la muchedumbre de estos cuerpos, ya por la magnitud del vacuo: porque si el vacuo fuese infinito y los cuerpos finitos, nunca estos cuerpos reposarían, sino que andarían dispersos por el vacuo infinito, no teniendo quien lo fijase y comprimiase en sus choques y percusiones. Si el vacuo fuese finito y los cuerpos infinitos, no tendrían estos cuerpos infinitos adonde estar.

Más: estos cuerpos indivisibles y llenos, de los cuales se forman las concreciones y en los cuales se disuelven, son incomprensibles o incapaces de ser circunscritos, por la variedad de sus figuras; pues no es posible que la gran diferencia de estas mismas figuras conste de átomos comprendidos. Y más, que cada figura contiene simplemente infinitos átomos; aunque en las

diferencias o variedades no son simplemente infinitos, sino sólo incomprensibles. [Pues, como dice más abajo, no hay división en infinito. Dice esto porque sus cantidades se mudan; si no es que alguno las eche simplemente al infinito aun en cuanto a las magnitudes.]

Los átomos se mueven continuamente. [Y más abajo dice «que se mueven con igual celeridad de movimiento, prestándoles el vacuo perpetuamente semejante viaje, tanto a los levísimos cuanto a los gravísimos. Que unos están muy distantes entre sí; otros retienen su

trepidación cuando están inclinados a complicarse, o son corroborados por los complicables. La naturaleza del vacuo que separa cada átomo es quien obra esto, ya que no puede darles firmeza. La solidez que ellos tienen causa su trepidación y movimiento, a efectos de la colisión. Que estos átomos no tienen principio, supuesto que ellos y el vacuo son causa de todo.» Dice también más adelante: «Que los átomos no tienen ninguna cualidad, excepto la figura, la magnitud y la gravedad.» Y en el libro décimo de sus Elementos o Instituciones afirma: «Que el color de los átomos se cambia según la variedad de sus posiciones; como también que acerca de ellos no se trata de magnitud propiamente tal, puesto que el átomo nunca se percibió por los sentidos.»] Esta voz, cuando se recuerda todo esto, envía a la mente un tipo o imagen idónea de la naturaleza de las cosas.

Hay infinitos mundos, sean semejantes o desemejantes; pues siendo los átomos infinitos, como poco ha demostramos, son también llevados remotísimamente. Ni los átomos (de los cuales se hizo o se pudo hacer el mundo) quedaron asumidos en un mundo ni en infinitos; en semejantes a éste, o en desemejantes. Así, no hay cosa que impida la infinidad de mundos. Aun los tipos o imágenes son semejantes en figura a los sólidos y firmes, no obstante que su pequeñez dista mucho de lo perceptible y aparente. Ni estas separaciones o apartamientos pueden no hacerse en lugar circunscrito, ni la aptitud no proceder de la operación de los vacuos y pequeñeces, ni los efluvios dejar de conservar en adelante la situación y base que tienen en los sólidos. A estos tipos los llamamos imágenes. Asimismo, este llevamiento hecho por el vacuo sin choque alguno con otras cosas, es tan veloz, que corre una longitud incomprensible por grande, en un punto indivisible de tiempo; pues igual lentitud y velocidad reciben con la repercusión y la no repercusión. Ni por eso el cuerpo que es llevado hacia abajo llega a muchos lugares igualmente, según los tiempos que especulamos por la razón, pues esto es incomprensible; y él viene juntamente en tiempo sensible de cualquiera paraje del infinito, pero no viene de aquél de quien concebimos es hecho el llevamiento. Lo mismo sucederá a la repercusión, aunque mientras tanto dejemos sin interrupción lo breve del llevamiento.

Es útil poseer este principio, o sea elemento, por razón que las imágenes buenas y provechosas usan de las más extremadas tenuidades. Tampoco se les opone ninguna cosa aparente, y por eso tienen una velocidad extrema, siéndoles proporcionado y conmensurable todo poro o conducto. Además que a su infinito nada o pocas cosas hay que causen obstáculo, cuando a lo mucho o infinito siempre hay quien obste. Añádase que la producción de las imágenes se hace tan velozmente como el pensamiento. El flujo de efluvios de la superficie de los cuerpos es continuo y desconocido de los sentidos, por la plenitud opuesta que guarda en el sólido la situación y orden de los átomos por mucho tiempo, si bien alguna vez está confusa. Las congresiones en el contenido o circunscrito son veloces, por no ser necesario que la plenitud se haga según la profundidad; y hay algunos otros modos que producen estas naturalezas: ni cosa alguna de éstas relucta a los sentidos si atiende uno a cómo las imágenes producen las operaciones cuando de las cosas externas remiten a nosotros las simpatías, o sea correspondencias.

Conviene, pues, juzgar que cuando entra alguna cosa externa en nosotros, vemos sus formas y las percibimos con la mente. Ni las cosas externas pueden descubrirnos su naturaleza, su color y su figura de otro modo que por el aire que media entre nosotros y ellas; o bien por los rayos o por cualesquiera emisiones o efluvios que de nosotros parten a

ellas. Así que nosotros vemos viniendo de las cosas a nosotros ciertos tipos o imágenes de los colores y formas semejantes, arregladas a una proporcionada magnitud, y entrándonos brevísimamente en la vista o en el entendimiento. Después, cuando volvemos la fantasía por la misma causa de uno y continuo, y conservamos la simpatía del sujeto según la conmensurada fijación nacida de allí y de la plasmación de los átomos según la profundidad en el sólido, y la imaginación que concebimos claramente por el entendimiento o por los órganos sensorios, sean de forma, sean de accidentes; ésta es la forma del sólido, engendrada según la densidad sobrevenida, o sea el vestigio remanente de la imagen.

En lo que opinamos hay siempre falsedad y error cuando por testimonio no se confirma, o por testimonio se refuta: y no atestiguado después según el movimiento que persevera en nosotros de la accesión fantástica o imaginaria, por medio de cuya separación se comete el engaño. La semejanza de los fantasmas recibidos como imágenes, ya sea en sueños, ya por cualesquiera otras acepciones de la mente, ya por los demás sentidos, no estarían adonde están, ni se llamarían verdaderas si no fuesen algo, a saber, aquello a que nos dirigimos o arrojamos. Ni habría error si no recibiésemos también algún otro movimiento en nosotros mismos, unido sí, pero que tiene intervalo. Según este movimiento unido (bien que con intervalo) a la accesión fantástica, si no se confirma con testimonio, o con testimonio se contradice, se hace la falsedad: o mentira; pero si confirma con testimonio, o con testimonio no se refuta, se hace la verdad. Importa, pues, mucho retener esta opinión, a fin de que ni se borren los criterios acerca de las operaciones, ni el error confirmado igualmente lo perturbe todo.

La audición se hace siendo llevado algún viento de voz o de ruido, que de algún modo prepare la pasión acústica o auditiva. Esta efusión se esparce en partículas de igual mole, que conservan consigo cierta mutua simpatía, unidad y virtud propia, la cual penetra hasta donde se envían o dirigen, y que por lo regular es causa de que el otro sienta o perciba. Pero si no prepara por lo menos lo externo solamente, pues sin dimanar de allí alguna simpatía, ciertamente no se haría semejante percepción. Así que no conviene creer que es el aire quien recibe la impresión de la voz (o de otras cosas) que viene, pues sufrirá muchos defectos en el padecer esto por ella; sino que la percusión que nos da la voz despedida se hace por ciertas partículas o moléculas de la efusión aérea capaces de obrarla, la cual nos prepara la pasión acústica. Lo mismo es del olfato que de la audición, pues nunca operaría esta pasión si no hubiera ciertas moléculas dimanadas de las cosas conmensuradas a mover el órgano sensorio. Algunas de ellas andan perturbada e impropriamente; otras ordenada y propiamente.

Se ha de suponer que los átomos no traen cualidad alguna de cuanto aparece, excepto la figura, gravedad, magnitud y demás cosas que necesariamente se siguen a la figura, pues toda cualidad se muda; pero los átomos no se mudan, porque es preciso que en las disoluciones de los concretos quede alguna cosa sólida e indisoluble, la cual no se mude en lo que no es, ni de aquello que no es, sino según la trasposición en muchas, y en algunas según la accesión y retrocesión. Así que es preciso que las inmutables sean incorruptibles y no tengan naturaleza de cosa mudable, sino corpúsculos y figuraciones propias. Es necesario, pues, que permanezcan. Y en las cosas que en nosotros voluntariamente se transforman, se recibe la figura que en ellos permanece; pero las cualidades que no están en lo que se muda, no quedan con ella, sino que de todo el cuerpo se aniquilan y destruyen.



Pueden, pues, las cosas que restan hacer suficientemente diversas concreciones, ya que es preciso queden algunas cosas y no todas paren en el no ser.

No se ha de creer que en los átomos hay magnitud absoluta, pues acaso lo que aparece podría atestiguar lo contrario; sino que hay ciertas mutaciones en las magnitudes. Siendo esto así, se podrá dar mejor razón de las cosas que se hacen según las pasiones y sentidos. El tener los átomos magnitud absoluta o sensible, de nada serviría a las diferencias de las cualidades, además que si la tuvieran, los átomos se nos presentarían visibles, lo cual no vemos acontezca, ni podemos concebir pueda el átomo hacerse visible. Añádese a esto que no se debe juzgar que en un cuerpo finito haya infinitos corpúsculos y de cualquiera tamaño. Y así, no sólo se debe quitar la sección o división en infinito de mayor en menor (a fin de no debilitar todas las cosas, y luego nos vemos obligados con la comprensión a extenderlas, como se hace con la comprensión de muchos corpúsculos agregados), sino que ni se ha de tener por dable la transición de las cosas finitas en infinitas, aun de mayor a menor. Ni tampoco luego que se dice que una cosa tiene infinitos corpúsculos o de cualesquiera tamaños, se puede entender claramente cómo esta magnitud pueda ser también finita, pues cuando los corpúsculos tienen cantidad cierta, es evidente que no son infinitos; y al contrario, siendo ellos de magnitud determinada, lo sería también de magnitud misma, siendo así que su extremidad es de tenuidad infinita. Y si esta extremidad no se ve por sí misma, no hay modo de entender lo que desde ella se sigue; y siguiendo así en adelante, será fuerza proceder en infinito con la mente.

Débase también considerar en lo mínimo que hay en el sentido, que ni es tal como lo que tiene mutaciones, ni tampoco del todo desemejante, sino que tiene algo de común con las digresiones; pero no tiene intervalo de partes. Y cuando por la semejanza de comunión creemos haber comprendido algo de él, prescindiendo de una y otra parte, precisamente hemos de incidir en igualdad. Luego contemplamos estas cosas comenzando de lo primero; y no en sí mismo, ni porque une partes a partes, sino en la propiedad de éstas, la cual mide sus magnitudes, mucho las grandes y poco las pequeñas. Por esta analogía se ha de juzgar el uso de la pequeñez o mínimo del átomo, pues consta que en pequeñez se diferencia de lo que vemos por el sentido, pero usa de la misma analogía. Y que el átomo tenga magnitud por dicha analogía, lo hemos argüido, dándole pequeñez solamente, excluyendo la longitud. Más: se ha de juzgar que las longitudes tienen sus confines mínimos, pero no confusos, los cuales por sí mismos proporcionan dimensión a los átomos mayores y menores, por la contemplación del raciocinio en las cosas visibles; pues lo que tienen de común con los inmutables basta para llegar a perfeccionar lo que son hasta entonces.

La conducción unida de los que tienen movimiento no puede hacerse; y de lo infinito, sea supremo o ínfimo, no se ha de decir que está arriba o abajo, pues sabemos que si lo que se entiende estar sobre la cabeza lo suponemos procedente en infinito, nunca se nos manifestará; ni lo que está debajo de lo así entendido será tampoco infinito a un mismo tiempo hacia arriba y hacia abajo, pues esto no puede entenderse. Así que de la conducción o progreso en infinito, sólo se ha de concebir una hacia arriba y otra hacia abajo; aunque infinitas veces lo que nosotros llevamos hacia lo que está sobre nuestra cabeza, llega a los pies de las cosas superiores, o bien a las cabezas de las inferiores lo que llevamos hacia abajo. Con todo, el movimiento universal opuesto uno a otro, se entiende en infinito.

Es también preciso tengan los átomos igual velocidad cuando son llevados por el vacío sin chocar con nadie, pues suponiendo que nada encuentran que les obste, ni los graves corren más que los leves, ni los menores más que los mayores, teniendo todos su conducto conmensurado o proporcionado, y no hallando tampoco quien les impida ni el llevamiento o movimiento superior, ni el oblicuo por los choques, ni el inferior por los pesos propios. En cuanto uno retiene a otro, en tanto tendrá movimiento, unido a la mente e inteligencia, mientras que nada se le oponga o extrínsecamente, o por el propio peso, o por la fuerza del que choca. Aun a las concreciones hechas no serán llevadas una más velozmente que otra, siendo los átomos iguales en velocidad, por ser llevados a un lugar mismo los átomos de tales concreciones, y en tiempo indivisible. Pero si no van a un lugar mismo, irán en tiempo considerado por la razón, si son o no frecuentes sus choques, hasta que la misma continuación del llevamiento los sujete a los sentidos.

Lo que opinan juntamente acerca de lo invisible, a saber, que los tiempos que se han de considerar por la razón deben tener movimiento perenne, no es verdadero en nuestro asunto, pues todo lo que se ve, o lo que por accesión recibe la inteligencia, es verdadero. Después de todo esto, conviene discurramos del alma en orden a los sentidos y a las pasiones, pues así tendremos una solidísima prueba de que el alma es cuerpo compuesto de partes tenuísimas, difundido por toda la concreción o conglobación, pero muy semejante a espíritu, que tiene temperamento cálido, de un modo parecido a éste, de otro modo parecido a aquél. En particular recibe muchas mutaciones por la tenuidad de sus partes, y aun por las partes mismas; pero ella tiene más simpatía con la concreción suya que con toda la restante. Todo esto lo declaran las fuerzas del alma, las pasiones, los movimientos ligeros, los pensamientos y demás cosas, las cuales, si nos faltan, morimos.

También se ha de tener por cierto que el alma tiene mucha causa en el sentido; pero no la tendría si en cierto modo no la cubriese todo lo demás del concreto. Y aunque este resto del concreto le prepara esta causa, y es participe del evento mismo, no lo es, sin embargo, de todos los que ella posee; por lo cual, apartándosele el alma, ya no tiene sentido, pues él no participaba en sí de aquella virtud, sino que la naturaleza la preparó al otro, como engendrado con él: lo cual, ejecutándolo por una virtud perfecta para con él, y consumándolo luego según el movimiento sensible sobrevenido, lo comunica por un influjo común y simpatía, como dije. Así, aun coexistiendo el alma, quitada alguna otra parte, nunca queda el sentido entero: como también ésta perecería juntamente disolviéndose quien la cubre, ya sea todo, ya sea alguna parte en quien resida la agudeza y eficacia del sentido. Lo restante del concreto o masa que queda, sea por partes, no tiene sentido separada el alma: pues a la naturaleza de ésta pertenece una gran multitud de átomos. Y así, disuelta la concreción, se esparce y difunde, el alma, y no tiene ya las mismas fuerzas, ni se mueve. Tampoco le queda el sentido, porque no se puede entender que ella sienta si no es usando dichos movimientos en este compuesto, cuando lo que la cubre y contiene no es tal cual es aquello en que existiendo tiene dichos movimientos.

[Todavía dice esto mismo en otros lugares; y que el alma se compone de átomos sumamente lisos y redondos, muy diferentes de los del fuego, y que lo que está esparcido por lo demás del cuerpo es la parte irracional de ella; pero que la parte racional es la que reside en el pecho, como se manifiesta por el miedo y por el gozo. Que el sueño se hace cuando por el trabajo padecen las partes del alma difundidas por toda la masa corpórea, por

ser retenidas o por divagar, y luego caen unidas con las divagantes. Que el esperma se recoge de todos los cuerpos; y conviene notar que no es incorpóreo, pues lo dice según la frecuencia del nombre, y no de lo primero que de él se entiende. Según él, no es inteligible lo incorpóreo sino en el vacuo. Este vacuo ni puedo hacer ni padecer; sino que por sí solo da movimiento a los cuerpos. Así, los que dicen que el alma es incorpórea, deliran; pues si fuera tal, no podría hacer ni padecer; pero nosotros vemos prácticamente; en el alma ambos efectos.]

Quien refiera a las pasiones y sentidos estos racionios acerca del alma, y tenga presente lo que dijimos al principio, entenderá bastante estar todo comprendido en los tiempos, de manera que pueda explicarse por partes con toda seguridad y firmeza. Lo mismo se ha de decir de las figuras, los dolores, las magnitudes, las gravedades y demás cosas predicadas de los cuerpos como propias de ellos y existentes en todos, a lo menos en los visibles o en los conocidos por los sentidos y que por sí mismos no son naturalezas. Esto no puede entenderse ni como lo no existente, ni como algunas cosas incorpóreas existentes en el cuerpo, ni como partículas de éste, sino como todo el cuerpo que tiene universalmente naturaleza eterna compuesta de todas estas cosas, ni puede ser conducido sin ellas: como cuando de los mismos corpúsculos se forma una masa o concreción mayor, sea de los primeros, o de magnitudes de el todo, pero en algo menores; sino sólo, como digo, que tiene de todos ellos su naturaleza eterna. También se ha de saber que todas estas cosas tienen sus propias adiciones e intermisiones, pero siguiéndole la concreción, y no separándose nunca, sino aquélla que, según la inteligencia concreta del cuerpo, recibe el predicado. También acontece muchas veces a los cuerpos el seguirseles lo que no es eterno ni incorpóreo aun en las cosas invisibles. De manera, que usando de este nombre según la común acepción, manifestamos que los accidentes ni tienen la naturaleza de el todo a la cual llamamos cuerpo, tomada en concreto, ni la de los que perpetuamente le siguen, sin los cuales no puede imaginarse cuerpo. Pero según ciertas adiciones, siguiéndose el concreto, nombramos cada cosa; y a veces la contemplamos cuando acaece cada una, aun no siguiéndose perpetuamente los accidentes.

Ni esta perspicuidad o evidencia se ha de expeler del ente, porque no tiene naturaleza de el todo, a quien sobreviene algo, que también llamamos cuerpo; ni la de los que siguen eternamente, ni la de lo que se cree subsistir por sí mismo. Esto no se ha de entender acerca de dichas cosas, ni de las que suceden eternamente; sino que aun los accidentes se han de tener todos por cuerpos según aparecen, y no perpetuamente, adjuntos o siguientes: ni tampoco que tengan por sí mismos orden de naturaleza o substancia, sino que se ven conforme a modo que da el mismo sentido.

También se debe considerar mucho que no se ha de inquirir el tiempo como inquirimos las demás cosas en el sujeto, refiriéndonos a las anticipaciones que se ven en nosotros, sino que se ha de racionar por el mismo efecto, según el cual pronunciamos, mucho tiempo o poco tiempo, teniendo esto y usándolo innata o congénitamente. Ni se han de ir cazando en esto ciertas locuciones como a más hermosas, sino usar las que hay establecidas acerca de ello. Ni predicar de él ninguna otra cosa como que es consustancial al idioma mismo. Algunos lo ejecutan así; pero yo quiero se colija que aquí sólo recogemos y medimos lo que es propio en nuestro asunto; y esto no necesita demostración, sino reflexión, pues a los días y a las noches, y aun a sus partes, añadimos tiempo. Lo mismo hacemos en las pasiones, en

las tranquilidades, movimientos y reparos, entendiendo de nuevo algún otro evento propio de ello acerca de estas cosas, según el cual nombramos el tiempo. [Esto lo dice también en el libro II De la naturaleza y en el Epítome grande.]

[Después de lo referido sigue diciendo: que se ha de creer que los mundos fueron engendrados del infinito, según toda concreción finita semejante en densidad a las que vemos, siendo todas éstas discretas y separadas por sus propias revoluciones mayores y menores; y que luego vuelven a disolverse todas, unas con brevedad, otras con lentitud, padeciendo esto unas por éstas, y otras por aquéllas. Es, pues, constante que dice ser los mundos corruptibles, puesto que se mudan sus partes. Y en otros lugares dice que la tierra está sentada sobre el aire. Que no se debe juzgar que los mundos necesariamente tienen una misma figura; antes que son diferentes lo dice en el libro XII tratando de esto, a saber: que unos son esféricos, otros elípticos, y otros de otras figuras; pero, no obstante, no las admite todas.]

Tampoco los animales procedieron del infinito, porque nadie demostrará cómo se recibieron en este mundo tales semillas de que constan los animales, las plantas y todas las demás cosas que vemos, pues esto no pudo ser allá, y se nutrieron del modo mismo. De la misma forma se ha de discurrir acerca de la tierra. Se ha de opinar asimismo que la naturaleza de los hombres fue instruida y coartada en muchas y varias cosas por aquellos mismos objetos que la circundan, y que sobreviniendo a esto el raciocinio, extendió más aquellas nociones, aprovechando en una más presto y en otras más tarde, pues unas cosas se hallan en períodos y tiempos largos desde el infinito, y otras en cortos. Así, los nombres al principio no fueron positivos, sino que las mismas naturalezas de los hombres teniendo en cada nación sus pasiones propias y propias imaginaciones, despiden de su modo en cada una el aire según sus pasiones e imágenes concebidas, y al tenor de la variedad de gentes y lugares. Después generalmente fue cada nación poniendo nombres propios, para que los significados fuesen entre ellos menos ambiguos y se explicasen con más brevedad. Luego añadiendo algunas cosas antes no advertidas, fueron introduciendo ciertas y determinadas voces, algunas de las cuales las pronunciaron por necesidad, otras las admitieron con suficiente causa, interpretándolas por medio del raciocinio.

Respecto a los meteoros, el movimiento, el regreso, el eclipse, el orto, el ocaso y otros de esta clase, no se ha de creer se hacen por ministerio, orden y mandato de alguno que tenga al mismo tiempo toda bienaventuranza con la inmortalidad, pues a la bienaventuranza no corresponden los negocios, las solicitudes, las iras, los gustos, sino que estas cosas se hacen por la enfermedad, miedo y necesidad de los que están contiguos. Ni menos unas naturalezas ígneas y bienaventuradas querrían ponerse en giro tan arrebatado; sino que el todo guarda aquel ornato y hermosura, puesto que, según los nombres, todas las cosas son conducidas a semejantes nociones, y de ellas nada parece repugna a aquella belleza, porque si no, causaría esta contrariedad gran perturbación en las almas. Y así, se ha de opinar que esta violenta revolución se hace según la que recibió al principio en la generación del mundo; y así cumple exactamente por necesidad este período.

Además, se ha de saber que es obra de la fisiología la diligente exposición de las causas de las cosas principales, que lo bienaventurado incide en ella acerca del conocimiento de los meteoros, escudriñando con diligencia qué naturalezas son las que se advierten en tales

meteoros y cosas congénitas. Igualmente que tales cosas o son de muchos modos, o en lo posible, o de otra diversa manera; pero que simpliciter, no hay en la naturaleza inmortal y bienaventurada cosas que causen discordia o perturbación alguna. Y es fácil al entendimiento conocer que esto es así. Lo que se dice acerca del ocaso, del orto, del retroceso, del eclipse y otras cosas de este género, nada conduce para la felicidad de la ciencia; y los que contemplan estas cosas tienen semejantemente sus miedos, pero ni saben de qué naturaleza sean, ni cuáles las principales causas, pues si las supiesen anticipadamente, acaso también sabrían otras muchas, no pudiendo disolverse el miedo por la precognición de todo ello según la economía de las cosas más importantes. Por lo cual son muchas las causas que hallamos de los regresos, ocasos, ortos, eclipses y demás a este modo, como también en las cosas particulares.

Y no se ha de juzgar que la indagación sobre el uso de estas cosas no se habrá emprendido con tanta diligencia, cuanta pertenece a nuestra tranquilidad y dicha. Así que, considerando bien de cuántas maneras se haga en nosotros la tal cosa, se debe disputar sobre los meteoros y todo lo no explorado, despreciando a los que pretenden que estas cosas se hacen de un solo modo, y ni añaden otros modos, según la fantasía nacida de los intervalos, ni menos saben en quiénes no se halle la tranquilidad. Juzgando, pues, que debe admitirse el que ello se hace de tal modo, y de otros por quienes también hay tranquilidad, y enseñando que se hace de muchos modos, como si viésemos que así se hace, estaremos tranquilos.

Después de todo esto, se debe considerar mucho que la principalísima perturbación que se hace en los ánimos humanos consiste en que estas cosas se tienen por bienaventuradas e incorruptibles, y que sus voluntades, operaciones y causas son juntamente contrarias a ellas; en que los hombres esperan y sospechan, creyendo en fábulas, un mal eterno; o en que, según esta insensibilidad temen algo en la muerte, como si quedase el alma en ellos, o aun en que no discurren en estas cosas y padecen otras por cierta irracional confianza. Así los que no defienden el daño, reciben igual o aun mayor perturbación que los ligeros que tales cosas opinaban.

La imperturbación o tranquilidad consiste en que, apartándonos de todas estas cosas, tengamos continua memoria de las cosas universales y principalísimas. Así, debemos, atender a las presentes y a los sentidos, en común a las comunes, en particular a las particulares, y a toda la evidencia del criterio en el juicio de cada cosa. Si atendemos a esto, hallaremos ciertamente las causas de que procede la turbación y el miedo, y las disiparemos; como también las causas de los meteoros y demás cosas que de continuo suceden y que los hombres temen en extremo.

Esto es, en resumen, amigo Heródoto, lo que te pensé escribir en orden a la naturaleza de todas las cosas. Su raciocinio va tan fundado, que si se retiene con exactitud, creo que aunque no ponga uno el mayor desvelo en entenderlo todo por partes, superará incomparablemente en comprensión a los demás hombres; pues explicará por sí mismo y en particular muchas cosas que yo trato aquí en general, aunque con exactitud; y conservándolo todo en la memoria, se aprovechará de ello en muchas ocasiones. En efecto, ello es tal, que los que ya hubiesen indagado bien las cosas en particular o hubiesen entrado perfectamente en estos análisis, darán otros muchos pasos adelante sobre toda la

Naturaleza; y los que todavía no hubiesen llegado a perfeccionarse en ellas, o estudiasen esto sin voz viva que se lo explique, con sólo que apliquen la mente a las cosas principales, no dejarán de caminar a la tranquilidad de la vida.

Epicuro a Pitocles: gozarse

Diome Cleón tu carta, por la cual vi permaneces en tu benevolencia para conmigo, digna por cierto del amor que yo te profeso, y que no sin inteligencia procurabas introducirte en asuntos tocantes a la vida feliz. Pedíste me te enviase un Compendio de los meteoros, escrito con buen estilo y método para aprenderlo fácilmente, ya que los demás escritos míos dices son arduos de conservar en la memoria, por más que uno los estudie de continuo. Abracé gustosamente tus ruegos, y quedé sorprendido con gratísimas esperanzas. Así, habiendo escrito ya todas las otras cosas, concluí también el Tratado que deseas, útil sin duda a otros muchos, principalmente a los que poco ha comenzaron a gustar de la genuina fisiología, y a los que se hallan en la profunda ocupación de negocios encíclicos y continuos. Recibe, pues, atentamente estos preceptos, y recorrelos con cuidado tomándolos de memoria, junto con los demás que en un breve Compendio envié a Heródoto.

Primeramente se ha de saber que el fin en el conocimiento de los meteoros (ya se llamen conexos, ya absolutos) no es otro que el librarnos de perturbaciones, y con la mayor seguridad y satisfacción, al modo que en otras cosas. Ni en lo imposible se ha de gastar la fuerza ni tener consideración igual en todas las cosas, o a los discursos escritos acerca de la vida o a las interpretaciones de otros problemas físicos; v. gr.: que el universo es cuerpo y naturaleza intocable, o que el principio son los átomos, y otras cosas así, que tienen única conformidad con las que vemos, lo cual no sucede en los meteoros. Pero éstos tienen muchas causas de donde provengan, y un predicado de substancia cónsono a los sentidos. Ni se ha de hablar de la Naturaleza según axiomas y legislaciones nuevas, sino establecerlos sobre los fenómenos; pues nuestra vida no ha menester razones privadas o propias, ni menos gloria vana, sino pasarla tranquilamente.

Todo, pues, en todos los meteoros se hace constantemente de diversos modos, examinado concordemente por los fenómenos, cuando uno deja advertidamente lo probable que de ellos se dice. Cuando uno, pues, deja esto y desecha aquello que es igualmente conforme a lo que se ve, claro es que cayendo de todo el conocimiento de la Naturaleza, se ha difundido en la fábula. Conviene tomar algunas señales de lo que se perfecciona en los meteoros, y algunas también de los fenómenos que se hacen en nosotros, que se observan y que realmente existen, y no las que aparecen en los meteoros, pues no se puede recibir se hagan estas cosas de muchos modos. Debe, no obstante, separarse cualquiera imagen o fantasma, y dividirlo con sus adherentes; lo cual no se opone a las cosas que, acaecidas en nosotros, se perfeccionan de varios modos.

El mundo es un complejo que abraza el cielo, los astros, la tierra y todo cuanto aparece, el cual es una parte del infinito, y termina en límite raro o denso; disuelto éste, todo cuanto

hay en él se confunde. O bien que termina en lo girado o en lo estable, por circunscripción redonda, triangular o cualquiera otra; pues todas las admite cuando no hay fenómeno que repugne a este dicho mundo, en el cual no podemos, comprender término. Que estos mundos sean infinitos en número puede comprenderse con el entendimiento, y que un tal mundo puede hacerse ya en el mundo mismo, ya en el intermedio (así llamo al intervalo entre los mundos) en lugar de muchos vacuos, y no en grande, limpio y sin vacuo, como dicen algunos. Quieren haya ciertas semillas aptas, procedidas de un mundo, de un intermundo, o bien de muchas, las cuales poco a poco reciben aumento, coordinación y mutación de sitio si así acontece, y que son idóneamente regadas por algunas cosas hasta su superfección y permanencia, en cuanto los fundamentos supuestos son capaces de tal admisión. No sólo es necesario se haga concreción y vórtice en aquel vacuo en que dicen se debe formar el mundo por necesidad, según opinan, y que se aumenta hasta dar con otro, como afirma uno de los que se llaman físicos; pero esto es repugnante a lo que vemos.

El sol, la luna y demás astros no hechos según sí mismos, después fueron recibidos del mundo. Asimismo la tierra y el mar y todos los animales que luego se iban plasmando y recibían incremento según las uniones y movimientos de ciertas pequeñas naturalezas, o llenas de aire o de fuego, o de ambos. Así persuade estas cosas el sentido. La magnitud del sol y demás astros, en cuanto a nosotros, es tanta cuanto aparece. [Esto también lo trae en el lib. II De la Naturaleza; porque si perdiese, dice, por la gran distancia, mucho más perdería el calor; y que para el sol no hay distancia más proporcionada que la que tiene, en cuanto a él, sea mayor, sea algo menor o sea igual a la que se ve.] De la misma suerte nosotros un fuego que vemos de lejos, por el sentido lo vemos. Y en suma, toda instancia en esta parte, la disolverá fácilmente quien atienda a las evidencias, según demostraremos en los libros De la Naturaleza.

El orto y ocaso del sol, luna y demás astros pueden hacerse por encendido y extinción si tal fuese su estado, y aun de otros modos, según lo antedicho, pues nada de lo que vemos se opone. Pudiera igualmente ejecutarse por aparición sobre la tierra, y por ocultación, como también se ha dicho, pues tampoco se opone fenómeno alguno. El movimiento de estos astros no es imposible se haga por el movimiento de todo el cielo; o bien que estando éste quieto, y moviéndose aquéllos, por necesidad que se les impusiese el principio en la generación del mundo, salen del oriente, y luego por el calor y voracidad del pábulo ígneo, van siempre adelante a los demás parajes. Los regresos del sol y luna es admisible se hagan según la oblicuidad del cielo, así acortado por los tiempos; por el ímpetu del aire, o por causa de la materia dispuesta que siempre tienen consigo, de la cual una parte se inflama y la otra queda sin inflamarse; o bien desde el principio este movimiento envuelve y arrebatada consigo dichos astros para que hagan su giro. Todo esto puede ser así, o semejantemente; ni hay cosa manifiesta que se oponga, con tal que estando uno firme siempre en estas partes en cuanto sea posible, pueda concordar cada cosa de éstas con los fenómenos, sin temer los artificios serviles de los astrólogos.

Los menguantes y crecientes de la luna pueden hacerse ya por vuelta de este cuerpo, ya por una semejante configuración del aire, o por anteposición de alguna cosa, o bien por todos los modos que, según los fenómenos que vemos, conducen a semejantes efectos. Si ya no es que alguno, eligiendo uno solamente, de los otros; y no considerando qué cosa es posible vea el hombre, y qué imposible, desee por esto ver imposibles. Más: es dable que la

luna tenga luz propia, y dable la reciba del sol; pues entre nosotros se ven muchas cosas que la tienen propia, y muchas que de otros. Y nada impide que de los fenómenos que hay en los meteoros, teniéndolos de muchos modos en la memoria, penetre uno sus consecuencias, y juntamente sus causas, no atendiendo a tales inconsecuencias que suelen correr diversamente en aquel único modo.

La aparición, pues, de la fase en ella puede hacerse por mutación de partes, por sobreposición, y por todos los modos que se viere convienen con los fenómenos. Ni es menester añadir que en todos los meteoros se ha de proceder así, pues si procedemos con repugnancia a las cosas claras, nunca podremos alcanzar la tranquilidad legítima. Los eclipses de sol y luna pueden hacerse por extinción, como vemos se hace esto entre nosotros, y también por interposición de algunos otros cuerpos, o de la tierra o del cielo, o cosa semejante. Así se han de considerar mutuamente los modos congruentes y propios, y juntamente, que las concreciones de algunas cosas no son imposibles.

[En el libro XII De la Naturaleza, dice lo siguiente: «El sol se eclipsa asombrándolo la luna, y la luna se eclipsa dándole la sombra de la tierra, pero según retroceso.» Esto también lo dice Diógenes Epicúreo en el libro I de sus Cosas selectas.] El orden del período es como el que entre nosotros toman algunas cosas fortuitas, y la naturaleza divina en ningún modo concurre a estas cosas, sino que se mantiene libre de semejantes cuidados y en plena bienaventuranza. Si no se practica esto, todo discurso acerca de las causas de los meteoros será vano, como ya lo ha sido para algunos, que no habiendo abrazado el modo posible, dieron en el vano, y creyendo que aquéllos se hacen de un modo solo, excluyen todos los demás aun factibles, se arrojan a lo imposible, y no pueden observar los fenómenos que se han de tener como señales.

La diferencia de longitud de noches y días se hace por apresurar el sol sus giros sobre la tierra y después retardarlos, o porque la longitud de los lugares varía, y anda los unos con mayor brevedad, al modo que también entre nosotros se ven cosas breves y tardas, a cuya comparación debemos tratar de los meteoros. Los que admiten un modo, contradicen a los fenómenos, y no ven de cuánto es capaz el hombre que observa. Las indicaciones o señales pueden hacerse según las contingencias de las estaciones, como vemos sucede entre nosotros a las cosas animadas, y también por otras cosas, como en las mutaciones del aire; pues estas dos razones no repugnan a los fenómenos. Ahora, por cuál de estas causas se haga esto, no es dable saberse.

Las nubes pueden engendrarse y permanecer por las condensaciones del aire o impulsos de los vientos; por las agregaciones de átomos mutuamente unidos y aptos para ello; por acopio de efluvios salidos de la tierra, y aun por otros muchos modos no impide se hagan tales consistencias. Pueden éstas por sí mismas, ya condensándose, ya mudándose, convertirse en agua y luego en lluvias, según la calidad de los parajes de donde vienen y se mueven por el aire, haciendo copiosísimos riegos algunas concreciones, dispuestas a emisiones semejantes.

Los truenos pueden originarse por la revolución del aire en las cavidades de las nubes, a la manera que en nuestros vasos; por el rimbombo que hace en ellas el fuego aéreo; por los rompimientos y separaciones de las nubes; por el choque, atrito y quebrantamiento de las



mismas cuando han tomado compacción semejante al hielo; y generalmente, los fenómenos mismos nos llaman a que digamos que esta vicisitud se hace de muchos modos.

Los relámpagos asimismo se hacen de varios modos: ya por el choque y colisión de las nubes, pues saliendo aquella apariencia productriz de fuego, engendra el relámpago; ya por vibración venida de las nubes, causada por cuerpos cargados de viento que produce el relámpago; ya por el enrarecimiento de las nubes antes adensadas, o mutuamente por sí mismas o por los vientos; ya por recepción de luz descendida de los astros, impelida después por movimiento de las nubes y vientos, y caída por medio de las mismas nubes; ya por transfusión de una sutilísima luz de las nubes, ya porque el fuego comprime las nubes y causa los truenos; como también por el movimiento de éste, y por la inflamación del viento hecha por el llevamiento arrebatado o giró vehemente. También puede ser que rompimiento de las nubes a violencia de los vientos, y caída de los átomos causadores del fuego, se produzca la imagen del relámpago. Otros muchos modos observará fácilmente quien atienda a los fenómenos que vemos, y pueda contemplar las cosas a ellos semejantes.

El relámpago precede al trueno en dichos globos de nubes, porque luego que cae el soplo de viento es expelida la imagen creatriz del relámpago; después el viento envuelto allí hace aquel ruido, y según fuere la inflamación de ambos, lleva también mayor velocidad y ligereza el relámpago hacia nosotros; pero el trueno llega después, al modo que en las cosas que vemos de lejos que dan algunos golpes.

Los rayos pueden hacerse, ya por muchos globos de viento, ya por su revolución y vehemente inflamación; por rompimiento de alguna parte y su violenta caída a parajes inferiores, y regularmente son los montes elevados donde los rayos caen; por hacerse la ruptura a causa de que las partes que se le siguen son más densas por la densidad de las nubes revueltas por esta caída del fuego. Como también puede hacerse el trueno por haberse excitado mucho fuego, el cual cargado de viento fuerte rompa la nube, no pudiendo pasar adelante a causa de que el recíproco adensamiento se hace de continuo; y de otros muchos modos pueden hacerse los rayos, sin que se mezclen fábulas, como no las habrá cuando uno juzgue de las cosas ocultas siguiendo atentamente las manifiestas.

Los présteres o huracanes pueden hacerse por las muchas nubes que un continuo viento impele hacia abajo, o por un gran viento que corra con violencia e impela por defuera las nubes unas a otras; por la perístasis del viento cuando algún aire es oprimido por arriba circularmente; por afluencia grande de vientos que no pueden disiparse por partes opuestas, a causa de la densidad del aire circunvecino. Si el préster baja hasta la tierra, se levantan torbellinos, al paso que se hace el movimiento del viento, y si baja al mar vórtices de agua.

Los terremotos pueden provenir o del viento encerrado en la tierra, el cual pugnando en los entumecimientos menores de ella, se mueve de continuo cuando prepara la agitación de la tierra, y la va ocupando otro viento de afuera; o por el aire que entra debajo del suelo, o en parajes cavernosos de la tierra, adensado a la violencia de los soplos. Según este tránsito, pues, de movimientos de muchas partes inferiores y sólidas, y de su resorte cuando da en partes de la tierra más densas, es dable se hagan los terremotos, no negando puedan también hacerse de otros muchos estos movimientos de la tierra.

Los vientos suelen excitarse en ciertos tiempos, cuando continuamente y de poco en poco se van uniendo partículas heterogéneas, y también por juntarse gran copia de agua. Los vientos menos fuertes se hacen cuando entran pocos soplos en muchas cavidades, y se distribuyen en todas ellas.

El granizo se forma o por una concreción fuerte proveniente de todos lados a causa de la perístasis y distribución de algunas partículas impregnadas de aire, o por concreción moderada, cuando algunas otras partículas como de agua salen igualmente y hacen la opresión de los granos, y también por rompimiento, de manera que cada grano subsista de por sí y se concreten en abundancia. Su forma esférica, no es imposible se haga o por liquidación de sus ángulos y extremos en rededor al tiempo de tomar consistencia, como dicen algunos, o porque su circunferencia, sea de partes ácueas o sea de aéreas, tiene igual presión por todas partes.

La nieve puede hacerse o cayendo de las nubes el agua tenue por poros proporcionados, o condensándose las nubes dispuestas y esparciéndolas los vientos, adquiriendo luego mayor densidad con el movimiento, por el estado de vehemente frialdad que tienen las nubes en parajes inferiores; o por concreción hecha en las nubes de igual variedad, puede hacerse esta emisión de ellas, encontrándose mutuamente las partículas parecidas al agua, y quedándose unidas, las mismas que compeliéndose entre sí, forman el granizo; todas las cuales cosas se hacen principalmente en el aire. No menos, por el choque de las nubes ya densas, se coagula y forma la gran copia de nieve, y todavía se puede hacer de otros muchos modos.

El rocío se hace congregándose del aire mutuamente las partículas que son causa de esta humedad; pero también por la extracción de ellas de parajes húmedos o que contienen aguas, en cuyos sitios se hace principalmente el rocío. Cuando el acopio de tales vapores toma un lugar y se perfecciona en humedad, vuelve a moverse hacia abajo y cae en varios parajes, al modo que entre nosotros se hacen cosas semejantes a ésta.

La escarcha se hace tomando estos rocíos cierta consistencia y densidad, por la fría perístasis del aire. El hielo se hace perdiendo el agua su figura esférica, compeliéndose los triángulos escalenos y acutángulos del agua, y por la mezcla y aumento que se hace exteriormente de otras cosas, las cuales, coartadas y quebrantadas las cantidades o partes esféricas, disponen el agua a la concreción.

El arco iris se hace hiriendo los resplandores del sol en el aire húmedo; o por cierta naturaleza propia de la luz y del aire que produce las propiedades de estos colores (ya sean todos, ya uno solo), la cual, reflejando luego en lo más vecino del aire, recibe el color que vemos brillar en aquellas partes. El ser circular su figura proviene de que su intervalo se ve igual todo en rededor; o porque los átomos que andan en el aire reciben tal impulso; o porque llevados estos átomos con las nubes por el mismo aire cercano a la luna, dan a esta concreción una forma orbicular.

El halón o corona alrededor de la luna se hace cuando por todas partes concurre fuego a ella, y los flujos que la misma despide resisten con igual fuerza, de modo que forman un círculo nebuloso y permanente a su rededor, sin discernirse del todo uno de otro; o bien sea

que removiendo la luna a igual distancia el aire en contorno, forma aquella densa perístasis o círculo a su rededor. Lo cual se hace por algunas partes o flujos que impelen exteriormente, o por el calor que atrae allí algunas densidades a propósito para causar esto.

Los cometas se hacen o porque a ciertos tiempos se coliga en lo alto cantidad de fuego en ciertos lugares; o porque la perístasis o circunferencia del cielo tiene a tiempos cierto movimiento propio sobre nosotros que manifiesta tales, astros; o porque ellos mismos, en algunos tiempos, son llevados por alguna perístasis, y viniendo a nuestras regiones se hacen manifiestos. Su defecto u ocultación se hace por las causas opuestas a lo dicho, dando giro a algunas de estas cosas, la cual acontece, no sólo porque esté quieta esta parte del mundo a cuyo rededor gira lo restante, como dicen algunos, sino porque el movimiento circular del aire le está en rededor, y le impide el giro que tienen los demás: o porque ya en adelante no les es apta la materia, sino sólo allí donde los vemos puestos. Aún puede hacerse esto de otros muchos modos, si sabemos inferir por raciocinio lo que sea conforme a lo que se nos manifiesta.

Algunos astros van errantes, cuando acontece que tomen semejantes movimientos; otros no se mueven. Es dable que aquéllos, desde el principio fuesen obligados a moverse contra lo que se mueve circularmente, de modo que unos sean llevados por una misma igual revolución, y otros por otra que padezca desigualdades. Puede ser también que en los parajes adonde corren haya algunos en que las extensiones del aire sean iguales, y les impelan así adelante, y ardan con igualdad; y en otros sea tanta la desigualdad, que aun lo que se ve haga mutaciones. El dar una sola causa de estas cosas, siendo muchas las que los fenómenos ofrecen, lo hacen necia e incongruamente los que andan ciegos en la vana astrología, y dan en vano las causas de algunas cosas, sin separar a la naturaleza divina de estos ministerios.

Obsérvase a veces que algunos astros se dejan detrás a otros, ya porque éstos andan con más lentitud, aunque hacen el mismo giro, ya porque tienen otro movimiento contrario al de la esfera que los lleva, y ya porque en su vuelta unos hacen el círculo mayor y otros menor. El definir absolutamente estas cosas pertenece a los que gustan de ostentar prodigios a las gentes.

En cuanto a las estrellas que se dice caen, puede esto ser por colisión con alguna cosa, o con ellas mismas, puesto que caen hacia donde corre el viento, como dijimos de los rayos. También pueden hacerse por un concurso de átomos productivo de fuego, dada la oportunidad de producirlo; o por el mismo movimiento hacia la parte a que desde el principio se dirigió impetuosamente el agregado de átomos; o por algunas porciones de viento condensadas a manera de niebla, y encendidas a causa de su revolución, haciendo después ruptura de quien las sujeta, hacia cualquiera parte que se dirijan sus ímpetus, llevadas allí por el movimiento. Todavía hay otros modos inexplicables con que esto puede hacerse.

Las señales o indicios que se toman de ciertos animales se hacen según lo que acontece en las estaciones, pues los animales no nos traen coacción. alguna de que sea invierno, v. gr., ni hay naturaleza divina alguna que esté sentada observando las salidas y movimientos de estos animales, y luego produzca las señales referidas. Ni por ventura animal alguno de

alguna consideración caerá en necesidad semejante, cuanto menos el que goza de toda felicidad.

Todas estas cosas, oh Pitocles, debes tener en la memoria, para poder librarte de patrañas y observar las cosas homogéneas a ellas. Dedícate principalmente a la especulación de los principios, del infinito y demás cosas congénitas, los criterios, las pasiones, y aquello por cuya causa examinamos dichas cosas. Una vez bien consideradas, ellas misma facilitarán el conocimiento de las cosas particulares. Los que poco o nada aprecian estas causas, manifiestan que ni pudieron penetrar las que aquí trato, ni consiguieron aquello por que deben solicitarse.

Epicuro a Meneceo: gozarse

Ni el joven dilate el filosofar, ni el viejo de filosofar se fastidie; pues a nadie es intempestivo ni por muy joven ni por muy anciano el solicitar la salud del ánimo. Y quien dice, o que no ha llegado el tiempo de filosofar o que ya se ha pasado, es semejante a quien dice que no ha llegado el tiempo de buscar la felicidad, o que ya se ha pasado. Así, que deben filosofar viejos y jóvenes: aquéllos para reflorar en el bien a beneficio de los nacidos; éstos para ser juntamente jóvenes y ancianos, careciendo del miedo de las cosas futuras. Conviene, pues, cuidar de las cosas que producen la felicidad, siendo así que con ella lo tenemos todo, y no teniéndola, lo ejecutamos todo para conseguirla. Practica, por tanto, y solicita las cosas que te he amonestado repetidas veces, teniendo por cierto que los principios, para vivir honestamente, son éstos: primero, que Dios es animal inmortal y bienaventurado, según suscribe de Dios la común inteligencia, sin que le des atributo alguno ajeno de la inmortalidad e impropio de la bienaventuranza; antes bien has de opinar de él todo aquello que pueda conservar la bienaventuranza e inmortalidad. Existen, pues, y hay dioses, y su conocimiento es evidente; pero no son cuales los juzgan muchos, puesto que no los atienden como los juzgan. Así, no es impío el que niega los dioses de la plebe o vulgo, sino quien acerca de los dioses tiene las opiniones vulgares; pues las enunciaciones del vulgo, en orden a los dioses, no son anticipaciones, sino juicios falsos. De aquí nacen las causas de enviar los dioses daños gravísimos a los hombres malos y favores a los buenos, pues siéndoles sumamente gratas las virtudes personales, abrazan a los que las poseen, y tienen por ajeno de sí todo lo que no es virtuoso.

Acostúmbrate a considerar que la muerte nada es contra nosotros, porque todo bien y mal está en el sentido, y la muerte no es otra cosa que la privación de este sentido mismo. Así, el perfecto conocimiento de que la muerte no es contra nosotros, hace que disfrutemos la vida mortal, no añadiéndola tiempo ilimitado, sino quitando el amor a la inmortalidad. Nada hay, pues, de molesto en la vida para quien está persuadido de que no hay daño alguno en dejar de vivir. Así, que es un simple quien dice que teme a la muerte, no porque contriste su presencia, sino la memoria de que ha de venir; pues lo que presente no conturba, vanamente contrista o duele esperado. La muerte, pues, el más horrendo de los males, nada nos pertenece; pues mientras nosotros vivimos, no ha venido ella; y cuando ha venido ella, ya no vivimos nosotros. Así, la muerte ni es contra los vivos ni contra los muertos; pues en aquéllos todavía no está, y en éstos ya no está. Aún muchos huyen la

muerte como el mayor de los males, y con todo eso suelen también tenerla por descanso de los trabajos de esta vida. Por lo cual el sabio ni teme el no vivir, puesto que la vida no le es anexa, ni tampoco lo tiene por cosa mala. Y así como no elige la comida mas abundante, sino la más sabrosa, así también en el tiempo no escoge el más diuturno, sino el más dulce y agradable.

No es menos simple quien amonesta a los jóvenes a vivir honestamente, y a los viejos a una muerte honesta; no sólo porque la vida es amable, sino porque el mismo cuidado se debe tener de una honesta vida, que de una honesta muerte. Mucho peor es quien dice:

Bueno es no ser nacido, o en naciendo  
Caminar del averno a los umbrales;

pues si quien lo dijo lo creía así, ¿qué hacía que no partía de esta vida? Esto en su mano estaba, puesto que sin duda se le hubiere otorgado la petición; pero si lo dijo por chanza, fue un necio en tratar con burlas cosa que no las admite.

Se ha de tener en memoria que lo futuro ni es nuestro, ni tampoco deja de serlo absolutamente: de modo que ni lo esperemos como que ha de venir infaliblemente, ni menos desesperemos de ello como que no ha devenir nunca. Hemos de hacer cuenta que nuestros deseos, los unos son naturales, los otros vanos. De los naturales unos son necesarios, otros naturales solamente. De los necesarios unos lo son para la felicidad, otros para la tranquilidad del cuerpo, y otros para la misma vida. Entre todos ellos, la especulación es quien sin error hace que conozcamos lo que debemos elegir y evitar para la sanidad del cuerpo y tranquilidad del alma; pues el fin no es otro que vivir felizmente. Por amor de esto hacemos todas las cosas, a fin de no dolernos ni conturbarnos. Conseguido esto, se disipa cualquiera tempestad del ánimo, no pudiendo encaminarse el animal como a una cosa menor, y buscar otra con que complete el bien del alma y cuerpo.

Nosotros necesitamos del deleite cuando nos dolemos de no tenerlo; mas cuando no nos dolemos, ya no lo necesitamos. Por lo cual decimos que el deleite es el principio y fin de vivir felizmente. A éste conocemos por primero y congénito bien: de él toman origen toda elección y fuga; y a él ocurrimos discerniendo todo bien por medio de la perturbación o pasión como a regla. Y por cuanto es éste el primero y congénito bien, por eso no elegimos todos los deleites, antes bien acontece que pasamos por encima de muchos cuando de ellos se nos ha de seguir mayor molestia. Aun preferimos algunos dolores a los deleites, si se ha de seguir mayor deleite a la diuturna tolerancia de los dolores.

Todo deleite es un bien a causa de tener por compañera la naturaleza, pero no se ha de elegir todo deleite. También todo dolor es un mal; pero no siempre se han de huir todos los dolores. Debemos, pues, discernir todas estas cosas por conmensuración, y con respecto a la conveniencia o inconveniencia; pues en algunos tiempos usamos del bien como si fuese mal, y al contrario, del mal como si fuese bien. Tenemos por un gran bien el contentarse con una suficiencia, no porque siempre usemos escasez, sino para vivir con poco cuando no tenemos mucho, estimando por muy cierto que disfrutan suavemente de la magnificencia y abundancia los que menos la necesitan, y que todo lo que es natural es fácil de prevenir; pero lo vano, muy difícil. Asimismo, que los alimentos fáciles y sencillos son tan sabrosos

como los grandes y costosos, cuando se remueve y aleja todo lo que puede causarnos el dolor de la carencia. El pan ordinario y el agua dan una suavidad y deleite suma cuando un necesitado llega a conseguirlos.

El acostumbrarnos, pues, a comidas simples y nada magníficas es conducente, para la salud; hace al hombre solícito en la práctica de las cosas necesarias a la vida; nos pone en mejor disposición para concurrir una u otra vez a los convites suntuosos, y nos prepara el ánimo y valor contra los vaivenes de la fortuna. Así, que cuando decimos que deleite es el fin, no queremos entender los deleites de los lujuriosos y derramados, y los que consisten en la fruición, como se figuraron algunos, ignorantes de nuestra doctrina o contrarios a ella, o bien que la entendieron siniestramente; sino que unimos el no padecer dolor en el cuerpo con el estar tranquilo en el ánimo. No son los convites y banquetes, no la fruición de muchachos y mujeres, no el sabor de los pescados y de los otros manjares que tributa una mesa magnífica quien produce la vida suave, sino un sobrio raciocinio que indaga perfectamente las causas de la elección y fuga de las cosas, y expele las opiniones por quienes ordinariamente la turbación ocupa los ánimos.

De todas estas cosas la primera y principal es la prudencia; de manera que lo más estimable y precioso de la filosofía es esta virtud, de la cual proceden todas las demás virtudes. Enseñamos que nadie puede vivir dulcemente sin ser prudente, honesto y justo; y por el contrario, siendo prudente, honesto y justo, no podrá dejar de vivir dulcemente; pues las virtudes son congénitas con la suavidad de vida, y la suavidad de vida es inseparable de las virtudes. Porque ¿quién crees que puede aventajarse a aquél que opina santamente de los dioses, nunca teme la muerte, y discurre bien del fin de la naturaleza; que pone el término de los bienes en cosas fáciles de juntar y prevenir copiosamente, y el de los males en tener por breves su duración y su molestia; que niega el hado, al cual muchos introducen como dueño absoluto de todo, y sólo concede que tenemos algunas cosas por la fortuna, y las otras por nosotros mismos; y en suma, que lo que está en nosotros es libre, por tener consigo por naturaleza la reprehensión o la recomendación? Sería preferible seguir las fábulas acerca de los dioses, a deferir servilmente al hado de los naturalistas; pues lo primero puede esperar excusa por el honor de los dioses; pero lo segundo se ve en una necesidad inexcusable.

[Epicuro no tiene por diosa a la Fortuna, como creen algunos (pues para Dios nada se hace sin orden), ni tampoco por causa instable (esto es, afirma que de la Fortuna ningún bien ni mal proviene a los hombres para la vida feliz y bienaventurada); pero que suele ocasionar principios de grandes bienes y males.] «Se ha de juzgar que es mejor ser infeliz racionalmente, que feliz irracionalmente; y que gobierna la fortuna lo que en las operaciones se ha juzgado rectamente.

Estas cosas y otras semejantes deberás meditar continuamente día y noche contigo mismo y con tus semejantes; con lo cual, ya duermas, ya veles, nunca padecerás perturbación alguna, sino que vivirás como un dios entre los hombres; pues el hombre que vive entre bienes inmortales, nada tiene de común con el animal mortal.»

---

**Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes**

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**.



**editorial del cardo**